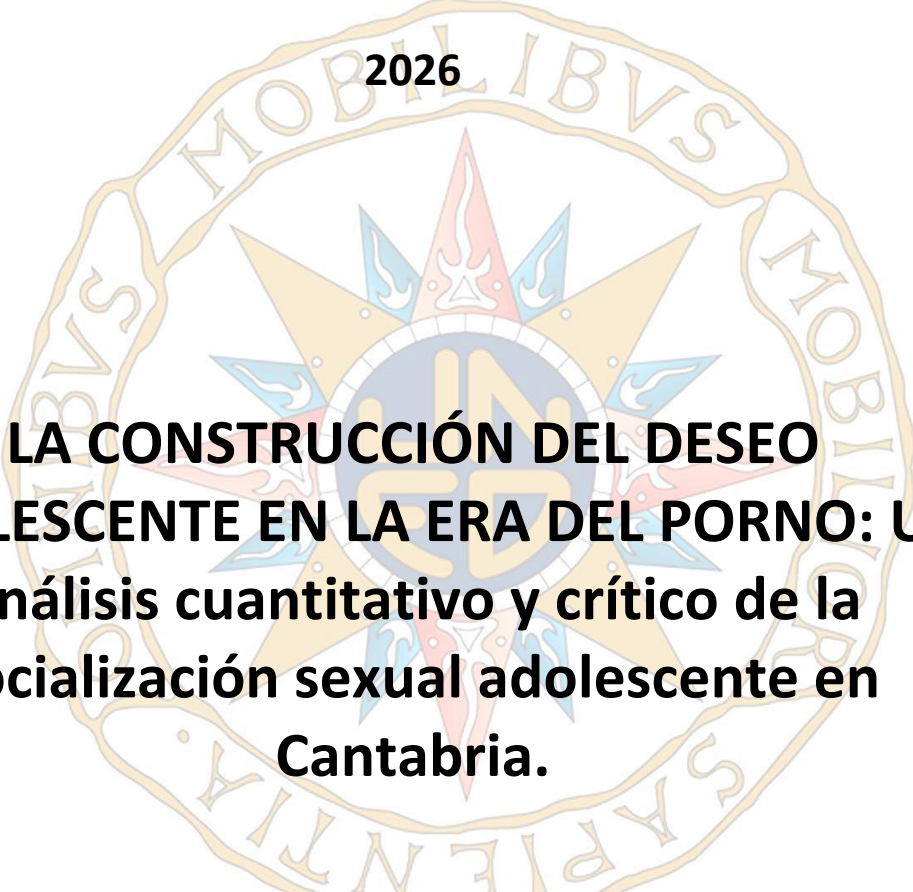


# TESIS DOCTORAL

2026



**LA CONSTRUCCIÓN DEL DESEO  
ADOLESCENTE EN LA ERA DEL PORNO: Un  
análisis cuantitativo y crítico de la  
socialización sexual adolescente en  
Cantabria.**

**AUTORA: MARÍA TERESA VÉLEZ BARQUILLA**

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN ANÁLISIS  
DE PROBLEMAS SOCIALES**

**DIRECTORA DE TESIS: VERÓNICA DÍAZ MORENO**

## AGRADECIMIENTOS

Esta tesis tiene su origen en la práctica profesional. Surge de los más de 6 años de trabajo como educadora social con adolescentes y con mujeres en contextos de vulnerabilidad, donde fue imposible no advertir la persistencia de ciertos aprendizajes y dinámicas que se reproducen de manera casi imperceptible, pero profundamente eficaz, en la construcción de la subjetividad y de las relaciones.

Fue en ese contacto directo donde comencé a observar cómo chicas y chicos muy jóvenes interiorizaban, con absoluta naturalidad, discursos y comportamientos marcados por la hipersexualización de las mujeres y la legitimación del deseo masculino como norma. Y más tarde, al trabajar con mujeres adultas, identifiqué cómo muchos de esos mismos aprendizajes persistían, mostrando la continuidad entre las violencias simbólicas de la adolescencia y las violencias estructurales que atraviesan sus trayectorias vitales.

Este proceso de intervención directa me empujó hacia el campo de la investigación, con la convicción de que el trabajo social y educativo no puede desligarse del análisis crítico ni del compromiso político. Investigar, en este caso, no ha sido un ejercicio de distancia objetiva, sino una forma de seguir interviniendo desde otro lugar; de generar conocimiento que visibilice, cuestione y contribuya a transformar una realidad profundamente desigual, normalizada y silenciada.

Agradezco, en primer lugar, a todas las personas que, a través de su experiencia, me han permitido comprender estas dinámicas con una profundidad que ningún libro podría ofrecer. Quiero agradecer a mis compañeras de trabajo, porque el ámbito social nos enfrenta cada día a realidades duras y complejas que no siempre es fácil sostener. Haber

compartido con ellas espacios de coordinación, reflexión y apoyo mutuo me ha recordado lo importante que es tener un equipo para poder intervenir con rigor, pero también con cuidado. Su compromiso y su compañía han hecho más llevaderas esas situaciones difíciles y han reforzado la convicción de que el trabajo social nunca se hace en soledad.

También quiero agradecer a las adolescentes que, sin filtros, mostraron cómo viven su sexualidad y sus relaciones afectivas en un contexto que sigue marcando con fuerza los cuerpos y los deseos. A los chicos que, muchas veces sin saberlo, reproducían un modelo de masculinidad aprendido, pero que también dejaban entrever otras posibilidades. Y a las mujeres con las que he trabajado, cuya voz y experiencia han sido fundamentales para articular esta mirada que conecta lo individual con lo estructural.

Quiero expresar mi agradecimiento al Programa de Análisis de Problemas Sociales y a la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) por brindar el espacio académico y los recursos necesarios para desarrollar esta investigación de manera libre, rigurosa y comprometida. De manera especial, agradezco a mi directora de tesis, Verónica Díaz Moreno, por su guía, apoyo y confianza a lo largo de todo el proceso. Gracias por prepararme para transitar estos años de altibajos, por confiar en mí incluso cuando a mí me costaba hacerlo, por enseñarme a mirar las cosas con perspectiva y por recordarme siempre el valor y la importancia de este trabajo.

Este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración de profesionales y centros educativos que creyeron en el valor de esta investigación. A los profesionales de la sanidad, de la educación y de la psicología que participaron en las entrevistas en profundidad, a todos los adolescentes que respondieron a los cuestionarios y al profesorado que abrió sus aulas con generosidad. Guardo un agradecimiento especial hacia los centros que, con una participación especialmente activa, facilitaron una parte importante de

la muestra: el IES Valle de Camargo, el ETP Hernán Cortés y el IES Santa Clara. Así como la Asociación Nuevo Futuro de Santander, que siempre me abrió sus puertas. Extiendo también mi agradecimiento al resto de institutos que participaron en el estudio -un total de ocho centros educativos- cuya colaboración fue imprescindible.

Quiero destacar de manera particular a quienes contribuyeron a que esta investigación llegara más lejos, ayudándome a entrar en los centros, a difundir el cuestionario y, sobre todo, confiando en mí y en el sentido de este proyecto: Marisol Payá, portavoz de la Red Cántabra contra la Trata y la Explotación Sexual y de la Plataforma Abolicionista de Cantabria; Nieves Queipo, jefa de estudios del IES Valle de Camargo; Elvira Brualla, profesora de Lengua Castellana y Literatura en el mismo centro; Álvaro Torre, jefe de estudios del ETP Hernán Cortés y Manuela Contreras, matrona, por su disposición y ayuda en la difusión del cuestionario.

Asimismo, agradezco a Sandra y Ana, de la Unidad Técnica de Igualdad y Coeducación de la Dirección General de Calidad y Equidad Educativa y Ordenación Académica del Gobierno de Cantabria, por invitarme a colaborar en sus jornadas y confiar en mi trabajo. También al Colegio Profesional de Educación Social de Cantabria, a la Federación de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos de Cantabria (FAMPA Cantabria) y al equipo de orientación y al centro educativo del IES Ría San Martín de Suances, así como al Ayuntamiento de Suances por el apoyo y reconocimiento de mi labor.

Por último, a mi familia: a mi madre, María Teresa; a mi padre, José Luis; a mi hermano, Adrián; a mi cuñada, Inés; y a mi sobrina, Olivia, cuya llegada durante la realización de esta tesis me ha recordado la importancia de trabajar por un mundo en el que las niñas puedan crecer con libertad, con la posibilidad de aprender, cuestionar y elegir. Gracias a todos ellos por su

apoyo, por creer en mí y por acompañarme en este camino. Para Olivia, especialmente, mi deseo es que puedas construir tu propio camino con curiosidad, confianza y libertad.

A mis amigas y amigos, gracias por estar siempre presentes, por ofrecerme espacios donde desahogarme y desconectar. Gracias por recordarme que incluso en los momentos más exigentes es posible parar, respirar y reír. Vuestra amistad ha sido esencial para mantener el equilibrio y no perder de vista que, más allá de las exigencias académicas, la vida también necesita momentos de complicidad. Que compartir risas, conversaciones y silencios es lo que nos sostiene en los retos más grandes. Vuestra amistad ha sido un espacio donde sentirme escuchada, comprendida y sostenida y al mismo tiempo un impulso que me animaba a seguir. Cada conversación, cada gesto de cariño, ha dejado una huella en este proceso. Gracias por enseñarme que los desafíos se llevan mejor cuando se comparten, y que la vida, incluso en sus momentos más serios, siempre encuentra lugar para la alegría compartida.

Y en especial, gracias a quien ha acompañado mi día a día, por su paciencia y comprensión, por enseñarme lo que significa trabajar en equipo, por estar disponible cuando lo necesitaba, y por acompañarme y sostenerme en cada uno de los momentos difíciles y en cada logro.

Esta tesis no es sólo un resultado académico. Es también una herramienta política. Y un acto de responsabilidad hacia todas aquellas realidades que la han hecho posible.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	16
PARTE I. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA .....	19
1. CAPÍTULO I: PERSPECTIVA HISTÓRICA .....	19
1.1. Orígenes de la pornografía .....	19
1.1.1. Relación entre pornografía y prostitución .....	22
1.1.2. Nuevas formas de pornografía: <i>OnlyFans</i> , <i>sugar dating</i> , inteligencia artificial 26	
1.2. El esquema de la pornografía .....	29
1.2.1. Pornografía y violencia: representaciones y estructuras simbólicas .....	30
1.2.2. Erotización de la violencia sexual: el placer del sufrimiento .....	33
1.2.3. La violencia sexual contra niñas y adolescentes en el contenido pornográfico .....	35
1.3. Sexualidad y desigualdad de poder .....	38
1.3.1. Consentimiento en contextos de desigualdad .....	39
1.3.2. Cultura de la violación y pornografía: una alianza simbólica .....	42
2. CAPÍTULO II. CONTEXTO ACTUAL .....	45
2.1. El contexto sociocultural .....	45
2.1.1. Neoliberalismo, mercado y cuerpos .....	47
2.1.2. Cosificación y sexualización femenina en la sociedad de consumo .....	49
2.1.3. La influencia de la pornografía en la socialización sexual .....	52
2.1.4. Los mensajes dominantes en el discurso pornográfico .....	54
2.1.5. El placer y el dolor de las mujeres en la pornografía .....	56
2.2. Sexualidad y entorno digital .....	58
2.2.1. Hipersexualización juvenil y redes sociales .....	61
2.2.2. Normalización de la violencia sexual .....	62
2.2.3. Violencia sexual vs libertad sexual .....	64
2.2.4. Ética y posicionamiento frente al consumo .....	66
3. CAPÍTULO III. ADOLESCENCIA Y SOCIALIZACIÓN SEXUAL .....	68
3.1. Socialización de género .....	68
3.1.1. La socialización de los varones .....	69
3.1.2. La construcción de la sexualidad masculina .....	71
3.1.3. La socialización de las mujeres .....	73
3.1.4. La construcción de la sexualidad femenina .....	74
3.2. Reconocimiento y vínculos afectivos en la adolescencia .....	75

3.2.1.	El papel de la familia en la configuración del deseo .....	78
3.2.2.	La amistad como espacio de aprendizaje afectivo .....	80
3.2.3.	Relaciones de pareja: celos, control y violencia simbólica .....	82
3.2.4.	Primeras experiencias sexuales y negociación del consentimiento .....	84
3.3.	La pornografía como modelo de sexualidad .....	86
3.3.1.	Primer contacto con la pornografía: edad, contexto y motivaciones .....	89
3.3.2.	Consecuencias del consumo pornográfico: actitudes, prácticas y expectativas .....	91
3.4.	Feminismo y juventud .....	94
3.4.1.	Nuevos movimientos sociales y discursos feministas en redes .....	97
3.4.2.	Violencia contra las mujeres en la era digital.....	98
3.4.3.	Amor romántico, violencia simbólica y vínculos con la prostitución.....	99
<b>PARTE II. ESTUDIO EMPÍRICO .....</b>		<b>101</b>
<b>4.</b>	<b>CAPÍTULO IV. PROPÓSITO INVESTIGADOR Y PREGUNTAS SOCIOLÓGICAS .....</b>	<b>101</b>
4.1.	Objetivo general: comprender la socialización sexual juvenil desde una perspectiva crítica .....	101
4.2.	Objetivos específicos.....	102
4.3.	Hipótesis y supuestos teóricos .....	102
<b>5.</b>	<b>CAPÍTULO V. ENFOQUE METODOLÓGICO Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN ....</b>	<b>103</b>
5.1.	Perspectiva cualitativa: voces expertas.....	105
5.1.1.	Justificación del enfoque cualitativo .....	105
5.1.2.	Selección de perfiles profesionales.....	105
5.1.3.	Estrategia para la recogida de información: entrevistas semiestructuradas .....	106
5.1.4.	Análisis temático y categorización .....	107
5.2.	Perspectiva cuantitativa: correlaciones y tendencias .....	107
5.2.1.	Justificación del enfoque cuantitativo .....	107
5.2.2.	Caracterización de la muestra .....	109
5.2.3.	Aplicación y diseño del cuestionario .....	113
5.2.4.	Análisis estadístico de los datos.....	115
<b>6.</b>	<b>CAPÍTULO VI. RESULTADOS Y ANÁLISIS.....</b>	<b>118</b>
6.1.	Adolescencia, pornografía y desigualdades: un enfoque cualitativo desde la intervención profesional.....	118
6.1.1.	La mirada desde los centros educativos: discursos y experiencias de dirección escolar .....	118
6.1.2.	Acompañamiento y escucha clínica: aportes desde la psicología y la sexología	119

6.1.3.	<b>Salud sexual y adolescencia: perspectivas desde la atención sanitaria</b>	
		120
6.1.4.	<b>Síntesis interpretativa: convergencias entre discursos profesionales</b>	121
6.1.5.	<b>Conexiones entre discursos profesionales y experiencias adolescentes</b>	122
6.2.	<b>Explorando la sexualidad juvenil: análisis de tendencias y correlaciones</b>	125
6.2.1.	<b>Agentes de socialización sexual: el protagonismo de lo digital y la pornografía</b>	126
6.2.2.	<b>Acceso, consumo y exposición a la pornografía</b>	126
6.2.2.1.	<b>El consumo de pornografía en la adolescencia: motivos, prácticas y significados.</b>	130
6.2.2.2.	<b>La pornografía en el imaginario sexual adolescente</b>	140
6.2.2.3.	<b>Valoración de la educación sexual recibida</b>	151
6.2.3.	<b>Relaciones sexuales: satisfacción, expectativas y consentimiento</b>	157
6.2.3.1.	<b>Edad y satisfacción en la primera relación sexual</b>	157
6.2.3.2.	<b>Motivaciones: deseo propio, ajeno o compartido</b>	160
6.2.3.3.	<b>Trayectorias sexuales: Número de parejas sexuales</b>	162
6.2.3.4.	<b>Número de parejas sexuales y encuentros con desconocidos</b>	164
6.2.3.5.	<b>Encuentros con desconocidos: anonimato y exposición al contagio</b>	166
6.2.3.6.	<b>Uso de métodos anticonceptivos y percepción del riesgo</b>	175
6.2.3.7.	<b>Uso del preservativo según la edad</b>	186
6.2.3.8.	<b>Anticoncepción y contexto</b>	186
6.2.4.	<b>Sustancias psicoactivas y sexualidad: prácticas de riesgo y vulnerabilidad</b>	191
6.2.4.1.	<b>Alcohol y percepción de riesgo: desinhibición y desprotección</b>	196
6.2.4.2.	<b>Cannabis y percepción del riesgo: entre la normalización y la imprudencia</b>	199
6.2.4.3.	<b>Drogas y percepción de riesgo: intensificación del contexto de exposición</b>	205
6.2.5.	<b>Presión sexual y falta de consentimiento en las relaciones sexuales</b>	211
6.2.5.1.	<b>Sustancias psicoactivas, consentimiento y presión sexual: una tríada de riesgo</b>	214
6.2.5.2.	<b>Relación entre percepción del consumo de drogas y sexo sin deseo</b>	220
6.2.6.	<b>Violencia sexual normalizada: análisis de experiencias consideradas violentas</b>	224
6.2.6.1.	<b>Prevalencia de prácticas sexuales violentas: una violencia sin nombre</b>	226

6.2.6.2.	<b>Violencia simbólica y dominación sexual: el consentimiento erosionado</b>	228
6.2.6.3.	<b>La presión sexual como forma estructural de coerción</b>	229
6.2.6.4.	<b>Intercambios materiales y prácticas sexuales: análisis de la dimensión instrumental del deseo</b>	231
6.2.7.	<b>Conclusiones sociológicas: claves analíticas sobre sexualidad juvenil y pornografía</b>	233
6.3.	<b>Pornografía y estereotipos: reproducción de normas de género en la juventud</b>	234
6.3.1.	<b>Presentación de la escala de estereotipos sexuales</b>	234
6.3.1.1.	<b>Correlación entre el consumo de pornografía y la adhesión a estereotipos sexuales</b>	239
6.3.1.2.	<b>Educación sexual como factor protector</b>	240
6.3.2.	<b>Conclusiones sociológicas: claves analíticas sobre adquisición de estereotipos sexuales y pornografía</b>	243
6.4.	<b>Riesgos y violencias: prácticas sexuales influenciadas por la pornografía</b>	244
6.4.1.	<b>Introducción: del entorno digital a la interiorización pornográfica</b>	245
6.4.2.	<b>Uso del preservativo en función del consumo de pornografía</b>	246
6.4.3.	<b>Escenas que se repiten: imitación de prácticas pornográficas</b>	249
6.4.4.	<b>Percepción de semejanza entre pornografía y prácticas sexuales reales</b>	256
6.4.5.	<b>Pornografía y sustancias: vínculos con el consumo en contextos sexuales</b>	263
6.4.5.1.	<b>Consumo personal de alcohol y consumo de pornografía</b>	263
6.4.5.2.	<b>Percepción del consumo de alcohol por parte de la pareja y consumo de pornografía</b>	267
6.4.5.3.	<b>Consumo propio vs consumo ajeno: diferencias según consumo de pornografía</b>	270
6.4.5.4.	<b>Cannabis, drogas y prácticas sexuales: correlaciones con el consumo de pornografía</b>	271
6.4.6.	<b>Dimensión transaccional del sexo: relaciones a cambio de algo y consumo de pornografía</b>	272
6.4.6.1.	<b>Frecuencia de consumo y probabilidad de haber mantenido relaciones transaccionales</b>	272
6.4.7.	<b>Violencias, anonimato y consumo de pornografía</b>	274
6.4.7.1.	<b>Consumo de pornografía y experiencias sexuales violentas</b>	275
6.4.7.2.	<b>Contacto con desconocidos en entornos digitales y consumo de pornografía</b>	277

6.4.8.	<b>Conclusiones: relaciones estructurales entre consumo de pornografía y riesgo sexual.....</b>	280
6.5.	<b>Desigualdades de género en la experiencia pornográfica: efectos diferenciados en chicos y chicas.....</b>	283
6.5.1.	<b>Acceso, trayectorias y abandono del consumo pornográfico según el sexo</b>	284
6.5.1.1.	<b>Frecuencia de consumo de pornografía en función del sexo .....</b>	287
6.5.1.2.	<b>Primer acceso a la pornografía en función del sexo.....</b>	290
6.5.1.3.	<b>Motivos del primer consumo: diferencias por sexo .....</b>	291
6.5.1.4.	<b>Diferencias en los patrones de consumo y permanencia .....</b>	295
6.5.2.	<b>Comunicación, anticoncepción y satisfacción sexual: brechas de género</b>	298
6.5.2.1.	<b>Satisfacción con la comunicación sobre métodos anticonceptivos.....</b>	299
6.5.2.2.	<b>Diferencias por sexo en la valoración subjetiva de la primera relación sexual</b>	301
6.5.3.	<b>Escala de Estereotipos Sexuales: diferencias según el sexo .....</b>	304
6.5.4.	<b>Imitación, percepción de realismo y prácticas inspiradas en la pornografía en función del sexo.....</b>	316
6.5.4.1.	<b>Imitación de escenas pornográficas y diferencias por sexo.....</b>	318
6.5.4.2.	<b>Práctica de escenas pornográficas en relaciones sexuales según el sexo del sujeto.....</b>	322
6.5.5.	<b>Experiencias de coerción y deseo en las relaciones sexuales según el sexo</b>	325
6.5.5.1.	<b>Satisfacción del deseo en las relaciones sexuales.....</b>	326
6.5.5.2.	<b>Diferencias por sexo en la experiencia de mantener relaciones sexuales sin deseo</b>	328
6.5.5.3.	<b>Diferencias por sexo en la experiencia de presión para mantener relaciones sexuales.....</b>	330
6.5.6.	<b>Percepción del riesgo de contagio sexual y diferencias por sexo.....</b>	333
6.5.7.	<b>Alcohol y consentimiento: diferencias de género en contextos sexuales</b>	338
6.5.8.	<b>Sexo y cannabis: análisis de las relaciones sexuales bajo los efectos de sustancias según el sexo .....</b>	343
6.5.9.	<b>Consumo de drogas y prácticas sexuales: una aproximación comparativa entre chicos y chicas .....</b>	345
6.5.10.	<b>Desigualdades en la vivencia sexual y normalización de la violencia: análisis desde la socialización diferencial .....</b>	346
6.5.11.	<b>Conclusiones sociológicas: claves interpretativas sobre cómo la pornografía impacta de manera diferenciada en hombres y mujeres.....</b>	349
6.6.	<b>Reflexiones del alumnado sobre sexualidad y pornografía .....</b>	351

6.6.1.	Carencia de educación sexual suficiente y adecuada .....	352
6.6.2.	Naturalización de la sexualidad .....	353
6.6.3.	Crítica al modelo pornográfico .....	354
6.6.4.	Información práctica y enfoque inclusivo .....	354
6.6.5.	Conclusiones .....	355
6.7.	Conclusiones integradoras .....	356
6.7.1.	Confirmación y matices de las hipótesis de partida .....	356
6.7.2.	La pornografía como agente complejo de socialización sexual .....	357
6.7.3.	Procesos de género, poder y desigualdad en la sexualidad juvenil.....	357
6.7.4.	Educación sexual: carencias, demandas y retos .....	357
6.7.5.	Implicaciones sociológicas y propuestas para la intervención .....	358
6.7.6.	Reflexión final: hacia una sexualidad adolescente más libre, igualitaria y consciente.....	358
7.	<b>CAPÍTULO VII. CONCLUSIONES GENERALES Y PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN .....</b>	<b>358</b>
7.1.	Lectura de los resultados: aportaciones desde el análisis cuantitativo y cualitativo.....	360
7.1.1.	Conclusiones de los resultados cualitativos y cuantitativos de la investigación .....	362
7.2.	Limitaciones metodológicas y epistemológicas del estudio .....	366
7.3.	Contribuciones sociológicas y relevancia de la investigación .....	368
7.4.	Propuestas transformadoras: educativas y sociales .....	371
7.5.	Futuras líneas de investigación.....	374
	<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>377</b>
	<b>APÉNDICE DOCUMENTAL .....</b>	<b>394</b>
	<b>Anexo I: Cuestionario utilizado para la recogida de datos .....</b>	<b>394</b>
	<b>Anexo II: Guion utilizado para la recogida de datos .....</b>	<b>415</b>
	<b>Anexo III: Modelo consentimiento informado .....</b>	<b>419</b>

## ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Distribución del sexo del sujeto	111
Tabla 2. Distribución por grupo de edad	112
Tabla 3. Distribución por curso escolar	112
Tabla 4. Participación de los centros educativos de la Comunidad Autónoma de Cantabria	113
Tabla 5. Edad del primer acceso a la pornografía	128
Tabla 6. Consumo de pornografía	129
Tabla 7. Motivos del primer consumo de pornografía	131
Tabla 8. Consumo de pornografía en la actualidad	132
Tabla 9. Frecuencia del consumo de pornografía	134
Tabla 10. Duración en horas del consumo de pornografía	134
Tabla 11. Motivación para el mantenimiento del consumo de pornografía	137
Tabla 12. Motivos para el no consumo de pornografía	138
Tabla 13. Frecuencia del consumo de pornografía	139
Tabla 14. Frecuencia del consumo de pornografía en horas	140
Tabla 15. La influencia de la pornografía en el imaginario sexual	142
Tabla 16. Correlación entre la frecuencia del consumo y el imaginario sobre las relaciones sexuales	144
Tabla 17. Imitación del imaginario pornográfico	145
Tabla 18. Puesta en práctica de escenas pornográficas	146
Tabla 19. Realismo de la pornografía	148
Tabla 20. Correlación entre la percepción de la pornografía y su imitación	149
Tabla 21. Correlación entre la percepción de la pornografía y su puesta en práctica	150
Tabla 22. Educación sexual recibida en la escuela	152
Tabla 23. Comunicación familiar sobre sexualidad	153
Tabla 24. Métodos anticonceptivos	156
Tabla 25. Inicio de las relaciones sexuales	158
Tabla 26. Estadísticas de muestras emparejadas inicio de relaciones sexuales	159
Tabla 27. Correlaciones de muestras emparejadas inicio de relaciones sexuales	159
Tabla 28. Satisfacción de la primera relación sexual	160
Tabla 29. La satisfacción del deseo en las relaciones sexuales.	162
Tabla 30. Número de parejas sexuales	163
Tabla 31. Correlación entre la cantidad y parejas sexuales y la edad del sujeto	163
Tabla 32. Número de parejas sexuales y las relaciones sexuales con desconocidos	165
Tabla 33. Análisis de chi-cuadrado sobre las relaciones sexuales	166
Tabla 34. Correlación entre el uso del preservativo y otros métodos anticonceptivos	178
Tabla 35. Uso del preservativo en función de si tienen pareja	179
Tabla 36. Pruebas del chi-cuadrado en función de si tienen pareja	179
Tabla 37. Riesgo percibido de contagio	181
Tabla 38. Percepción subjetiva de miedo al contagio	182
Tabla 39. Frecuencia de la percepción del miedo al contagio	183
Tabla 40. Uso del preservativo y percepción del riesgo	185
Tabla 41. Análisis de chi-cuadrado sobre el uso del preservativo y el riesgo de contagio	186
Tabla 42. Correlación entre el uso del preservativo y el número de parejas sexuales	187
Tabla 43. Correlación entre métodos anticonceptivos y el número de parejas sexuales	188
Tabla 44. Percepción del riesgo en función de las experiencias previas	189

<b>Tabla 45. Análisis del chi-cuadrado</b>	190
<b>Tabla 46. Consumo personal de alcohol en las relaciones sexuales</b>	192
<b>Tabla 47. Consumo de alcohol por parte de la pareja sexual</b>	193
<b>Tabla 48. Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis</b>	194
<b>Tabla 49. Relaciones sexuales bajo el consumo de droga</b>	195
<b>Tabla 50. Miedo al contagio y consumo de alcohol en las relaciones sexuales</b>	199
<b>Tabla 51. Pruebas de chi-cuadrado</b>	199
<b>Tabla 52. Miedo al contagio y relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis</b>	201
<b>Tabla 53. Relaciones sexuales con desconocidos y bajo los efectos del cannabis</b>	203
<b>Tabla 54. Pruebas de chi-cuadrado</b>	204
<b>Tabla 55. Riesgo percibido de contagio y consumo de sustancias psicoactivas</b>	207
<b>Tabla 56. Análisis del chi - cuadrado</b>	208
<b>Tabla 57. Uso del preservativo y consumo droga</b>	209
<b>Tabla 58. Presión percibida en las relaciones sexuales</b>	213
<b>Tabla 59. Relaciones sexuales sin apetencia</b>	213
<b>Tabla 60. Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis y relaciones sexuales sin apetencia</b>	217
<b>Tabla 61. Relaciones sexuales y consumo de droga</b>	218
<b>Tabla 62. Presión sexual y consumo de droga</b>	220
<b>Tabla 63. Relaciones sexuales sin apetencia y consumo de droga</b>	223
<b>Tabla 64. Rho de Spearman</b>	224
<b>Tabla 65. Relaciones sexuales violentas</b>	228
<b>Tabla 66. Correlación entre relaciones sexuales violentas y sin apetencia</b>	229
<b>Tabla 67. Relaciones sexuales violentas y bajo presión</b>	230
<b>Tabla 68. Intercambios materiales y relaciones sexuales</b>	232
<b>Tabla 69. Escala de estereotipos sexuales</b>	236
<b>Tabla 70. Correlación entre el consumo de pornografía y la escala de estereotipos</b>	239
<b>Tabla 71. Correlación entre el consumo de pornografía y tener interiorizados estereotipos de género en el sexo</b>	242
<b>Tabla 72. Consumo de pornografía y uso del preservativo</b>	247
<b>Tabla 73. Consumo de pornografía e imitación del contenido</b>	250
<b>Tabla 74. Prueba del chi-cuadrado</b>	251
<b>Tabla 75. Consumo de pornografía actual e imitación del contenido</b>	252
<b>Tabla 76. Análisis del chi-cuadrado</b>	253
<b>Tabla 77. Frecuencia del consumo de pornografía e imitación</b>	255
<b>Tabla 78. Consumo de pornografía y percepción de semejanza</b>	257
<b>Tabla 79. Consumo de pornografía y percepción de semejanza</b>	258
<b>Tabla 80. Consumo de pornografía actual y semejanza de las prácticas sexuales</b>	261
<b>Tabla 81. Análisis del chi-cuadrado</b>	262
<b>Tabla 82. Consumo de pornografía y consumo de alcohol</b>	264
<b>Tabla 83. Análisis del chi-cuadrado</b>	265
<b>Tabla 84. Consumo de pornografía y consumo alcohol pareja sexual</b>	268
<b>Tabla 85. Análisis del chi-cuadrado</b>	269
<b>Tabla 86. Frecuencia del consumo de pornografía y relaciones sexuales transaccionales</b>	273
<b>Tabla 87. Consumo de pornografía y relaciones sexuales violentas</b>	276
<b>Tabla 88. Consumo de pornografía y relaciones sexuales violentas</b>	277
<b>Tabla 89. Consumo de pornografía y contacto con desconocidos a través de internet</b>	278
<b>Tabla 90. Prueba del chi-cuadrado</b>	278

Tabla 91. Frecuencia del consumo de pornografía y contacto a través de internet con desconocidos _____	279
Tabla 92. Consumo pornografía en función del sexo _____	284
Tabla 93. Pruebas de chi-cuadrado _____	285
Tabla 94. Sexo del sujeto y frecuencia del consumo de pornografía _____	288
Tabla 95. Prueba del chi-cuadrado _____	289
Tabla 96. Primer acceso a la pornografía en función del sexo _____	290
Tabla 97. Motivos del primer acceso a la pornografía en función del sexo _____	292
Tabla 98. Prueba del chi-cuadrado _____	294
Tabla 99. Sexo del sujeto y abandono del consumo de pornografía _____	297
Tabla 100. Pruebas de chi-cuadrado _____	298
Tabla 101. Satisfacción de la comunicación sexual en función del sexo _____	300
Tabla 102. Satisfacción de la comunicación sexual en función del sexo _____	300
Tabla 103. Sexo del sujeto y primera relación sexual _____	302
Tabla 104. Pruebas del chi-cuadrado _____	303
Tabla 105. Porcentajes Escala Lickert según sexo _____	304
Tabla 106. Pruebas de chi-cuadrado ítem 1 _____	308
Tabla 107. Pruebas de chi-cuadrado ítem 2 _____	308
Tabla 108. Pruebas de chi-cuadrado ítem 3 _____	309
Tabla 109. Pruebas de chi-cuadrado ítem 5 _____	310
Tabla 110. Pruebas de chi-cuadrado ítem 6 _____	310
Tabla 111. Pruebas de chi-cuadrado ítem 7 _____	311
Tabla 112 Pruebas de chi-cuadrado ítem 8 _____	312
Tabla 113. Pruebas de chi-cuadrado ítem 9 _____	312
Tabla 114. Pruebas de chi cuadrado Escala Lickert _____	313
Tabla 115. Sexo del sujeto y percepción sobre la pornografía _____	316
Tabla 116. Pruebas de chi cuadrado _____	317
Tabla 117. Sexo del sujeto e imitación de escenas pornográficas _____	320
Tabla 118. Prueba de chi-cuadrado _____	320
Tabla 119. Sexo del sujeto y puesta en práctica de escenas pornográficas _____	323
Tabla 120. Prueba de chi-cuadrado _____	324
Tabla 121. Sexo del sujeto y satisfacción del deseo _____	327
Tabla 122. Análisis del chi - cuadrado _____	328
Tabla 123. Sexo del sujeto y relaciones sexuales sin apetencia _____	329
Tabla 124. Prueba del Chi-cuadrado en función del sexo del sujeto _____	329
Tabla 125. Frecuencia de presión en las relaciones sexuales en función del sexo _____	331
Tabla 126. Prueba del chi-cuadrado _____	332
Tabla 127. Sexo del sujeto y riesgo percibido de contagio _____	334
Tabla 128. Chi cuadrado en función del sexo del sujeto _____	334
Tabla 129. Miedo al contagio y sexo del sujeto _____	336
Tabla 130. Análisis del chi-cuadrado _____	337
Tabla 131. Sexo del sujeto y consumo de alcohol por parte de la pareja sexual _____	339
Tabla 132. Chi cuadrado en función del sexo del sujeto _____	339
Tabla 133. Sexo del sujeto y relaciones bajo los efectos del alcohol _____	340
Tabla 134. Prueba de chi cuadrado según sexo del sujeto _____	341
Tabla 135. Sexo del sujeto y relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis _____	344
Tabla 136. Sexo del sujeto y relaciones sexuales bajo los efectos de las drogas _____	346
Tabla 137. Sexo del sujeto y relaciones sexuales violentas _____	348

## ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

<b>Ilustración 1. Prueba U de Mann-Whitney</b>	_____	290
<b>Ilustración 2. Prueba U de Mann-Whitney</b>	_____	301

# INTRODUCCIÓN

Vivimos en lo que se conoce como una sociedad formalmente igualitaria, en la que predomina la creencia de que se ha alcanzado la igualdad entre mujeres y hombres. Sin embargo, conviene distinguir entre la igualdad formal, recogida en las leyes, y la igualdad real, que se manifiesta en las condiciones efectivas de vida y en las relaciones sociales.

Otro de los discursos predominantes en nuestra sociedad es el de la libre elección, especialmente cuando se trata de decisiones que toman las mujeres en relación con la mercantilización de su cuerpo.

A ello se suma una tercera creencia ampliamente aceptada y no menos problemática: la idea de que “en el sexo todo vale”.

Estas tres afirmaciones comparten una misma carencia analítica: no tienen en cuenta el contexto cultural, social y de las desigualdades estructurales de poder que atraviesan la sexualidad.

La presente tesis tiene como objetivo cuestionar estas creencias y analizar los mecanismos estructurales e ideológicos que condicionan las elecciones individuales en función del sexo, así como estudiar las nuevas formas de relación en la era digital.

Las maneras de relacionarnos, vincularnos y comunicarnos han cambiado profundamente entre las generaciones jóvenes nativas digitales, lo que exige nuevas respuestas desde el ámbito educativo. Las propuestas pedagógicas actuales deben considerar esta transformación para poder afrontar las nuevas injusticias derivadas de estos modos de relación.

Esta investigación se centra en los factores que inciden en el desarrollo de la sexualidad de los y las adolescentes en el contexto digital contemporáneo. La sexualidad no constituye un aspecto secundario de la existencia, sino que

tiene un impacto profundo en la calidad de vida, el bienestar emocional y la construcción del autoconcepto. Las experiencias sexuales (y la manera en que las interpretamos como individuos y como miembros de una sociedad) son fundamentales para una vida plena y satisfactoria.

En este marco, el discurso del neoliberalismo sexual desempeña un papel legitimador de las creencias antes mencionadas. Desde esta perspectiva, todo puede ser comprado y vendido, incluyendo la sexualidad, presentando esta mercantilización como una forma de libertad individual. Si bien la revolución sexual de los años sesenta aspiraba a la diversidad, el respeto y la reciprocidad, la industria del sexo ha transformado esos ideales en una línea de mercado que reproduce y refuerza las desigualdades de género.

En este contexto, la juventud enfrenta importantes dificultades para reconocer la desigualdad presente en sus relaciones sexuales. Nos situamos en un escenario donde algunos varones erotizan la violencia dentro de las prácticas sexuales, mientras que algunas mujeres, amparadas en la noción de libre elección, aceptan o incluso normalizan prácticas sexuales marcadamente violentas.

Esta tesis sostiene, en consonancia con Ana de Miguel (2015) en *Neoliberalismo sexual*, que toda forma de desigualdad humana se alimenta y se reproduce en la confusión de ideas. Con este enfoque, se busca dar respuesta a cuestiones clave como: ¿por qué desempeña internet un papel tan decisivo en el desarrollo sexual de esta generación?, ¿está la adolescencia preparada para distinguir entre una sexualidad saludable y la que propone la industria pornográfica?

Para ello, se parte de la hipótesis de que existe una diferencia estadísticamente significativa en la manera de entender la sexualidad en función del consumo temprano de pornografía y del sexo de quien la

consume. Asimismo, se plantea que dicho consumo favorece la adopción de conductas sexuales de riesgo y/o violentas.

La tesis tiene un enfoque eminentemente práctico, con el propósito de identificar algunas de las variables que intervienen en la construcción del deseo sexual durante la adolescencia y analizar las diferencias en el comportamiento sexual entre chicos y chicas que consumen pornografía.

El documento se estructura en dos grandes partes. La primera parte está dedicada al desarrollo del marco teórico, organizado en tres apartados. El primero ofrece una perspectiva histórica indispensable para comprender la evolución de la sexualidad y situar el momento presente. El segundo analiza el contexto actual, con especial atención a fenómenos como la pornografía, internet, la sexualidad y la violencia en las relaciones. El tercero se centra en la adolescencia, construyendo un marco conceptual sobre los procesos de socialización y construcción de la sexualidad en la era digital.

La segunda parte presenta los resultados del estudio empírico, basado en una metodología cuantitativa mediante la aplicación de un cuestionario a jóvenes de entre 14 y 19 años residentes en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Este análisis cuantitativo se complementa con una metodología cualitativa consistente en entrevistas en profundidad a profesionales de distintos ámbitos que trabajan con menores.

Finalmente, se formulan una serie de propuestas destinadas a orientar futuras intervenciones en educación sexual, teniendo en cuenta el punto de partida real de la juventud actual. Estas propuestas buscan sentar las bases para la construcción de una sociedad más igualitaria y libre.

# **PARTE I. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA**

## **1. CAPÍTULO I: PERSPECTIVA HISTÓRICA**

### **1.1. Orígenes de la pornografía**

El término *pornografía* proviene del griego *pornē* (prostituta) y *graphos* (escritura), y originalmente hacía referencia a la representación gráfica de prostitutas (Szil, 2018). Su significado ha evolucionado a lo largo de la historia, pero su vínculo con la explotación sexual de las mujeres ha permanecido como un eje central.

La pornografía, lejos de ser una forma neutral de expresión sexual, ha constituido históricamente una herramienta de reproducción de la desigualdad de género, al fijar estereotipos sobre el cuerpo, el deseo y el poder (Dines, 2010; Alario, 2021).

Desde la antigüedad clásica existen representaciones visuales y literarias de contenido sexual, visibles en cerámicas, frescos y textos que integraban el erotismo en la vida cotidiana y en prácticas culturales (Clarke, 1998; Kendrick, 1987; Lear & Cantarella, 2008; Hunt, 1993). Con la invención de la imprenta en el siglo XV, la reproducción y circulación de materiales eróticos aumentó notablemente, transformando su estatus social y favoreciendo la aparición de un mercado organizado alrededor de estas producciones.

Durante el siglo XIX, en el contexto del capitalismo industrial y la consolidación del patriarcado moderno, la pornografía comenzó a configurarse como una herramienta ideológica al servicio de la subordinación femenina (Cobo Bedia, 2019).

Autoras como Dworkin (1981) y MacKinnon (1989) han denunciado que la pornografía no solo refleja la desigualdad de género, sino que la reproduce activamente, estableciendo un marco simbólico en el que el cuerpo femenino es construido como objeto pasivo, disponible y dominado. Esta función ideológica ha sido ampliamente analizada por feministas radicales que la consideran un instrumento de control social sobre el deseo y la sexualidad femenina.

Además, autores como Walter (2010) señalan que, con el auge del neoliberalismo y la cultura visual contemporánea, la pornografía ha sido cada vez más normalizada bajo el discurso de la “liberación sexual”, cuando en realidad refuerza esquemas de dominación, estandariza la experiencia sexual y excluye la diversidad de cuerpos, orientaciones y prácticas. Desde una mirada interseccional, Hooks (2000) argumenta que la pornografía hegemónica racializa los cuerpos, reproduciendo estereotipos coloniales que vinculaban la sexualidad de las mujeres negras, indígenas o racializadas con la violencia y la animalización. De este modo, la pornografía no solo reproduce los roles de género tradicionales, sino que también mantiene y refuerza jerarquías históricas que sitúan a ciertos cuerpos y comunidades en posiciones de inferioridad. A través de sus relatos visuales, asigna a esos cuerpos sexualidades violentas, disponibles y subordinadas, alineadas con los imaginarios del capitalismo patriarcal y colonial.

De hecho, autores como Walter (2010) argumentan que, mientras más se normaliza la pornografía, más se refuerzan las tensiones entre las representaciones dominantes de lo "sexualmente deseable" y las realidades de los cuerpos, despojados de agencia y humanización.

En la era neoliberal, la sexualización comercial se ha convertido en una forma de consumo que idealiza la hipersexualización de la mujer, el cuerpo

masculino dominante y las relaciones de poder desiguales, mientras marginaliza la diversidad de formas de placer y deseo.

La pornografía, en el contexto contemporáneo, se ha consolidado como un pilar de la cultura visual neoliberal, presentándose como entretenimiento, libertad sexual o autoexpresión. No obstante, múltiples estudios advierten que esta supuesta “liberación” oculta modelos estructurales de poder patriarcales y capitalistas, donde los cuerpos son tratados como mercancías y el deseo se articula en torno a la violencia, la dominación y la subordinación (De Miguel, 2017; Dines, 2010; Attwood, 2010).

Se ha documentado cómo el consumo de pornografía influye en la construcción del deseo sexual desde una mirada interseccional, normalizando estereotipos y cosificación (Muñoz Sánchez, Polo Usaola, & García Dauder, 2023), y cómo está íntimamente ligada a la prostitución y la comercialización del cuerpo (Gutiérrez García & Cuervo Pollán, 2023; Cobo Bedia, 2019). Así, la pornografía no solo reproduce los roles de género tradicionales, sino que también perpetúa la marginalización y la cosificación de ciertos cuerpos, representándolos bajo guiones de violencia y subordinación que responden a lógicas patriarcales, coloniales y capitalistas (Alario Gavilán, 2021; Walter, 2010; Muñoz Villanueva, 2024).

El discurso de la “liberación sexual” y el neoliberalismo sexual, como señala Ana de Miguel (2015), sirve para enmascarar estas dinámicas de poder y explotación, reforzando la idea de que el sexo violento o subordinado es deseable dentro de los imaginarios culturales contemporáneos. Además, nuevas formas de pornografía generada por usuarios y plataformas digitales muestran cómo se naturaliza la mercantilización del cuerpo y se reproduce desigualdad de género en contextos contemporáneos (McVey et al, 2022). En consecuencia, para comprender la pornografía hoy, es necesario situarla

dentro de un marco crítico que integre las relaciones entre poder, género, economía sexual y neoliberalismo.

Por tanto, la pornografía contemporánea no solo transmite una visión reduccionista de la sexualidad, sino que también excluye otras experiencias y formas de deseo que no se alinean con los cánones dominantes. Esto refuerza las divisiones sociales y económicas al representar a ciertas identidades de manera estigmatizada, mientras normaliza las experiencias de poder y dominación.

Diversos análisis han advertido que plataformas como OnlyFans, lejos de constituir espacios emancipadores para la sexualidad femenina, reproducen los mismos mecanismos de cosificación, control y desigualdad presentes en la industria pornográfica tradicional. Tal como señala la (Federación Mujeres Jóvenes, 2023), estos espacios se presentan como ámbitos de autonomía y empoderamiento sexual, pero en la práctica consolidan un modelo hipersexualizado de feminidad, basado en la mercantilización del cuerpo, la competitividad y la autogestión empresarial de la imagen sexual.

Este fenómeno no solo invisibiliza otras formas de sexualidad no normativas, sino que perpetúa la idea de que el valor de las mujeres se encuentra en su capacidad de generar deseo y beneficio económico a través del capital erótico. De esta forma, el aparente empoderamiento se ve tensionado por estructuras de poder que continúan privilegiando los deseos y expectativas del mercado masculino.

### **1.1.1. Relación entre pornografía y prostitución**

La pornografía y la prostitución comparten una raíz estructural: ambas son manifestaciones del sistema prostitucional que convierte el cuerpo femenino en mercancía. Como señala Ana De Miguel (2015), la pornografía es “la

pedagogía de la prostitución”, en tanto enseña a los varones a mirar a las mujeres como objetos disponibles para el uso sexual. Esta conexión ha sido ampliamente estudiada por teóricas feministas que denuncian la industria pornográfica como una forma moderna y mediática de prostitución filmada (Dworkin, 1981; MacKinnon, 1989).

Rosa Cobo Bedia (2019) enfatiza que la prostitución y la pornografía no solo se vinculan en el plano simbólico, sino también en lo material: muchas mujeres que aparecen en contenidos pornográficos provienen de contextos de prostitución, y su participación no puede entenderse fuera de las lógicas de vulnerabilidad, coerción económica y desigualdad estructural. Desde esta perspectiva, la pornografía no es una “representación”, sino una forma de violencia real capturada en imágenes.

En este contexto, resulta pertinente destacar que la industria pornográfica está profundamente relacionada con la trata de mujeres con fines de explotación sexual, ya que ambas comparten una lógica de explotación de los cuerpos de las mujeres. En este sentido, Rosa Cobo Bedia (2019) destaca que la pornografía *mainstream* contribuye a la cosificación de las mujeres y la deshumanización de sus cuerpos, creando un caldo de cultivo para que la trata y la explotación sexual sean vistas como prácticas aceptables y, en muchos casos, invisibilizadas. Según la autora, la industria pornográfica no solo normaliza la violencia sexual, sino que además establece un paralelo entre la prostitución y el “trabajo sexual”, diluyendo las fronteras entre la explotación sexual consensuada y la forzada, lo que facilita la normalización de la trata.

Esta visión es reforzada por entidades sociales que intervienen en contextos de trata con fines de explotación sexual como la organización Diaconía (2021), que en su informe sobre la explotación sexual de mujeres y niñas señala que las representaciones sexuales explícitas en los medios, incluida la

pornografía, refuerzan los imaginarios de dominación y sumisión, lo que contribuye a la perpetuación de las desigualdades estructurales que favorecen la trata de mujeres. Según este informe, la trata es un componente estructural de la industria sexual, alimentada por la demanda de cuerpos femeninos disponibles para el consumo sexual, una demanda que se ve alimentada por la difusión de material pornográfico.

En consonancia con estos enfoques, estudios académicos (Alario, 2018) han mostrado cómo la pornografía no solo idealiza la prostitución, sino que también convierte a las mujeres en mercancías dentro de un mercado global de explotación sexual, en el que las mujeres y niñas víctimas de trata son absorbidas y sometidas a las demandas del mercado pornográfico.

La trata de personas con fines de explotación sexual a menudo se cruza con la industria pornográfica ya que muchas veces las víctimas de trata son forzadas o engañadas para participar en grabaciones pornográficas. Esta conexión no solo se da en las industrias ilegales o marginales, sino que también puede encontrarse en sectores más *mainstream* de la pornografía, donde las dinámicas de explotación y vulnerabilidad persisten. De acuerdo con Rosa Cobo Bedia (2019), la pornografía actúa como un vehículo que facilita la visibilización de cuerpos sexualizados y mercantilizados, lo cual puede extenderse a la explotación sexual de mujeres, especialmente cuando se está en contacto con mercados que consumen contenido explícito y tienen una alta demanda por nuevas participantes.

La trata de mujeres dentro de la industria pornográfica puede involucrar situaciones de coerción, fraude o abuso, en las cuales las víctimas son captadas bajo promesas de trabajo o de una vida mejor y, posteriormente se ven obligadas a participar en grabaciones pornográficas sin su consentimiento. Organizaciones internacionales como la ONU y Amnistía Internacional han denunciado que, en muchos casos, las víctimas de trata son

captadas en situaciones de extrema vulnerabilidad y luego obligadas a participar en actividades sexuales explícitas que son grabadas y comercializadas como parte de la industria pornográfica (UNODC, 2020).

En un informe de Diaconía (2023), se argumenta que la explotación sexual dentro de la industria pornográfica no siempre se da explícitamente, pero que la mercantilización del cuerpo y la cosificación sexual de las mujeres fomenta la cultura de la trata al crear una demanda insostenible por cuerpos femeninos disponibles para el placer sexual. Este consumo masivo de pornografía alimenta la idea de que las mujeres pueden ser compradas, vendidas y explotadas, lo que facilita la trata de personas con fines de explotación sexual.

Autoras como Rosa Cobo Bedia (2019) han sostenido que, más allá de las representaciones individuales de mujeres en la pornografía, la industria pornográfica en su conjunto refleja las desigualdades estructurales del patriarcado. De acuerdo con Cobo Bedia, la pornografía no solo reproduce representaciones de sumisión y violencia hacia las mujeres, sino que también contribuye a la normalización de la explotación sexual como un hecho culturalmente aceptado. La cosificación de los cuerpos femeninos y la exigencia de cuerpos cada vez más jóvenes y delgados en los medios pornográficos contribuyen a la deshumanización de las mujeres, lo cual facilita su incorporación en las redes de trata, ya que la demanda sexual por estos cuerpos se convierte en una mercancía en el mercado global.

Hooks (2000) también ha señalado cómo la pornografía, desde una perspectiva interseccional, racializa la sexualidad de las mujeres, lo que puede aumentar su vulnerabilidad a la trata. La pornografía *mainstream* muchas veces explota estos estereotipos raciales, representando a las mujeres de ciertos grupos étnicos como exóticas o disponibles, lo que genera una demanda sexual que puede ser explotada en situaciones de trata.

En conclusión, existe una clara intersección entre ambos fenómenos. La pornografía, especialmente la más violenta y deshumanizante, contribuye a la creación de una cultura que ve el cuerpo femenino como un objeto de consumo, lo cual puede ser explotado por redes de trata.

Este fenómeno es especialmente grave cuando se observa que muchas víctimas de trata son captadas por la industria pornográfica, donde la explotación sexual se normaliza y se convierte en parte de un ciclo de violencia sexual.

### **1.1.2. Nuevas formas de pornografía: *OnlyFans*, *sugar dating*, inteligencia artificial**

La industria pornográfica ha experimentado transformaciones significativas en las últimas décadas, impulsadas por el desarrollo tecnológico, la digitalización de los entornos de explotación sexual y los cambios socioculturales en torno a la sexualidad y el consumo.

Plataformas como *OnlyFans*, prácticas como el *sugar dating*, y el uso creciente de la inteligencia artificial (IA) en la creación de contenido han redefinido no solo la relación entre productores y consumidores, sino también las percepciones colectivas sobre la intimidad y el deseo (Torrado Martín-Palomino et al., 2021).

En este nuevo escenario, han emergido formas de producción y consumo que, aunque presentadas como modelos de empoderamiento y autodeterminación reproducen las mismas lógicas de subordinación y cosificación femenina características del sistema patriarcal.

Diversas investigaciones recientes muestran que las llamadas “relaciones *sugar*” -presentadas a menudo bajo el prisma del consentimiento, la autonomía individual o “acuerdos entre adultos”- reproducen estructuras de

desigualdad de género y poder. Por ejemplo, en el estudio *Attachment Avoidance Moderates the Relationship Among Acceptance of Sugar Relationships, Motivation, and Self-Esteem* (Ipolyi, Csányi, Láng & Meskó, 2021) se pone de relieve que la aceptación de este tipo de relaciones se asocia con motivaciones extrínsecas y con patrones relacionales ligados a estrategias de obtención de recursos, lo que remite a una lógica utilitarista más que a una elección libre e igualitaria.

En un análisis comunicacional de la construcción de las relaciones no igualitarias en las redes sociales. Caso *#sugardaddy* en TikTok (Suárez-Álvarez, 2022), se evidencia cómo los discursos viralizados normalizan relaciones de tipo “daddy & baby”, reforzando estereotipos de género, roles tradicionales y la mercantilización del cuerpo joven, lo que revela que dichas “relaciones” funcionan en la práctica como una forma de explotación simbólica.

El auge de *OnlyFans* como plataforma de monetización de contenido sexualizado ha sido interpretado por algunas autoras como una forma de “emprendimiento sexual digital”, en la que las mujeres jóvenes, muchas veces precarizadas, encuentran en el cuerpo una herramienta de subsistencia. No obstante, estudios recientes alertan sobre cómo este supuesto empoderamiento enmascara dinámicas de explotación, exposición constante y presión para producir contenido cada vez más explícito (Torrado Martín-Palomino et al., 2021). Este fenómeno se vuelve particularmente problemático entre adolescentes y jóvenes expuestas a discursos neoliberales que promueven la hipersexualización como vía rápida al éxito económico (Ballester Brage, Dosil-Santamaría, Villena Moya y Testa, 2023).

Asimismo, la implementación de inteligencia artificial en este contexto ha abierto nuevas posibilidades y problemáticas. Herramientas como ChatPersona o el uso de *bots* personalizados permiten a creadores de

contenido gestionar miles de interacciones con sus seguidores, simulando cercanía y respuesta personalizada (Infobae, 2024).

Este avance tecnológico ha dado paso a fenómenos profundamente preocupantes como los *deepfakes*, es decir, la creación de material pornográfico sintético mediante la superposición de rostros reales sobre cuerpos ficticios. Esta práctica constituye una vulneración grave de derechos fundamentales como la privacidad, la dignidad y el control sobre la propia imagen. Desde el feminismo crítico, los *deepfakes* han sido conceptualizados como una forma de violencia simbólica y digitalizada que despersonaliza a las víctimas, reproduciendo imaginarios patriarcales donde el cuerpo femenino sigue siendo un objeto manipulable y consumible Díaz Hernández, Torrado Martín-Palomino y Gutiérrez Barroso (2023). Estas representaciones no solo implican una forma de agresión sexual mediada por tecnología, sino que también refuerzan discursos de dominación en el entorno digital, donde la autonomía corporal se ve erosionada por estas prácticas (Díaz Hernández et al., 2023). A ello se suma la expansión de avatares virtuales y modelos eróticos generados mediante inteligencia artificial, que producen contenido sexualizado sin corresponder a cuerpos reales. Si bien podría pensarse que este tipo de prácticas evita la explotación directa de personas, lo cierto es que reproducen y amplifican estereotipos de género profundamente arraigados, representando a las mujeres como cuerpos jóvenes, disponibles y subordinados a los deseos masculinos, al tiempo que generan nuevos riesgos éticos y legales, y consolidan formas de violencia simbólica en el entorno digital (El lado oscuro de los avatares generados con IA: El deepfake en la pornografía, 2025).

Desde una perspectiva crítica, estas formas de representación digital refuerzan los imaginarios patriarcales en lugar de subvertirlos, al tiempo que

desplazan la reflexión ética sobre el cuerpo, la agencia y el deseo en entornos virtuales.

## **1.2. El esquema de la pornografía**

La pornografía, al igual que otras representaciones culturales de la sexualidad, no solo refleja, sino que también modela las normas sociales y las prácticas sexuales. En este sentido, su influencia va más allá del ámbito privado, extendiéndose hacia la construcción colectiva de los imaginarios sobre el cuerpo, el deseo y el poder. La pornografía, entendida en un contexto crítico, es vista como una industria que no solo entretiene, sino que también perpetúa dinámicas de desigualdad y violencia estructural, especialmente contra las mujeres (Cobo Bedia, 2019).

Según Alario Gavilán (2018), la pornografía moderna se estructura en un esquema que perpetúa la desigualdad de género, la cosificación de los cuerpos y la normalización de las relaciones de poder desiguales. En su estudio, Alario (2018) sostiene que este esquema pornográfico se basa en una lógica patriarcal que reduce a las mujeres a meros instrumentos para satisfacer los deseos de los hombres, promoviendo prácticas de violencia simbólica y real que afectan la percepción social de la sexualidad. En este sentido, la pornografía no solo actúa como una representación de la sexualidad, sino como una herramienta ideológica que perpetúa una estructura de dominación basada en el control del cuerpo femenino. De esta forma, la pornografía contribuye a la construcción de una visión sexual unidireccional, que excluye las diversas formas de deseo y práctica sexual y refuerza la heteronormatividad y la violencia sexual.

En una publicación más reciente (Alario Gavilán, 2023) profundiza en cómo los discursos pornográficos se están reconfigurando a través de tecnologías digitales, manteniendo intactas las lógicas de dominación masculina, pero

camuflándolas bajo estéticas de aparente empoderamiento. Estas narrativas, según la autora, no solo sostienen la violencia estructural contra las mujeres, sino que dificultan su reconocimiento al presentarse como elección libre o expresión de deseo individual. Desde esta perspectiva, la pornografía digital continúa siendo una herramienta clave en la reproducción de la desigualdad sexual y simbólica (Alario Gavilán, 2023).

Alejandro Villena Moya (2023) señala que la pornografía no solo es un producto de consumo masivo, sino también un dispositivo ideológico que refuerza las estructuras de poder y subordinación en las relaciones de género. Según Villena Moya (2023), la industria pornográfica se organiza en torno a un esquema patriarcal que proyecta la sexualidad masculina como la norma, mientras que la sexualidad femenina es reducida a un objeto pasivo cuyo único propósito es satisfacer el deseo masculino. Esta representación distorsionada y unidimensional de la sexualidad contribuye a la construcción de una cultura sexual desigual, en la que las mujeres son presentadas como subordinadas y disponibles para el placer de los hombres, reforzando así las dinámicas de violencia sexual y cosificación.

Villena Moya (2023) argumenta que la pornografía, en su versión dominante, no solo limita las expresiones sexuales, sino que también normaliza la desigualdad y la violencia de género, al mostrar de manera sistemática la subyugación femenina como algo natural o deseable.

### **1.2.1. Pornografía y violencia: representaciones y estructuras simbólicas**

Una de las críticas al fenómeno de la pornografía es su vinculación con la violencia. A menudo, las representaciones pornográficas incluyen actos de agresión sexual, sumisión y humillación hacia las mujeres, lo cual establece un patrón de normalización de la violencia sexual (Dines, 2010). Como

sostiene Mónica Alario (2021), la pornografía no solo se limita a presentar escenas de sexo explícito, sino que en muchos casos las actividades sexuales están acompañadas de una fuerte dosis de violencia física y psicológica, lo que contribuye a la legitimación de la agresión sexual como parte del erotismo.

Los estudios sobre la influencia de la pornografía en los adolescentes coinciden en señalar que el consumo de material pornográfico que presenta violencia o humillación hacia las mujeres puede transformar las actitudes hacia la sexualidad, distorsionando las percepciones de lo que constituye un comportamiento sexual aceptable. La exposición a esta violencia puede contribuir a la creación de una "cultura de la violación", donde los comportamientos abusivos son minimizados o vistos como una parte aceptable de las relaciones sexuales (Dines, 2010; Torrado Martín-Palomino, Díaz Hernández y Cabrera Meneses 2024)

En las últimas décadas, la crítica feminista ha desarrollado un corpus teórico sólido en torno a la función pedagógica de la pornografía dentro de las sociedades patriarcales. Lejos de ser un mero producto de entretenimiento sexual, la pornografía opera como un dispositivo de socialización informal que reproduce y legitima formas estructurales de violencia de género. Desde una perspectiva pionera, MacKinnon (1989) argumenta que la pornografía no solo representa la subordinación sexual de las mujeres, sino que la convierte en norma, funcionando como una "pedagogía de la violencia" en la que los varones aprenden a asociar el placer sexual con la dominación, el control y, frecuentemente, la humillación de sus parejas femeninas. Esta idea ha sido retomada y actualizada por estudios contemporáneos, que evidencian cómo la pornografía *mainstream* -en su versión más consumida y accesible- tiende a mostrar de manera sistemática prácticas sexuales donde la agencia

femenina queda supeditada a la satisfacción masculina, perpetuando modelos jerárquicos de sexualidad (Torrado Martín-Palomino et al., 2021)

En el contexto español, Torrado Martín-Palomino et al., (2021) analizan el papel que desempeña la pornografía como una institución educativa informal que modela las prácticas y representaciones sexuales de los hombres jóvenes. Su estudio revela que el consumo habitual de pornografía contribuye a naturalizar discursos y comportamientos marcados por la desigualdad, el consentimiento ambiguo y la normalización de prácticas agresivas. En este sentido, la pornografía no solo refleja la cultura patriarcal, sino que la reproduce activamente al instalar imaginarios que relegan el deseo femenino a un lugar secundario y subordinado. Así, se configura un espacio simbólico donde la violencia sexual aparece estetizada, erotizada y desproblematizada, lo que supone una amenaza significativa para la construcción de relaciones sexuales y afectivas basadas en la igualdad, el consentimiento y el reconocimiento mutuo.

Desde una perspectiva crítica feminista, la pornografía no se limita a representar escenas de violencia sexual, sino que contribuye activamente a su normalización y erotización, inscribiéndola en los guiones sexuales que estructuran el deseo masculino contemporáneo (Alario Gavilán, 2018). El discurso pornográfico dominante, caracterizado por una repetición sistemática de prácticas basadas en la humillación, la coacción simbólica y el desprecio explícito por el consentimiento, actúa como un agente de socialización afectivo-sexual profundamente efectivo. En este marco, el placer masculino se sitúa como centro narrativo y justificativo, mientras que el cuerpo femenino es construido como un objeto de uso, consumo y disponibilidad permanente, independientemente de su voluntad o deseo.

Esta narrativa, sostenida a través de miles de escenas accesibles y normalizadas, contribuye a consolidar un imaginario relacional en el que la desigualdad de poder es erotizada y convertida en una fantasía legitimada.

La pornografía, por tanto, no es neutral: ejerce una función ideológica que naturaliza relaciones de dominación y subalternidad, enseñando que el control, la invasión del cuerpo ajeno y el sometimiento emocional y físico forman parte constitutiva del erotismo. Tal como señala Illouz (2007), la cultura emocional del capitalismo neoliberal ha transformado las relaciones íntimas en espacios de lucha simbólica por el poder, donde el sufrimiento emocional femenino y la desafección masculina coexisten como parte del paisaje afectivo moderno.

Esta pedagogía simbólica afecta de manera especial a los varones adolescentes, quienes construyen su imaginario sexual en un entorno saturado de contenidos pornográficos accesibles, desregulados y carentes de una perspectiva ética o crítica (Ballester Brage & Orte Socias, 2019). La ausencia de una mediación educativa que ofrezca herramientas de análisis o pensamiento crítico frente a estos discursos contribuye a consolidar patrones de conducta y deseo marcados por la asimetría, el dominio y la objetualización del cuerpo femenino. Así, la pornografía se configura como una herramienta de socialización altamente eficaz que legitima la desigualdad sexual, promoviendo un modelo relacional donde el poder y el control sobre el cuerpo ajeno se presentan como componentes inherentes del erotismo.

### **1.2.2. Erotización de la violencia sexual: el placer del sufrimiento**

La erotización de la violencia sexual es uno de los aspectos del contenido pornográfico contemporáneo. Las representaciones de violencia sexual no

solo han existido en la pornografía desde sus orígenes, sino que en la actualidad se presentan de forma más explícita, reiterativa y socialmente aceptada, especialmente en el consumo digital masivo.

Díaz Hernández, Torrado Martín-Palomino y Gutiérrez Barroso (2023) señalan que la violencia sexual en la pornografía se ha banalizado hasta el punto de que, en muchos casos, se presenta como una forma natural y deseable de excitación sexual. Este fenómeno de erotización de la violencia está estrechamente vinculado con las representaciones de poder, control y sumisión que predominan en muchos géneros pornográficos, particularmente aquellos que siguen una lógica de dominación masculina, donde el consentimiento es ambiguo o directamente inexistente (Dines, 2010; Alario, 2018).

Además, estudios recientes advierten que la normalización de estos contenidos influye en las actitudes y comportamientos sexuales de quienes los consumen, especialmente entre los más jóvenes, quienes pueden llegar a interpretar la agresividad sexual como parte del deseo erótico legítimo (González Hernández, Carcedo González y Benito del Arco, 2024). En este sentido, la pornografía actúa como un agente de socialización sexual que valida la violencia, presentándola no solo como tolerable, sino como deseable, e incluso placentera para las mujeres representadas (Pasletas, Chiclana Actis & Mestre-Bach, 2022). La reiteración de ciertas narrativas visuales en la pornografía contribuye a consolidar un imaginario sexual en el que la dominación, la humillación y la cosificación de las mujeres se presentan como deseables y aceptables. Este patrón desplaza modelos de sexualidad basados en el respeto, la reciprocidad y el consentimiento explícito, reforzando estructuras de desigualdad y violencia simbólica (Cobo Bedia, 2024).

El análisis de la pornografía desde una perspectiva feminista muestra que esta erotización no solo afecta la percepción de las relaciones sexuales entre los consumidores, sino que también influye en la forma en que las mujeres se ven a sí mismas y se relacionan con su propio cuerpo. En numerosas representaciones pornográficas, las mujeres aparecen como sujetos pasivos cuyo placer se subordinan al deseo masculino, incluso cuando se recurre a la violencia sexual (Cobo Bedia, 2024; Draps, Pasletas, Chiclana-Actis, & Mestre-Bach, 2022). Esta construcción de la sexualidad no solo genera efectos individuales, como la internalización de modelos de deseo dominantes, sino que también tiene repercusiones sociales significativas: contribuye a perpetuar la desigualdad de género y a normalizar la violencia sexual como un componente aceptable de la vida sexual (Díaz Hernández, Torrado Martín-Palomino, & Gutiérrez Barroso, 2023).

### **1.2.3. La violencia sexual contra niñas y adolescentes en el contenido pornográfico**

Una de las manifestaciones más graves de la pornografía es su vinculación con la explotación sexual infantil, un fenómeno que, aunque ha existido desde los inicios de la industria pornográfica, ha adquirido una dimensión especialmente preocupante con el auge de Internet y las plataformas digitales. El acceso a material pornográfico explícito es cada vez más fácil, y esto ha facilitado que muchos adolescentes y jóvenes consigan acceso a contenido en el que las niñas y chicas menores de edad son víctimas de violencia sexual (Díaz Hernández, Torrado Martín-Palomino & Gutiérrez Barroso, 2023). En este contexto, la pornografía no solo actúa como una representación de la sexualidad, sino como un mecanismo que perpetúa la victimización de menores, construyendo narrativas donde la violación y la explotación sexual son normalizadas.

Según Ana de Miguel (2015), la pornografía que involucra a menores no solo es un reflejo de la deshumanización del cuerpo femenino, sino que también constituye un acto de violencia estructural hacia las niñas. Esta violencia se enmarca en una lógica capitalista que ve a los cuerpos de las mujeres -y especialmente de las niñas- como mercancías dispuestas a ser consumidas. La cosificación que promueve la pornografía infantil es una forma extrema de explotación sexual, que no solo viola derechos fundamentales, sino que también tiene efectos devastadores en la percepción que las generaciones más jóvenes tienen sobre el consentimiento, la igualdad de género y el respeto por los derechos humanos (Cobo Bedia, 2019).

Diversos estudios muestran que la exposición a pornografía puede tener efectos negativos tanto en las víctimas como en los consumidores. Por un lado, la pornografía infantil y sexualizada contribuye a normalizar la violencia sexual, fomentando actitudes más tolerantes hacia conductas abusivas (Villena Moya et al., 2023). Por otro, el consumo masivo de contenidos sexualizados entre adolescentes, especialmente jóvenes varones, puede distorsionar su comprensión del consentimiento y de las relaciones sexuales basadas en respeto y reciprocidad (Díaz Hernández, Torrado Martín-Palomino, & Gutiérrez Barroso, 2023).

El fenómeno de la pornografía infantil ha motivado la intervención de organismos internacionales como la Unión Europea y la ONU, que han subrayado la necesidad de leyes más estrictas para combatir esta práctica y proteger a las víctimas. Sin embargo, como destaca Mónica Alario (2021), las medidas legales no son suficientes si no se abordan también las causas estructurales que perpetúan la cosificación sexual de las niñas en los medios y la cultura popular. La pornografía que involucra menores no solo debe ser perseguida por vías judiciales, sino también por la vía de la educación,

sensibilizando a la sociedad sobre las consecuencias devastadoras de estas representaciones.

La lucha contra la pornografía infantil debe ser un esfuerzo multidimensional que no solo contemple el ámbito legal, sino también el ámbito social, educativo y psicológico, ayudando a los jóvenes a desarrollar una conciencia crítica frente a las representaciones sexuales y a las desigualdades de poder que subyacen en la pornografía.

La relación entre el consumo de pornografía y el incremento de la violencia sexual contra menores ha sido objeto de creciente preocupación en los últimos años. Estudios recientes revelan datos sobre cómo el acceso temprano y sin educación adecuada a contenidos pornográficos puede influir en las actitudes y comportamientos sexuales de los jóvenes:

Según un informe de la Fundación ANAR (2024), las agresiones sexuales detectadas aumentaron un 55,1% en los últimos cinco años, destacando que el 43,9% de los casos involucraron el uso de tecnologías, incluyendo fenómenos como el grooming o el sexting no consentido.

La Agencia Española de Protección de Datos (2024) advirtió que el consumo de pornografía en menores "normaliza y favorece la violencia sexual", relacionándose con estereotipos de género y prácticas violentas en la sexualidad.

Además, un estudio realizado en Bizkaia por Emargi (2024), reveló que el 15,7% de los chicos y el 6,2% de las chicas consideraron la pornografía como su principal fuente de información sobre sexualidad, evidenciando la ausencia de educación sexual formal y el riesgo de internalizar modelos de relaciones basados en la subordinación y la violencia.

La ONG Save The Children (2023) señaló que el acceso a pornografía que muestra "situaciones de violencia" y la "falta de educación afectivo sexual"

son causas del incremento de agresiones sexuales entre adolescentes, destacando que el 30% de los jóvenes considera la pornografía como su única fuente de educación sexual.

### **1.3. Sexualidad y desigualdad de poder**

Diversos autores y autoras ofrecen perspectivas críticas sobre cómo las normas y expectativas sexuales están intrínsecamente vinculadas a las estructuras de poder, contribuyendo a la perpetuación de desigualdades de género y sexuales en la sociedad. Desde una mirada feminista interseccional, se ha señalado que el deseo, lejos de ser una experiencia neutra o puramente individual, está socialmente condicionado por relaciones históricas de dominación, jerarquía y control simbólico (Foucault, 1976; Illouz, 2007). Estas normas no solo establecen qué prácticas son consideradas legítimas, sino que definen quién tiene derecho a experimentar y expresar deseo, y bajo qué condiciones.

Esta perspectiva ha sido respaldada por numerosos estudios que evidencian cómo las representaciones mediáticas, culturales y pornográficas configuran marcos de interpretación que naturalizan la violencia sexual, invisibilizando sus efectos y desplazando la responsabilidad del agresor hacia la víctima (Barjola, 2018; Torrado et al., 2021). Así, la cultura de la violación no se limita a los actos explícitos de violencia sexual, sino que se manifiesta en prácticas cotidianas, discursos mediáticos, construcciones estéticas y lógicas narrativas que reproducen la desigualdad estructural entre hombres y mujeres. En este entramado, la violencia simbólica (Bourdieu, 2000) opera como una forma sutil pero eficaz de reproducción del orden patriarcal, al presentar como deseables, naturales o inevitables situaciones que implican subordinación, control y cosificación del cuerpo femenino. Por ello, comprender el vínculo entre sexualidad y poder es clave para desmantelar

las narrativas que sostienen la dominación masculina, especialmente aquellas que se camuflan como expresiones de libertad sexual bajo lógicas neoliberales (Alario Gavilán, 2023).

Marina Marroquí (2025) advierte, desde su experiencia como educadora social en una entrevista, que existe una generación de jóvenes que erotiza la violencia sexual debido a una exposición precoz y amplia a contenidos pornográficos; esta erotización conlleva la normalización de comportamientos violentos y una disminución de la empatía hacia las víctimas (Marroquí, 2025).

Asimismo, Froidevaux-Metterie (2024), filósofa francesa, argumenta cómo desde la pubertad se inculca en las mujeres la vergüenza corporal, un mecanismo patriarcal que las mantiene en un estado de autocrítica constante, afectando su relación con la sexualidad y el poder.

La doctora Miriam Al Adib Mendiri (2022), ginecóloga y obstetra, enfatiza la necesidad de una educación sexual integral que aborde tanto los aspectos físicos como emocionales del sexo, destacando que la confusión entre libertad sexual e hipersexualización contribuye a la cosificación de las mujeres y perpetúa la desigualdad de género.

### **1.3.1. Consentimiento en contextos de desigualdad**

El concepto de consentimiento, en su forma más simplificada, se refiere al acto de otorgar permiso para que se lleve a cabo una acción, especialmente en contextos sexuales. Sin embargo, el consentimiento no puede entenderse como un fenómeno puramente individual o aislado, sino que está profundamente condicionado por las estructuras sociales y culturales que organizan las relaciones humanas. Diversas autoras feministas han argumentado que el consentimiento sexual debe analizarse a la luz de las

relaciones de poder, ya que factores como el género, la clase social, la raza, la orientación sexual y la edad inciden directamente en la capacidad de las personas para otorgarlo o negarlo de manera libre y autónoma (MacKinnon, 1989; Alario Gavilán, 2023). En este sentido, el consentimiento no puede asumirse como libre cuando opera dentro de un marco de desigualdad estructural, donde las mujeres están históricamente expuestas a coerciones simbólicas, económicas o emocionales que pueden limitar su capacidad de decisión (De Miguel, 2015; García Dauder & Pérez Sedeño, 2017).

Pierre Bourdieu (2000) argumentó que el consentimiento nunca puede ser considerado completamente libre de las estructuras sociales que lo preceden. Según Bourdieu, las relaciones de poder presentes en la sociedad se trasladan al ámbito íntimo y sexual, de tal manera que lo que se percibe como un "consentimiento libre" puede, en realidad, estar condicionado por el contexto socio-cultural. La desigualdad estructural puede influir en las decisiones sexuales de manera sutil, pero profunda, ya que las personas en posiciones de poder (generalmente hombres, en una sociedad patriarcal) tienen la capacidad de moldear y manipular el consentimiento a su favor.

Este análisis también es relevante cuando se observa la pornografía, que muchas veces presenta modelos de poder profundamente desiguales. Rosa Cobo Bedia (2019) ha señalado que la pornografía perpetúa una visión distorsionada del consentimiento, en la que las mujeres, a menudo representadas en posiciones subordinadas, parecen otorgar su consentimiento bajo la presión implícita de la dinámica de poder que se muestra en el contenido. La industria pornográfica, con su enfoque en la objetificación y cosificación de las mujeres, no solo distorsiona el consentimiento, sino que también refuerza las desigualdades de género al presentar escenarios en los que las mujeres "aceptan" ser objeto de deseo y sometimiento, a menudo de manera no verbalizada.

El consentimiento informado es otro concepto fundamental que debe ser considerado en contextos de desigualdad. Este tipo de consentimiento implica que todas las partes involucradas comprendan plenamente las circunstancias, los riesgos y las implicaciones de una acción sexual antes de acceder a ella. Sin embargo, cuando se encuentran presentes dinámicas de poder desigual, como ocurre en las relaciones basadas en el patriarcado o en situaciones donde existe coerción económica o emocional, el consentimiento puede ser manipulado. González Ramos y Romero Morales (2021) destaca que, en muchos casos, el consentimiento en estos contextos es una ilusión, ya que las mujeres pueden sentirse socialmente presionadas a ceder ante las demandas sexuales, no por una decisión libre, sino por la necesidad de cumplir con expectativas culturales de feminidad, sumisión y deseo masculino.

El concepto de consentimiento sexual en contextos de desigualdad también se interrelaciona con la violencia sexual estructural, donde las formas de abuso y explotación pueden no ser reconocidas como tales debido a la normalización de ciertas dinámicas de poder en la sociedad. Mónica Alario (2021) afirma que, en las sociedades patriarcales, muchas veces las mujeres internalizan estas desigualdades y, por lo tanto, no reconocen que están siendo sometidas a coerción sexual o violencia, ya sea en relaciones personales o a través de la exposición a material pornográfico. Esta invisibilización de la violencia sexual estructural hace que el consentimiento sexual, en muchos casos, sea más una formalidad que una realidad auténtica.

En resumen, el consentimiento en contextos de desigualdad debe ser visto como un proceso complejo, mediado por las estructuras de poder que configuran las interacciones humanas. A menudo, las condiciones sociales y culturales que definen la sexualidad y el deseo influyen profundamente en la capacidad de una persona para ejercer su consentimiento de manera libre y

autónoma. La lucha por un consentimiento auténtico implica también cuestionar y dismantelar las estructuras de poder que condicionan las relaciones sexuales y afectivas.

### **1.3.2. Cultura de la violación y pornografía: una alianza simbólica**

Cobo Bedia (2015) afirma que la pornografía juega un papel clave en reforzar esta dinámica al retratar a las mujeres como objetos sexuales y al legitimar la violencia sexual bajo la premisa de un consentimiento falso o forzado.

Según Torrado Martín-Palomino et al., (2021), la pornografía y la cultura de la violación están interconectadas en la medida en que ambas presentan una sexualidad deseada y válida que, a menudo, está basada en la sumisión y el sometimiento de las mujeres. La representación de escenas de violación, sumisión y abuso en muchos contenidos pornográficos no se limita a la mera exhibición de actos sexuales, sino que a menudo los enmarca dentro de una narrativa en la que la violencia sexual es romantizada o incluso transformada en un objeto de placer para los espectadores. Este tipo de representaciones, que pueden encontrarse con frecuencia en ciertos subgéneros de la pornografía (como el BDSM no consensuado o el "rape porn"), tienen un impacto significativo en las percepciones sociales sobre el consentimiento y la violencia sexual.

Ana de Miguel (2021) argumenta que la pornografía tiene un papel fundamental en la construcción de lo que ella denomina la "cultura de la violación", en la cual la violencia sexual no solo es aceptada, sino que es vista como algo inevitable o, incluso, deseable. Este tipo de representaciones distorsiona la noción de consentimiento, ya que en muchos casos las mujeres en los vídeos pornográficos parecen consentir lo que sucede, pero, en

realidad, sus cuerpos son utilizados para cumplir con un guion preestablecido que no refleja las dinámicas del consentimiento real. Además, este tipo de pornografía subraya la desigualdad de poder entre los géneros, al mostrar a las mujeres como objetos pasivos que existen para satisfacer el deseo masculino, sin agencia propia.

Rosa Cobo Bedia (2015) profundiza en cómo la pornografía contribuye a la naturalización de la violencia sexual dentro de una sociedad patriarcal. Según Cobo Bedia, la pornografía no solo produce una representación sexual despersonalizada y objetificada de las mujeres, sino que también legitima la violencia de género al representar a las mujeres como disponibles y sometidas a los deseos de los hombres, aunque, aparentemente, de forma consensuada. Esta construcción simbólica de la mujer como objeto sexual, cuya "sumisión" se presenta como un acto deseado, refuerza la idea de que las mujeres, en su mayoría, deben ser pasivas en el ámbito sexual, lo cual se alinea con la cultura de la violación.

En este sentido, la pornografía no es solo una forma de entretenimiento sexual, sino también un mecanismo de socialización que influye en cómo los individuos, especialmente los adolescentes, perciben las relaciones sexuales, el consentimiento y la violencia. Mónica Alario (2021) advierte que los adolescentes, al no contar con una educación sexual adecuada, pueden internalizar estas representaciones distorsionadas y asumir que las dinámicas de poder y control reflejadas en la pornografía son normales o aceptables en sus propias relaciones sexuales.

El proyecto Emargi (2024), una iniciativa de investigación feminista en Europa, también ha subrayado la interconexión entre la pornografía y la perpetuación de las violencias sexuales. El proyecto, al investigar las implicaciones sociales de la pornografía y su influencia en las percepciones de la sexualidad, concluye que la pornografía mainstream, al ser fácilmente

accesible, contribuye a la construcción de normas sexistas y violentas que refuerzan las desigualdades de poder. La normalización de la violencia sexual en los medios visuales, especialmente en la pornografía, crea una cultura donde la agresión sexual es trivializada y, a menudo, se presenta como un acto de deseo mutuo o diversión, en lugar de un acto coercitivo y abusivo.

La pornografía, entonces, no solo actúa como un espejo de las desigualdades sociales existentes, sino que también las refuerza, al ofrecer una narrativa de sexualidad que refleja los valores patriarcales dominantes. González Ramos y Romero Morales (2020) destacan que el consumo masivo de pornografía está vinculado con la perpetuación de la cosificación y la violencia de género, ya que la pornografía refuerza la idea de que el sexo es un acto de poder, donde los hombres son los actores principales y las mujeres son los objetos sobre los que se ejerce este poder.

Por otro lado, autoras como Andrea Dworkin (1981) ya habían argumentado acerca del vínculo entre la pornografía y la cultura de la violación, señalando que la representación de las mujeres en estos contenidos contribuye al debilitamiento de las leyes que protegen los derechos sexuales de las mujeres. Dworkin sostiene que la pornografía no es solo un reflejo de la misoginia, sino que también es un instrumento de perpetuación de esta.

Fernández-Ruiz, López-Entrambasaguas y colaboradores (2023) destacan que muchas jóvenes reportan que la exposición a contenidos pornográficos influye en su percepción de la sexualidad y del consentimiento, al tiempo que puede normalizar prácticas sexuales agresivas o basadas en la sumisión. Señalan que esta influencia es particularmente preocupante en la adolescencia, dado que las jóvenes carecen de las herramientas críticas necesarias para discernir las representaciones coercitivas y artificiales de la sexualidad que se presentan en la pornografía.

La relación entre la pornografía y la cultura de la violación es compleja y profundamente simbólica. La pornografía no solo representa una visión distorsionada del consentimiento, sino que también desempeña un papel activo en la construcción de una realidad social donde la violencia sexual es minimizada, romantizada y aceptada. Las representaciones pornográficas de la sumisión femenina y el abuso sexual no consensuado son elementos fundamentales que perpetúan la cultura de la violación y las desigualdades de poder en las relaciones sexuales.

## **2. CAPÍTULO II. CONTEXTO ACTUAL**

### **2.1. El contexto sociocultural**

En el actual contexto de globalización neoliberal, las y los jóvenes crecen inmersos en una cultura de consumo que atraviesa todos los aspectos de la vida, incluida la construcción de su identidad y sexualidad. Este proceso de globalización no solo implica la expansión económica, sino también la difusión acelerada de valores, discursos y productos culturales que homogeneizan prácticas y representaciones, promoviendo modelos de éxito, belleza y comportamiento que responden a lógicas capitalistas y patriarcales (Bauman, 2001; Harvey, 2007).

Las redes sociales y los medios digitales juegan un papel clave en esta dinámica, al actuar como plataformas de normalización que reproducen estereotipos de género y sexualidad, al tiempo que invisibilizan las desigualdades estructurales que afectan de forma diferenciada a las juventudes según su clase, raza, género u orientación sexual (Illouz, 2007; González Ramos & Romero Morales, 2020).

La noción de “libertad de elección” se ha convertido en uno de los pilares ideológicos del neoliberalismo contemporáneo, y es especialmente potente

en los discursos dirigidos a la juventud. Esta libertad, entendida como capacidad individual de decisión, es celebrada como signo de empoderamiento, pero a menudo encubre la reproducción de estructuras de poder que limitan las posibilidades reales de agencia.

Desde el feminismo se ha cuestionado esta supuesta autonomía, señalando que muchas elecciones -como la exposición hipersexualizada en redes, el consumo de pornografía o la participación en la economía de la atención- están condicionadas por exigencias sociales normalizadas y por sistemas simbólicos que refuerzan la desigualdad (Alario Gavilán, 2023). En este sentido, lo que se presenta como elección libre es frecuentemente el resultado de una socialización que naturaliza la objetivación de los cuerpos, especialmente los femeninos, bajo la lógica de la deseabilidad y la competitividad.

La hipersexualización se ha convertido en un fenómeno central en el modo en que los jóvenes construyen su imagen corporal y su desempeño social, especialmente en entornos digitales. Este proceso no solo afecta a las chicas, quienes enfrentan presiones para cumplir con estándares estéticos imposibles y sexualmente disponibles, sino también a los chicos, que son socializados en torno a modelos de masculinidad basados en el dominio, el consumo del cuerpo ajeno y el desprecio hacia la vulnerabilidad emocional (Ballester Brage & Orte Socías, 2019). A través de plataformas como Instagram, TikTok u OnlyFans, se refuerza una estética sexualizada y mercantilizada del cuerpo, donde la validación social se obtiene mediante la exhibición constante, lo que puede provocar impactos significativos en la autoestima, el desarrollo afectivo y la percepción de las relaciones interpersonales.

En este panorama, el feminismo representa una herramienta teórica y política indispensable para la crítica de estas dinámicas. Sin embargo, su apropiación por discursos neoliberales ha generado distorsiones que lo despojan de su

potencial transformador. El “feminismo de mercado” promueve una imagen de empoderamiento individual desconectada de las luchas colectivas, transformando la crítica estructural en un estilo de vida o una estrategia de branding personal (Rottenberg, 2018). Frente a ello, las corrientes feministas críticas insisten en la necesidad de recuperar el análisis de las condiciones materiales de existencia, las violencias simbólicas y la interseccionalidad como claves para comprender la complejidad del mundo que habitan las juventudes y para construir alternativas que no se limiten a una inclusión acrítica en el sistema, sino que apunten a su transformación radical (Segato, 2016; Torrado Martín-Palomino, Gutiérrez Barroso, Romero Morales, & González Ramos, 2021).

### **2.1.1. Neoliberalismo, mercado y cuerpos**

El análisis del consumo de pornografía en las sociedades contemporáneas no puede desligarse de las dinámicas estructurales del neoliberalismo. Este sistema económico y político ha reconfigurado profundamente los modos de subjetivación, la percepción del cuerpo y las relaciones interpersonales. El neoliberalismo no solo opera en términos económicos, sino que también impone una lógica de mercado en las esferas más íntimas, incluidas la sexualidad y las emociones.

Rosa Cobo Bedia (2015) señala que el neoliberalismo ha favorecido la mercantilización total del cuerpo femenino, de modo que la sexualidad se ha transformado en un producto más dentro de un sistema de libre circulación de bienes y servicios. En esta lógica, el cuerpo de las mujeres, y por extensión su representación pornográfica, se convierte en un bien de consumo disponible para el deseo masculino. Esta cosificación se sostiene sobre la ideología de la libre elección, que, en palabras de Ana de Miguel (2021), en

realidad enmascara las profundas asimetrías estructurales de poder que siguen configurando las relaciones entre los géneros.

El neoliberalismo también ha consolidado la idea del sujeto autónomo, racional, competitivo y permanentemente disponible, lo que ha generado un marco propicio para que la pornografía se presente como un producto legítimo del mercado sexual. Desde esta perspectiva, la libertad sexual se reduce a la capacidad individual de elegir productos y prácticas sexuales, obviando que dichas elecciones están condicionadas por una cultura patriarcal que erotiza la desigualdad (Chiclana-Actis & Villena-Moya, 2022).

Esta lógica ha sido también ampliamente abordada por autoras internacionales como Angela McRobbie (2009) que, desde una perspectiva británica, advierte cómo el neoliberalismo se ha apropiado de parte del discurso feminista, vaciándolo de contenido político y presentando la cosificación sexual de las mujeres como una forma de empoderamiento individual. Esta “feminidad postfeminista” convierte la sexualización en un proyecto de autorrealización personal, lo cual armoniza perfectamente con la lógica neoliberal del rendimiento y la maximización de la productividad incluso en la esfera erótica.

En una línea similar, Nancy Fraser (2013) denuncia que el capitalismo neoliberal ha absorbido demandas legítimas de los movimientos sociales – entre ellas, las demandas feministas sobre el cuerpo y la sexualidad– para reproducir nuevas formas de opresión bajo una apariencia de libertad. De esta forma, se construye un sujeto femenino que debe exhibirse, rendir sexualmente y mostrarse disponible, todo en nombre de la libertad de elección, pero dentro de un marco de explotación simbólica y económica.

Pierre Bourdieu (1998), aunque en un contexto anterior, resulta clave para comprender cómo estas formas de violencia simbólica operan. Según su

teoría del habitus y del capital simbólico, los cuerpos no son solo materiales biológicos, sino portadores de significados construidos socialmente. En el contexto actual, estos significados están profundamente atravesados por la lógica de consumo, en la que la pornografía actúa como una tecnología de género que reproduce esquemas de dominación.

Desde Latinoamérica, Rita Segato (2016) ha insistido en que el neoliberalismo ha intensificado la violencia sexual como una forma de reafirmación del poder masculino en un mundo cada vez más desigual. En su análisis, la pornografía mainstream forma parte de lo que denomina “pedagogía de la crueldad”, una narrativa donde la sexualidad masculina se vincula a la dominación, la agresión y el control, contribuyendo a moldear una masculinidad destructiva.

Así, en el marco neoliberal, la pornografía no puede entenderse simplemente como una forma de entretenimiento o expresión sexual. Es, más bien, una herramienta de socialización que enseña, normaliza y legitima determinadas formas de jerarquización sexual, profundamente marcadas por el género, la raza y la clase.

### **2.1.2. Cosificación y sexualización femenina en la sociedad de consumo**

La cosificación sexual, entendida como la reducción de una persona - especialmente las mujeres- a su cuerpo o atributos sexuales, es uno de los pilares simbólicos de la pornografía contemporánea. Esta cosificación no se limita a la pornografía, sino que atraviesa el imaginario colectivo en sociedades que han normalizado la sexualización constante del cuerpo femenino desde edades tempranas.

Mónica Alario (2021) analiza cómo la pornografía constituye un dispositivo de poder que no solo erotiza la subordinación femenina, sino que también

normaliza la violencia sexual como forma de placer. En esta lógica, las mujeres aparecen despojadas de subjetividad, representadas como objetos al servicio del deseo masculino. La pornografía actúa, por tanto, como un medio de difusión de una pedagogía machista que modela los deseos y expectativas sexuales desde la desigualdad.

Rosario Pozo Gordaliza (2019) enfatiza que la hipersexualización en los medios y redes sociales va de la mano con una narrativa que exige a las mujeres jóvenes performar constantemente su deseabilidad, reforzando su posición como objeto de consumo visual y erótico. Esta representación se traslada a la pornografía, donde el placer masculino se centra en la humillación, el dolor o el dominio de los cuerpos femeninos, presentados como pasivos o siempre dispuestos.

Desde el ámbito internacional, Gail Dines (2010), una de las críticas más reconocidas de la pornografía, sostiene que las representaciones hipersexualizadas de las mujeres en los medios, especialmente en la pornografía, están profundamente ligadas a un sistema que perpetúa la dominación masculina. En su obra *Pornland: How Porn Has Hijacked Our Sexuality*, denuncia que la pornografía mainstream ha transformado el cuerpo femenino en un campo de batalla donde se escenifica la conquista y la subordinación como sinónimo de deseo sexual.

Lluís Ballester Brage (2019) corrobora este enfoque al afirmar que los adolescentes no solo consumen pornografía como entretenimiento, sino como un modelo educativo sexual. En este contexto, la cosificación de las mujeres no solo no se cuestiona, sino que se integra en las prácticas eróticas y en la construcción de la masculinidad. Las mujeres son vistas como disponibles, sin voluntad propia, y su valor se mide por su capacidad de ser deseadas.

Varios estudios han vinculado la cosificación con el fenómeno del feminicidio, señalando que cuando el cuerpo de las mujeres se convierte en objeto sin valor intrínseco, se habilita un marco simbólico que legitima su uso, abuso y eliminación. En un análisis contundente, Segato (2016) vincula esta dinámica con la pornografía dura, argumentando que cuerpos dañados de mujeres se convierten en “lenguajes cifrados entre hombres poderosos”, lo que alimenta una cultura donde la violencia sexual no solo es normalizada, sino simbólicamente permitida.

Por su parte, Mabel Lozano (2024), en un trabajo documental, advierte del aumento de la violencia simbólica en la pornografía producida con chicas muy jóvenes. En sus investigaciones, muestra cómo muchas de estas jóvenes, incluso menores de edad, son representadas en situaciones que simulan consentimiento, pero que reproducen patrones claros de coacción y explotación.

Desde los estudios culturales, Angela McRobbie (2009) subraya que la cultura visual contemporánea promueve una estética de la hipersexualización femenina que legitima la cosificación como una forma de “empoderamiento”, especialmente entre adolescentes. Sin embargo, este empoderamiento es ilusorio, ya que se da dentro de un marco simbólico que continúa siendo patriarcal.

En definitiva, la cosificación y sexualización del cuerpo femenino no son fenómenos marginales ni recientes: están en el núcleo de la pornografía mainstream y, en conexión con el neoliberalismo, se han intensificado como estrategias de control simbólico. Estas prácticas no solo afectan a la forma en que los adolescentes construyen sus relaciones sexuales, sino que también inciden en su concepción del amor, el poder y el cuerpo.

### **2.1.3. La influencia de la pornografía en la socialización sexual**

La pornografía se ha consolidado como un potente agente de socialización en las sociedades contemporáneas, influyendo significativamente en las percepciones y comportamientos sexuales, especialmente entre adolescentes y jóvenes. Su fácil acceso y amplia difusión en la era digital la han convertido en una fuente primaria de información sobre sexualidad, moldeando actitudes y expectativas en las relaciones.

Diversos organismos internacionales han alertado sobre los riesgos que implica el acceso temprano de niños, niñas y adolescentes a contenidos pornográficos. En este sentido, el Consejo de Europa (2022) advierte que la exposición infantil a la pornografía en línea puede distorsionar la comprensión del consentimiento, del respeto por la integridad física y de las relaciones sexuales saludables. Esta exposición prematura no solo plantea riesgos para el desarrollo psicosocial de la infancia, sino que también contribuye a la normalización de actitudes y comportamientos sexualmente agresivos o sexistas, al desdibujar los límites entre el deseo, la coerción y la violencia.

En este sentido, la pornografía actúa como un potente agente de socialización sexual, especialmente cuando no hay una educación afectivo-sexual crítica y con perspectiva de género que contrarreste sus mensajes. Tal como señala Livingstone et al. (2021), en el informe de Global Kids Online, los y las adolescentes acceden a contenidos sexuales cada vez a edades más tempranas, lo que puede reforzar estereotipos sexistas y prácticas sexuales coercitivas que son asumidas como normales. Estas representaciones hiperrealistas y descontextualizadas de la sexualidad pueden condicionar sus expectativas, su forma de vincularse afectivamente y su percepción del cuerpo propio y ajeno.

Desde una perspectiva feminista, autoras como Rosa Cobo Bedia (2019) y Mónica Alario (2021) coinciden en señalar que la pornografía no solo transmite imaginarios sexuales violentos, sino que es una herramienta estructural del sistema patriarcal, que enseña roles de dominación masculina y sumisión femenina como patrones deseables o inevitables. Esto tiene implicaciones especialmente graves durante la adolescencia, una etapa en la que se está configurando la identidad sexual y afectiva. Tal como expone Villena Moya (2023), muchos adolescentes interiorizan prácticas de riesgo o actitudes desiguales como parte del repertorio “normalizado” que ofrecen los contenidos pornográficos mainstream, sin distinguir entre ficción y realidad.

La pornografía ha dejado de ser una práctica marginal para convertirse en uno de los principales agentes socializadores en el ámbito de la sexualidad, especialmente entre los adolescentes y jóvenes. A través de sus narrativas, modelos y representaciones, influye directamente en la construcción de imaginarios sexuales, afectivos y de género. Como señalan De Alarcón et al. (2019), el acceso temprano y frecuente a contenidos pornográficos en línea puede generar un proceso de aprendizaje social basado en modelos estereotipados, normativos y frecuentemente violentos, que distorsionan el concepto de consentimiento, placer y reciprocidad.

Desde la teoría del aprendizaje social, la exposición repetida a la pornografía actúa como una experiencia educativa informal que moldea actitudes, expectativas y conductas sexuales. Este fenómeno ha sido evidenciado por Castro Calvo et al. (2021), quienes afirman que el consumo frecuente de pornografía durante la adolescencia puede generar una habituación cognitiva que disminuye la sensibilidad ante prácticas sexualmente violentas o degradantes. Esto se agrava cuando los contenidos consumidos reproducen dinámicas de poder patriarcales, como la dominación masculina o la cosificación de las mujeres.

La pornografía también actúa como un espejo cultural en el que se refleja y legitima la desigualdad estructural entre géneros. Tal como indica Cobo Bedia (2024), el carácter normativo de la pornografía en el contexto capitalista y neoliberal ha hecho de ella una herramienta eficaz para reforzar el orden patriarcal mediante el deseo. En este sentido, no solo se trata de un producto de consumo, sino de una narrativa pedagógica que moldea subjetividades.

Draps et al. (2022) advierten que el impacto socializador de la pornografía en adolescentes no puede ser subestimado, ya que a menudo se convierte en la principal fuente de educación sexual en ausencia de otros referentes. Esta pornografía, en muchos casos, reproduce estereotipos de género, roles hipersexualizados y relaciones basadas en el sometimiento, constituyéndose así en un discurso dominante frente a una educación afectivo-sexual crítica aun débilmente implementada.

#### **2.1.4. Los mensajes dominantes en el discurso pornográfico**

El discurso pornográfico convencional se encuentra imbuido de narrativas que reproducen y fortalecen las relaciones desiguales de género, al tiempo que contribuyen a la objetivación del cuerpo femenino. En estas representaciones, las mujeres son habitualmente ubicadas en posiciones subordinadas, cuya función principal es la satisfacción del deseo masculino, lo que perpetúa estereotipos de sumisión y pasividad.

Celia Amorós (2006) señala que la pornografía actúa como un mecanismo que erotiza la dominación masculina, consolidando a las mujeres como objetos sexuales subordinados al placer de los varones, en un contexto donde la dominación patriarcal se estructura y legitima mediante prácticas simbólicas y culturales que refuerzan dicha subordinación.

La pornografía a menudo normaliza y erotiza la violencia sexual. Diversos estudios han encontrado que un alto porcentaje de contenido pornográfico incluye agresiones físicas y verbales, generalmente dirigidas de hombres hacia mujeres, lo que contribuye a la normalización de la violencia como una parte natural de las relaciones sexuales. Esta representación distorsiona la percepción de lo que constituye una práctica sexual saludable, ya que desdibuja las fronteras entre el consentimiento y la coerción, promoviendo una visión sexista y patriarcal del deseo (MacKinnon, 1989; Dines, 2010). Investigaciones recientes han señalado que este tipo de contenidos, al ser consumidos en masa, refuerzan los estereotipos de género y perpetúan las dinámicas de poder desiguales en las relaciones sexuales, afectando especialmente a los más jóvenes, quienes tienden a aprender sobre sexualidad a través de estos modelos distorsionados (Barjola, 2021).

El discurso pornográfico convencional está impregnado de narrativas que refuerzan la desigualdad de género y la objetivación de las mujeres. Rosa Cobo Bedia (2020), en su obra *Pornografía. El placer del poder*, argumenta que la pornografía es una pedagogía de la violencia sexual que erotiza la dominación masculina y la subordinación femenina, consolidando estereotipos de género perjudiciales.

Ana de Miguel (2015), en *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*, critica cómo la pornografía presenta la violencia y la humillación hacia las mujeres como componentes eróticos, normalizando prácticas que perpetúan la desigualdad y la violencia de género.

Además, diversos estudios recientes indican que el consumo temprano de pornografía puede distorsionar la percepción de la sexualidad en los jóvenes, con efectos adversos en la construcción de su identidad sexual y de género. El contacto precoz con contenidos pornográficos puede contribuir a la construcción de una sexualidad basada en la violencia y la dominación, dado

que la pornografía actúa como una escuela que enseña prácticas y relaciones desiguales, donde predominan la cosificación y la imposición del deseo masculino sobre el femenino. Según Díaz Hernández y Torrado Martín-Palomino (2023), esta exposición normaliza comportamientos agresivos y distorsiona la comprensión de la sexualidad saludable, al promover modelos que desdibujan el consentimiento y reproducen relaciones desiguales y violentas.

Investigaciones indican que los jóvenes que consumen pornografía a edades tempranas son más propensos a desarrollar actitudes permisivas hacia la violencia sexual y las desigualdades de género, ya que estos contenidos frecuentemente promueven dinámicas de poder desiguales, con representaciones de mujeres como objetos sexuales subordinados a los deseos masculinos (Torrado Martín-Palomino et al., 2021).

El impacto de la pornografía en los jóvenes no solo afecta sus actitudes hacia la sexualidad, sino también sus conductas en las relaciones interpersonales. Estudios han señalado que el consumo de pornografía temprana se asocia con un mayor riesgo de involucrarse en comportamientos sexuales de riesgo, tales como la coerción o la falta de comunicación sobre el consentimiento (MacKinnon, 1989; Dines, 2010).

### **2.1.5. El placer y el dolor de las mujeres en la pornografía**

En la pornografía convencional, es común la representación del dolor femenino como parte integral del acto sexual, presentándolo como algo placentero o incluso deseado por las mujeres. Esta narrativa refuerza la idea de que las mujeres encuentran satisfacción en la sumisión y el sufrimiento, perpetuando dinámicas de poder desiguales y contribuyendo a la justificación simbólica de comportamientos abusivos. Mónica Alario Gavilán (2023) analiza cómo la industria pornográfica representa de forma

sistemática el dolor físico de las mujeres como una fuente de excitación erótica, lo que naturaliza la violencia sexual y la inscribe como parte del imaginario del deseo masculino. Estas representaciones consolidan una pedagogía del sometimiento, donde el cuerpo femenino se convierte en el lugar de la dominación legitimada y erotizada (Alario Gavilán 2023).

Asimismo, investigaciones feministas han demostrado que este tipo de representaciones no son anecdóticas, sino que responden a un patrón estructural en la cultura pornográfica hegemónica, donde la desigualdad sexual se erotiza y se convierte en un recurso narrativo central. Ana de Miguel (2015) enfatiza que la erotización de la violencia tanto en la pornografía como en la prostitución actúa como un dispositivo ideológico que legitima la subordinación de las mujeres, presentándola no solo como aceptable, sino como deseable. Según la autora, esta forma de violencia simbólica está presente en nuestras sociedades contemporáneas y plantea una profunda contradicción ética y política: ¿cómo es posible que se promueva la legitimación de estas prácticas como si fuesen una forma de trabajo aceptable y libremente elegida? (De Miguel, 2015). De Miguel interpela críticamente al discurso neoliberal del consentimiento, argumentando que, en contextos de desigualdad estructural, la noción de elección individual no puede desligarse de las relaciones de poder que atraviesan los cuerpos, especialmente los de las mujeres en situación de vulnerabilidad.

Estas representaciones tienen implicaciones directas en la salud y bienestar de las mujeres. La exposición a tales contenidos puede llevar a la interiorización de expectativas dañinas sobre el sexo, donde el dolor y la humillación son vistos como componentes normales o incluso deseables de la experiencia sexual. Además, puede influir en la percepción que los hombres tienen sobre las mujeres y las relaciones sexuales, fomentando

actitudes que minimizan la importancia del consentimiento y el respeto mutuo.

## **2.2. Sexualidad y entorno digital**

La sexualidad constituye una dimensión fundamental del desarrollo humano que abarca aspectos biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Lejos de ser un impulso instintivo puramente biológico, la sexualidad es un fenómeno complejo, moldeado por la historia personal y las estructuras sociales en las que se inserta el sujeto. Según Simone de Beauvoir (1949/2019, p.371), "no se nace mujer: se llega a serlo", una afirmación que no solo interpela a la construcción de género, sino también a la configuración del deseo, el placer y las prácticas sexuales dentro de un sistema de normas, mandatos y prohibiciones. En este sentido, el deseo no es una entidad dada, sino que se construye históricamente a través de procesos de socialización, relaciones de poder y representaciones simbólicas que definen lo deseable y lo aceptable.

Eva Illouz (2007) amplía esta perspectiva al analizar cómo el capitalismo emocional ha transformado los códigos afectivos y eróticos contemporáneos, estableciendo una interdependencia entre las estructuras de mercado y las formas de amar, desear y vincularse.

Durante la adolescencia, etapa clave en la configuración de la identidad, la construcción del deseo se ve intensamente influida por los discursos sociales predominantes, especialmente los transmitidos por la industria cultural, los medios digitales y la pornografía. Autoras como Mónica Alario (2021) han alertado sobre el papel que juegan las representaciones pornográficas en la construcción de imaginarios eróticos marcados por la desigualdad, la cosificación y la violencia simbólica hacia los cuerpos de las mujeres.

En la configuración del deseo, operan estructuras simbólicas ancladas en el orden patriarcal, donde la masculinidad se construye en torno al ejercicio del poder y la iniciativa, mientras que la feminidad se representa como pasividad, disponibilidad y subordinación. Esta construcción relacional del género no solo mediatiza las experiencias sexuales, sino que perpetúa jerarquías de poder que limitan la capacidad de las personas, especialmente de las mujeres, para ejercer el consentimiento y la autonomía de forma plena.

Miriam Al Adib Mendiri (2017) plantea que la sexualidad no puede entenderse de forma fragmentada ni desprovista de contexto. En su obra *Hablemos de vaginas*, sostiene que el desarrollo sexual está profundamente condicionado por los discursos hegemónicos que promueven la ignorancia, la culpa y la desconexión con el propio cuerpo, especialmente en las mujeres. Esta desconexión, que comienza a construirse en la infancia, se intensifica durante la adolescencia, una etapa en la que la subjetividad se ve fuertemente atravesada por los cambios corporales, el deseo de pertenencia y la presión de cumplir con los mandatos normativos de género. Según la autora, muchas adolescentes inician su vida sexual desde una posición de desconocimiento sobre su propio placer, expuestas a una socialización afectivo-sexual donde predomina el silencio, el tabú y la pornografía como principal referente. Así, el deseo se configura dentro de una estructura simbólica que muchas veces invisibiliza la agencia femenina y refuerza modelos relacionales marcados por la desigualdad, lo que hace urgente una educación sexual integral, crítica y emancipadora que permita a las adolescentes reconectarse con sus cuerpos desde la libertad y el cuidado (Al Adib Mendiri, 2017).

El entorno digital se ha consolidado como un espacio central en el proceso de construcción de la identidad sexual de los adolescentes. Plataformas sociales, servicios de mensajería y sitios pornográficos no solo median el

acceso a la información sexual, sino que también condicionan las prácticas y las representaciones en torno al cuerpo, el deseo y las relaciones.

Los estudios de Pasletas, Chiclana Actis y Mestre-Bach (2022) destacan que la exposición continuada a contenidos sexuales en línea tiene un impacto significativo en la configuración de la percepción corporal y en la vivencia de la sexualidad, especialmente en edades tempranas. Esta exposición contribuye a la interiorización de modelos estéticos normativos y altamente sexualizados, que no solo alteran las expectativas sobre el cuerpo propio y ajeno, sino que también condicionan las prácticas y comportamientos sexuales.

La hipersexualización juvenil es uno de los fenómenos más documentados en este contexto, donde las redes sociales refuerzan la lógica de la imagen como principal fuente de valor. Esto repercute especialmente en las adolescentes, quienes enfrentan una doble presión: por un lado, adaptarse a los cánones estéticos impuestos por la cultura visual; por otro, sostener una identidad sexual activa y “deseable”, según los modelos que circulan en internet. Como ha señalado Illouz (2019), esta lógica mercantiliza el deseo y transforma las relaciones afectivas en intercambios marcados por el consumo y la estética.

Castro Calvo et al. (2021) señalan que la accesibilidad inmediata a contenido pornográfico online, combinada con la falta de educación afectivo-sexual integral, está generando nuevas formas de adicción conductual y dependencia al estímulo visual. Este fenómeno se relaciona con una desregulación emocional, dificultades en la intimidad real y una menor satisfacción sexual, afectando el desarrollo psicoafectivo de los adolescentes.

Por su parte, Draps et al. (2022) destacan el papel que tienen los algoritmos en la exposición repetitiva a ciertos tipos de contenido, generando una

burbuja de refuerzo que contribuye a naturalizar prácticas sexuales violentas o no consensuadas, invisibilizando otras formas posibles de relación.

En definitiva, el entorno digital no solo facilita el acceso a contenidos sexuales, sino que transforma las condiciones de posibilidad del deseo y las formas de vincularse. Frente a ello, resulta indispensable una alfabetización digital y afectivo-sexual que permita a los adolescentes identificar discursos sexistas, cuestionar los modelos de sexualidad dominantes y construir relaciones más igualitarias y respetuosas.

### **2.2.1. Hipersexualización juvenil y redes sociales**

La hipersexualización se refiere a la representación excesiva, reiterativa y descontextualizada de la sexualidad, especialmente del cuerpo femenino, en distintos ámbitos mediáticos y digitales. Esta tendencia promueve una visión reduccionista del valor de las mujeres, basada en su apariencia física, atractivo sexual y disponibilidad para el deseo masculino, lo que refuerza la cosificación (Alario Gavilán, 2023). Diversos estudios han señalado que la hipersexualización no solo limita la agencia de las mujeres, sino que impone estándares de belleza y deseo que afecten de manera significativa la autoestima, la construcción de la identidad y las relaciones afectivas y sexuales, especialmente en niñas y adolescentes (Papadopoulos, 2010).

Esta práctica está profundamente conectada con el modelo neoliberal de subjetividad, en el que los cuerpos femeninos se convierten en objetos de consumo y autopromoción constante, especialmente en redes sociales y plataformas audiovisuales, donde se mide el valor personal en función del capital erótico y la visibilidad (García Dauder & Pérez Sedeño, 2017).

Rosa Cobo Bedia (2019) subraya que la hipersexualización es un producto del neoliberalismo patriarcal, que convierte los cuerpos femeninos en

mercancías al servicio del consumo masculino. De modo similar, diversas investigaciones alertan sobre cómo las adolescentes internalizan mandatos sociales que las impulsan a una exposición corporal constante, frecuentemente ligada a prácticas de autoerotización y seducción en redes sociales. Estas dinámicas afectan negativamente su salud mental, autoestima y la delimitación de sus propios límites personales.

La hipersexualización juvenil se refiere a la tendencia de representar a adolescentes y jóvenes en contextos que enfatizan desproporcionadamente su sexualidad, a menudo promovida y amplificadas por el uso de las redes sociales. Este fenómeno tiene implicaciones significativas en el desarrollo psicosocial de los jóvenes, afectando su autoestima, percepción corporal y relaciones interpersonales.

Las plataformas digitales han transformado la forma en que los jóvenes se presentan y perciben a sí mismos. La búsqueda de validación a través de "me gusta" y comentarios puede llevar a los adolescentes a compartir imágenes y contenidos que resaltan atributos sexuales, perpetuando estándares de belleza poco realistas y fomentando la autocosificación.

### **2.2.2. Normalización de la violencia sexual**

El entorno digital también ha contribuido a normalizar discursos y prácticas de violencia sexual. El acceso masivo y cotidiano a pornografía violenta - donde el consentimiento es ambiguo o inexistente y el sufrimiento femenino es erotizado- tiene efectos comprobados en la percepción de la violencia.

Estudios como los de Villena-Moya et al. (2025) señalan que la exposición repetida a estos contenidos puede reducir la empatía hacia las víctimas, incrementar la tolerancia hacia la coerción sexual y dificultar la construcción de relaciones afectivas igualitarias.

La normalización de la violencia sexual en el entorno digital y audiovisual contemporáneo constituye uno de los efectos más alarmantes del consumo masivo de pornografía. Este proceso no solo implica la naturalización de conductas sexuales agresivas, sino también su legitimación como expresiones válidas del deseo.

Según Ana de Miguel (2015), en su obra *Neoliberalismo sexual*, la pornografía ha funcionado como una escuela de desigualdad y violencia, al presentar como eróticamente deseable la sumisión femenina y la dominación masculina. Esta pedagogía de la violencia moldea el imaginario colectivo desde edades muy tempranas, especialmente entre los adolescentes, quienes en muchas ocasiones acceden a estos contenidos antes de su primera experiencia sexual.

Mónica Alario Gavilán (2021) sostiene que existe una continuidad simbólica entre la pornografía y otras formas de violencia patriarcal, tales como el acoso, la prostitución y las agresiones sexuales. Esta continuidad se manifiesta en prácticas que, aunque puedan estar legalizadas o socialmente aceptadas, contribuyen a configurar un entorno estructural de violencia hacia las mujeres. La autora enfatiza que la pornografía no debe entenderse de manera aislada, sino como parte de un sistema que reproduce y normaliza dinámicas de dominación y subordinación de género, reforzando así una cultura de la violación presente incluso en sociedades que se consideran formalmente igualitarias (Alario Gavilán, 2021).

Esta autora también insiste en que la violencia sexual no comienza con la agresión física, sino en el terreno simbólico, donde se normaliza la disponibilidad del cuerpo femenino para el placer masculino. Así, se construyen subjetividades femeninas orientadas a complacer y masculinas orientadas a dominar, donde la violencia se erotiza y se convierte en deseo.

Asimismo, Gary Wilson (2012), autor del libro *Your Brain on Porn*, estudia los efectos neurobiológicos del consumo reiterado de pornografía. Sus investigaciones concluyen que la exposición continuada a contenido violento o degradante genera una desensibilización progresiva, reduciendo la empatía y alterando la percepción del consentimiento y los límites. Esta desensibilización puede conducir a una mayor aceptación de la violencia y al deseo de reproducir en la vida real conductas observadas en la pornografía.

Desde el enfoque de la neurociencia interpersonal, Daniel J. Siegel (2020) ha planteado que el desarrollo del cerebro adolescente es especialmente vulnerable a las experiencias visuales intensas. En sus estudios, resalta cómo los circuitos neuronales responsables del control emocional, la empatía y el juicio ético se ven afectados por la exposición a contenidos que refuerzan modelos relacionales basados en el poder, la cosificación y el desprecio.

Estas investigaciones permiten comprender que la violencia sexual no es una cuestión excepcional, sino una estructura simbólica que se aprende, se practica y se legitima a través del consumo de imágenes, discursos y representaciones que están presentes en la vida cotidiana de los jóvenes.

### **2.2.3. Violencia sexual vs libertad sexual**

Ana de Miguel (2022) señala que el discurso neoliberal ha despojado al concepto de libertad sexual de su contenido crítico, presentando como empoderamiento prácticas que, en realidad, constituyen formas de subordinación o adaptación a un modelo masculino hegemónico. En este contexto, las conductas sexuales que reproducen dinámicas propias de la pornografía -aunque formalmente consentidas- pueden estar atravesadas por relaciones de poder marcadamente asimétricas, lo que cuestiona la autenticidad del consentimiento y la autonomía sexual.

Este enfoque es compartido por autoras anglosajonas como Gail Dines (2010), quien afirma que la pornografía ha “colonizado” la intimidad sexual, reconfigurando el deseo a partir de una lógica de dominación masculina que se presenta como transgresora, pero que en realidad perpetúa la desigualdad.

Alario Gavilán (2021) enfatiza que la violencia sexual no se inicia únicamente en la agresión física, sino que tiene su raíz en el ámbito simbólico, donde se naturaliza la disponibilidad del cuerpo femenino para el disfrute masculino. En este proceso, se configuran subjetividades femeninas orientadas a la complacencia y subjetividades masculinas orientadas al dominio, en las cuales la violencia se erotiza y se transforma en un componente del deseo sexual.

En el contexto actual, los discursos hegemónicos tienden a presentar ciertas prácticas sexuales como expresiones de empoderamiento o libertad individual, sin considerar el contexto estructural de desigualdad de género que condiciona las elecciones. Esta aparente dicotomía entre violencia sexual y libertad sexual ha sido ampliamente problematizada por autoras feministas contemporáneas.

Ana de Miguel, en su libro *Ética para Celia* (2021), advierte que el feminismo ha de recuperar una ética del cuidado, del vínculo y del reconocimiento mutuo. Desde esta perspectiva, lo sexual no puede desligarse de lo político ni de lo ético. De Miguel critica que el neoliberalismo sexual haya vaciado de contenido crítico la noción de libertad, promoviendo un modelo en el que la "libre elección" es usada para justificar prácticas sexistas o violentas. En palabras de la autora, “no se puede considerar libre una elección si se realiza bajo condiciones de desigualdad”.

Desde otra perspectiva, Gary Wilson (2012) y Daniel J. Siegel (2020) aportan un marco más neurocientífico. Wilson afirma que el consumo de pornografía impide el desarrollo de una sexualidad afectiva saludable,

desplazando el foco desde el vínculo interpersonal hacia una lógica de consumo compulsivo. Siegel, por su parte, sostiene que la verdadera libertad sexual implica madurez emocional, autoconciencia y capacidad para empatizar con el otro, competencias que se ven minadas por una sexualidad basada en la dominación.

En suma, pensar la libertad sexual desvinculada de las estructuras de poder conduce a una comprensión incompleta del problema. La verdadera libertad requiere igualdad, reciprocidad y respeto. Como señala Ana de Miguel (2021), la libertad sexual feminista debe ser “una libertad compartida, en la que nadie sea instrumento del placer ajeno sin deseo propio”.

#### **2.2.4. Ética y posicionamiento frente al consumo**

Diversos colectivos feministas y profesionales de la salud reivindican la necesidad de una educación sexual crítica que incorpore perspectiva de género, alfabetización digital y reflexión ética. En este sentido, el proyecto Emargi desarrolla talleres dirigidos a adolescentes con el propósito de deconstruir mitos relacionados con la sexualidad y fomentar relaciones más saludables, igualitarias y libres de violencia (Emargi, 2024).

Asimismo, Mabel Lozano, desde su labor documental, ha visibilizado cómo el entorno digital facilita nuevas formas de explotación sexual, estrechando los vínculos entre la pornografía y la trata de personas. En sus investigaciones y producciones audiovisuales, advierte que numerosos contenidos pornográficos están directamente vinculados a contextos de violencia real (Lozano, 2015).

En el contexto contemporáneo, marcado por la lógica neoliberal, el consumo de pornografía suele presentarse como una elección individual libre de consecuencias colectivas. No obstante, este supuesto de libertad ha sido

cuestionado desde perspectivas éticas, feministas y críticas del capitalismo afectivo y cultural. La construcción de un posicionamiento ético respecto al consumo pornográfico trasciende el juicio moral, pues implica comprender cómo las decisiones personales están mediadas por estructuras de poder, desigualdad y violencia simbólica.

Eva Illouz (2012), en su análisis sobre la cultura emocional del capitalismo, sostiene que el deseo y las emociones han sido colonizados por el mercado, configurando lo que denomina “capitalismo afectivo”. En este marco, la pornografía se inserta no solo como un producto consumible, sino también como un agente que moldea subjetividades, formas de vinculación y concepciones de la intimidad. Según Illouz, esta mercantilización del deseo erosiona la capacidad para establecer vínculos éticos y relacionales auténticos.

De forma complementaria, David Harvey (2007) describe cómo el neoliberalismo ha transformado todas las esferas de la vida social en oportunidades de mercado, incluyendo la sexualidad. La pornografía, entendida como industria, representa una forma extrema de acumulación capitalista, sustentada en la explotación de cuerpos -principalmente femeninos- y en la conversión del sexo en mercancía. Este análisis permite situar el consumo pornográfico como un acto insertado en una estructura económica y simbólica que perpetúa desigualdades.

Por su parte, Ana de Miguel (2021) subraya que no es posible hablar de libertad sin igualdad. Desde su enfoque de ética feminista, el consumo de pornografía no puede desligarse del contexto patriarcal que legitima la desigualdad sexual y simbólica, y plantea que el feminismo debe recuperar la dignidad como base para repensar vínculos y deseos.

El informe *No es un juego* de Diaconía España (2022) recoge testimonios de jóvenes que, tras una reflexión crítica, reconocen haber reproducido

comportamientos violentos aprendidos a través de la pornografía, reforzando así que el posicionamiento ético es también experiencial y formativo. En paralelo, plataformas como *daleunavuelta.org* promueven una educación afectivo-sexual crítica que fomente el cuestionamiento de los modelos pornográficos y propicie alternativas éticas basadas en el respeto mutuo.

Finalmente, el documental *Chicas nuevas 24 horas* de Mabel Lozano (2015) expone cómo el consumo de prostitución y pornografía alimenta redes globales de trata y explotación sexual. En consecuencia, el posicionamiento ético frente a la pornografía no solo interpela al consumidor individual, sino a toda la sociedad que legitima y sostiene estas industrias.

En conclusión, abordar la pornografía desde una perspectiva ética implica desmontar las lógicas neoliberales de la “libre elección”, reconocer las implicaciones sociales del consumo y promover una educación sexual fundamentada en el respeto, la reciprocidad y la igualdad. Como señala Ana de Miguel (2021), “una ética del deseo no puede construirse sobre la desigualdad”.

### **3. CAPÍTULO III. ADOLESCENCIA Y SOCIALIZACIÓN SEXUAL**

#### **3.1. Socialización de género**

La socialización de género constituye uno de los procesos fundamentales en la construcción de la identidad de los sujetos desde edades tempranas, consolidándose especialmente durante la adolescencia. Este proceso implica una transmisión sistemática de normas, valores, actitudes y comportamientos asociados culturalmente al hecho de “ser hombre” o “ser mujer”, lo que se traduce en una interiorización diferenciada de las prácticas sexuales, afectivas y de poder.

En la adolescencia, etapa clave de transición y búsqueda identitaria, estas normas se intensifican a través de múltiples agentes de socialización (familia, escuela, iguales, medios de comunicación y entorno digital) configurando marcos de referencia que orientan las expectativas, los vínculos y los modos de expresión del deseo (Ruiz Repullo, 2018; Ranea Triviño, 2019).

Esta socialización no es neutra, sino que está estructurada sobre una lógica de poder que reproduce la desigualdad sexual y de género. En este sentido, autores como Bourdieu (2000) han señalado que la dominación masculina se sostiene a través de mecanismos simbólicos que naturalizan la subordinación femenina, siendo la sexualidad uno de los principales dispositivos de reproducción de dicha desigualdad.

La interiorización de estos mandatos conduce a que los varones adolescentes sean socializados en una sexualidad activa, deseante y conquistadora, mientras que las mujeres aprenden a situarse como objeto de deseo, responsables del autocontrol y garantes del consentimiento.

Esta asimetría, como subraya De Miguel (2015), forma parte del habitus patriarcal que condiciona no solo las prácticas sexuales, sino también la vivencia del cuerpo, la autoimagen y la capacidad de agencia.

En este marco, la socialización sexual se entrelaza con la socialización de género para establecer jerarquías simbólicas que legitiman el dominio masculino sobre los cuerpos y deseos femeninos, perpetuando una concepción desigual de las relaciones sexuales y afectivas.

### **3.1.1. La socialización de los varones**

La masculinidad hegemónica, tal como la define Connell (1995), representa el modelo dominante y normativo de lo masculino: heterosexual, fuerte,

competitivo y emocionalmente contenido. Este ideal es interiorizado por los adolescentes varones a través de procesos de socialización primaria y secundaria -familia, escuela, medios, redes sociales-, y se manifiesta en prácticas sexuales orientadas al dominio, la conquista y la objetualización de las mujeres (Ballester Brage et al., 2019).

Según Villena Moya (2023), la educación afectivo-sexual que se ofrece en entornos escolares suele ser insuficiente o ineficaz para contrarrestar estos modelos, al centrarse en lo biológico y reproductivo, dejando de lado los componentes éticos, relacionales y emocionales. De igual forma, estudios realizados por Diaconía (2022) muestran cómo el acceso no mediado a la pornografía refuerza las expectativas de una sexualidad masculina centrada en la penetración, la dureza y la ausencia de reciprocidad.

Siegel (2020) destaca que la adolescencia constituye una etapa fundamental para el desarrollo de la empatía y la autorregulación emocional, competencias que pueden verse comprometidas cuando la construcción de la sexualidad se fundamenta en dinámicas de control y desapego afectivo. En consonancia con esta perspectiva, Bourdieu y Passeron (2001) señalan que la violencia simbólica se reproduce y perpetúa mediante la normalización de guiones sexuales masculinos hegemónicos, los cuales legitiman el menosprecio hacia lo femenino y la instrumentalización del cuerpo de las mujeres.

La masculinidad hegemónica, tal como ha sido teorizada por Connell (1995), se configura como un modelo jerárquico de masculinidad que se impone como norma y que suele vincularse a valores como la dominación, la autosuficiencia, el desprecio hacia lo femenino y la necesidad de ejercer el poder. Este modelo, reforzado por una educación afectivo-sexual deficitaria, contribuye a reproducir dinámicas de control y violencia.

Carmen Ruiz Repullo (2018) profundiza en cómo la socialización masculina en contextos escolares produce una masculinidad agresiva, emocionalmente reprimida y poco reflexiva, lo cual propicia relaciones afectivas basadas en la dominación y el silenciamiento del consentimiento.

Beatriz Ranea Triviño (2019) sostiene que la construcción de la masculinidad sigue estando estrechamente ligada al ejercicio de poder sobre los cuerpos de las mujeres, especialmente en contextos sexuales. Esto se traduce en prácticas donde el consentimiento femenino es minimizado o directamente ignorado, operando dentro de una lógica patriarcal profundamente naturalizada.

### **3.1.2. La construcción de la sexualidad masculina**

La construcción de la sexualidad masculina se desarrolla, en gran parte, al margen del discurso pedagógico formal. Según investigaciones recientes (Ballester et al., 2023), los adolescentes construyen su imaginario sexual en gran medida a través de la pornografía, los relatos entre iguales y los discursos mediatizados, lo que produce una visión empobrecida y deshumanizada del encuentro sexual.

Según Pérez Hernández (2016), los varones, a través de los procesos de socialización, internalizan normas y expectativas que definen lo que se espera de ellos en términos de comportamiento sexual. Este proceso implica que muchos jóvenes hombres se vean socialmente presionados a demostrar su virilidad y a considerar el consentimiento no como un aspecto esencial de la interacción sexual, sino más bien como un obstáculo a vencer.

Además, los estudios sobre el tema sugieren que los varones que consumen pornografía en la adolescencia tienen más probabilidades de normalizar

actitudes que minimizan la importancia del consentimiento en las relaciones sexuales (Pérez Hernández, 2016; Castro Calvo et al., 2021).

Este enfoque muestra cómo la socialización de género construye nociones erróneas de poder, control y consentimiento, que impactan directamente en la forma en que los varones experimentan y entienden la sexualidad durante la adolescencia.

Autores como Giddens (1992) ya habían advertido de la existencia de una "sexualidad plástica", caracterizada por su desconexión del afecto y su adaptación al mercado, fenómeno que se agudiza en el marco neoliberal descrito por Harvey (2007).

En este sentido, Eva Illouz (2019) analiza cómo el capitalismo emocional moldea la vivencia del deseo en clave de competencia, rendimiento y consumo, lo que lleva a muchos jóvenes a asumir una sexualidad mecánica y autovalidante, orientada a la conquista y no a la reciprocidad.

Desde esta lógica, el cuerpo femenino se convierte en un objeto de satisfacción y el cuerpo masculino en un instrumento de acción, de manera que el vínculo desaparece.

Miriam Al-Adif (2022), propone repensar estas dinámicas desde una ética del cuidado, el consentimiento informado y la reciprocidad emocional.

La sexualidad masculina, tal y como se construye socialmente, tiende a estar vinculada a la búsqueda de rendimiento, conquista y validación externa. Esta construcción dificulta la posibilidad de experimentar una sexualidad basada en la reciprocidad, el afecto y la comunicación.

Yolinlitzli Pérez Hernández (2016) sostiene que el consentimiento sexual se encuentra profundamente condicionado por esta socialización diferencial, en la que los varones aprenden a interpretar el consentimiento como una

formalidad o incluso como una barrera a superar, más que como una expresión relacional indispensable.

Además, esta construcción excluye a los varones de espacios de reflexión sobre el deseo, el autocuidado o la ética sexual, lo cual perpetúa la invisibilización de su rol en las dinámicas de violencia.

### **3.1.3. La socialización de las mujeres**

La socialización de género femenina ha estado históricamente marcada por el mandato de complacencia, tal como lo conceptualiza Ana de Miguel (2015). Este mandato establece que el deseo propio debe subordinarse al deseo ajeno, en especial al masculino, lo cual se manifiesta en prácticas sexuales en las que muchas jóvenes no son protagonistas, sino cuerpos disponibles.

Rosa Cobo Bedia (2017) insiste en que el sistema patriarcal educa a las mujeres en la autovigilancia, el juicio moral y la sumisión afectiva, aspectos que siguen presentes en la adolescencia, especialmente en contextos digitales.

Diversas autoras han mostrado cómo las plataformas digitales y su lógica algorítmica premian contenidos que encajan con estereotipos de feminidad sexualizada, incrementando así la presión sobre mujeres y niñas para ajustarse a modelos normativos y buscar aprobación externa. Estudios de análisis de contenido sobre influencers en España evidencian la presencia generalizada de prácticas de auto-objetivación y la relación de estas prácticas con la búsqueda de visibilidad y reconocimiento social (Llovet & Establés, 2023). Investigaciones sobre la sexualización en Instagram subrayan además que los propios diseños algorítmicos y las limitaciones de moderación facilitan formas de sexualización -incluida la sexualización precoz de

menores- que se vuelven rentables en términos de alcance y engagement (Díaz Altozano, Padilla Castillo, & Requeijo Rey, 2021). Este fenómeno conecta con marcos teóricos más amplios: la teoría de la auto-objetivación y sus riesgos psicológicos (Fredrickson & Roberts, 1997) y la crítica al posfeminismo mediático que muestra cómo discursos de “elección” y empoderamiento ocultan prácticas de vigilancia y disciplina corporal impuestas por la cultura mediática (Gill, 2007).

María Luista Maqueda (2024) plantea que esta socialización impide reconocer la violencia en muchas de sus formas, especialmente cuando se presenta como “normalidad” o “romanticismo” y subraya la urgencia de una educación en consentimiento desde una perspectiva feminista.

La socialización de género de las mujeres ha estado históricamente orientada a la sumisión, la docilidad y la complacencia. Desde la infancia, muchas niñas aprenden a ubicarse como objeto del deseo masculino y no como sujeto de deseo.

En conjunto, estas aportaciones indican que las redes sociales actúan como dispositivos de socialización que refuerzan patrones de género tradicionales mediante la autoexposición y la validación mediada por la mirada masculina (Díaz Altozano et al., 2021; Llovet & Establés, 2023).

### **3.1.4. La construcción de la sexualidad femenina**

La sexualidad femenina sigue atravesada por contradicciones: se les exige a las adolescentes que sean deseables, pero no "demasiado sexuales"; que sean libres, pero sin cuestionar los mandatos de género.

Mónica Alario (2021) denuncia que los guiones sexuales difundidos por la pornografía presentan a las mujeres como cuerpos sufrientes y disponibles, estableciendo un ideal de feminidad que asocia el dolor con el deseo.

Eva Illouz (2012) señala que, en el marco del amor romántico neoliberal, las mujeres son empujadas a vivir su sexualidad como parte de una estrategia de mercado emocional, donde deben seducir, complacer y mantenerse competitivas.

La construcción de la sexualidad femenina pasa por reapropiarse del cuerpo, del deseo y del placer, desde un enfoque crítico, ético y feminista que cuestione los modelos impuestos por el mercado pornográfico, la cultura de la violación y los mandatos de género tradicionales.

La construcción de la sexualidad femenina ha estado marcada por una doble moral que promueve la represión del deseo y la subordinación del placer. La pornografía, los medios de comunicación y la cultura popular contribuyen a reforzar una imagen de la sexualidad femenina subordinada, pasiva y centrada en la validación externa. Tal como lo analiza Alicia Puleo (2023), esta representación cosificada forma parte de un imaginario patriarcal que ha colonizado el deseo femenino.

Desde un enfoque sociológico, Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron (2022) muestran cómo el sistema educativo, lejos de ser neutral, reproduce simbólicamente estas jerarquías de género a través de contenidos, actitudes y prácticas que consolidan las diferencias y desigualdades. Esta reproducción simbólica influye en la forma en que los jóvenes internalizan los roles de género, las dinámicas de poder y los límites del deseo permitido.

### **3.2. Reconocimiento y vínculos afectivos en la adolescencia**

La adolescencia constituye un momento clave en la vida de los individuos, caracterizado por profundos procesos de transformación física, psicológica y social. Es una etapa en la que la identidad se encuentra en construcción y en la que el reconocimiento por parte del otro, especialmente por parte de

figuras significativas -familia, amistades y parejas- se convierte en una necesidad estructurante. La búsqueda de aceptación y validación influye de manera determinante en las formas de vinculación y, por tanto, en el modo en que se interiorizan y reproducen modelos afectivo-sexuales.

El adolescente, en su búsqueda de sentido y pertenencia, se enfrenta al reto de elaborar una imagen coherente de sí mismo en relación con su entorno social, particularmente a través de los vínculos afectivos que establece con la familia, los amigos y las primeras parejas sentimentales (Illouz, 2019).

En este contexto, el reconocimiento emocional y social actúa como un espejo en el que se configuran las nociones de valor personal, autoestima y deseo.

El entorno relacional cumple un papel clave en la configuración del deseo y los vínculos afectivos durante la adolescencia, actuando no solo como contención emocional, sino como espacio de reproducción -o cuestionamiento- de los mandatos de género. Lejos de ser un proceso neutro o espontáneo, la socialización afectiva se inscribe en un entramado de normas y expectativas que naturalizan la subordinación femenina y la dominación masculina. Desde una perspectiva abolicionista, autoras como Sheila Jeffreys (2005) advierten que los modelos afectivo-sexuales dominantes no surgen del libre consentimiento individual, sino que están estructurados por relaciones de poder históricas que perpetúan la desigualdad. Así, la adolescencia no es simplemente una etapa de experimentación íntima, sino un campo de entrenamiento para roles de género jerárquicos, en los que el deseo femenino se construye bajo el prisma de la disponibilidad, la complacencia y la objetualización.

En este sentido, la socialización afectivo-sexual no puede comprenderse sin tener en cuenta el peso de la cultura patriarcal, que impone guiones diferenciados para chicas y chicos. Mientras que a los varones se les educa en una lógica de autonomía, conquista y desvinculación emocional, las

chicas son socializadas en la importancia del vínculo, la entrega y la autorregulación del deseo (Connell, 1995; De Miguel, 2015). Esta asimetría no solo condiciona las experiencias relacionales, sino que puede derivar en formas de sufrimiento emocional normalizadas, especialmente cuando el reconocimiento se ve mediado por prácticas de control, idealización romántica o dependencia afectiva (Alario, 2021).

Asimismo, investigaciones recientes destacan el impacto de la digitalización en las dinámicas relacionales adolescentes. Según (Calvete, Fernández-González, Orue, Machimbarrena & González-Cabrera, 2021) el entorno digital ha amplificado las formas de vinculación, pero también los riesgos asociados, como el control mediante redes sociales, el sexting no consentido o la validación afectiva basada en la hiperexposición. En esta línea, el Informe Juventud en España 2020 señala que los jóvenes viven una fuerte presión por la aceptación social mediada por las redes, lo cual puede intensificar la necesidad de reconocimiento y derivar en mayor vulnerabilidad emocional (Simón et al., 2021).

Del mismo modo, Garaigordobil y Gámez-Guadix (2015) apuntan que la búsqueda de validación externa se entrelaza con fenómenos como el ciberacoso, la dependencia tecnológica o la exposición a modelos de sexualidad basados en dominación y objetualización, con efectos negativos sobre la autoestima y la calidad de los vínculos afectivos. Estas formas de interacción, lejos de ser meramente virtuales, inciden directamente en la percepción del otro y en la posibilidad de establecer relaciones igualitarias y respetuosas.

A su vez, la salud emocional de los adolescentes se ve directamente vinculada a la calidad de sus relaciones afectivas. Tal como recoge la “Selección de referencias documentales sobre bienestar emocional en adolescentes” del Instituto de la Juventud (2018), los vínculos positivos

actúan como factores de protección frente a conductas de riesgo, sintomatología depresiva y dificultades adaptativas. Por el contrario, relaciones marcadas por la violencia simbólica, la falta de comunicación o la dependencia afectiva incrementan la probabilidad de desarrollar trastornos emocionales, dificultades académicas y aislamiento social.

En definitiva, el reconocimiento y los vínculos afectivos en la adolescencia no pueden entenderse como procesos individuales ni neutros, sino como construcciones profundamente conectadas con estructuras sociales, normas de género y dinámicas culturales. Comprender esta complejidad resulta imprescindible para promover relaciones saludables, una educación afectiva integral y una vivencia del deseo libre de culpa, violencia o subordinación.

### **3.2.1. El papel de la familia en la configuración del deseo**

La familia constituye el primer escenario donde se configuran las bases afectivas y sexuales de los individuos. Desde los primeros años de vida, el entorno familiar transmite de manera explícita e implícita, modelos de relación, concepciones sobre el cuerpo y normas sobre la expresión de los afectos y deseos (Siegel, 2020). A través del vínculo de apego, los niños y niñas aprenden no solo a confiar en el otro, sino también a reconocer y modular sus propias emociones y necesidades afectivas, un proceso fundamental en el desarrollo de la identidad sexual.

Un apego seguro y un acompañamiento emocional adecuado, como destaca Siegel (2020) son factores protectores que favorecen una vivencia saludable del deseo y de la sexualidad. Por el contrario, contextos familiares caracterizados por el moralismo, el tabú o el silenciamiento de la sexualidad pueden generar sentimientos de culpa, vergüenza o desconexión emocional respecto al propio cuerpo y sus manifestaciones.

La transmisión de normas de género en el seno familiar es otro de los pilares fundamentales en la configuración de la sexualidad adolescente. Tal como sostiene Connell (1995), la familia desempeña un papel central en la reproducción de la masculinidad hegemónica y en la asignación de roles afectivos diferenciados. Mientras a los varones se les socializa en la exploración activa del deseo y en la afirmación de su autonomía sexual, las mujeres son educadas en la pasividad, el recato y la subordinación de su propio deseo a las expectativas ajenas (De Miguel, 2015; Alario, 2021).

Esta asimetría en la educación emocional y sexual se traduce en trayectorias afectivas desiguales. Ana de Miguel (2015) subraya que muchas jóvenes interiorizan desde edades tempranas la idea de que el amor implica sacrificio y renuncia, mientras que los varones aprenden a vincular su valía con el éxito en la conquista sexual. Esta diferencia en la socialización afectiva no solo perpetúa la desigualdad de género, sino que también incrementa la vulnerabilidad de las chicas frente a dinámicas de control, dependencia emocional y violencia simbólica.

En el contexto actual, la transformación de los modelos familiares tradicionales y la irrupción de nuevas configuraciones parentales han introducido matices adicionales. Según los datos del Informe Juventud en España 2020 (Simón et al., 2021), si bien persisten patrones tradicionales en muchos hogares, se observa una creciente apertura hacia modelos de crianza más igualitarios y respetuosos de la diversidad sexual y afectiva. No obstante, esta transición es desigual y está marcada por factores socioeconómicos, educativos y culturales.

Además, la creciente exposición a discursos digitales y la diseminación de contenidos sexualizados a través de redes sociales desafían el papel tradicional de la familia como único o principal agente de socialización sexual (Calvete, 2021). Como señala Gámez-Guadix et al., (2015), la falta

de diálogo abierto y de educación sexual crítica en el hogar deja a muchos adolescentes desprotegidos ante la influencia de modelos externos que reproducen estereotipos, banalizan el consentimiento y promueven dinámicas de poder desiguales.

En este escenario, la promoción de una comunicación familiar basada en la apertura, la confianza y el respeto emerge como una necesidad urgente. Tal como recoge el compendio documental del Instituto de la Juventud (2018), las familias que fomentan el diálogo afectivo-sexual contribuyen significativamente a una vivencia más libre, crítica y saludable de la sexualidad por parte de los adolescentes. Una intervención temprana que visibilice el deseo como parte legítima de la experiencia humana y que cuestione las normativas de género restrictivas puede resultar clave para construir subjetividades más libres y relaciones más igualitarias.

### **3.2.2. La amistad como espacio de aprendizaje afectivo**

El papel de la amistad en el desarrollo psicoemocional es ampliamente reconocido. Estudios como los de Garaigordobil (2017) han destacado que los vínculos amistosos positivos se asocian con mayores niveles de autoestima, empatía y habilidades prosociales, al tiempo que actúan como factores protectores frente a conductas de riesgo. Del mismo modo, la amistad puede suplir carencias afectivas no resueltas en el entorno familiar, ofreciendo un espacio de validación emocional que contribuye a la resiliencia y al bienestar psicológico del adolescente (Informe Injuve, 2018). En este sentido, la amistad se convierte en un laboratorio afectivo donde se ensayan códigos de intimidad, confianza y reciprocidad (Illouz, 2019).

Durante la adolescencia, las relaciones de amistad adquieren una centralidad creciente como espacios de experimentación emocional, identidad y socialización. A diferencia de la familia, cuyo vínculo viene dado, las

amistades implican una elección libre y recíproca que permite a los adolescentes ensayar formas de afecto basadas en la confianza, la intimidad y el reconocimiento mutuo. En este sentido, el grupo de iguales actúa como un espejo donde se reflejan las propias emociones, deseos e inseguridades, y donde se negocian códigos afectivos y relacionales que serán fundamentales en la vida adulta (Illouz, 2019).

Sin embargo, las dinámicas de amistad también están atravesadas por las estructuras de género y por los mandatos que éstas imponen en cuanto a la expresión emocional. Los varones, por ejemplo, tienden a relacionarse a través de actividades compartidas, humor o competitividad, ocultando su vulnerabilidad por temor a la sanción social o al cuestionamiento de su masculinidad (Connell, 1995). Esta normatividad emocional restringe su capacidad para construir vínculos íntimos basados en la expresión afectiva, lo que puede generar aislamiento emocional o dificultades para reconocer y gestionar sus propios sentimientos (Gámez-Guadix, 2016).

En contraste, las chicas suelen establecer amistades más expresivas, basadas en la confidencialidad y el apoyo mutuo. No obstante, estas relaciones no están exentas de tensiones. Tal como señala Romero Morales (2021), las adolescentes pueden verse inmersas en dinámicas de dependencia emocional, comparación o rivalidad, especialmente en contextos donde el atractivo físico o la validación externa se convierten en ejes centrales de reconocimiento. La presión por cumplir con ciertos cánones estéticos o por ser deseables en el mercado afectivo-sexual puede erosionar la confianza entre iguales y reforzar patrones de competencia entre mujeres (Cobo Bedia, 2017).

El entorno digital ha intensificado estas dinámicas, tanto en su dimensión positiva como problemática. Las redes sociales permiten mantener la conexión constante entre amistades, facilitando la expresión emocional y el

apoyo inmediato. Sin embargo, también exponen a los y las adolescentes a nuevas formas de presión grupal, control y comparación permanente. Según Calvete et al., (2021), el uso de redes sociales se asocia en numerosos casos a ansiedad social, distorsiones de la autoimagen y conflictos relacionales derivados de malentendidos, exclusiones o prácticas de vigilancia digital.

En esta línea, diversos estudios recogidos por el Instituto de la Juventud (2020) alertan sobre cómo las dinámicas de validación en entornos digitales, como los "likes", la visibilidad o el estatus social online, influyen directamente en la calidad de las relaciones entre iguales. La amistad puede verse instrumentalizada por lógicas de popularidad o exposición, desdibujando los límites entre lo íntimo y lo público y dificultando la construcción de vínculos afectivos auténticos y seguros.

Por todo ello, es crucial entender la amistad adolescente no solo como un espacio de apoyo y crecimiento, sino también como un terreno donde se disputan significados, se reproducen desigualdades y se experimentan conflictos propios de la transición hacia la adultez. Fomentar prácticas relacionales igualitarias, promover una alfabetización emocional crítica y generar espacios de confianza que trasciendan los estereotipos de género se revela como una tarea fundamental para acompañar a los y las adolescentes en el desarrollo de su mundo afectivo.

### **3.2.3. Relaciones de pareja: celos, control y violencia simbólica**

La irrupción de las primeras relaciones de pareja durante la adolescencia supone un momento crucial en la construcción de la identidad afectiva y sexual. Estas primeras experiencias sentimentales no son espacios neutrales o espontáneos, sino que están profundamente atravesados por los procesos de socialización previos, las estructuras de género y los modelos amorosos

internalizados desde edades tempranas (Lagarde y de los Ríos, 2005; De Miguel, 2015). En este contexto, las relaciones de pareja emergen como escenarios privilegiados para la reproducción de dinámicas de poder, dependencia y violencia simbólica.

El mito del amor romántico, aún vigente en el imaginario adolescente, constituye uno de los principales marcos culturales que legitiman prácticas de control, celos y sufrimiento en las relaciones afectivas (Cobo Bedia, 2017; Alario, 2021). Esta narrativa, basada en la fusión total, la exclusividad y la idealización de la pareja, normaliza actitudes de posesividad y vigilancia bajo la apariencia de gestos de amor. Así, los celos se reinterpretan como prueba irrefutable de interés o compromiso, mientras que el control sobre las redes sociales, el aislamiento de amistades o la supervisión constante de las actividades del otro se perciben como manifestaciones legítimas de cuidado (Diaconía España, 2022).

Diversos estudios han señalado que estas prácticas de control son más frecuentes entre la población adolescente que entre los adultos, debido a la falta de modelos relacionales alternativos y a la interiorización de patrones de género desiguales (Gámez-Guadix et al, 2016; Calvete et al, 2021). Según el Informe Juventud en España 2020, un porcentaje significativo de jóvenes reconoce haber ejercido o sufrido conductas de control en el marco de sus relaciones sentimentales, especialmente a través del uso de dispositivos móviles y plataformas digitales (Simón et al., 2021). La facilidad de acceso a la vida privada del otro que permiten las nuevas tecnologías ha intensificado estas dinámicas, incrementando la normalización de prácticas de vigilancia y restricción.

Además, la exposición temprana y masiva a contenidos pornográficos, tal como alertan Villena Moya (2023), refuerza modelos de relación basados en la dominación, la sumisión y la cosificación de las mujeres. La pornografía

*mainstream* presenta relaciones en las que el consentimiento es ambiguo o inexistente, y donde el placer femenino queda subordinado a las necesidades masculinas, generando en los adolescentes expectativas distorsionadas sobre la sexualidad y el poder en el vínculo de pareja.

La violencia simbólica en las relaciones adolescentes, entendida como aquella forma de violencia que opera de manera invisible y naturalizada a través de la interiorización de normas sociales (Bourdieu, 2000), resulta especialmente perniciosa porque no siempre es reconocida ni denunciada.

Frente a esto, se hace imprescindible la implementación de programas de educación afectivo-sexual integrales, que cuestionen los mitos del amor romántico, promuevan modelos de relación igualitarios y fomenten habilidades de comunicación emocional y resolución de conflictos.

Asimismo, es fundamental visibilizar las manifestaciones de violencia simbólica en el discurso educativo, en las campañas de sensibilización y en el acompañamiento de las relaciones adolescentes, para desnaturalizar prácticas que perpetúan la desigualdad y el sufrimiento afectivo.

#### **3.2.4. Primeras experiencias sexuales y negociación del consentimiento**

Las primeras experiencias sexuales en la adolescencia representan un momento clave en la construcción de la identidad afectiva y de género. Contrariamente a la idealización social que asocia estas experiencias a la espontaneidad y al descubrimiento personal, diversos estudios han mostrado que las primeras relaciones sexuales están profundamente mediadas por la socialización previa, los estereotipos de género y las presiones socioculturales (Ballester & Pozo, 2019). Así, la sexualidad no emerge en un vacío, sino que los y las adolescentes llegan a sus primeras prácticas sexuales

cargados de expectativas, temores, guiones culturales y representaciones simbólicas que orientan su comportamiento.

La falta de una educación sexual integral y crítica constituye uno de los principales déficits en la formación afectivo-sexual de los adolescentes. Tal como subrayan Cobo Bedia (2017) y Alario (2021), la ausencia de discursos que aborden el consentimiento, el placer, la comunicación emocional y la diversidad de prácticas y orientaciones sexuales deja un vacío que es rápidamente ocupado por la pornografía, convertida de facto en el principal "educador sexual" de la juventud. Esta exposición temprana a contenidos pornográficos, generalmente heteronormativos y violentos distorsiona las expectativas relacionales y legitima dinámicas de desigualdad, subordinación femenina y normalización de la coacción sexual (Villena Moya et al., 2025).

En este contexto, no solo se generan situaciones de malentendidos, sino que puede abrir la puerta a experiencias de coacción, presión o resignación. Según un informe de Kaiser Family Foundation (2005), un número significativo de adolescentes ha manifestado haber vivido situaciones en las que se sintieron presionados para mantener relaciones sexuales, especialmente en contextos de pareja o bajo presión grupal. Estas situaciones evidencian la necesidad de repensar la educación sexual en términos no solo de prevención de riesgos, sino de promoción de relaciones basadas en el consentimiento, la reciprocidad y el bienestar emocional.

Por otra parte, factores como el consumo de sustancias, la presión de grupo o el miedo al rechazo complican aún más la capacidad de los adolescentes para establecer límites claros y respetarlos en el otro (Garaigordobil, 2017).

Tal como recoge la bibliografía del Instituto de la Juventud (2018), es fundamental dotar a los jóvenes de habilidades para la autoafirmación, la

gestión de emociones y la negociación afectiva, que les permitan ejercer su autonomía sexual de manera segura y respetuosa.

Asimismo, la perspectiva de género resulta indispensable para comprender las desigualdades en las experiencias sexuales adolescentes. Mientras que los chicos suelen ser socialmente recompensados por su actividad sexual, las chicas enfrentan aún hoy mecanismos de control social, estigmatización y doble moral, lo que limita su agencia y su capacidad de expresar deseos y establecer condiciones para el encuentro sexual (De Miguel, 2015; González Ramos y Romero Morales, 2020).

En definitiva, las primeras experiencias sexuales adolescentes son un terreno de cristalización de las estructuras simbólicas, emocionales y de poder interiorizadas a lo largo del proceso de socialización. Abordar la sexualidad juvenil desde una perspectiva crítica, feminista y basada en derechos resulta imprescindible para fomentar relaciones sexuales basadas en el consentimiento mutuo, la autonomía y el disfrute compartido, superando los modelos hegemónicos que perpetúan la desigualdad y el sufrimiento afectivo.

### **3.3. La pornografía como modelo de sexualidad**

En las últimas décadas, la pornografía se ha consolidado como uno de los principales agentes de socialización sexual entre adolescentes. Su accesibilidad, inmediatez y la intensidad emocional que provoca la convierten en una fuente poderosa de construcción de imaginarios sexuales, afectando no solo las prácticas sexuales, sino también las expectativas, los deseos y la forma de relacionarse con el otro (Ballester & Pozo, 2020; Villena Moya, 2023). El acceso precoz y repetido a contenidos pornográficos configura una educación paralela que se produce al margen de los sistemas

formales de enseñanza y, en muchas ocasiones, en ausencia de un marco crítico de interpretación.

Desde una perspectiva crítica, numerosos estudios alertan sobre el carácter profundamente sexista, violento y deshumanizador de los contenidos pornográficos convencionales. Como señala Cobo Bedia (2017), la pornografía hegemónica representa prácticas sexuales marcadas por la desigualdad de poder, la objetualización de las mujeres y la naturalización de la violencia simbólica y física en el marco de las relaciones sexuales. Este tipo de representaciones refuerza la construcción de una sexualidad masculina basada en la dominación y el derecho al acceso al cuerpo femenino, al tiempo que configura una feminidad pasiva, sumisa y disponible.

La influencia de estos contenidos en el desarrollo sexual adolescente es ampliamente documentada. Investigaciones como las de Gámez-Guadix et al., (2016) muestran una correlación entre el consumo habitual de pornografía y la adopción de actitudes sexistas, una mayor tolerancia hacia la violencia sexual y la construcción de expectativas relacionales centradas en la satisfacción masculina. Asimismo, la exposición temprana a la pornografía se asocia a prácticas sexuales más arriesgadas, una menor percepción de la importancia del consentimiento y una tendencia a replicar conductas coercitivas en las relaciones afectivas y sexuales.

El Informe Juventud en España 2020 (Simón et al., 2021) confirma que una mayoría de adolescentes reconoce haber accedido a contenidos pornográficos antes de los 15 años, y destaca la ausencia de una mediación adulta crítica en este proceso. La pornografía, así, no solo enseña técnicas o posturas sexuales, sino que constituye un entramado simbólico que modela las emociones, los deseos y las formas de vincularse, legitimando dinámicas de desigualdad y violencia bajo el disfraz de la espontaneidad sexual.

Además, la pornografía no solo configura prácticas sexuales, sino también formas de afectividad y vínculos emocionales. Según Illouz (2019), en las sociedades contemporáneas, la cultura sexual (de la que forma parte la pornografía) mercantiliza las emociones y transforma las relaciones íntimas en espacios de consumo y rendimiento. Esta lógica de la disponibilidad inmediata y la satisfacción instantánea impacta negativamente en la construcción de vínculos afectivos sólidos, basados en el respeto, la reciprocidad y la empatía.

La interiorización acrítica de los guiones pornográficos puede, asimismo, producir efectos adversos en la salud emocional de los adolescentes. Tal como recoge la bibliografía del Instituto de la Juventud (2018), la exposición continua a representaciones sexuales deshumanizadas contribuye al aumento de problemas como la adicción al sexo online, las disfunciones sexuales, la baja autoestima y la dificultad para establecer relaciones basadas en la comunicación y el consentimiento.

Frente a este panorama, es urgente incorporar una educación sexual integral, crítica y basada en el respeto a los derechos humanos, que permita a los adolescentes desnaturalizar las representaciones pornográficas y construir una vivencia de la sexualidad libre de violencia y desigualdad (Garaigordobil, 2017; Alario, 2021). Esto implica, no solo informar sobre prácticas sexuales seguras, sino también reflexionar sobre el deseo, el consentimiento, el placer compartido y las dinámicas de poder presentes en las relaciones sexuales y afectivas.

En definitiva, comprender la pornografía como un modelo hegemónico de sexualidad y no como una representación neutral o marginal resulta fundamental para analizar los desafíos que enfrenta la adolescencia contemporánea en su proceso de socialización sexual. Desmontar sus lógicas

de poder, violencia y desigualdad constituye una tarea prioritaria para avanzar hacia una sexualidad adolescente crítica, libre y emancipadora.

### **3.3.1. Primer contacto con la pornografía: edad, contexto y motivaciones**

Diversos estudios confirman que el primer contacto con la pornografía ocurre, en muchos casos, antes de los 12 años, con una edad media de exposición entre los 8 y los 11 años en varones (Orte Socias, Ballester Brage & Pozo Gordaliza, 2019; Villena Moya, 2023). Este acceso temprano suele darse en solitario, a través del teléfono móvil, y en contextos de curiosidad o presión grupal.

En la mayoría de los casos, este acceso no va acompañado de mediación adulta ni de una educación sexual previa que permita resignificar los contenidos. El consumo se produce en silencio, dentro de una lógica de autogestión emocional y aprendizaje autodidacta. Esto refuerza un modelo de sexualidad desvinculado del afecto, la comunicación o la reciprocidad.

El primer contacto de los adolescentes con la pornografía constituye un hito relevante en la configuración de su sexualidad y sus imaginarios afectivo-sexuales. Diversas investigaciones han evidenciado que este acceso ocurre a edades cada vez más tempranas, en un contexto de amplia disponibilidad tecnológica y escasa mediación adulta. Según el Informe Juventud en España 2020 (Simón et al., 2021), un alto porcentaje de jóvenes reconoce haber accedido a contenidos pornográficos antes de los 13 años, lo que refleja una tendencia preocupante de precocidad en la exposición a representaciones explícitas de sexualidad.

Este primer acercamiento suele producirse de manera no planificada, a través de búsquedas espontáneas en internet, enlaces compartidos por compañeros o incluso mediante publicidad emergente en sitios web o redes sociales

(Gámez-Guadix, 2016). Tal como señala Calvete et al., (2021), la falta de controles parentales efectivos, unida a la curiosidad sexual propia de la adolescencia, facilita que los adolescentes accedan a contenidos pornográficos sin filtros adecuados, en un entorno de consumo clandestino y desprovisto de marcos críticos de interpretación.

Respecto a las motivaciones que impulsan este primer contacto, se identifican varias dimensiones. En primer lugar, la curiosidad por conocer el cuerpo y las prácticas sexuales constituye un motor fundamental, especialmente en un contexto donde la educación sexual formal es insuficiente o inexistente (Alario, 2021). La pornografía, en ausencia de alternativas educativas, se presenta como una fuente de información accesible y gratuita que satisface la necesidad de explorar lo prohibido y de desentrañar los misterios de la sexualidad adulta.

En segundo lugar, la presión del grupo de iguales desempeña un papel significativo. Tal como recogen Garaigordobil (2017) y el Instituto de la Juventud (2018), el consumo de pornografía en grupo, los retos de visionado o el intercambio de material sexualizado funcionan como rituales de integración y pertenencia, reforzando modelos de masculinidad hegemónica basados en la cosificación del cuerpo femenino y en la demostración de una sexualidad activa y dominante.

Finalmente, la pornografía también es utilizada como vía de escape o gratificación emocional, especialmente entre adolescentes que experimentan soledad, ansiedad o estrés. Como señala Gámez-Guadix et al., (2016), el consumo compulsivo de pornografía puede constituir una estrategia de regulación emocional disfuncional, generando dinámicas de dependencia y afectando al bienestar psicológico a largo plazo.

Cabe destacar que el primer contacto con la pornografía no se limita a la visualización pasiva, sino que inicia un proceso de interiorización de guiones

sexuales que condicionarán las actitudes, expectativas y prácticas futuras. La falta de reflexión crítica en torno a estos contenidos facilita la naturalización de modelos sexuales basados en la violencia, la dominación y la deshumanización, con implicaciones significativas para la construcción de relaciones afectivas y sexuales igualitarias (Villena Moya, 2023).

En definitiva, comprender las condiciones de acceso y las motivaciones que subyacen al primer contacto con la pornografía resulta imprescindible para diseñar estrategias de prevención y educación sexual que aborden las necesidades reales de los adolescentes, promoviendo una sexualidad informada, crítica y respetuosa.

### **3.3.2. Consecuencias del consumo pornográfico: actitudes, prácticas y expectativas**

El consumo regular de pornografía en la adolescencia tiene efectos significativos en la configuración de la subjetividad sexual, los vínculos afectivos y las prácticas íntimas. Tal como evidencian Ballester Brage et al., (2023), el uso problemático de pornografía se asocia con el desarrollo de actitudes sexistas, comportamientos compulsivos, dificultades para establecer relaciones igualitarias y una menor capacidad empática en las interacciones sexuales (Ballester Brage et al., 2023).

Una de las principales consecuencias identificadas es la adopción de actitudes sexistas y la normalización de la violencia sexual. Según Gámez-Guadix et al., (2016) y Calvete et al., (2021), el consumo frecuente de pornografía se asocia a una mayor aceptación de mitos sobre la violación, a la desensibilización frente a la violencia de género y a la interiorización de dinámicas basadas en la dominación masculina y la subordinación femenina. Estos efectos son especialmente preocupantes dado que los adolescentes se

encuentran en una etapa crítica de formación de su identidad afectivo-sexual y de construcción de sus primeras experiencias de pareja.

La pornografía actúa como una pedagogía afectiva que normaliza la violencia, borra los límites del consentimiento y trivializa el dolor femenino. Como sostiene Mónica Alario (2021), no se trata solo de representar violencia sexual, sino de erotizarla, hacerla deseable, legitimarla dentro del marco del placer. Esta construcción simbólica deja huella en la percepción del deseo, en el repertorio erótico y en la práctica sexual misma.

Rosa Cobo Bedia (2017) ha analizado cómo la industria pornográfica constituye una institución cultural de primer orden que construye una sexualidad androcéntrica, colonial y capitalista. Según esta perspectiva, la pornografía no solo reproduce desigualdades, sino que las produce activamente a través de la mercantilización de los cuerpos y la instrumentalización del placer.

El informe de DaleUnaVuelta.org (2022) alerta sobre cómo los adolescentes incorporan como naturales prácticas que en otros contextos serían consideradas violencia sexual: asfixias, doble penetración, humillación verbal o sexo sin preservativo. En ausencia de otros referentes, la pornografía se convierte en un guion que regula la conducta sexual y redefine el consentimiento como sumisión o silencio (De Miguel, 2015).

La internalización de estos modelos afecta también a las chicas jóvenes, quienes se ven empujadas a adoptar una sexualidad complaciente, performativa y acrítica. Como señala Ana de Miguel (2015), muchas adolescentes reproducen formas de deseo que no son propias, sino adaptativas: se ajustan a un modelo en el que su placer está supeditado al de los varones, y donde la validación social pasa por la exposición corporal y la disponibilidad sexual.

Por otro lado, autores internacionales como Mestre Bach y Marc Potenza coinciden en que el consumo frecuente de pornografía altera el funcionamiento cerebral, disminuye la capacidad de autorregulación emocional y afecta negativamente a las relaciones interpersonales (Mestre Bach & Potenza, 2023). Estos efectos no son solo clínicos, sino también relacionales y éticos: la pornografía promueve una forma de sexualidad desvinculada de la alteridad, que dificulta la empatía y la responsabilidad afectiva.

En cuanto a las prácticas sexuales, diversos estudios han documentado que la pornografía actúa como un guion normativo que los adolescentes tienden a replicar en sus propias relaciones. Villena Moya et al. (2023) advierten que el consumo de pornografía se asocia con la reproducción de prácticas sexuales basadas en el coito centrado en la satisfacción masculina, el desprecio por el consentimiento explícito, y la asimilación de dinámicas de humillación y agresividad como componentes habituales del encuentro sexual. La falta de representación de la comunicación afectiva, del placer femenino o de prácticas basadas en la reciprocidad refuerza modelos de sexualidad deshumanizados y asimétricos.

Asimismo, el consumo de pornografía contribuye a la configuración de expectativas irreales respecto al cuerpo, al rendimiento sexual y a la disponibilidad de la pareja. Como recoge el Informe Juventud en España 2020 (Simón et al., 2021), muchos adolescentes reportan sentirse presionados a imitar comportamientos pornográficos o a cumplir estándares de belleza y desempeño inalcanzables, lo que genera frustración, ansiedad y distorsiones en la autoimagen corporal. Este fenómeno afecta tanto a varones como a mujeres, aunque las chicas se enfrentan a una doble presión: ser deseables según cánones hiperssexualizados y, a la vez, mantener una

reputación de "pureza" bajo una lógica de doble moral sexual (De Miguel, 2015; Martín-Palomino et al., 2021).

Otro efecto relevante es el impacto en la percepción y negociación del consentimiento. La pornografía mainstream suele representar situaciones donde el consentimiento es implícito, ambiguo o directamente ausente, lo que contribuye a la confusión de los adolescentes respecto a los límites y la autonomía sexual del otro (Calvete et al., 2021). Como consecuencia, las prácticas sexuales pueden desarrollarse en un marco de incertidumbre, presión o coerción, sin un diálogo explícito sobre deseos, límites y expectativas compartidas.

Finalmente, el consumo problemático de pornografía puede derivar en dificultades emocionales y relacionales a largo plazo. Garaigordobil (2017) y el Instituto de la Juventud (2018) advierten que un consumo compulsivo o adictivo puede interferir en la capacidad de establecer vínculos afectivos auténticos, reducir la satisfacción sexual real y contribuir a sentimientos de aislamiento, culpa o insatisfacción afectiva.

En este escenario, la necesidad de una educación sexual crítica, integral y feminista se hace aún más evidente. Es imprescindible dotar a los adolescentes de herramientas para analizar los mensajes pornográficos, promover modelos de sexualidad basados en el consentimiento, la igualdad y el placer mutuo y ofrecer referentes alternativos que permitan construir prácticas sexuales y afectivas más libres y respetuosas.

### **3.4. Feminismo y juventud**

El análisis de la relación entre feminismo y juventud resulta fundamental para comprender las dinámicas de transformación social contemporáneas. La adolescencia y la juventud constituyen momentos críticos de formación

identitaria y socialización política, en los que se configuran las actitudes hacia la igualdad de género y la justicia social. En este contexto, los discursos y prácticas feministas han encontrado en las nuevas generaciones un espacio de renovación, pero también de desafío, marcado por las tensiones propias de un mundo globalizado, hipermediatizado y atravesado por múltiples ejes de desigualdad. Esta sección explora las formas en que el feminismo es apropiado, resignificado y, en ocasiones, resistido por la juventud actual.

La adolescencia y la primera juventud constituyen etapas críticas en la formación de la identidad personal y colectiva, momentos en los que se configuran los valores, las creencias y las actitudes frente al orden social. En este proceso, los discursos feministas contemporáneos han encontrado un terreno fértil para la transmisión y resignificación de sus planteamientos, aunque también han debido adaptarse a las transformaciones culturales, tecnológicas y políticas que caracterizan a las nuevas generaciones.

La juventud ha actuado históricamente como motor de cambio social, desafiando las estructuras patriarcales y cuestionando las normas tradicionales de género. Tal como señala De Miguel (2015), los movimientos juveniles han sido espacios privilegiados para la emergencia de nuevas subjetividades políticas que subvierten los mandatos de feminidad y masculinidad impuestos. Desde el auge del feminismo de la segunda ola hasta el actual, la participación juvenil ha sido fundamental para revitalizar los debates sobre el cuerpo, el consentimiento y la sexualidad.

En la actualidad, el feminismo se configura en un contexto profundamente mediado por las tecnologías digitales. Plataformas como Instagram, TikTok o Twitter se han convertido en espacios de socialización política, difusión de discursos feministas y organización de acciones colectivas. Esta virtualización de la militancia ha permitido democratizar el acceso a los discursos feministas y facilitando la creación de comunidades afectivas

transnacionales. Las redes sociales favorecen nuevas formas de participación política y afectiva, donde el feminismo emergente se articula a través de relatos colectivos y pedagogías horizontales” (Menéndez Menéndez, 2022; Alario Gavilán, 2021).

Diversos estudios, como los recogidos en el Informe Juventud en España 2020 (Simón et al., 2021), señalan que una parte de la juventud manifiesta resistencias frente a los discursos feministas, interpretándolos como restrictivos o como amenazas a las libertades individuales. Esta reacción puede leerse como parte de los mecanismos de defensa ante la pérdida de privilegios masculinos o como expresión de la creciente polarización ideológica en torno a las cuestiones de género.

Por otra parte, el feminismo juvenil se caracteriza por su capacidad para problematizar las relaciones afectivas y sexuales desde una óptica crítica. Cuestiones como la cultura de la violación, el consentimiento, el placer, el consentimiento digital y la denuncia de las violencias simbólicas son centrales en las reivindicaciones de los movimientos juveniles feministas actuales (Cobo Bedia, 2017; Calvete et al., 2021). La juventud feminista no se limita a reclamar derechos formales, sino que cuestiona los modos en que el poder atraviesa los cuerpos, los deseos y las emociones.

En definitiva, el diálogo entre feminismo y juventud constituye un espacio de transformación social imprescindible para la construcción de sociedades más igualitarias y justas. Reconocer la agencia de las jóvenes feministas, escuchar sus demandas y acompañar sus procesos de politización crítica resulta esencial para fortalecer un feminismo capaz de dar respuesta a los desafíos contemporáneos.

### **3.4.1. Nuevos movimientos sociales y discursos feministas en redes**

La aparición de las redes sociales ha transformado la manera en que los movimientos sociales se organizan y difunden sus ideas. Los jóvenes, al estar inmersos en plataformas digitales, han utilizado estos espacios para desarrollar un activismo feminista que desafía las formas tradicionales de organización política. Como señalan autores como Eva Illouz (2019), las redes sociales han permitido la construcción de identidades colectivas basadas en el activismo digital, lo que ha abierto nuevas posibilidades de visibilidad y participación para las mujeres jóvenes.

Además, el feminismo en la era digital se ha convertido en una herramienta poderosa para contrarrestar la violencia de género en línea, el acoso y las representaciones sexistas que proliferan en estos espacios. Como apunta Mónica Alario (2021), el feminismo en redes sociales ha sido un catalizador para movilizar a jóvenes y adolescentes en torno a temas como el consentimiento, la igualdad de género y la lucha contra la violencia sexual. Este feminismo, que se manifiesta principalmente en plataformas como Twitter, Instagram y TikTok, permite a las jóvenes crear comunidades de apoyo mutuo, aprender, difundir teorías feministas y combatir las narrativas patriarcales que dominan el espacio público.

No obstante, la visibilidad digital también presenta retos significativos, como el riesgo de caer en la superficialidad del activismo, el llamado "activismo de hashtag" (*Hashtag activism*). Como subraya la socióloga Rosa Cobo Bedia (2017), los movimientos de visibilización de injusticias pueden potenciar el cambio, pero también corren el riesgo de centrarse en acciones simbólicas o performativas que no implican necesariamente un compromiso con la transformación estructural de las relaciones de poder.

### **3.4.2. Violencia contra las mujeres en la era digital**

La era digital ha generado transformaciones profundas en los modos de socialización, comunicación y expresión, abriendo nuevos espacios para la agenda feminista, pero también para la reproducción de formas de violencia adaptadas a los entornos virtuales. La violencia de género digital comprende una serie de prácticas como el acoso cibernético, la sextorsión, la difusión no consentida de imágenes íntimas (conocida como “*revenge porn*”) y otras formas de hostigamiento y control a través de las tecnologías de la información. Estas prácticas afectan desproporcionadamente a las mujeres y, en especial, a las adolescentes y jóvenes, quienes están más expuestas a dinámicas de cosificación, vigilancia sexual y disciplinamiento corporal y emocional en redes sociales (Baer, 2016).

Como advierte Ana de Miguel (2015), estas manifestaciones representan nuevas formas de control social sobre las mujeres que, si bien operan en registros simbólicos o virtuales, no por ello son menos destructivas. Se inscriben en una lógica de violencia estructural que perpetúa la subordinación de las mujeres mediante mecanismos de dominación más sofisticados, difusos y, a menudo, normalizados socialmente. En este sentido, la violencia de género digital no constituye un fenómeno aislado, sino que se articula con las lógicas de la cultura patriarcal, donde el cuerpo femenino es constantemente expuesto, mercantilizado y juzgado bajo estándares estéticos y sexuales impuestos por la pornografía y los medios digitales (Illouz, 2007; Dines, 2010).

El informe de Diaconía (2022) subraya que muchas adolescentes se sienten permanentemente vigiladas y presionadas para responder a ideales hipersexualizados de feminidad, lo que genera importantes efectos psicosociales como ansiedad, baja autoestima y miedo a la exclusión social.

La erotización temprana, promovida por las redes sociales y reforzada por la pornografía, contribuye a naturalizar prácticas abusivas y relaciones de poder desiguales en el plano sexual, lo que puede derivar en una interiorización de la violencia y una limitación en la autonomía sexual de las jóvenes (Ranea Triviño, 2019).

En definitiva, la violencia de género digital se configura como una extensión de las violencias estructurales que históricamente han atravesado los cuerpos y subjetividades femeninas. Su especificidad reside en su presencia constante, su rápida viralización y la dificultad de reparación simbólica y legal, lo que exige respuestas políticas, educativas y jurídicas que aborden la intersección entre género, tecnología y poder.

### **3.4.3. Amor romántico, violencia simbólica y vínculos con la prostitución**

El amor romántico constituye uno de los principales dispositivos ideológicos a través de los cuales se ha legitimado históricamente la desigualdad de género. En el marco de las culturas patriarcales, este modelo afectivo ha operado como un ideal hegemónico que prescribe la entrega incondicional, la renuncia a los propios deseos y el sacrificio personal como expresiones auténticas del querer femenino (Beauvoir, 1949/2019; de Miguel, 2015). De este modo, el amor no se presenta como una experiencia de reciprocidad, sino como una narrativa que sitúa a las mujeres en una posición de subordinación emocional y simbólica dentro de las relaciones heterosexuales.

Ana de Miguel (2015) advierte que el amor romántico ha devenido en un instrumento eficaz de violencia simbólica, al encubrir las relaciones de poder bajo una capa de afectividad. Esta forma de violencia, tal como fue conceptualizada por Pierre Bourdieu (2000), se ejerce de manera invisible y

es consentida por quienes la padecen, al estar profundamente inscrita en las estructuras sociales y culturales que moldean los deseos, creencias y aspiraciones de las mujeres. En este sentido, el amor romántico actúa como una tecnología de género que normaliza la dependencia emocional, legitima la desigualdad y bloquea el desarrollo de una conciencia crítica sobre las dinámicas de dominación que atraviesan los vínculos sexoafectivos (Alario, 2021).

La socialización de género desempeña un papel central en la reproducción de este imaginario, especialmente durante la adolescencia. A través de referentes culturales y discursos normativos, muchas jóvenes interiorizan modelos de relación basados en los celos, el control y la renuncia como signos de autenticidad amorosa, lo cual dificulta la identificación de situaciones de violencia psicológica o sexual (Ruiz Repullo, 2018). Esta educación emocional, basada en la naturalización del sufrimiento femenino, perpetúa estructuras afectivas profundamente patriarcales.

El ideal romántico no solo impacta en el ámbito de los vínculos afectivos, sino que también se articula con otras instituciones patriarcales como la prostitución. Rosa Cobo Bedia (2017) sostiene que el sistema prostitucional está profundamente enraizado en la cultura patriarcal y afecta de manera desproporcionada a las mujeres jóvenes, operando como un dispositivo de violencia sexual y simbólica que mercantiliza sus cuerpos y subjetividades. La prostitución no puede entenderse al margen del imaginario romántico, ya que ambos sistemas colocan a las mujeres en el rol de proveedoras (de afecto o de placer), mientras otorgan al deseo masculino una posición de legitimidad estructural.

Ana de Miguel (2015) establece una continuidad entre el relato romántico, que exige a las mujeres una entrega afectiva incondicional, y el sistema prostitucional, que las convierte en proveedoras de placer sexual para los

varones. En ambos casos, se niega la autonomía sexual y emocional femenina y se consolida una matriz patriarcal que jerarquiza y subordina sus cuerpos. Esta lógica se ve reforzada por la industria cultural y los medios de comunicación, que reproducen representaciones hipersexualizadas y romantizadas de la feminidad, banalizando la desigualdad y estetizando el sufrimiento.

Desde el feminismo contemporáneo se ha planteado la necesidad urgente de desmontar el amor romántico como mito fundacional del deseo heterosexual, en tanto que constituye un obstáculo para la construcción de relaciones basadas en la equidad, el consentimiento y el respeto mutuo. Como advierte Siegel (2020), resulta imprescindible promover una educación afectiva y sexual crítica, especialmente entre adolescentes y jóvenes, que les permita interrogar los modelos de amor y sexualidad dominantes, y reconocer las formas sutiles de violencia simbólica que se perpetúan bajo el discurso del amor.

## **PARTE II. ESTUDIO EMPÍRICO**

### **4. CAPÍTULO IV. PROPÓSITO INVESTIGADOR Y PREGUNTAS SOCIOLÓGICAS**

#### **4.1. Objetivo general: comprender la socialización sexual juvenil desde una perspectiva crítica**

El objetivo general de este trabajo es analizar el desarrollo de la sexualidad en la juventud en el contexto digital contemporáneo, con especial atención al papel de la pornografía como agente de socialización, con el fin de aportar propuestas orientadas a la construcción de contextos educativos y participativos que promuevan una sexualidad informada, crítica y saludable.

## **4.2. Objetivos específicos**

De forma más específica se pretende:

- Identificar los principales agentes de socialización sexual en la juventud actual, analizando el acceso, la procedencia y la calidad de la información recibida en materia de salud sexual y reproductiva, así como los indicadores clave del desarrollo sexual.
- Analizar el papel de la pornografía como agente de socialización sexual, con especial atención a su contribución en la perpetuación e interiorización de estereotipos de género.
- Examinar la influencia del consumo de pornografía en las prácticas sexuales de la juventud, en particular en la aparición de conductas de riesgo, dinámicas coercitivas y comportamientos sexuales violentos.
- Explorar las diferencias en los efectos del consumo de pornografía en función del sexo.

## **4.3. Hipótesis y supuestos teóricos**

A partir del marco teórico y los objetivos de esta investigación, se plantean las siguientes hipótesis:

**H1.** La socialización sexual de la juventud actual se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y la pornografía los más influyentes en el desarrollo sexual de la juventud.

**H2.** El consumo de pornografía se asocia con una mayor interiorización de estereotipos sexuales y de género en la juventud.

**H3.** El consumo de pornografía se asocia significativamente con la adopción de prácticas sexuales de riesgo y con la reproducción de conductas sexuales violentas entre jóvenes.

**H4.** Existen diferencias significativas entre chicos y chicas en relación con la influencia del consumo de pornografía, siendo los varones más propensos a reproducir conductas dominantes o agresivas, y las mujeres más susceptibles a experimentar presión o malestar.

## **5. CAPÍTULO V. ENFOQUE METODOLÓGICO Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN**

La presente investigación se caracteriza por combinar un diseño metodológico riguroso con un enfoque práctico y aplicado, sustentado en la experiencia profesional de la investigadora en intervención social, educación y sensibilización en temáticas de sexualidad, igualdad de género y prevención de riesgos asociados a la pornografía. Esta combinación permite que la investigación no solo aporte conocimiento académico, sino que también tenga repercusión directa en la práctica educativa y social.

La investigación aborda la influencia de la pornografía en la población juvenil desde una perspectiva sociológica y multidisciplinaria, integrando tanto enfoques cuantitativos como cualitativos. No obstante, el enfoque metodológico prioritario es de carácter cuantitativo, ya que se centra en el análisis estadístico de datos recogidos mediante un cuestionario estructurado.

El cuestionario utilizado en esta investigación fue diseñado específicamente para responder a los objetivos planteados, configurándose como un instrumento ad hoc elaborado por la investigadora. El proceso de

construcción partió de una revisión crítica de la literatura existente sobre consumo de pornografía en la adolescencia y sus implicaciones en la socialización sexual, así como de la experiencia acumulada en intervenciones educativas y charlas impartidas en centros de secundaria y formación profesional. A partir de este marco, se definieron los ejes temáticos centrales y se formularon ítems que recogieran de manera detallada variables como la edad de inicio, la frecuencia de consumo, las motivaciones, la percepción de la influencia en las relaciones sexuales y las horas de educación sexual recibidas en el centro. Con el fin de garantizar su pertinencia, el cuestionario se sometió previamente a un estudio piloto en el marco del Trabajo de Fin de Máster, lo que permitió comprobar la comprensión de las preguntas, depurar aquellas que generaban ambigüedades y ampliar otras que resultaban insuficientes para capturar la complejidad del fenómeno. Este proceso progresivo de diseño y ajuste otorgó al cuestionario la validez necesaria para ser aplicado en el trabajo de campo, permitiendo recoger información rigurosa y contextualizada que difícilmente habría podido obtenerse con instrumentos estandarizados previos.

Esta estrategia permite identificar patrones de comportamiento, actitudes y creencias en relación con el consumo de pornografía, así como establecer correlaciones significativas entre variables relevantes para la comprensión del fenómeno.

Complementariamente, se incorpora un enfoque cualitativo que enriquece la interpretación de los resultados, aportando una dimensión más profunda y contextualizada sobre las representaciones, discursos y significados asociados.

## **5.1. Perspectiva cualitativa: voces expertas**

### **5.1.1. Justificación del enfoque cualitativo**

En primer lugar, se llevó a cabo una fase exploratoria cualitativa, cuyo objetivo fue recabar las percepciones de profesionales de diversas disciplinas sobre el impacto de la pornografía en la sexualidad juvenil. Esta fase inicial resultó esencial para comprender cómo la pornografía es percibida y abordada desde campos como la sanidad, la educación formal y la psicología, proporcionando un marco teórico y práctico que orientaría el posterior diseño del cuestionario aplicado a los adolescentes.

La elección de un enfoque cualitativo para esta fase de la investigación se fundamenta en la necesidad de obtener una comprensión profunda y matizada de las opiniones y experiencias de los profesionales en relación con un fenómeno complejo y poco explorado.

La pornografía, en tanto que factor social y cultural, puede ser abordada desde diversas perspectivas, y su impacto en los jóvenes puede ser percibido de manera diferente por profesionales de la salud, la educación y la psicología.

A través de entrevistas cualitativas, se pretende acceder a las vivencias y conocimientos de los expertos, lo que permitirá construir un marco interpretativo sólido para contextualizar los datos cuantitativos obtenidos posteriormente.

### **5.1.2. Selección de perfiles profesionales**

La muestra cualitativa estuvo compuesta por profesionales de tres áreas clave: medicina, educación formal y psicología. La selección de los participantes se basó en un muestreo intencional, buscando profesionales con

experiencia en el trato con adolescentes y con conocimiento de los efectos que la pornografía puede tener en su desarrollo. La diversidad de perfiles dentro de la muestra permitió obtener una visión integral sobre el tema, dado que cada área aborda el fenómeno desde una perspectiva distinta.

Los criterios de inclusión son:

- Estar en la actualidad en activo.
- Tener experiencia laboral en el trabajo con menores entre 14 y 19 años.
- Ser profesional de la salud, psicología, educación, juventud o sexualidad.

En total, se realizaron entrevistas a 9 profesionales: tres sanitarias, tres directoras de centros educativos y tres psicólogas con máster en sexología. Estos profesionales fueron seleccionados en función de su experiencia en la intervención directa con adolescentes y su familiaridad con el impacto de la pornografía en la salud mental, emocional y física de los jóvenes.

### **5.1.3. Estrategia para la recogida de información: entrevistas semiestructuradas**

Se ha llevado a cabo una búsqueda de profesionales a través de los Colegios Profesionales y a través de directorios online para encontrar los perfiles necesarios para esta investigación. Después, se ha contactado con los y las seleccionados a través de correo electrónico o por teléfono para explicarles en qué consistía su participación y animarlos a realizar la entrevista.

Las entrevistas se realizaron de manera presencial o virtual, según la disponibilidad de los participantes y tuvieron una duración promedio de una hora. Todas las entrevistas fueron grabadas, con el consentimiento previo de los participantes.

Para la recolección de datos se utilizó una guía de entrevista semiestructurada, diseñada para explorar de manera flexible y abierta las opiniones de los participantes sobre distintos aspectos de la influencia de la pornografía en los adolescentes. La guía de entrevista incluía preguntas relacionadas con la percepción de los profesionales sobre los efectos psicológicos, emocionales y sociales del consumo de pornografía, así como sobre las estrategias que consideran más eficaces para abordar este tema en el contexto educativo y de salud. Asimismo, se exploraron las preocupaciones éticas y las posibles intervenciones o recomendaciones que los profesionales pudieran tener para mitigar los efectos adversos de la pornografía en los jóvenes.

#### **5.1.4. Análisis temático y categorización**

Las entrevistas se han estructurado en torno a tres grandes bloques temáticos: la pornografía como modelo de socialización sexual, la educación sexual formal e informal y los usos tecnológicos en la construcción de relaciones interpersonales. En cada uno de estos ejes se han recogido valoraciones, ejemplos concretos y análisis críticos por parte de las profesionales entrevistadas, lo que permite identificar puntos en común, preocupaciones compartidas y propuestas de intervención desde sus respectivos ámbitos.

### **5.2. Perspectiva cuantitativa: correlaciones y tendencias**

#### **5.2.1. Justificación del enfoque cuantitativo**

La presente investigación adopta un enfoque cuantitativo con el fin de dar respuesta a los objetivos planteados y permitir la contrastación de las hipótesis a partir de datos empíricos medibles. Esto se fundamenta en la necesidad de obtener información representativa y sistemática sobre las

prácticas, actitudes y percepciones de la juventud en torno a la sexualidad y el consumo de pornografía, así como sobre los agentes de socialización que intervienen en dicho proceso.

La elección de una estrategia cuantitativa, centrada en la aplicación de una encuesta estructurada, responde tanto al carácter exploratorio y descriptivo del estudio como a su intención analítica y explicativa. Las encuestas permiten recoger datos de forma estandarizada y comparable entre una muestra amplia de jóvenes, lo que posibilita establecer relaciones estadísticas entre variables clave del desarrollo sexual y los factores socioculturales que lo configuran. Asimismo, la anonimidad y sistematización propias de esta técnica favorecen la expresión honesta de comportamientos y opiniones en torno a temas sensibles como la sexualidad, minimizando sesgos sociales o morales en las respuestas.

En concreto, se ha diseñado una encuesta dirigida a estudiantes de entre 14 y 19 años matriculados en los niveles de 2.º de Educación Secundaria Obligatoria, Bachillerato, Formación Profesional Básica y de Grado Medio y Superior, pertenecientes a centros públicos y concertados de la Comunidad Autónoma de Cantabria. Este segmento etario ha sido seleccionado por tratarse de una etapa crítica en el proceso de socialización sexual, donde se consolidan los primeros contactos con la sexualidad, tanto a nivel experiencial como simbólico, y donde el consumo de contenidos pornográficos comienza a ser habitual, especialmente en entornos digitales.

Según los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), la población total censada en Cantabria entre los 14 y los 19 años asciende a 28.724 personas. A partir de este universo poblacional, se ha calculado una muestra representativa de  $N = 379$  estudiantes, lo que garantiza un nivel de confianza del 95 % y un margen de error estadístico aceptable. Este tamaño muestral permite realizar inferencias válidas y generalizables a la población objeto de

estudio, aportando solidez a los resultados obtenidos y a las conclusiones derivadas de los mismos. Además, se ha optado por recoger un número de encuestas superior al estrictamente necesario con el fin de garantizar una mayor representatividad de la muestra y reforzar la fiabilidad de los análisis.

En suma, la metodología seleccionada no solo se ajusta a los fines analíticos y descriptivos de esta investigación, sino que también permite abordar con rigor científico un fenómeno complejo y multidimensional como es el desarrollo de la sexualidad en la adolescencia, condicionado por factores educativos, sociales, culturales y mediáticos.

### **5.2.2. Caracterización de la muestra**

La investigación se desarrolló inicialmente con la intención de obtener una muestra representativa a nivel nacional. Para ello, se contactó con diversos centros educativos mediante redes profesionales y entidades vinculadas a la educación y la igualdad, incluyendo el Centro de Igualdad de Santander, DOFEMCO (Docentes feministas por la coeducación), la asociación Encuentro y Solidaridad en Madrid, y el Colegio Profesional de Educación Social de Cantabria. Gracias a estos contactos, se logró recopilar información de la siguiente manera: Comunidad Valenciana, 227 encuestas; Galicia, 6; Madrid, 46; Murcia, 9; Navarra, 5; Aragón, 3; Castilla y León, 69; y Cataluña, 4. Esta muestra inicial, aunque heterogénea, no fue representativa a nivel estatal y se descartó para la tesis, utilizándose únicamente para presentar una comunicación en el I Congreso Internacional, Profesional e Interuniversitario de Educación Social (CIPIES 25) bajo el título *“Pornografía y educación sexual: ¿quién está formando a nuestros jóvenes?”*, con una muestra de 226 adolescentes de 14 a 19 años del instituto de Comunidad Valenciana.

Posteriormente, la investigación se centró en Cantabria, donde se diseñó un listado de 66 centros educativos (Institutos, FP básica, media y superior) con alumnado de entre 14 y 19 años, que fueron contactados por correo electrónico y teléfono. Finalmente, 8 centros educativos aceptaron participar, distribuidos entre la ciudad de Santander y la zona rural del Valle de Camargo, garantizando diversidad urbana y rural y una distribución equilibrada de chicos y chicas.

El acceso a los centros fue complejo debido a la necesidad de coordinar fechas disponibles, periodos escolares sin exámenes ni vacaciones y a que los centros requieren conocimiento previo de la profesional que realiza la investigación. La investigadora contaba con experiencia y trayectoria en charlas y formaciones sobre igualdad, violencia de género, sexualidad y pornografía, lo que facilitó el acceso a los centros y generó confianza en la comunidad educativa.

Entre 2022 y 2024, la investigadora impartió al menos 36 charlas anuales dirigidas a alumnado desde 1.º de ESO hasta Bachillerato, FP básica y superior y universidad. Las temáticas abordadas incluyeron igualdad de género, violencia de género, sexualidad, pornografía, prostitución y trata de personas con fines de explotación sexual. Estas intervenciones fortalecieron la confianza de los centros educativos y facilitaron la aplicación de los cuestionarios, además de sensibilizar al alumnado sobre los riesgos y realidades sociales relacionadas con la temática.

Durante el período 2023-2025, se realizaron ocho formaciones dirigidas a profesionales de distintos sectores, incluyendo profesorado, psicólogos y profesionales del trabajo y la educación social. Las formaciones fueron contratadas por ayuntamientos, consejerías, asociaciones y colegios profesionales y en algunos casos contaron con certificados de participación en jornadas institucionales, como las Jornadas de Igualdad y Coeducación de

la Unidad Técnica de Igualdad y Coeducación de la Dirección General de Equidad, Calidad Educativa y Ordenación Académica, las III Jornadas contra la Trata y la Explotación Sexual del Ayuntamiento de Santander y la formación para el Colegio Profesional de Educación Social de Cantabria.

Finalmente, la muestra analizada para esta investigación está compuesta por 573 sujetos. De los cuales, 245 (42,8%) son varones y 328 (57,2%) son mujeres.

Los sujetos han sido divididos en tres grupos de edad de la siguiente manera:

- Grupo 1: Sujetos de 14 y 15 años.
- Grupo 2: Sujetos de 16 y 17 años.
- Grupo 3: Sujetos de 18 y 19 años.

Encontrando que en el grupo 1 hay 216 sujetos (37,7%), del grupo 2, 215 (37,5%) y del grupo 3 encontramos 142 (24,8%).

Respecto al nivel educativo, encontramos que 180 cursan la ESO, 96 cursan bachillerato, 42 FP Básica, 175 FP grado medio y 80 FP grado superior.

Estos datos aparecen descritos en las siguientes tablas:

***Tabla 1. Distribución del sexo del sujeto***

<b>Sexo</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Hombre</b>	245	42,8
<b>Mujer</b>	328	57,2
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.1 Sexo

**Tabla 2. Distribución por grupo de edad**

<b>Edad</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Grupo 1</b>	216	37,7
<b>Grupo 2</b>	215	37,5
<b>Grupo 3</b>	142	24,8
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.2 Año de nacimiento

**Tabla 3. Distribución por curso escolar**

<b>Curso</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>ESO</b>	180	31,4
<b>Bachillerato</b>	96	16,8
<b>FP Básica</b>	42	7,3
<b>FP Media</b>	175	30,5
<b>FP Superior</b>	80	14
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.5 Curso escolar

La muestra se ha obtenido de los siguientes centros escolares de la Comunidad Autónoma de Cantabria:

**Tabla 4. Participación de los centros educativos de la Comunidad Autónoma de Cantabria**

<b>Centros Educativos</b>	<b>Encuestados/as</b>
IES Valle de Camargo	244
ETP Hernán Cortés – Escuela Técnico Profesional	135
IES Santa Clara	108
IES Augusto Linares	21
Centro de día de la Asociación Nuevo Futuro Santander	21
Colegio Kostka – Jesuitas Santander	19
CC Centro Social Bellavista – Formación Profesional	13
Centro Integrado de Formación Profesional N°1	12
<b>Total</b>	<b>573</b>

Fuente: Elaboración propia

### **5.2.3. Aplicación y diseño del cuestionario**

Para la recogida de datos, desde octubre del 2021 y hasta junio del 2022, se hace la primera difusión en los distintos centros escolares de Cantabria que imparten FP Básica, ESO y/o niveles superiores, informándoles de la intención de desarrollar el presente estudio. Pero no es hasta septiembre del 2022 que se comienzan a distribuir. La aplicación de los cuestionarios se llevó a cabo previa obtención de la autorización correspondiente por parte de los centros educativos implicados. Una vez se comienzan a distribuir los

cuestionarios, se sigue haciendo difusión entre los distintos centros escolares de la Comunidad Autónoma. La cumplimentación de cuestionarios se alarga hasta junio del 2024, durante el horario escolar, en grupos reducidos de hasta treinta estudiantes, durante la hora de tutoría y sin presencia de profesorado, con el objetivo de minimizar cualquier influencia externa sobre las respuestas. Se garantizó la voluntariedad, anonimato y confidencialidad de la participación, y los centros gestionaron la comunicación con las familias mediante modelos de consentimiento informado. La participación fue completamente voluntaria, de modo que los estudiantes que no se sintieran cómodos para responder podían abstenerse, asegurando la sinceridad y validez de las respuestas obtenidas.

El trabajo de campo se apoyó en un estudio piloto realizado como Trabajo de Fin de Máster, que permitió ajustar el cuestionario inicial, incrementar el número de ítems y profundizar en aspectos relevantes como las horas de educación sexual recibidas, frecuencia y cantidad de consumo de pornografía, edad de inicio y voluntariedad, así como la inclusión de un cribado para aquellos jóvenes que no habían consumido pornografía. Estas mejoras facilitaron una visión más detallada y precisa de la situación de los jóvenes respecto a las temáticas abordadas, consolidando la calidad y exhaustividad de los datos obtenidos.

Por ello, se ha obtenido una encuesta con más ítems que ha permitido obtener una visión más minuciosa de la situación de los jóvenes con respecto a la temática.

La realización de esta fase piloto permitió confirmar que:

- Era necesario ampliar el número de preguntas del cuestionario.
- Ofrecer más opciones de respuesta a las personas encuestadas.

- Cribar las preguntas en función de las respuestas de la persona encuestada.
- La pregunta final abierta recoge información útil, por lo que se mantiene.

#### **5.2.4. Análisis estadístico de los datos**

Para la recolección de datos se emplea un cuestionario estructurado, diseñado específicamente para este estudio. La elaboración de dicho cuestionario se basa en la revisión de estudios previos y trabajos relevantes en la literatura sobre el tema en cuestión.

El cuestionario utilizado en este estudio está estructurado en seis bloques, cada uno de los cuales aborda aspectos clave relacionados con los objetivos de la investigación. La organización de los bloques permite realizar un análisis específico y detallado de las variables que influyen en las percepciones y comportamientos de los adolescentes respecto a la sexualidad, la pornografía y la educación sexual.

Cada bloque del cuestionario ha sido diseñado para abordar aspectos específicos de los objetivos de la investigación. El análisis detallado de cada sección permitirá identificar patrones de comportamiento, creencias y percepciones en los jóvenes y cómo estos se interrelacionan con variables como la educación sexual, el consumo de pornografía y las relaciones sexuales. La división en bloques facilita un análisis integral y organizado de los datos, lo cual es fundamental para comprender la influencia de la educación sexual y los medios en la formación de las actitudes y comportamientos sexuales en los adolescentes.

A continuación, se presenta una descripción de cada bloque en función de los objetivos de la investigación:

### Bloque 1: Información sociodemográfica y académica

Este bloque recopila datos sociodemográficos básicos (sexo, edad y curso escolar) que son fundamentales para contextualizar los resultados obtenidos en las demás secciones del cuestionario. El análisis de estas variables servirá para segmentar los resultados según grupos de edad, sexo o nivel educativo.

### Bloque 2: Creencias sobre estereotipos sexuales

El segundo bloque está diseñado para explorar las creencias de los jóvenes respecto a ciertos estereotipos sexuales prevalentes en la sociedad. Utilizando una escala tipo Likert, se pretende analizar cómo las percepciones de los adolescentes sobre la sexualidad convencional (por ejemplo, los roles de género y las expectativas sexuales). Este bloque es crucial para comprender cómo dichas creencias correlacionan con el consumo de pornografía y con comportamientos sexuales.

### Bloque 3: Educación sexual

Este bloque examina el grado de educación sexual que los jóvenes han recibido, enfocándose en aspectos como la comunicación sobre temas de sexualidad, el conocimiento sobre métodos anticonceptivos y las horas de formación en los centros educativos. El análisis de esta sección permite evaluar la relación entre la educación sexual formal y los comportamientos sexuales de los adolescentes, así como identificar posibles carencias en la formación recibida, lo cual es relevante para proponer mejoras en los programas educativos.

### Bloque 4: Consumo de pornografía

En este bloque, se recogen datos sobre el consumo de pornografía, abordando aspectos como la edad de inicio, la frecuencia y la cantidad de consumo. El análisis de estas respuestas es esencial para identificar patrones

de consumo entre los adolescentes y evaluar cómo el consumo de pornografía puede influir en sus actitudes hacia la sexualidad, la intimidad y las relaciones de pareja. Este bloque también permite evaluar el impacto potencial de la pornografía como agente de socialización en los jóvenes.

#### Bloque 5: Relaciones sexuales

Este bloque se centra en los comportamientos sexuales de los adolescentes, incluyendo el uso de métodos anticonceptivos, la práctica de relaciones sexuales de riesgo y/o violentas, y el uso del preservativo. La información recabada en este bloque es clave para evaluar la relación entre las actitudes hacia la sexualidad y los comportamientos reales, así como para identificar posibles riesgos relacionados con la salud sexual. El análisis de estos datos permitirá abordar cuestiones sobre la necesidad de reforzar la educación sexual preventiva en los jóvenes.

#### Bloque 6: Opiniones sobre la educación sexual recibida

Finalmente, el sexto bloque permite a los participantes expresar sus opiniones y reflexionar sobre la educación sexual que han recibido, además de compartir experiencias personales que puedan enriquecer el análisis. Aunque este bloque es abierto, su inclusión permite obtener información cualitativa valiosa que puede complementar los datos cuantitativos y proporcionar una visión más profunda de las percepciones de los adolescentes sobre la eficacia de la educación sexual.

## **6. CAPÍTULO VI. RESULTADOS Y ANÁLISIS**

### **6.1. Adolescencia, pornografía y desigualdades: un enfoque cualitativo desde la intervención profesional**

El presente apartado recoge los resultados del estudio cualitativo realizado a través de entrevistas semiestructuradas a tres perfiles profesionales que mantienen contacto estrecho con adolescentes y sus procesos de socialización afectivo-sexual: tres directoras de centros educativos, tres psicólogas-sexólogas y tres profesionales de la salud (una médica pediatra, una enfermera matrona y una médica ginecóloga). El objetivo de estas entrevistas ha sido conocer sus percepciones y experiencias respecto a la influencia de la pornografía, el acceso a dispositivos móviles y redes sociales, y la ausencia o limitación de una educación sexual integral en la adolescencia. La incorporación de estas voces expertas permite enriquecer el análisis teórico previo con datos empíricos que muestran cómo se traducen en la práctica cotidiana los discursos y carencias detectadas en la literatura científica.

A continuación, se exponen los resultados organizados según el perfil profesional, y en un último epígrafe se recogen las coincidencias y convergencias entre las tres perspectivas.

#### **6.1.1. La mirada desde los centros educativos: discursos y experiencias de dirección escolar**

Las directoras entrevistadas subrayan con claridad el papel que está desempeñando la pornografía como principal fuente de aprendizaje sexual para muchos adolescentes. Como afirma una de las entrevistadas, desde su experiencia en la gestión de un centro educativo, observa cómo ciertas prácticas se replican sin mediación crítica: *“Hay alumnas que nos cuentan*

*que sus novios les dicen que si no hacen ciertas cosas es porque no las quieren y esas cosas vienen directamente de lo que han visto en porno”. En este sentido, denuncia la falta de alternativas formativas y señala que “la pornografía está funcionando como escuela de sexualidad, porque si tú no les das otra, es la única que tienen”.*

En relación con la educación sexual institucionalizada, otra de las entrevistadas manifiesta que esta es escasa, desestructurada y dependiente de iniciativas puntuales: *“Se da alguna charla puntual, pero no hay una educación sexual estructurada, continuada, que se enfoque en el respeto, el deseo o el consentimiento”.* Además, destaca la falta de formación del profesorado, así como la ausencia de tiempo y prioridad dentro del currículo: *“Nos faltan herramientas y formación, también tiempo, porque el currículo está lleno y no se prioriza”.*

En cuanto al acceso a móviles y redes sociales, la tercera directora entrevistada identifica una carencia importante en la prevención y el acompañamiento familiar: *“Les damos el móvil tarde y sin acompañamiento, no hemos hecho ese trabajo de prevención antes”.* Y alerta sobre la exposición precoz a contenidos sexualizados: *“Hay una normalización del acceso a contenido sexualizado a edades muy tempranas y eso deja huella”.*

### **6.1.2. Acompañamiento y escucha clínica: aportes desde la psicología y la sexología**

Las psicólogas y sexólogas entrevistadas coinciden en señalar que el consumo de pornografía por parte de los adolescentes no solo es cada vez más precoz, sino que está marcando profundamente sus expectativas, conductas y formas de vincularse. Una de ellas afirma que *“la pornografía ofrece un modelo muy alejado de la realidad: no hay comunicación, no hay consentimiento explícito, no hay métodos anticonceptivos y el placer se*

*enfoca desde la genitalidad masculina*”. Asimismo, advierte del impacto de este modelo sobre la excitación y el deseo: *“A veces tienen dificultades para excitarse si no hay pornografía de por medio. Esto se está convirtiendo en algo muy frecuente en consulta”*.

La falta de referentes positivos de sexualidad es una constante: *“El problema es cuando la pornografía se convierte en el referente principal para aprender sobre sexualidad. Muchos chicos no han tenido otra fuente”*. En consecuencia, estas profesionales demandan una educación sexual integral que aborde la dimensión emocional, ética y afectiva de la sexualidad: *“La educación sexual no puede limitarse a decir que hay que usar condón. Tiene que hablar de emociones, de límites, de deseo, de placer, de consentimiento”*.

Respecto al uso de redes sociales, subrayan los efectos que estas tienen sobre la autoestima y la manera de relacionarse: *“Las redes están marcando nuevas formas de vincularse, pero también generan mucha inseguridad, mucha comparación, mucho ruido. Les cuesta identificar qué quieren ellos realmente”*. Esta hipersaturación y exposición constante repercute directamente en la vida afectiva y sexual: *“Hay una sobreestimulación constante, lo que dificulta parar, conectar con el propio deseo y comunicarse con la otra persona”*.

### **6.1.3. Salud sexual y adolescencia: perspectivas desde la atención sanitaria**

Desde el ámbito médico-pediátrico, una de las profesionales entrevistadas señala con preocupación la edad temprana a la que los menores acceden a la pornografía: *“Muchos chavales consumen porno a los 10, 11 años. Luego vienen con creencias como que el sexo duele, o que si no hay penetración no cuenta”*. Estas ideas erróneas, según indica, rara vez se corrigen en el

entorno familiar o escolar: *“Te das cuenta de que han aprendido mal, y nadie lo ha corregido”*.

Esta percepción enlaza con la necesidad de anticipar la intervención educativa: *“Necesitamos empezar mucho antes. La educación sexual no puede empezar en 4º de la ESO. Es tarde. Debería ser desde primaria, adaptada a la edad”*. Además, destaca el interés que muestran los adolescentes cuando se les ofrece información adecuada: *“Cuando se hace bien, ves que los chavales se abren, preguntan, se interesan. Quieren saber. Solo que nadie se atreve a hablar con ellos”*.

Desde la consulta médica también observa un incremento en problemáticas relacionadas con la salud mental, derivadas en parte del consumo de pornografía o del uso inadecuado de redes: *“Vienen con ansiedad, con preguntas que no se atreven a hacer en casa. Muchas veces derivadas de lo que han visto en internet o en porno”*. Además, describe una creciente necesidad de validación externa: *“Hay mucha soledad, mucha confusión, y a veces una necesidad muy grande de validación externa que se busca a través del sexo o las redes”*.

#### **6.1.4. Síntesis interpretativa: convergencias entre discursos profesionales**

Las entrevistas reflejan una convergencia clara entre los tres perfiles profesionales en torno a varios ejes fundamentales. En primer lugar, todas coinciden en señalar que la pornografía se ha convertido en un modelo de socialización sexual dominante, especialmente entre los varones, y que su acceso es precoz, desregulado y raramente cuestionado por el entorno adulto.

En segundo lugar, se detecta un consenso unánime sobre la insuficiencia de la educación sexual actual, que llega tarde, de forma desestructurada y

centrada en aspectos reproductivos o preventivos, sin abordar los vínculos afectivos ni el consentimiento.

Finalmente, se comparte la preocupación por el impacto de las tecnologías digitales, tanto por la exposición a contenidos inadecuados como por el deterioro de las habilidades comunicativas y relacionales.

La complementariedad de las tres miradas -educativa, clínica y psicoafectiva- permite trazar un diagnóstico común: los adolescentes están creciendo en un vacío educativo respecto a su sexualidad, un vacío que es llenado por referentes hipersexualizados, misóginos y deshumanizados. Las profesionales coinciden en reclamar una intervención temprana, integral y continuada, que implique a familias, escuelas, personal sanitario y medios de comunicación. Como señala una de las entrevistadas: *“Si tú no les das otra alternativa, la única escuela de sexualidad que tienen es el porno”*.

Este consenso profesional no solo respalda los resultados obtenidos, sino que aporta un enfoque aplicado, subrayando la urgencia de diseñar estrategias educativas y preventivas desde la escuela y la familia.

En suma, las entrevistas cualitativas corroboran de manera consistente los resultados obtenidos en la parte cuantitativa. Las voces de los profesionales coinciden en señalar la influencia de la pornografía en la socialización sexual de la adolescencia y la necesidad de intervención educativa, lo cual refuerza la solidez de las conclusiones de esta investigación.

#### **6.1.5. Conexiones entre discursos profesionales y experiencias adolescentes**

La triangulación entre los resultados cualitativos y cuantitativos permite ofrecer una visión más completa de cómo se produce la socialización sexual en la adolescencia y cómo la pornografía actúa como agente mediador. Las

entrevistas con directoras, psicólogas y profesionales sanitarias proporcionan un marco interpretativo que permite contextualizar los datos obtenidos en los cuestionarios y matizar la confirmación de las hipótesis planteadas en esta investigación.

En primer lugar, la hipótesis de que la socialización sexual adolescente se encuentra mayoritariamente no institucionalizada y mediada por medios digitales y pornografía encuentra respaldo en ambos tipos de evidencia. Las directoras entrevistadas coinciden en que la pornografía funciona como un referente principal: *“Si tú no les das otra alternativa, la única escuela de sexualidad que tienen es el porno”*. Esto se relaciona con algunas de las respuestas aportadas por los jóvenes en la pregunta abierta del final del cuestionario: *“No todos tienen la suerte de poder hablarlo con sus padres, o si no les dan educación sexual, todo puede llevar a los múltiples casos de violencia entre jóvenes”*. Además, en los cuestionarios, un 38,7% de la muestra declara haber recibido tan solo 1 o 2 horas de educación sexual en la escuela y, un 40,1% admite que la pornografía ha influido en su visión de las relaciones sexuales, lo que confirma la relevancia de la socialización no institucionalizada.

En relación con la hipótesis sobre la asociación entre consumo de pornografía y adhesión a estereotipos sexuales y de género, las psicólogas y sexólogas señalan que los modelos pornográficos consumidos reproducen dinámicas de poder y roles desiguales: *“A veces los chicos esperan que las chicas hagan cosas que han visto en porno y no hay comunicación ni consentimiento explícito”*. Los datos cuantitativos muestran que existe una relación estadísticamente significativa entre el consumo de pornografía y la adquisición de estereotipos relacionados con la sexualidad. La integración de la evidencia cualitativa permite comprender los posibles mecanismos que

subyacen a estas variaciones y evidencia la importancia de analizar la socialización sexual desde la perspectiva de género.

La hipótesis que planteaba un vínculo entre consumo de pornografía y prácticas sexuales de riesgo y violencia también encuentra elementos de contraste. Las médicas y enfermeras alertan sobre la exposición temprana: *“Muchos chavales consumen porno a los 10, 11 años y luego vienen con ideas erróneas sobre el sexo”*, observación que se refleja en los cuestionarios, donde encontramos una diferencia estadísticamente significativa entre el consumo de pornografía y el mantenimiento de conductas sexuales de riesgo y violentas. La convergencia entre estas fuentes evidencia que, más allá de las diferencias individuales, existe un patrón de aprendizaje sexual desregulado que incrementa la probabilidad de reproducir conductas poco consensuadas o potencialmente dañinas.

Finalmente, respecto a la hipótesis sobre diferencias de género en la influencia y experiencias vinculadas al consumo pornográfico, las entrevistas resaltan la disparidad en percepciones y presiones: *“La pornografía está funcionando como escuela de sexualidad, especialmente para chicos; ellas reciben mensajes de control y expectativa que generan conflicto”*. Los datos de la encuesta muestran que los chicos reportan una mayor frecuencia de conductas observadas en pornografía, mientras que las chicas evidencian mayor preocupación por el consentimiento y los límites, confirmando patrones de socialización sexual diferenciada. Esta combinación de evidencia subraya la necesidad de intervenciones educativas que tengan en cuenta la perspectiva de género y los distintos modos de internalización del consumo pornográfico.

En conjunto, la integración de estas dos fuentes de información permite situar los resultados en un marco sociológico más amplio: los adolescentes crecen en un vacío educativo que es llenado por referentes

hipersexualizados, mientras que la percepción profesional ofrece claves interpretativas sobre la reproducción de desigualdades de género y modelos desiguales de sexualidad. Esta conexión entre la experiencia juvenil y la visión de los profesionales evidencia la necesidad de políticas y programas educativos tempranos, continuos e integrales, que incorporen alfabetización sexual mediática, análisis crítico del deseo y la sexualidad, y reflexión sobre el consentimiento y las relaciones afectivas.

## **6.2. Explorando la sexualidad juvenil: análisis de tendencias y correlaciones**

El presente apartado expone los resultados obtenidos a través del análisis estadístico de los datos recabados en la fase cuantitativa de la investigación. Esta sección tiene como objetivo contrastar empíricamente las hipótesis formuladas.

Para ello, se presentan los resultados relativos a cuatro dimensiones fundamentales en la construcción de la sexualidad adolescente: la adquisición de roles de género, la educación sexual recibida, las prácticas sexuales que manifiestan llevar a cabo y el consumo de pornografía.

Estos indicadores se abordan desde un enfoque interrelacionado que permite comprender no solo la frecuencia o el tipo de conductas y contenidos consumidos, sino también los significados atribuidos y el impacto que tienen en su desarrollo psicosocial y afectivo. Asimismo, se analizan las principales fuentes de información sexual a las que accede la juventud, diferenciando entre agentes institucionalizados (familia, escuela, sistema sanitario) y no institucionalizados (medios digitales, redes sociales, pornografía), con el fin de identificar tendencias, correlaciones y posibles vacíos en los procesos actuales de socialización sexual.

### **6.2.1. Agentes de socialización sexual: el protagonismo de lo digital y la pornografía**

En relación a la hipótesis 1, que sostiene que *la socialización sexual de la juventud actual se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y la pornografía los más influyentes en el desarrollo sexual de la juventud*, los resultados obtenidos muestran una tendencia clara hacia el predominio de canales informales y digitales en los procesos de aprendizaje sexual. Frente a la función orientadora de la familia, el sistema educativo o los espacios sanitarios, los y las adolescentes manifiestan recurrir con mayor frecuencia a internet, redes sociales y contenidos pornográficos como principales fuentes de información sobre sexualidad. Este desplazamiento hacia agentes no institucionalizados pone de relieve no solo la transformación de los entornos de socialización, sino también la necesidad de repensar las estrategias educativas y de prevención desde una perspectiva crítica y contextualizada.

### **6.2.2. Acceso, consumo y exposición a la pornografía**

El acceso a la pornografía a edades tempranas se configura como un fenómeno de gran relevancia, particularmente en el marco de la socialización sexual de las y los adolescentes. Los datos obtenidos en la investigación reflejan una alta prevalencia de contacto con contenidos pornográficos: un 78,4% del total de encuestados -equivalente a 449 personas- declara haber consumido pornografía al menos una vez. Este porcentaje no solo evidencia la amplitud del fenómeno, sino que interpela sobre los espacios y mecanismos mediante los cuales se produce dicho acceso.

El promedio de edad en el primer contacto con la pornografía se sitúa en los 12,69 años, lo que evidencia un inicio especialmente precoz, en una etapa donde los procesos identitarios y afectivo-sexuales se encuentran aún en

construcción. Ha sido especialmente significativo que un 17,1% comenzara a los 12 años y un 19,8% a los 13 años, concentrándose en este último tramo el mayor volumen de primeros accesos. Estos datos no solo señalan una tendencia a la exposición temprana, sino que invitan a reflexionar sobre la ausencia de mediaciones institucionales o familiares que acompañen y orienten dicha experiencia inicial.

Asimismo, las formas de acceso revelan elementos clave sobre el contexto de consumo. Un 49,2% refiere haber accedido de manera voluntaria, mientras que un 29,1% lo hizo de forma no intencionada, a través de mecanismos como la publicidad, la exposición involuntaria o la mediación de terceros. Este dato sugiere que, aunque predomina la búsqueda activa, existe una proporción considerable de adolescentes cuya primera interacción con la pornografía se produce de manera pasiva. Esta exposición no mediada puede facilitar la normalización de los imaginarios pornográficos, participando en procesos de aprendizaje implícito donde los límites del consentimiento, la intimidad o la igualdad quedan diluidos en las representaciones estereotipadas y androcéntricas de la sexualidad.

Estos datos permiten problematizar el papel que la pornografía desempeña como agente de socialización sexual, especialmente en un entorno digital donde el acceso resulta inmediato, gratuito y desregulado. La precocidad del contacto, unida a la falta de una educación sexual integral, sitúa a las y los adolescentes ante un modelo de sexualidad donde predominan las lógicas del consumo, la dominación y la espectacularización del cuerpo. Esto genera importantes desafíos tanto a nivel educativo como político.

**Tabla 5. Edad del primer acceso a la pornografía**

<b>Acceso pornografía</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Antes</b>	8	1,8
<b>7 años</b>	13	2,9
<b>8 años</b>	14	3,1
<b>9 años</b>	10	2,2
<b>10 años</b>	34	7,6
<b>11 años</b>	30	6,7
<b>12 años</b>	77	17,1
<b>13 años</b>	89	19,8
<b>14 años</b>	75	16,7
<b>15 años</b>	52	11,6
<b>16 años</b>	30	6,7
<b>17 años</b>	12	2,7
<b>18 o más años</b>	5	1,1
<b>Total</b>	449	100

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.23 ¿Qué edad tenías cuando viste porno la primera vez?

**Tabla 6. Consumo de pornografía**

<b>Motivos</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Involuntario</b>	59	10,3
<b>Publicidad</b>	42	7,3
<b>Me lo enseñaron</b>	66	11,5
<b>Lo he visto por mi cuenta</b>	282	49,2
<b>Nunca</b>	124	21,6
<b>Total</b>	573	100

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.22 ¿Podrías decirme si en alguna ocasión has visto pornografía?

La exposición no intencionada a contenidos pornográficos -que afecta al 29,1% de los adolescentes encuestados- se configura como un fenómeno de gran relevancia en el análisis del ecosistema digital contemporáneo. El hecho de que casi un tercio de los y las jóvenes haya accedido por primera vez a este tipo de material sin haberlo buscado pone de manifiesto que la pornografía no solo está disponible, sino que irrumpe en los espacios de socialización juvenil de forma invasiva. Esta accesibilidad no solicitada, lejos de ser anecdótica, constituye una vía de iniciación frecuente y, por tanto, un elemento estructural del entorno digital en el que se desenvuelven las nuevas generaciones.

La presencia de pornografía en la experiencia digital cotidiana puede explicarse, en parte, por los propios mecanismos de funcionamiento de las plataformas en línea: anuncios invasivos, ventanas emergentes, enlaces disfrazados o el contenido viralizado en redes sociales que operan como vehículos habituales de exposición involuntaria. En este sentido, se difuminan las fronteras entre lo buscado y lo recibido, en un entorno mediado

por algoritmos que privilegian la circulación masiva de contenidos altamente sexualizados.

Este tipo de exposición a imágenes pornográficas puede tener efectos significativos en los procesos de socialización sexual, especialmente cuando se produce en ausencia de referentes adultos, educación sexual crítica o marcos regulatorios que protejan el desarrollo de los menores. La falta de filtros parentales o de medidas efectivas de protección en los dispositivos tecnológicos no solo permite este acceso, sino que lo normaliza, trasladando la responsabilidad del control a las familias y obviando la dimensión estructural de un modelo digital hiperliberalizado.

Esta situación refleja una desprotección sistémica de la infancia y adolescencia frente a los intereses del mercado digital, donde el cuerpo y la sexualidad son mercancías más en un entorno dominado por la lógica del consumo y la inmediatez.

La exposición involuntaria, en este marco, no puede entenderse únicamente como un problema de supervisión familiar, sino como síntoma de un orden socioeconómico que antepone la rentabilidad de los flujos de contenido a la protección de los derechos de la infancia y la adolescencia.

#### **6.2.2.1. El consumo de pornografía en la adolescencia: motivos, prácticas y significados.**

El primer contacto con la pornografía se produce, mayoritariamente, por curiosidad (53 %), seguida a mucha distancia por el placer (11,6 %) y la autoexploración (3,6 %). Estos datos reflejan un componente exploratorio y experimental dominante en las etapas iniciales del consumo. Lejos de ser una mera “etapa natural” del desarrollo sexual adolescente, esta conducta debe interpretarse en el marco de un déficit de educación sexual formal y crítica,

que deja a la pornografía como principal -y a menudo única- fuente de información sobre prácticas, cuerpos y deseos sexuales.

El primer consumo responde no solo a una inquietud individual, sino a un vacío estructural que delega en la industria pornográfica la tarea de socializar sexual y afectivamente a la juventud.

**Tabla 7. Motivos del primer consumo de pornografía**

<b>Motivos</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Para saber que hacer</b>	16	3,6
<b>Para aprender</b>	15	3,3
<b>Por curiosidad</b>	238	53,0
<b>Por placer</b>	52	11,6
<b>Fantasía</b>	8	1,8
<b>Reducción estrés</b>	1	,2
<b>Evitar aburrimiento</b>	12	2,7
<b>Autoexploración</b>	16	3,6
<b>Por otro motivo</b>	91	20,3
<b>Total</b>	449	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.24 ¿Por qué viste pornografía por primera vez?

Actualmente, un 46,3 % de quienes han accedido alguna vez a pornografía continúan consumiéndola. La motivación dominante en esta fase es el placer (67,8 %), pero aparecen también otros factores como la curiosidad (7,7 %), la reducción del estrés (7,2 %) o el aburrimiento (5,3 %). Estas cifras ponen de relieve cómo la pornografía no solo funciona como un recurso de

excitación sexual, sino también como una forma de entretenimiento y gestión emocional, encajando en un modelo de consumo digital caracterizado por la gratificación inmediata, la constante estimulación y la desregulación afectiva. Este patrón convierte al cuerpo -propio y ajeno- en objeto de descarga, consumo y evasión.

**Tabla 8. Consumo de pornografía en la actualidad**

<b>Consumo</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Sí</b>	208	46,3
<b>No</b>	241	53,7
<b>Total</b>	449	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.25 Actualmente, ¿sigues viendo porno?

Entre quienes continúan consumiendo, la frecuencia es significativa: un 32,2 % lo hace más de tres veces por semana y otro 29,3 % entre dos y tres veces por semana, en sesiones que rara vez superan la hora de duración (90,4 % de los casos). Este patrón fragmentado pero habitual se ajusta a la lógica contemporánea de contenidos breves, inmediatos y fácilmente accesibles, que tiende a moldear las expectativas sexuales, la percepción del consentimiento y las formas de establecer vínculos afectivos.

Desde un punto de vista sociológico, este tipo de consumo no puede entenderse de manera aislada, sino como parte de un ecosistema cultural y tecnológico en el que los adolescentes se socializan. Internet ha introducido una dinámica de inmediatez y sobreexposición que configura nuevas formas de construcción de la intimidad y del deseo. La repetición frecuente y episódica del consumo de pornografía reproduce los esquemas de gratificación instantánea propios de las plataformas digitales (Illouz, 2009),

generando un aprendizaje basado en la inmediatez y en la falta de elaboración relacional.

En este sentido, la sexualidad adolescente se ve atravesada por modelos de comportamiento sexual que se adquieren a través de un consumo continuado y acrítico de imágenes estandarizadas, que priorizan el rendimiento físico sobre la comunicación afectiva. El hecho de que las sesiones sean cortas, reiteradas y orientadas a un consumo instrumental del placer refuerza la desvinculación entre sexualidad y afectividad, dificultando el desarrollo de habilidades socioemocionales para establecer relaciones basadas en el consentimiento, la reciprocidad y el reconocimiento del otro como sujeto.

Asimismo, la fragmentación del consumo conecta con las lógicas de la economía de la atención (Harvey, 2007), donde los sujetos aprenden a consumir placer de forma rápida y desechable, trasladando esta lógica a sus vínculos interpersonales. Así, la práctica de “citas rápidas”, el *sexting* o las interacciones en aplicaciones de mensajería instantánea se insertan en esta misma matriz cultural de inmediatez y rotación constante de estímulos. En consecuencia, el desarrollo sexual en la adolescencia se produce bajo una tensión entre la búsqueda de experiencias intensas y la ausencia de marcos de referencia sólidos sobre consentimiento, afectividad y cuidado.

La consecuencia más relevante desde un enfoque sociológico es que el consumo pornográfico, lejos de ser una práctica aislada, opera como un agente de socialización que naturaliza determinados guiones sexuales. Estos guiones, al integrarse tempranamente en la biografía adolescente, acaban conformando un habitus sexual (Bourdieu, 2000), es decir, disposiciones duraderas que orientan las percepciones, los deseos y las prácticas futuras.

La repetición cotidiana y normalizada del consumo configura así una sexualidad que se aprende más desde la pantalla que desde la interacción

directa, lo cual reconfigura profundamente los procesos de socialización de género y las expectativas de las relaciones íntimas.

**Tabla 9. Frecuencia del consumo de pornografía**

<b>Consumo</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Todos los días</b>	37	17,8
<b>4 o 5 veces a la semana</b>	30	14,4
<b>2 o 3 veces a la semana</b>	61	29,3
<b>1 vez a la semana</b>	32	15,4
<b>Muy de vez en cuando</b>	48	23,1
<b>Total</b>	208	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.27 ¿Con qué frecuencia ves pornografía?

**Tabla 10. Duración en horas del consumo de pornografía**

<b>Duración</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Más de cuatro horas</b>	3	1,4
<b>Entre 3 y 4 horas</b>	2	1,0
<b>Entre 1 y 2 horas</b>	15	7,2
<b>Menos de 1 hora</b>	188	90,4
<b>Total</b>	208	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* ¿Cuándo ves porno, durante cuántas horas lo haces?

Cuando se analizan las motivaciones actuales, los resultados confirman un predominio del placer, aunque persisten otros factores relacionados con el aprendizaje, la fantasía o la gestión emocional.

El placer constituye la motivación principal para el consumo de pornografía (67,8 %), muy por encima de otros factores como la curiosidad (7,7 %), la reducción del estrés (7,2 %) o el aburrimiento (5,3 %). Este predominio indica que la pornografía no se percibe únicamente como un recurso de aprendizaje inicial -dimensión presente en una minoría de casos (4,8 % entre “para saber qué debo hacer” y “para aprender”)-, sino que se consolida como una práctica orientada a la satisfacción inmediata.

Desde una perspectiva sociológica, resulta relevante comprender cómo la sexualidad adolescente en la era digital se configura fundamentalmente bajo una lógica de consumo orientado al placer individual, desligado de vínculos relacionales o afectivos. Tal orientación responde a lo que Eva Illouz (2012) denomina la “mercantilización del deseo”, en la que los sujetos adoptan patrones de consumo sexual semejantes a los de cualquier otro producto cultural, con un acceso rápido, repetitivo y funcional. La pornografía se convierte, así, en un dispositivo que refuerza el individualismo en la vivencia de la sexualidad, privilegiando la gratificación instantánea sobre la construcción de intimidad o reciprocidad.

La persistencia de motivaciones vinculadas al aprendizaje y la exploración (autoexploración 3,4 %; aprender 2,4 %) revela, sin embargo, que la pornografía todavía cumple un papel como fuente de socialización sexual en ausencia de referentes educativos adecuados (Villena Moya, 2023). El hecho de que adolescentes recurran a ella “para saber qué debo hacer” muestra la carencia de marcos institucionales sólidos de educación sexual, que deja un vacío ocupado por contenidos estandarizados y sexistas, lo que genera aprendizajes mediados por guiones culturales de dominación masculina (Cobo, 2020).

Otro dato de interés es la motivación vinculada a la gestión emocional: un 7,2 % declara consumir pornografía para reducir el estrés y un 5,3 % para

evitar el aburrimiento. Ello sitúa la pornografía en la órbita de las estrategias de afrontamiento emocional características de la juventud en entornos digitales, donde las prácticas de consumo se utilizan como formas de regulación afectiva (Draps et al., 2022).

En menor medida, aparece la fantasía (3,8 %), lo que sugiere que, aunque el uso de la pornografía se vincula principalmente al placer físico, también cumple un papel en la elaboración de imaginarios eróticos, ofreciendo escenarios para la experimentación simbólica. Sin embargo, este espacio de la fantasía no puede desvincularse de los discursos que configuran dichos contenidos, los cuales, lejos de ser neutros, están atravesados por representaciones violentas y prácticas que reproducen dinámicas de explotación sexual de las mujeres, al mismo tiempo que limitan la diversidad y refuerzan estereotipos sexuales.

En conclusión, el mantenimiento del consumo de pornografía en la adolescencia responde a la priorización del placer individual, pero coexiste con otras motivaciones que apuntan tanto al déficit de educación sexual formal como a la función de la pornografía como herramienta de gestión emocional. Desde la sociología, estos resultados muestran cómo los adolescentes internalizan guiones sexuales en un contexto marcado por la lógica del consumo digital, el individualismo afectivo y la ausencia de referentes alternativos, lo que repercute en la forma en que construyen su sexualidad, negocian el consentimiento y conciben las relaciones íntimas.

**Tabla 11. Motivación para el mantenimiento del consumo de pornografía**

<b>Motivos</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Para saber qué debo hacer</b>	5	2,4
<b>Para aprender</b>	5	2,4
<b>Curiosidad</b>	16	7,7
<b>Placer</b>	141	67,8
<b>Fantasía</b>	8	3,8
<b>Reducción estrés</b>	15	7,2
<b>Evitar aburrimiento</b>	11	5,3
<b>Autoexploración</b>	7	3,4
<b>Total</b>	208	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P26. ¿Por qué sigues viendo porno ahora?

Por otro lado, el análisis del abandono del consumo resulta especialmente significativo. Entre quienes han dejado de consumir, un 27,4 % señala que la pornografía “no muestra la realidad”, y un 18,7 % indica simplemente que “no le gustó”. Este rechazo sugiere no solo una respuesta subjetiva, sino un incipiente proceso de crítica al modelo pornográfico, entendido como una representación basada en la cosificación, la desigualdad y la estandarización del placer masculino. En muchos casos, abandonar el consumo parece ser el resultado de una mayor capacidad de distanciamiento crítico y de resistencia frente a las narrativas dominantes sobre sexualidad.

**Tabla 12. Motivos para el no consumo de pornografía**

<b>Motivos</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Tengo pareja</b>	27	11,2
<b>Solo lo vi una vez</b>	25	10,4
<b>No me gustó</b>	45	18,7
<b>No muestra la realidad</b>	66	27,4
<b>Ya tengo suficiente conocimiento</b>	13	5,4
<b>Me preocupa la situación de las mujeres</b>	18	7,5
<b>Otra razón</b>	47	19,5
<b>Total</b>	241	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.29 ¿Por qué ya no ves porno?

Además, quienes abandonan el consumo presentaban ya un patrón menos intensivo: un 72,5 % lo hacía “muy de vez en cuando” y el 97,1 % durante menos de una hora por sesión. Esto sugiere que el rechazo a la pornografía no es un fenómeno aislado, sino que se enmarca en una menor internalización del discurso pornográfico y una mayor disposición a cuestionar sus presupuestos culturales y afectivos.

La menor frecuencia de consumo inicial indica que estos adolescentes no incorporaron de manera estable los guiones de conducta, deseo y relación que la pornografía propone. Esto les habría permitido mantener una mayor distancia crítica frente a la lógica de consumo, facilitando la posibilidad de abandono.

El hecho de que quienes abandonan presenten sesiones más breves y esporádicas sugiere también que la pornografía ocupó en sus vidas un lugar marginal en comparación con otras experiencias de socialización, como las

relaciones interpersonales, la educación afectivo-sexual o incluso la influencia de grupos de iguales. Este dato resulta sociológicamente relevante porque cuestiona la idea de un consumo homogéneo: la exposición no implica necesariamente la adhesión, y existen factores -culturales, familiares, de género o educativos- que median la manera en que los jóvenes se posicionan frente a estos contenidos.

Asimismo, puede interpretarse que la renuncia al consumo está vinculada a un mayor grado de conciencia sobre la violencia simbólica de la pornografía, en tanto reproduce dinámicas de cosificación, explotación sexual y subordinación de las mujeres. La distancia frente a estos discursos refleja una capacidad de agencia en la construcción de la sexualidad, que se aleja de la mera reproducción de modelos digitales estandarizados. En este sentido, el abandono podría señalar un posicionamiento crítico frente a las narrativas dominantes de la sexualidad.

En suma, el menor grado de implicación con el consumo inicial explica en gran medida la posibilidad del abandono, pero al mismo tiempo este proceso se relaciona con la capacidad de ciertos sujetos de redefinir sus referentes.

**Tabla 13. Frecuencia del consumo de pornografía**

<b>Consumo</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>4 o 5 veces a la semana</b>	6	3,5
<b>2 o 3 veces por semana</b>	28	16,4
<b>1 vez</b>	13	7,6
<b>Muy de vez en cuando</b>	124	72,5
<b>Total</b>	171	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.30 ¿Con qué frecuencia veías pornografía?

**Tabla 14. Frecuencia del consumo de pornografía en horas**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Entre 1 y 2 horas</b>	5	2,9
<b>Menos de una hora</b>	166	97,1
<b>Total</b>	171	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.31 ¿Cuándo veías pornografía durante cuántas horas lo hacías?

En su conjunto, estos resultados invitan a leer la exposición temprana a la pornografía no solo como una conducta individual o una manifestación del deseo sexual adolescente, sino como una práctica inscrita en un marco social que legitima a la industria pornográfica como agente de socialización sexual.

Las resistencias, el malestar y las decisiones de abandono que se observan en parte de la muestra revelan tanto los límites de la pornografía como instrumento educativo como la necesidad urgente de alternativas pedagógicas, políticas y culturales que permitan construir el deseo, los cuerpos y los vínculos desde otras claves más igualitarias y conscientes.

#### **6.2.2.2. La pornografía en el imaginario sexual adolescente**

La pornografía ejerce una influencia significativa en la configuración del imaginario sexual adolescente. Los datos muestran que un 40,1 % de los y las adolescentes se manifiestan *muy de acuerdo* (12,9 %) o *algo de acuerdo* (27,2 %) con la afirmación de que la pornografía ha influido en su visión de las relaciones sexuales. En contraste, un 22,7 % niega tal influencia y un 27,2 % se mantiene en una posición ambivalente, ni de acuerdo ni en desacuerdo. Este último dato sugiere un grado notable de interiorización acrítica o de normalización de los contenidos pornográficos, que se integran en su repertorio simbólico sin un proceso consciente de cuestionamiento.

Estas cifras permiten identificar distintos niveles de conciencia sobre la influencia de la pornografía. Aquellos que reconocen explícitamente su impacto muestran un grado mayor de reflexividad, aunque ello no implica necesariamente un rechazo, sino simplemente la constatación de que los guiones pornográficos han configurado sus referentes sobre lo erótico. Por el contrario, quienes niegan cualquier influencia parecen situarse en una posición de distanciamiento discursivo, que puede estar vinculada tanto a una resistencia crítica como a la dificultad para reconocer el papel estructurante de la pornografía en su socialización.

El grupo intermedio -ese 27,2 % que se declara “ni de acuerdo ni en desacuerdo”- reviste un interés particular. La ambivalencia puede entenderse como el reflejo de una asimilación naturalizada de los contenidos pornográficos: al haber crecido en un ecosistema digital donde la pornografía está disponible de manera inmediata, su presencia se percibe como algo “normal” y no necesariamente problemático.

Este escenario se inserta, además, en un contexto de déficit estructural de educación sexual formal, que obliga a los adolescentes a construir sus aprendizajes a partir de la exposición digital. La ausencia de marcos pedagógicos alternativos potencia la aceptación acrítica de los discursos pornográficos, reforzando estereotipos de género, representaciones violentas y dinámicas de desigualdad en la vivencia de la sexualidad (De Miguel, 2015).

En resumen, los datos muestran que la pornografía actúa como un agente de socialización de gran alcance, con diferentes grados de interiorización: explícita, negada o ambivalente. Pero lo más relevante es que, en cualquiera de sus formas, la influencia aparece en el proceso de construcción del imaginario sexual adolescente, lo que refuerza la necesidad de interpretar

estos resultados no como una cuestión individual, sino como un fenómeno cultural y colectivo, vinculado a las lógicas digitales y a las desigualdades de género que atraviesan el mundo.

**Tabla 15. La influencia de la pornografía en el imaginario sexual**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Muy de acuerdo</b>	49	12,9
<b>Algo de acuerdo</b>	103	27,2
<b>Ni de acuerdo ni en desacuerdo</b>	103	27,2
<b>Algo en desacuerdo</b>	38	10
<b>Nada de acuerdo</b>	86	22,7
<b>Total</b>	379	100

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.32 La pornografía ha influido en la imagen que tengo sobre las relaciones sexuales

Este reconocimiento subjetivo de la influencia encuentra apoyo en los resultados estadísticos, que evidencian una correlación significativa entre la frecuencia de consumo y la percepción de impacto sobre las relaciones sexuales ( $r = .161$ ;  $p = .020$ ). Cuanto mayor es la exposición a la pornografía, mayor es también la conciencia de que esta ha moldeado las expectativas y las concepciones sobre lo que resulta deseable, normal o esperable en una relación sexual.

En referencia al análisis, la intensidad del vínculo es débil pero su relevancia radica en que evidencia cómo el consumo repetido se asocia con una mayor disposición a admitir explícitamente la influencia de la pornografía en la construcción del imaginario sexual.

Este resultado sugiere que el consumo intensivo, caracterizado por una mayor frecuencia semanal, no solo favorece la interiorización de guiones

pornográficos, sino que también genera un nivel más alto de conciencia respecto a su impacto. Dicho reconocimiento puede interpretarse como efecto acumulativo de la exposición, pero también como un proceso de autolegitimación subjetiva, en el que los propios adolescentes relacionan su práctica con la configuración de sus referentes sexuales y relacionales.

En contraste, quienes manifiestan un consumo esporádico muestran una menor tendencia a reconocer la influencia de la pornografía. Esta posición no puede entenderse de manera unívoca: puede responder tanto a una menor internalización de los guiones pornográficos como a una distancia crítica respecto a ellos. Sin embargo, también cabe la posibilidad de que dicha negación constituya una forma de normalización acrítica, donde la influencia, deja de ser percibida como tal y se presenta como una disposición “natural” en la vivencia de la sexualidad.

En este sentido, la correlación hallada adquiere un valor sociológico que trasciende la constatación estadística: muestra cómo la pornografía opera de manera simultáneamente consciente e inconsciente en el proceso de socialización adolescente. Por un lado, el consumo intensivo refuerza la percepción explícita de influencia; por otro, el consumo menos frecuente puede propiciar tanto la negación como la invisibilización de esa misma influencia. Así, la pornografía se consolida como un agente cultural que no solo moldea las prácticas y expectativas sexuales, sino que además estructura la forma en que los sujetos reconocen o niegan su propia configuración simbólica en torno a la sexualidad.

**Tabla 16. Correlación entre la frecuencia del consumo y el imaginario sobre las relaciones sexuales**

		<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	<b>Imagen sobre las relaciones sexuales</b>
<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	Correlación de Pearson	1	,161*
	Sig. (bilateral)		<b>,020</b>
	N	208	208
<b>Imagen sobre las relaciones sexuales</b>	Correlación de Pearson	,161*	1
	Sig. (bilateral)	<b>,020</b>	
	N	208	379

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En esa misma línea, los datos muestran una dimensión central para comprender la socialización sexual en la adolescencia: la imitación de escenas pornográficas en las experiencias íntimas. Un 31,8 % de los y las adolescentes declara haber reproducido prácticas vistas en la pornografía, la mayoría de las veces en contextos consensuados (19,8 % de mutuo acuerdo y 11,1 % sin haberlo hablado previamente, pero con buena recepción por la otra parte). No obstante, un 0,9 % señala que la otra persona no lo recibió bien, y un 3,6 % de los casos en los que otras personas intentaron reproducir escenas pornográficas no resultaron del todo consensuadas según la percepción del o la adolescente.

Estos datos ponen de relieve que la interiorización de guiones pornográficos no solo moldea la imaginación erótica y las expectativas sobre lo deseable, sino que también influye en la manera en que se negocian los límites y el consentimiento. Incluso cuando la experiencia no provoca una reacción explícita de rechazo, la falta de acuerdo previo plantea un problema

significativo: la práctica de sexualidad sin consentimiento explícito puede normalizar la resignación, la aceptación tácita o la ausencia de negociación, trasladando a los adolescentes la idea de que no es necesario preguntar o establecer acuerdos claros. Esta situación refuerza patrones de desigualdad y reproduce dinámicas de dominación simbólica, en las que los deseos y límites de una de las partes pueden quedar subordinados a los códigos aprendidos de manera pornográfica.

**Tabla 17. Imitación del imaginario pornográfico**

<b>Imitación</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Si, de mutuo acuerdo</b>	66	11,5	19,8
<b>Si y aunque no lo hablamos, le ha parecido bien</b>	37	6,5	11,1
<b>Si y no le pareció bien</b>	3	,5	,9
<b>No, no lo he hecho</b>	228	39,8	68,3
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.49 ¿Has imitado alguna escena vista en la pornografía?

**Tabla 18. Puesta en práctica de escenas pornográficas**

<b>Imitación</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Si, de mutuo acuerdo</b>	67	11,7	20,1
<b>Si y aunque no lo hablamos, me ha parecido bien</b>	38	6,6	11,4
<b>Si y no me pareció bien</b>	12	2,1	3,6
<b>No, no me lo han hecho</b>	217	37,9	65,0
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.50 ¿Han puesto contigo en práctica escenas de pornografía?

Desde una perspectiva sociológica, la pornografía funciona como un agente performativo de socialización sexual, que no solo informa sobre prácticas, sino que prescribe comportamientos y expectativas de manera implícita. La imitación de escenas pornográficas muestra cómo la construcción del deseo en la adolescencia puede ser codificada por un repertorio normativo externo, donde la afectividad, la comunicación y la reciprocidad quedan desdibujadas. Tal como señalan Illouz (2012) y Ballester Brage et al., (2020), la exposición temprana a estos contenidos enseña a desear y a actuar sexualmente de acuerdo con patrones estandarizados, priorizando la espectacularización y el placer masculino, mientras se invisibilizan los derechos, necesidades y límites de la otra persona.

El reconocimiento de estas prácticas, incluso cuando no se producen conflictos explícitos, evidencia que la ausencia de rechazo no equivale a consentimiento. La aceptación silenciosa o la pasividad pueden ser interpretadas como conformidad, pero en realidad reflejan la complejidad de las relaciones de poder y la presión de los guiones culturales sobre la conducta sexual adolescente. La normalización de estas dinámicas plantea riesgos claros: la construcción del deseo sexual queda mediada por modelos que no incluyen la negociación, la autonomía ni la responsabilidad afectiva, y puede contribuir a la naturalización de prácticas coercitivas o poco respetuosas en la intimidad.

En definitiva, estos datos confirman que la pornografía no solo configura prácticas, sino que moldea marcos de referencia sobre lo que se considera sexualmente legítimo. La imitación de escenas pornográficas refleja cómo los adolescentes construyen su deseo en un contexto atravesado por la industria pornográfica, en el que el consentimiento explícito, la comunicación afectiva y la equidad en la relación pueden quedar subordinados a modelos estandarizados de placer y rendimiento. Esta situación subraya la necesidad de generar espacios de educación sexual críticos y reflexivos, que permitan a los adolescentes diferenciar entre la fantasía mediática y la vivencia respetuosa de la sexualidad, así como negociar activamente sus propios límites y los de sus parejas.

Los datos recogidos sobre la percepción de realismo de la pornografía y la imitación de sus prácticas evidencian un patrón consistente: la pornografía funciona como un agente de socialización sexual, moldeando tanto las representaciones subjetivas del deseo como la conducta sexual concreta de los adolescentes.

Un primer indicador relevante es la percepción de realismo de las prácticas representadas. Aunque solo un 1,4% considera que estas escenas son

“siempre” representativas de la realidad y un 7,3% que lo son “a menudo”, un 13,6% las percibe como reales “ocasionalmente” (Tabla 19). Estos porcentajes, aun siendo relativamente bajos de manera absoluta, adquieren relevancia sociológica si se consideran en conjunto: muestran que una proporción significativa de adolescentes atribuye verosimilitud a un contenido audiovisual que está, por definición, diseñado como espectáculo.

**Tabla 19. Realismo de la pornografía**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Siempre</b>	8	1,4
<b>A menudo</b>	42	7,3
<b>Ocasionalmente</b>	78	13,6
<b>Rara vez</b>	118	20,6
<b>Nunca</b>	88	15,4
<b>Total</b>	334	58,3
<b>Perdidos Sistema</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta: P.51 ¿Se parecen las prácticas que vemos en pornografía a las reales?*

Esta percepción de realismo se relaciona directamente con la imitación de escenas pornográficas en la vida íntima de los adolescentes ( $r = ,279$ ;  $p < ,001$ ; Tabla 20). Es decir, quienes consideran que las prácticas vistas son más verosímiles tienden a reproducirlas con mayor frecuencia. Del mismo modo, la percepción de realismo se correlaciona positivamente con haber sido objeto de prácticas inspiradas en la pornografía por parte de otras personas ( $r = ,286$ ;  $p < ,001$ ; Tabla 21). Estas asociaciones indican la existencia de un circuito performativo: la pornografía no solo informa las expectativas

propias sobre el sexo, sino que también estructura las interacciones con los demás, muchas veces sin mediación de una negociación explícita o reflexión crítica.

**Tabla 20. Correlación entre la percepción de la pornografía y su imitación**

		<b>¿Has imitado alguna escena vista en la pornografía?</b>	<b>¿Se parecen las practicas que vemos en pornografía a las reales?</b>
<b>¿Has imitado alguna escena vista en la pornografía?</b>	Correlación de Pearson	1	,279**
	Sig. (bilateral)		<,001
	N	334	334
<b>¿Se parecen las practicas que vemos en pornografía a las reales?</b>	Correlación de Pearson	,279**	1
	Sig. (bilateral)	<,001	
	N	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 21. Correlación entre la percepción de la pornografía y su puesta en práctica**

		<b>¿Se parecen las practicas que vemos en pornografía a las reales?</b>	<b>¿Han puesto contigo en práctica escenas de pornografía?</b>
<b>¿Se parecen las practicas que vemos en pornografía a las reales?</b>	Correlación de Pearson	1	,286**
	Sig. (bilateral)		<,001
	N	334	334
<b>¿Han puesto contigo en práctica escenas de pornografía?</b>	Correlación de Pearson	,286**	1
	Sig. (bilateral)	<,001	
	N	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Desde un enfoque sociológico, este patrón es problemático por varias razones. En primer lugar, la atribución de realismo a la pornografía puede distorsionar la comprensión de la sexualidad, generando expectativas irreales sobre el placer, la apariencia corporal y la dinámica de poder en las relaciones. En segundo lugar, la reproducción de escenas pornográficas sin consentimiento explícito -aunque la otra persona no manifieste rechazo- refleja una normalización de la subordinación y la pasividad. La aceptación tácita, la falta de comunicación previa o la resignación frente a la práctica refuerzan patrones de desigualdad y reproducen dinámicas de dominación simbólica, donde los cuerpos son instrumentalizados y el placer se enmarca en lógicas de satisfacción unilateral.

La correlación entre percepción de realismo, imitación y exposición a prácticas impuestas por otros sugiere que el consumo pornográfico actúa sobre la interiorización del deseo y sobre la organización de las relaciones sexuales, lo que enfatiza su papel estructurante en la socialización sexual adolescente.

En conjunto, estos resultados ponen de relieve cómo la pornografía puede condicionar la construcción del deseo y de las prácticas sexuales en detrimento de una comprensión crítica del consentimiento y del respeto. La ausencia de espacios educativos y culturales que problematicen estos guiones contribuye a su normalización, reforzando dinámicas de instrumentalización de los cuerpos.

### **6.2.2.3. Valoración de la educación sexual recibida**

La mayoría de los jóvenes de entre 14 y 19 años (79,8%) ha recibido algún tipo de educación sexual. A pesar de ello, la extensión de esta formación resulta limitada: el 38,7% de ellos ha tenido apenas una o dos horas de instrucción. Esta brevedad sugiere que la educación sexual formal puede no ser suficiente para abordar de manera integral las necesidades de información y orientación de la adolescencia, dejando un espacio considerable para que otros agentes de socialización, como la familia, los pares o los medios de comunicación, influyan en la construcción de la sexualidad.

**Tabla 22. Educación sexual recibida en la escuela**

<b>Horas de educación sexual</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Ninguna</b>	116	20,2
<b>1 o 2 horas</b>	222	38,7
<b>3 o 4 horas</b>	152	26,5
<b>5 o 6 horas</b>	50	8,7
<b>Más de 7 horas</b>	33	5,8
<b>Total</b>	<b>573</b>	<b>100,0</b>

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.21 ¿Cuántas horas de educación sexual has recibido en la escuela?

En este contexto, se exploró cómo perciben los adolescentes la comunicación con sus padres sobre temas sexuales. Los resultados indican que, las conversaciones familiares sobre sexualidad parecen limitadas o insuficientes, lo que podría reflejar tensiones propias de la socialización diferenciada de género y de la transmisión intergeneracional de normas, valores y tabúes en torno a la sexualidad. Este patrón evidencia la importancia de considerar no solo la cantidad de educación recibida, sino también la calidad del diálogo familiar y su papel en la formación de actitudes y comportamientos sexuales.

**Tabla 23. Comunicación familiar sobre sexualidad**

<b>Grado de satisfacción</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Muy satisfactoria</b>	65	11,3
<b>Bastante satisfactoria</b>	71	12,4
<b>Satisfactoria</b>	137	23,9
<b>Poco satisfactoria</b>	71	12,4
<b>Nada satisfactoria</b>	42	7,3
<b>No tuve comunicación alguna</b>	187	32,6
<b>Total</b>	<b>573</b>	<b>100,0</b>

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta: P.19 ¿En qué medida le resultó satisfactoria la comunicación con sus padres acerca de temas sexuales?*

La comunicación sobre sexualidad en el ámbito familiar continúa siendo una asignatura pendiente para una parte importante de las familias. Una proporción significativa de adolescentes afirma no haber mantenido ningún tipo de diálogo con sus progenitores en relación con temas sexuales. Esta ausencia de conversación, que afecta a más de un tercio del grupo, no puede interpretarse como algo circunstancial, sino como la expresión de un tabú persistente en el seno de muchas dinámicas familiares. El hecho de que esta sea la opción más señalada por quienes participaron en el estudio sugiere que el hogar sigue sin ofrecer, para muchas y muchos jóvenes, un espacio seguro donde abordar cuestiones relacionadas con el deseo, el cuerpo o las prácticas sexuales.

Frente a este silencio, una minoría destaca experiencias comunicativas positivas con sus padres. Alrededor del 47,6% describe dicha comunicación como satisfactoria en diversos grados. Este dato, aunque alentador en apariencia, debe leerse con cautela, ya que implica que menos de la mitad de

los adolescentes se ha sentido realmente escuchado o acompañado en este aspecto. Es decir, en la mayoría de los casos, el acompañamiento familiar en la construcción del conocimiento sexual sigue siendo insuficiente o no existe.

No menos relevante es el grupo que manifiesta una vivencia claramente negativa: cerca de una quinta parte de los y las jóvenes expresa haber tenido una comunicación poco o nada satisfactoria. Este dato refuerza la idea de que, cuando el diálogo existe, no siempre se desarrolla en términos que favorezcan la apertura, la confianza o el respeto. La incomodidad, la moralización o la falta de información actualizada por parte de las figuras parentales pueden obstaculizar seriamente la posibilidad de construir una educación sexual crítica, afectiva y basada en derechos.

Este panorama plantea interrogantes fundamentales sobre el lugar que ocupa la familia en la transmisión de saberes sexuales y afectivos. En un momento histórico donde la pornografía y las redes sociales constituyen fuentes centrales de socialización sexual, la falta de referentes adultos que puedan ofrecer una mirada ética, empática y plural se convierte en un factor de riesgo. En este sentido, más que un simple problema de comunicación, estamos ante un problema estructural en la corresponsabilidad educativa entre el hogar, la escuela y los medios de comunicación.

La construcción del conocimiento sobre métodos anticonceptivos entre adolescentes y jóvenes se articula, en gran medida, a través de fuentes informales, en un contexto donde la educación sexual institucional sigue siendo insuficiente. Destaca el papel de la figura materna como principal referente informativo, lo que revela una feminización de la responsabilidad educativa en temas sexuales. Que muchas personas recurran a sus madres para hablar de anticoncepción pone de relieve no solo la centralidad de los

cuidados maternos, sino también la ausencia o menor implicación de los padres, relegados a un rol secundario en esta dimensión formativa.

En paralelo, Internet emerge como una fuente clave en el acceso a información, lo que evidencia tanto la potencialidad como los riesgos del entorno digital. Su uso generalizado responde, en parte, a la facilidad de acceso y a la inmediatez, pero también a la falta de canales confiables en los espacios tradicionales. Esta realidad plantea interrogantes sobre la calidad, veracidad y enfoque de la información que circula en la red, donde conviven recursos educativos con contenidos desinformativos o pseudocientíficos.

El personal sanitario, aunque ocupa una posición relevante, no lidera el proceso de información. Esto sugiere que, si bien las instituciones sanitarias son percibidas como espacios de confianza, no siempre resultan accesibles o activamente ofrecidos como referentes formativos. En muchos casos, las visitas al médico o a la enfermería no incluyen una educación sexual proactiva, especialmente cuando no existe una demanda explícita por parte del adolescente.

El grupo de iguales también cumple una función socializadora destacada. La confianza y la cercanía generacional convierten a este grupo en un espacio para compartir dudas, experiencias o conocimientos, aunque no necesariamente con una base crítica. Esta horizontalidad en la transmisión del saber sexual, si bien valiosa en términos de confianza, puede replicar estereotipos o mitos ampliamente difundidos.

Llama especialmente la atención la proporción de jóvenes que declaran no haber recibido información de ninguna fuente. Esta carencia indica no solo una falta de acceso, sino una ausencia del derecho a recibir una educación sexual integral. El vacío informativo es síntoma de una desatención estructural: cuando ni la familia, ni la escuela, ni el sistema sanitario

proporcionan las herramientas necesarias, la ignorancia no es una elección, sino una consecuencia de la desprotección.

**Tabla 24. Métodos anticonceptivos**

<b>Fuentes de información</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Internet</b>	98	17,1
<b>Nadie</b>	46	8,0
<b>Madre</b>	119	20,8
<b>Padre</b>	26	4,5
<b>Hermanos</b>	26	4,5
<b>Pareja</b>	12	2,1
<b>Otro familiar</b>	14	2,4
<b>Profesorado</b>	47	8,2
<b>Amigos de mi edad</b>	76	13,3
<b>Personal sanitario</b>	87	15,2
<b>Libros</b>	1	,2
<b>Perdidos</b>	21	3,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.20 De las siguientes fuentes de información sobre métodos anticonceptivos ¿Cuál fue la más importante para ti?

En el margen de estas dinámicas, aparecen fuentes menos habituales como el profesorado, los padres, hermanos u otros familiares, lo cual confirma el escaso protagonismo de la escuela como institución transmisora de saberes sexuales. El hecho de que los libros o materiales literarios apenas sean

mencionados como recurso refleja también el desplazamiento del conocimiento formal frente a los canales digitales y orales, en un mundo donde el texto ha cedido terreno al audiovisual y a la inmediatez.

En suma, las estrategias de búsqueda de información sobre anticoncepción muestran un panorama fragmentado y profundamente marcado por desigualdades de género, brechas generacionales y ausencia institucional. Frente a ello, se hace imprescindible repensar el papel del sistema educativo, los servicios sanitarios y las familias en la garantía del derecho a una educación sexual orientada al bienestar afectivo de adolescentes y jóvenes.

### **6.2.3. Relaciones sexuales: satisfacción, expectativas y consentimiento**

El estudio sobre el desarrollo de la sexualidad en la adolescencia requiere abordar las experiencias subjetivas que acompañan a las prácticas sexuales. Aspectos como la satisfacción percibida, las expectativas previas y la vivencia del consentimiento constituyen dimensiones centrales para comprender cómo se construyen las primeras experiencias íntimas y qué impacto tienen en el desarrollo afectivo y sexual posterior.

Estos elementos permiten analizar no solo el grado de bienestar y autoconocimiento que surge de dichas prácticas, sino también las dinámicas de poder, género y socialización que las atraviesan, aportando un marco interpretativo que trasciende la mera descripción de conductas para situarlas en un contexto sociocultural más amplio.

#### **6.2.3.1. Edad y satisfacción en la primera relación sexual**

El 58,3% de los y las adolescentes encuestados ha mantenido relaciones sexuales, situándose la edad media estimada para la primera relación sexual entre quienes han iniciado su vida sexual en aproximadamente 15,17 años.

**Tabla 25. Inicio de las relaciones sexuales**

<b>Edad</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Antes de los 14 años</b>	47	8,2
<b>14 años</b>	63	11,0
<b>15 años</b>	94	16,4
<b>16 años</b>	68	11,9
<b>17 años</b>	40	7,0
<b>18 o más años</b>	22	3,8
<b>No he tenido relaciones sexuales</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.33 ¿Qué edad tenías cuando tuviste tu primera relación sexual?

Se ha llevado a cabo la *prueba t* para comparar la edad de la persona cuando tuvo su primera relación sexual con la edad de la otra persona involucrada. El resultado es que existe una diferencia significativa entre ambas edades. Lo que quiere decir que la otra persona con la que se tuvo una relación sexual era mayor en promedio.

La correlación es moderadamente fuerte y positiva ( $r=0.538$ ,  $p < 0.001$ ), lo que sugiere que hay una relación clara entre ambas edades. El p-valor ( $< 0.001$ ) indica que la diferencia de edad es un patrón consistente en la muestra. Las personas tienden a tener relaciones sexuales por primera vez con alguien mayor que ellas, y esta relación es estadísticamente significativa. La media de la diferencia es -1.018 lo que significa que, en promedio, la otra persona era aproximadamente 1 año mayor que quien reportó su primera relación sexual. El valor t (-11.827) en magnitud indica que la diferencia observada es fuerte.

En conclusión, la otra persona en la primera relación sexual era aproximadamente 1 año mayor que el participante.

**Tabla 26. Estadísticas de muestras emparejadas inicio de relaciones sexuales**

	<b>Media</b>	<b>N</b>	<b>Desv. estándar</b>	<b>Media de error estándar</b>
<b>¿Qué edad tenías cuando tuviste tu primera relación sexual?</b>	3,1707	334	1,41556	,07746
<b>Edad de la OTRA persona en tu primera relación sexual</b>	4,1886	334	1,78677	,09777

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 27. Correlaciones de muestras emparejadas inicio de relaciones sexuales**

	<b>N</b>	<b>Correlación</b>	<b>Significación</b>	
			<b>P de un factor</b>	<b>P de dos factores</b>
<b>Edad primera relación sexual &amp; Edad de la OTRA persona</b>	334	,538	<,001	<,001

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los datos muestran que el 49,1% de los sujetos encuestados no consideran satisfactoria su primera relación sexual, (16,2% "nada satisfactoria" y 32,9% "poco satisfactoria"), frente a un 50,9% que sí considera que fue una vivencia positiva (35,6% "bastante satisfactoria" y 15,3% "muy satisfactoria"). Esta distribución relativamente equilibrada revela que la primera experiencia sexual no suele ser, para una parte importante de los y las jóvenes, placentera.

El alto porcentaje de experiencias insatisfactorias podría vincularse con factores como la falta de preparación, la presión social, la ausencia de

consentimiento afirmativo o las expectativas poco realistas derivadas de la exposición a modelos pornográficos o culturales distorsionados.

**Tabla 28. Satisfacción de la primera relación sexual**

<b>Grado de satisfacción</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Nada satisfactoria</b>	54	16,2
<b>Poco satisfactoria</b>	110	32,9
<b>Bastante satisfactoria</b>	119	35,6
<b>Muy satisfactoria</b>	51	15,3
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.36 ¿Cómo consideras que fue para ti tu primera relación sexual?

### **6.2.3.2. Motivaciones: deseo propio, ajeno o compartido**

La mayoría de los participantes (83,2%) declara que busca satisfacer el deseo de ambas personas, mientras que un 12,9% indica que prioriza el deseo de la otra persona, y solo un 3,9% sitúa su propio deseo como centro de la experiencia sexual.

Desde una perspectiva sociológica, esta distribución permite diversas interpretaciones sobre los procesos de subjetivación y las normas sociales que regulan las prácticas sexuales en la actualidad. El alto porcentaje de respuestas centradas en la reciprocidad podría interpretarse como signo de un ideal normativo que concibe la sexualidad como una práctica compartida, donde el placer y la satisfacción deben ser mutuos. Sin embargo, este ideal puede operar también como discurso legitimador que enmascara desigualdades de género y expectativas afectivas no simétricas, sobre todo si no se acompaña de una educación sexual que problematice los roles tradicionales y el consentimiento real.

La respuesta “el deseo de la otra persona” (12,9%) revela una orientación que puede vincularse con la lógica de la complacencia, especialmente relevante en el caso de las mujeres, quienes históricamente han sido socializadas para anteponer el deseo masculino al propio, dentro de una matriz que privilegia el rendimiento sexual del varón y la disponibilidad afectiva de la mujer (De Miguel, 2015; Ranea Triviño, 2019). Esta actitud de subordinación o entrega puede interpretarse como parte de un guion sexual aprendido, en el que el reconocimiento afectivo y la validación personal pasan por la satisfacción del otro, lo que reproduce esquemas de desigualdad en la esfera íntima.

Por su parte, la baja proporción de jóvenes que afirman priorizar su propio deseo (3,9%) resulta llamativa y puede estar indicando una escasa legitimación del deseo individual, lo que refuerza la idea de que el placer propio sigue estando en un segundo plano, incluso en un contexto cultural donde aparentemente se promueve la autonomía sexual.

Este patrón sugiere, por tanto, la persistencia de asimetrías simbólicas y prácticas en el ámbito sexual, donde la experiencia del deseo propio puede estar supeditada a condicionamientos externos como la presión de agradar, el miedo al rechazo, o la validación social a través de la pareja. La construcción del deseo y su expresión siguen atravesadas por el género, pero también por otras variables como la autoestima y la disponibilidad afectiva.

En definitiva, aunque la mayoría de los participantes declara buscar un encuentro mutuo, los datos sugieren que las dinámicas de poder en las relaciones sexuales siguen siendo complejas y desiguales.

**Tabla 29. La satisfacción del deseo en las relaciones sexuales.**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido</b>
<b>El mío</b>	13	2,3	3,9
<b>El de la otra persona</b>	43	7,5	12,9
<b>El de ambos</b>	278	48,5	83,2
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.57 En las relaciones sexuales, ¿buscas satisfacer el deseo de la otra persona, el tuyo o el de ambos?

### **6.2.3.3. Trayectorias sexuales: Número de parejas sexuales**

Respecto a la cantidad de parejas sexuales a lo largo de la vida sexual activa, un 29,6% de los encuestados indica haber mantenido relaciones sexuales únicamente con una persona, mientras que un 17,4% lo ha hecho con dos, y un 22,5% con tres o cuatro. Por su parte, un 17,1% ha tenido entre cinco y nueve parejas, y un 9,3% refiere haber mantenido relaciones con más de diez personas. Este reparto muestra una diversidad de experiencias sexuales, aunque predomina un perfil de escasa o moderada variedad de parejas, lo que puede estar relacionado con la juventud de la muestra o con la existencia de relaciones afectivas estables.

Asimismo, se ha hallado una correlación estadísticamente significativa entre la edad de los sujetos y el número de parejas sexuales ( $r = .199$ ;  $p < .001$ ), lo que indica que, a mayor edad, es más probable haber tenido un mayor número de parejas sexuales. Este resultado es esperable, ya que el paso del tiempo amplía las oportunidades de establecer vínculos íntimos.

**Tabla 30. Número de parejas sexuales**

<b>N.º parejas sexuales</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Solo con una persona</b>	99	29,6
<b>Con dos personas</b>	58	17,4
<b>Con tres o cuatro</b>	75	22,5
<b>Entre cinco y nueve personas</b>	57	17,1
<b>Más de 10</b>	31	9,3
<b>No lo recuerdo</b>	14	4,2
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.37 ¿Con cuántas personas has tenido relaciones sexuales?

**Tabla 31. Correlación entre la cantidad y parejas sexuales y la edad del sujeto**

		<b>Edad</b>	<b>N.º parejas sexuales</b>
<b>Edad</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,199**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	573	334
<b>N.º parejas sexuales</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,199**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	334	334

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.2.3.4. Número de parejas sexuales y encuentros con desconocidos**

Se observa una relación significativa entre el número de parejas sexuales y haber tenido relaciones con desconocidos ( $\chi^2 = 67,514$ ;  $gl = 5$ ;  $p < .001$ ). Los datos muestran que, a mayor número de parejas sexuales, mayor probabilidad de haber mantenido relaciones con personas desconocidas. Por ejemplo, entre quienes han tenido más de 10 parejas sexuales, un 61,3% declara haber tenido relaciones con desconocidos, frente al 4% entre quienes solo han tenido una pareja. Diversas investigaciones respaldan la asociación entre un mayor número de parejas sexuales y una mayor probabilidad de involucrarse en relaciones sexuales con personas desconocidas o en contextos casuales. En esta línea, diversos estudios longitudinales han evidenciado que, a medida que aumenta la actividad sexual y se diversifican las parejas, también se incrementa la exposición a interacciones sexuales no estables, caracterizadas por un menor grado de familiaridad entre las personas implicadas. Por ejemplo, la literatura señala que la multiplicidad de parejas actúa como un predictor consistente de conductas sexuales de riesgo, entre ellas el mantenimiento de relaciones con individuos poco conocidos o sin vínculos previos significativos, reforzando así la coherencia del patrón observado en los datos empíricos (p. ej., Vasilenko et al., 2014; Lao et al., 2013).

**Tabla 32. Número de parejas sexuales y las relaciones sexuales con desconocidos**

¿Con cuántas personas has tenido relaciones sexuales?		Relaciones sexuales con persona desconocida		
		Sí	No	Total
Sólo con una persona	Recuento	4	95	99
	Porcentaje	4%	96%	100%
Con dos personas	Recuento	5	53	58
	Porcentaje	8,6%	91,4%	100%
Con tres o cuatro	Recuento	12	63	75
	Porcentaje	16%	84%	100%
Entre cinco y nueve	Recuento	20	37	57
	Porcentaje	35,1%	64,9%	100%
Mas de 10	Recuento	19	12	31
	Porcentaje	61,3%	38,7%	100%
No lo recuerdo	Recuento	6	8	14
	Porcentaje	42,9%	57,1%	100%
Total	Recuento	66	268	334
	Porcentaje	19,8%	80,2%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 33. Análisis de chi-cuadrado sobre las relaciones sexuales**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	67,514 <sup>a</sup>	5	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	64,143	5	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	57,285	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.2.3.5. Encuentros con desconocidos: anonimato y exposición al contagio**

El análisis de la sexualidad juvenil exige considerar no sólo las prácticas observables, sino también los marcos culturales y simbólicos que las sostienen y las legitiman. En este sentido, la correlación significativa entre haber contactado con personas desconocidas a través de Internet para fines sexuales y una mayor percepción de riesgo revela un fenómeno complejo y revelador. Este patrón se inscribe en un contexto donde la pornografía actúa como un potente agente socializador, cuya influencia excede el consumo pasivo y modela tanto las expectativas como las conductas sexuales de la juventud.

La pornografía contemporánea, al despojar al sexo de su dimensión afectiva y presentar escenarios de gratificación inmediata, banaliza el encuentro sexual y favorece una lógica compulsiva, caracterizada por la multiplicidad de parejas y la desvinculación emocional (Peter & Valkenburg, 2016). En consonancia con esta narrativa, los datos aquí presentados muestran que un 8,7% de los encuestados declara haber contactado con desconocidos en

Internet con fines sexuales, aunque su frecuencia es generalmente esporádica: sólo el 0,7 % lo hace “la mayoría de las veces” y un 1,0 % “a menudo”, frente a un 3,3 % que lo hace rara vez y un 1,6 % en una única ocasión.

**Tabla 34. Contacto con desconocidos para fines sexuales**

<b>Contacto</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Sí</b>	50	8,7
<b>No</b>	284	49,6
<b>Total</b>	334	58,3
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.45 ¿Has contactado a través de internet con una persona desconocida para fines sexuales?

**Tabla 35. Frecuencia del contacto con desconocidos para fines sexuales**

<b>Frecuencia</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>La mayoría de las veces</b>	4	,7
<b>A menudo</b>	6	1,0
<b>Ocasionalmente</b>	12	2,1
<b>Rara vez</b>	19	3,3
<b>En una ocasión</b>	9	1,6
<b>Total</b>	50	8,7
<b>Perdidos sistema</b>	523	91,3
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta: P.46 ¿Con qué frecuencia?*

Este fenómeno tiene implicaciones cruciales en términos de salud y seguridad sexual, pues las interacciones con desconocidos -desprovistas de un marco relacional de confianza- pueden aumentar la exposición a violencias, coerciones o infecciones de transmisión sexual. Los datos muestran que quienes más frecuentemente contactan con desconocidos perciben también mayor riesgo de contagio ( $r = .294$ ;  $p = .003$ ), lo que sugiere que esta conciencia surge de la propia experiencia, en un aprendizaje eminentemente práctico.

La prueba de chi-cuadrado también respalda esta relación, con un valor de  $\chi^2 = 9,020$  y  $p = .029$ , indicando que quienes han contactado con desconocidos muestran una distribución distinta en su percepción del riesgo respecto a quienes no lo han hecho.

Así se aprecia en la Tabla 36, donde las personas que reportan haber contactado con desconocidos se distribuyen con mayor frecuencia en las categorías de “bastante riesgo” y “poco riesgo”, frente a quienes no han tenido este tipo de contactos.

**Tabla 36. Contacto con desconocidos a través de Internet y riesgo percibido de contagio**

Riesgo percibido de contraer una enfermedad de transmisión sexual		Contacto a través de Internet con persona desconocida		
		Sí	No	Total
<b>Mucho riesgo</b>	<b>Recuento</b>	3	52	55
	<b>Porcentaje</b>	5,5%	94,5%	100%
<b>Bastante riesgo</b>	<b>Recuento</b>	14	41	55
	<b>Porcentaje</b>	25,5%	74,5%	100%
<b>Poco riesgo</b>	<b>Recuento</b>	17	109	126
	<b>Porcentaje</b>	13,5%	86,5%	100%
<b>Ningún riesgo</b>	<b>Recuento</b>	16	82	98
	<b>Porcentaje</b>	16,3%	83,7%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	50	284	334
	<b>Porcentaje</b>	15%	85%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis del chi-cuadrado entre el riesgo percibido de contagio de una enfermedad de infección sexual y el contacto a través de Internet con una persona desconocida (Tabla 37) confirma la significación estadística de esta relación.

**Tabla 37. Análisis chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	9,020 <sup>a</sup>	3	,029
<b>Razón de verosimilitud</b>	9,408	3	,024
<b>Asociación lineal por lineal</b>	,792	1	,373
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Además, la frecuencia de estos contactos correlaciona positivamente con el riesgo percibido ( $r = .294$ ;  $p = .003$ ), lo que sugiere que cuanto más frecuente es el contacto con desconocidos, mayor es la conciencia del riesgo de contraer ITS. Esta correlación se resume en la siguiente tabla.

**Tabla 38. Correlación entre la frecuencia y el riesgo percibido de contagio**

		Riesgo percibido contagio	Frecuencia
<b>Riesgo percibido contagio</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,294**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		,003
	<b>N</b>	334	101
<b>Frecuencia</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,294**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,003	
	<b>N</b>	101	101

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos hallazgos permiten interpretar que la percepción del riesgo parece forjarse a partir de experiencias concretas y vivencias subjetivas en contextos

de exposición, más que de un conocimiento teórico previo. Esta lectura refuerza la necesidad de repensar los modelos tradicionales de educación sexual, que tienden a enfatizar los contenidos normativos y sanitarios, sin atender suficientemente a las dimensiones afectivas, simbólicas y experienciales de la sexualidad (De Miguel, 2015).

Desde una perspectiva sociológica, se advierte la importancia de incorporar metodologías pedagógicas que interpelen no solo la razón, sino también la emocionalidad y la biografía relacional del alumnado. Recursos como el testimonio de pares, la reflexión guiada sobre experiencias reales o las simulaciones que favorezcan la identificación empática pueden constituir estrategias más eficaces para movilizar un cambio de actitudes y prácticas, facilitando una conciencia crítica e integrada sobre el riesgo y el cuidado en las relaciones sexuales.

Por otra parte, un 11,5 % de los encuestados afirma haber mantenido relaciones sexuales con desconocidos al menos una vez. La mayoría de estas experiencias son puntuales o poco frecuentes: 5,4 % lo hizo una sola vez, y 3,8 % rara vez. Sólo un 0,3 % refiere hacerlo “la mayoría de las veces”.

**Tabla 39. Relaciones sexuales con desconocidos/as**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Sí</b>	66	11,5
<b>No</b>	268	46,8
<b>Total</b>	334	58,3
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
Pregunta: P.47 ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales con un/a desconocido/a?

**Tabla 40. Frecuencia de las relaciones sexuales con desconocidos/as**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>La mayoría de las veces</b>	2	,3
<b>A menudo</b>	3	,5
<b>Ocasionalmente</b>	8	1,4
<b>Rara vez</b>	22	3,8
<b>En una ocasión</b>	31	5,4
<b>Total</b>	66	11,5
<b>Perdidos sistema</b>	507	88,5
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.48 ¿Con qué frecuencia?

Es interesante que, aunque el miedo al contagio no alcanza una relación estadísticamente significativa con haber mantenido relaciones sexuales con desconocidos ( $p = .071$ ), se observa una tendencia: un 25,7 % de quienes sí han tenido estas relaciones manifiestan miedo al contagio, frente al 17,2 % entre quienes no las han tenido. Este resultado sugiere que las experiencias sexuales con desconocidos pueden activar emocionalmente una mayor conciencia del riesgo, aunque no siempre se traduzca en un cambio conductual sistemático.

**Tabla 41. Relaciones sexuales con desconocidos y miedo al contagio**

Miedo al contagio		Relaciones sexuales con persona desconocida		
		Sí	No	Total
Sí	Recuento	26	75	101
	Porcentaje	25,7%	74,3%	100%
No	Recuento	40	193	233
	Porcentaje	17,2%	82,8%	100%
Total	Recuento	66	268	334
	Porcentaje	19,8%	80,2%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 42. Pruebas de chi cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)	Significación exacta (bilateral)	Significación exacta (unilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	3,268 <sup>a</sup>	1	,071		
Corrección de continuidad <sup>b</sup>	2,749	1	,097		
Razón de verosimilitud	3,153	1	,076		
Prueba exacta de Fisher				,075	,050
Asociación lineal por lineal	3,258	1	,071		
N de casos válidos	334				

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Asimismo, el uso del preservativo muestra una asociación significativa con las relaciones sexuales con desconocidos ( $\chi^2 = 18,198$ ;  $p = .001$ ). No obstante, aunque se observa una tendencia a un mayor uso ocasional o esporádico del preservativo entre quienes reportan encuentros con desconocidos, no todos lo emplean de manera sistemática: 35 % de quienes lo usan rara vez y 13 % de quienes nunca lo usan han mantenido relaciones sexuales con desconocidos. Este desajuste revela una disonancia entre la conciencia del riesgo y las medidas preventivas adoptadas.

**Tabla 43. Uso del preservativo y relaciones sexuales con desconocidos**

Uso del preservativo		Relaciones sexuales con persona desconocida		
		Sí	No	Total
Siempre	Recuento	15	118	133
	Porcentaje	11,3%	88,7%	100%
A menudo	Recuento	17	46	63
	Porcentaje	27%	73%	100%
Ocasionalmente	Recuento	13	31	44
	Porcentaje	29,5%	70,5%	100%
Rara vez	Recuento	14	26	40
	Porcentaje	35%	65%	100%
Nunca	Recuento	7	47	54
	Porcentaje	13%	87%	100%
Total	Recuento	66	268	334
	Porcentaje	19,8%	80,2%	100%

**Tabla 44. Análisis del chi - cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	18,198 <sup>a</sup>	4	,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	17,996	4	,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	2,348	1	,125
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.2.3.6. Uso de métodos anticonceptivos y percepción del riesgo**

Los datos recogidos (vid tabla 45 y 46) revelan patrones significativos en el uso de métodos anticonceptivos entre jóvenes, particularmente en lo relativo al preservativo y a otras formas de protección. Como refleja la tabla 45, solo el 39,8% de los encuestados afirma utilizar siempre el preservativo, mientras que el restante 60,2% lo utiliza con menor frecuencia: 18,9% "a menudo", 13,2% "ocasionalmente", 12% "rara vez" y 16,2% nunca. Esta distribución evidencia una práctica sexual juvenil marcada por la inconsistencia en el uso del preservativo, lo que incrementa el riesgo de embarazos no deseados y de infecciones de transmisión sexual (ITS).

Esto se relaciona con diversos factores estructurales, culturales y de género. Tal como señalan autores como Lluís Ballester Brage et al., (2021) y Ana de Miguel (2015), los jóvenes construyen sus prácticas sexuales en un contexto social que privilegia el placer inmediato, muchas veces por encima del autocuidado. A ello se suma la desigual distribución de la responsabilidad anticonceptiva, que en la práctica sigue recayendo en mayor medida sobre

las mujeres, incluso cuando se emplean métodos como el preservativo, cuya gestión debería ser compartida.

Esta situación se ve agravada por los resultados de la tabla 46 que recoge que el 56% de los encuestados afirma no utilizar nunca ningún otro método anticonceptivo, y solo el 22,2% declara usarlos siempre. Estos datos apuntan a una falta generalizada de planificación anticonceptiva, lo cual puede estar vinculado tanto a déficits en educación sexual integral como a barreras materiales, simbólicas y de género. Esta falta de protección sistemática puede leerse como un síntoma de desigualdad estructural en las relaciones sexuales.

Por otro lado, estas cifras también dialogan con la normalización del “sexo sin preservativo” como símbolo de confianza o compromiso, una narrativa ampliamente difundida en redes sociales, pornografía y discursos juveniles, que minimiza los riesgos en favor de la intimidad emocional (Villena Moya, 2023). Esta narrativa contribuye a desactivar la percepción de vulnerabilidad, especialmente en relaciones estables o reiteradas, aunque los datos muestran que la falta de uso del preservativo no se limita a casos de confianza consolidada, sino que es transversal.

En suma, este conjunto de datos revela que la juventud no siempre cuenta con herramientas efectivas para proteger su salud sexual y reproductiva, ya sea por carencias educativas, presiones afectivas o desigualdad en las dinámicas de pareja. Estos resultados refuerzan la necesidad de educación sexual crítica, feminista e integral, que no solo aborde los aspectos técnicos de los métodos anticonceptivos, sino que problematice las relaciones de poder y el reparto de responsabilidades en la práctica sexual.

**Tabla 45. Uso del preservativo**

<b>Uso del preservativo</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Siempre</b>	133	39,8
<b>A menudo</b>	63	18,9
<b>Ocasionalmente</b>	44	13,2
<b>Rara vez</b>	40	12,0
<b>Nunca</b>	54	16,2
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.40 ¿Utilizas preservativo?

**Tabla 46. Uso de otros métodos anticonceptivos**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Siempre</b>	74	12,9	22,2
<b>A menudo</b>	18	3,1	5,4
<b>Ocasionalmente</b>	18	3,1	5,4
<b>Rara vez</b>	37	6,5	11,1
<b>Nunca</b>	187	32,6	56,0
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.41 ¿Utilizas algún otro método anticonceptivo?

La utilización de otros métodos anticonceptivos presenta una correlación negativa con el uso del preservativo ( $r = -0,245$ ;  $p < .001$ ), lo que indica que quienes utilizan otros métodos tienden a no utilizar preservativo. Este fenómeno puede estar asociado a una consciencia más realista acerca de la alta probabilidad de embarazo no deseado frente a una baja percepción del riesgo de contagio de infecciones de transmisión sexual.

**Tabla 34. Correlación entre el uso del preservativo y otros métodos anticonceptivos**

		<b>Uso preservativo</b>	<b>Otro método anticonceptivo</b>
<b>Uso preservativo</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	-,245**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>Otro método anticonceptivo</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	-,245**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis comparativo entre quienes tienen pareja y quienes no revela diferencias llamativas en el uso del preservativo. Entre quienes tienen pareja, un 12,7% declara no utilizarlo nunca, frente a un 4,1% entre quienes no la tienen. Asimismo, entre los que están en pareja, un 19,4% afirma utilizarlo siempre, un dato casi idéntico al 20% de los que no tienen pareja. Esta aparente paradoja -uso similar entre quienes tienen y no tienen pareja estable- se matiza al observar que el grupo con pareja presenta una mayor proporción de uso esporádico o poco frecuente, lo que puede indicar una confianza subjetiva en la exclusividad sexual o un desplazamiento del preservativo por otros métodos.

La prueba de chi-cuadrado realizada sobre estos datos arroja un valor significativo ( $\chi^2 = 10,889$ ;  $gl = 4$ ;  $p = .028$ ), lo que confirma la existencia de una asociación estadísticamente significativa entre tener pareja y el patrón de uso del preservativo. Esta asociación, aunque no uniforme, sugiere que las dinámicas afectivas influyen en la gestión de la protección sexual, lo cual debe ser tenido en cuenta en las estrategias de prevención dirigidas a la población joven.

**Tabla 35. Uso del preservativo en función de si tienen pareja**

Uso del preservativo	¿Tienes actualmente una relación de pareja?			
	Sí		No	
	Frecuencia	Porcentaje (%)	Frecuencia	Porcentaje (%)
<b>Siempre</b>	61	19,4	63	20
<b>A menudo</b>	32	10,2	27	8,6
<b>Ocasionalmente</b>	24	7,6	16	5,1
<b>Rara vez</b>	21	6,7	18	5,7
<b>Nunca</b>	40	12,7	13	4,1
<b>Total</b>	178	56,5	137	43,5

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 36. Pruebas del chi-cuadrado en función de si tienen pareja**

	Valor	gl	Sig. Asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	10,889 <sup>a</sup>	4	,028
<b>N de casos válidos</b>	315		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los datos de las tablas 37 y 38 ofrecen una mirada significativa sobre cómo la juventud percibe el riesgo de contraer infecciones de transmisión sexual (ITS) y cómo se relaciona subjetivamente con esa posibilidad a través de la experiencia del miedo.

En la tabla 37, se observa que solo un 16,5% de los encuestados percibe que tiene “mucho riesgo” de contraer una ITS, y otro 16,5% considera que corre “bastante riesgo”. En conjunto, apenas un tercio (33%) de los jóvenes muestra una percepción moderada o alta del riesgo. Por el contrario, el 37,7% afirma percibir “poco riesgo”, y un 29,3% cree que no corre “ningún riesgo”. Estos datos reflejan una percepción de invulnerabilidad extendida entre los jóvenes.

Desde una perspectiva sociológica, esta baja percepción del riesgo podría estar relacionada con una disonancia cognitiva entre las prácticas sexuales reales (como la falta de uso constante del preservativo, evidenciada en otras tablas del estudio) y la imagen de invulnerabilidad, especialmente entre varones donde el riesgo se convierte en un elemento abstracto o ajeno, a pesar de la exposición objetiva a prácticas de riesgo.

La tabla 38 refuerza este planteamiento: aunque la mayoría no percibe un alto riesgo, un 30,2% de los encuestados afirma haber sentido miedo en alguna ocasión ante la posibilidad de haberse contagiado de una ITS. Este dato es relevante sociológicamente porque evidencia una brecha entre la percepción cognitiva del riesgo y la vivencia emocional del mismo. Es decir, aunque la mayoría afirma tener "poco" o "ningún" riesgo, una parte significativa experimenta ansiedad ante ciertas prácticas sexuales. Este miedo podría emerger retrospectivamente, tras mantener relaciones sexuales sin protección o con personas desconocidas, como indican otras secciones de la investigación.

Este fenómeno puede entenderse como parte de la gestión del riesgo en la modernidad tardía, donde los sujetos deben decidir de forma autónoma sobre su comportamiento sexual, muchas veces en contextos de escasa educación afectivo-sexual y ante narrativas contradictorias sobre el placer, el deseo y el autocuidado (Harvey, 2007). La juventud, en este marco, aparece atrapada entre la liberalización simbólica del sexo -como expresión de autonomía y libertad- y la precariedad material y educativa para gestionar sus consecuencias. Los resultados apuntan a la necesidad de profundizar en el análisis de las representaciones sociales del riesgo y el miedo en contextos de sexualidad juvenil, donde la percepción subjetiva no siempre se corresponde con las conductas objetivas de riesgo. La educación sexual integral debería no solo proporcionar información sobre ITS, sino también abordar las dimensiones emocionales del miedo, la responsabilidad compartida y el consentimiento informado, desde un enfoque crítico y situado.

**Tabla 37. Riesgo percibido de contagio**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Mucho riesgo</b>	55	9,6	16,5
<b>Bastante riesgo</b>	55	9,6	16,5
<b>Poco riesgo</b>	126	22,0	37,7
<b>Ningún riesgo</b>	98	17,1	29,3
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.42 ¿Qué riesgo crees que tienes de contraer una infección de transmisión sexual?

**Tabla 38. Percepción subjetiva de miedo al contagio**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Si</b>	101	17,6	30,2
<b>No</b>	233	40,7	69,8
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.43 ¿En alguna ocasión has tenido miedo de haberte contagiado?

El hecho de que tres de cada cuatro jóvenes que han sentido miedo al contagio lo hayan experimentado solo ocasionalmente podría indicar un proceso de normalización del riesgo, en el que las emociones asociadas a la posibilidad de contraer una ITS se desactivan en favor de la espontaneidad, la presión del momento o el deseo de agradar. Como han señalado estudios recientes (Ballester et al., 2021; Pasletas et al., 2022), esta tendencia puede estar relacionada con el modo en que los imaginarios sexuales - frecuentemente atravesados por el consumo de pornografía- restan importancia a la protección y refuerzan patrones de conducta impulsivos o poco reflexivos.

Además, cabe considerar que el miedo al contagio puede ser vivido de forma desigual según el sexo, ya que las mujeres suelen asumir mayores cargas de ansiedad y responsabilidad en torno a la salud sexual, lo que puede intensificar estas experiencias de forma diferencial (Ana de Miguel, 2015).

En conclusión, los datos muestran que la vivencia del miedo al contagio no es marginal, pero tampoco dominante. Se trata de una experiencia emocional

frecuente pero puntual, que evidencia lagunas en la prevención y en la conciencia de autocuidado.

**Tabla 39. Frecuencia de la percepción del miedo al contagio**

<b>Miedo al contagio</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>La mayoría de las veces</b>	9	1,6	8,9
<b>A menudo</b>	6	1,0	5,9
<b>Ocasionalmente</b>	24	4,2	23,8
<b>Rara vez</b>	37	6,5	36,6
<b>En una ocasión</b>	25	4,4	24,8
<b>Total</b>	101	17,6	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	472	82,4	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.44 ¿Con qué frecuencia?

El análisis realizado permite observar una asociación estadísticamente significativa entre la frecuencia de uso del preservativo y el miedo percibido a contraer una enfermedad de transmisión sexual ( $\chi^2 = 15,812$ ; gl = 4; p = ,003). Esta asociación también se ve respaldada por la razón de verosimilitud ( $\chi^2 = 16,166$ ; p = ,003) y la prueba de asociación lineal por lineal ( $\chi^2 = 6,726$ ; p = ,010), lo que indica la existencia de una tendencia clara entre ambas variables.

Se identifica que quienes tienen un uso más constante del preservativo tienden a presentar menores niveles de miedo al contagio. Así, entre quienes afirman utilizarlo “siempre”, solo el 18,8 % declara haber sentido miedo de

haberse contagiado, mientras que el 81,2 % no lo ha experimentado. Sin embargo, cuando disminuye la frecuencia del uso del preservativo, se incrementa de manera progresiva la proporción de jóvenes que manifiestan haber sentido ese miedo. Por ejemplo, en el grupo que lo utiliza “ocasionalmente”, el porcentaje de personas que han sentido miedo asciende al 43,2 %, y en el grupo “rara vez”, al 42,5 %. Aunque en el grupo que “nunca” utiliza preservativo este porcentaje baja al 31,5 %, sigue siendo superior al observado entre quienes lo usan con mayor regularidad.

Estos datos reflejan un patrón consistente: la percepción subjetiva de riesgo de contagio se incrementa cuando el uso del preservativo es esporádico o irregular, lo que sugiere que la práctica preventiva genera una mayor sensación de seguridad entre los y las adolescentes. Sin embargo, también se evidencia que una parte considerable de jóvenes que no utilizan preservativo con frecuencia no manifiestan temor al contagio, lo que podría estar vinculado a una escasa conciencia de riesgo o a una socialización sexual mediada por referentes desinformativos.

En este sentido, se debe tener en cuenta que la socialización sexual de la juventud actual se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y la pornografía los más influyentes en el desarrollo sexual de la juventud. Este modelo de socialización, caracterizado por la ausencia de educación sexual reglada y por la prevalencia de discursos desresponsabilizados, puede contribuir a la adopción de conductas sexuales de riesgo y esta no siempre va acompañada de una percepción realista del peligro que conllevan.

En conjunto, estos resultados evidencian la necesidad de reforzar la educación sexual desde enfoques institucionales, con información clara, accesible y crítica sobre el uso del preservativo y la prevención de enfermedades de transmisión sexual. Es fundamental trabajar con los

jóvenes en la adquisición de herramientas para que puedan discernir entre los tipos de contenidos y los discursos que encuentran en las redes sociales y así sean capaces de acceder a información veraz.

**Tabla 40. Uso del preservativo y percepción del riesgo**

¿Utilizas preservativo?		Riesgo percibido de contagio		
		Si	No	Total
<b>Siempre</b>	<b>Recuento</b>	25	108	133
	<b>Porcentaje</b>	18,8%	81,2%	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	23	40	63
	<b>Porcentaje</b>	36,5%	63,5%	100%
<b>Ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	19	25	44
	<b>Porcentaje</b>	43,2%	56,8%	100%
<b>Rara vez</b>	<b>Recuento</b>	17	23	40
	<b>Porcentaje</b>	42,5%	57,5%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	17	37	54
	<b>Porcentaje</b>	31,5%	68,5%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	101	233	334
	<b>Porcentaje</b>	30,2%		100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 41. Análisis de chi-cuadrado sobre el uso del preservativo y el riesgo de contagio**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	15,812 <sup>a</sup>	4	,003
<b>Razón de verosimilitud</b>	16,166	4	,003
<b>Asociación lineal por lineal</b>	6,726	1	,010
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.2.3.7. Uso del preservativo según la edad**

No existen diferencias significativas entre la edad de los sujetos y el uso del preservativo, lo que indica que, al menos dentro del rango etario de la muestra, la edad no es un factor determinante en la adopción de prácticas sexuales seguras. Esta ausencia de relación estadística refuerza la idea de que las decisiones sobre protección no se correlacionan automáticamente con la madurez cronológica, sino que dependen de otros factores como el acceso a la información, las creencias, el contexto de la relación o la percepción del riesgo.

### **6.2.3.8. Anticoncepción y contexto**

Los resultados muestran relaciones estadísticamente significativas entre la cantidad de parejas sexuales y las prácticas de protección sexual. En primer lugar, se observa una correlación positiva entre el número de parejas sexuales y el uso del preservativo ( $r = 0,228$ ;  $p < 0,001$ ). Esta correlación, aunque de intensidad moderada, indica que a mayor número de parejas sexuales se incrementa también el uso del preservativo. No obstante, este dato no debe

interpretarse como un alto grado de protección general, ya que otros análisis previos mostraban una baja frecuencia de uso sistemático del preservativo.

Es probable que la percepción de mayor riesgo asociada a la multiplicidad de parejas motive un uso más regular, aunque no necesariamente constante, del preservativo.

**Tabla 42. Correlación entre el uso del preservativo y el número de parejas sexuales**

		<b>Uso preservativo</b>	<b>N.º parejas sexuales</b>
<b>Uso preservativo</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,228**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>N.º parejas sexuales</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,228**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Por otro lado, también se ha identificado una correlación negativa entre el número de parejas sexuales y el uso de otros métodos anticonceptivos ( $r = -0,207$ ;  $p < 0,001$ ). Este resultado sugiere que aquellas personas con un menor número de parejas sexuales son también quienes con menor frecuencia recurren a métodos anticonceptivos alternativos, como los hormonales. Inversamente, quienes reportan haber tenido un mayor número de parejas sexuales tienden a emplear con más frecuencia otros métodos además del preservativo.

**Tabla 43. Correlación entre métodos anticonceptivos y el número de parejas sexuales**

		<b>Métodos anticonceptivos</b>	<b>N.º parejas sexuales</b>
<b>Métodos anticonceptivos</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	-,207**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>N.º parejas sexuales</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	-,207**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

La interpretación conjunta de ambas correlaciones permite establecer una conclusión relevante: a mayor número de parejas sexuales, se incrementa el uso tanto del preservativo como de otros métodos anticonceptivos, aunque en diferente grado. Este hallazgo puede explicarse por una mayor conciencia del riesgo entre quienes mantienen una vida sexual más activa o diversa, o bien por una mayor exposición a entornos informativos sobre prácticas sexuales seguras.

Finalmente, en lo que respecta al estado de pareja, el análisis revela que no existe una correlación significativa entre tener pareja actualmente y el uso de otros métodos anticonceptivos. Es decir, el hecho de estar en una relación estable no se asocia con una mayor utilización de métodos hormonales u otros tipos de protección alternativos. Este resultado destaca que la elección de métodos anticonceptivos no se encuentra directamente determinada por la situación afectiva, sino por otros factores como el nivel de información, la autonomía en la toma de decisiones sexuales o el acceso a recursos de salud sexual.

En conjunto, los datos permiten concluir que la percepción del riesgo de ITS entre adolescentes y jóvenes es, en general, baja y no se correlaciona de forma coherente con sus prácticas sexuales. Esta desvinculación entre cognición y comportamiento refuerza la necesidad de estrategias educativas integrales y sostenidas que informen y que promuevan a su vez una reflexión sobre las implicaciones del propio comportamiento sexual, fomentando la autonomía, la responsabilidad y el cuidado mutuo.

**Tabla 44. Percepción del riesgo en función de las experiencias previas**

<b>Riesgo percibido de contraer una enfermedad de transmisión sexual</b>		<b>¿En alguna ocasión has tenido miedo de haberte contagiado?</b>		
		<b>Sí</b>	<b>No</b>	<b>Total</b>
<b>Mucho riesgo</b>	<b>Recuento</b>	11	44	55
	<b>Porcentaje</b>	20%	80%	100%
<b>Bastante riesgo</b>	<b>Recuento</b>	32	23	55
	<b>Porcentaje</b>	58,2%	41,8%	100%
<b>Poco riesgo</b>	<b>Recuento</b>	47	79	126
	<b>Porcentaje</b>	37,3%	62,7%	100%
<b>Ningún riesgo</b>	<b>Recuento</b>	11	87	98
	<b>Porcentaje</b>	11,2%	88,8%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	101	233	334
	<b>Porcentaje</b>	30,2%	69,8%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 45. Análisis del chi-cuadrado**

<b>Chi cuadrado</b>	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	42,866 <sup>a</sup>	3	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	44,305	3	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	6,797	1	,009
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Una posible explicación a la disociación entre el bajo uso del preservativo y la escasa percepción del riesgo de contagio de ITS puede encontrarse en la experiencia personal previa. Los datos sugieren que aquellos sujetos que han vivido situaciones cercanas al contagio -ya sea por haber mantenido relaciones sin protección, por sospechas de haber contraído alguna infección o por experiencias en su entorno inmediato- tienden a desarrollar una percepción más ajustada al riesgo real. Así, el miedo retrospectivo al contagio actuaría como un factor de activación de la conciencia del riesgo, fomentando una mirada más crítica sobre las consecuencias de determinadas prácticas sexuales.

Este fenómeno puede entenderse desde el marco de la teoría del aprendizaje experiencial (Kolb, 1984), según la cual las vivencias personales, especialmente aquellas que implican una amenaza percibida o una consecuencia directa, tienen un alto impacto en la internalización de conocimientos y actitudes. En este sentido, la experiencia concreta del temor al contagio actuaría como un evento emocionalmente significativo que modifica creencias previas de invulnerabilidad o falsa seguridad, muy frecuentes en la etapa adolescente.

#### **6.2.4. Sustancias psicoactivas y sexualidad: prácticas de riesgo y vulnerabilidad**

El consumo de pornografía entre adolescentes y jóvenes no puede entenderse de forma aislada, sino dentro de un entramado más amplio de prácticas sexuales y de riesgo que caracterizan las experiencias juveniles. En este marco, resulta especialmente significativo que un 21,3 % de los encuestados reconozca haber consumido drogas en contextos sexuales, aunque solo un 6,6 % lo hace con frecuencia (muy a menudo o a menudo). Este dato sugiere la existencia de un patrón de confluencia entre el consumo de sustancias y las prácticas sexuales, un patrón que la pornografía -al normalizar o incluso idealizar escenarios de riesgo y consumo- puede contribuir a legitimar y reproducir.

El uso ocasional de drogas en contextos sexuales puede leerse como parte de un proceso de exploración y construcción de la sexualidad juvenil, en el que la pornografía funciona como un referente cultural que no solo modela las expectativas sobre las prácticas sexuales, sino también sobre el riesgo y la transgresión. En este sentido, el abordaje del consumo pornográfico debe considerar cómo se integran otras conductas -como el consumo de alcohol y drogas- en la experiencia sexual y cómo estas prácticas conjuntas aumentan la exposición a riesgos físicos, emocionales y sociales.

El consumo de sustancias psicoactivas, especialmente de alcohol y cannabis, aparece normalizado en los escenarios sexuales juveniles. Un 41 % de los y las jóvenes reconoce haber mantenido relaciones sexuales alguna vez bajo los efectos del alcohol: un 23,2 % declara haber estado un poco bebido/a, mientras que un 7,9 % afirma haber estado muy bebido/a. Por su parte, un 1,4 % no recuerda su estado en el momento.

**Tabla 46. Consumo personal de alcohol en las relaciones sexuales**

<b>Consumo alcohol</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>No</b>	148	25,8
<b>Si un poco bebida</b>	133	23,2
<b>Si muy bebida</b>	45	7,9
<b>No lo recuerdo</b>	8	1,4
<b>Total</b>	334	58,3
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.53 ¿Consideras que TU estabas bebido/a, aunque solo fuera un poco, alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales?

Del mismo modo, se observa una simetría notable en el estado de la pareja sexual: un 26,4 % indica que la otra persona también estaba bajo los efectos del alcohol (18,7 % un poco bebida y 3,7 % muy bebida), mientras que un 32,1 % afirma que no.

**Tabla 47. Consumo de alcohol por parte de la pareja sexual**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>No</b>	184	32,1
<b>Si un poco bebida</b>	107	18,7
<b>Si muy bebida</b>	21	3,7
<b>No lo recuerdo</b>	22	3,8
<b>Total</b>	334	58,3
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7
<b>Total</b>	573	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.52 *¿Consideras que la otra persona estaba bebida, aunque solo fuera un poco, alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales?*

Estos resultados ponen de manifiesto la normalización del consumo de alcohol en las interacciones sexuales, un fenómeno que puede generar zonas grises en torno a aspectos como el consentimiento, la percepción del riesgo o la gestión emocional. Como destacan autoras como Ana de Miguel (2015) y Mónica Alario (2021), en un contexto marcado por el mandato de disponibilidad sexual y la centralidad del placer masculino, el alcohol actúa simultáneamente como desinhibidor y como coartada para eludir la responsabilidad, situando especialmente a las mujeres en situaciones de mayor vulnerabilidad.

El consumo de cannabis, por su parte, también está presente en las experiencias sexuales de los y las jóvenes. Aproximadamente un 25,4% declara haber mantenido relaciones sexuales alguna vez bajo sus efectos, aunque solo un 5,4% lo hace con frecuencia (*muy a menudo* o *a menudo*). Este patrón sugiere que el cannabis forma parte de los imaginarios juveniles de exploración y búsqueda de placer.

**Tabla 48. Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Muy a menudo</b>	18	3,1	5,4
<b>A menudo</b>	15	2,6	4,5
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	20	3,5	6,0
<b>Casi nunca</b>	15	2,6	4,5
<b>Solo una vez</b>	17	3,0	5,1
<b>Nunca</b>	249	43,5	74,6
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.56 ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis/marihuana?

Por último, el 21,3 % de los encuestados reconoce haber consumido alguna otra droga en el marco de relaciones sexuales al menos una vez, aunque apenas un 6,6 % lo hace con frecuencia. Aunque minoritario, este fenómeno refleja que una quinta parte de los y las jóvenes encuestados ha incorporado en algún momento el consumo de drogas como parte de su repertorio sexual.

**Tabla 49. Relaciones sexuales bajo el consumo de droga**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>Muy a menudo</b>	9	2,7
<b>A menudo</b>	13	3,9
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	26	7,8
<b>Casi nunca</b>	14	4,2
<b>Solo una vez</b>	9	2,7
<b>Nunca</b>	263	78,7
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.55 ¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido alguna droga?

Este dato se puede interpretar desde lo que David Le Breton (2011) denomina “conductas de riesgo como ritos de paso”, donde el exceso, la transgresión y la exposición a la vulnerabilidad se convierten en estrategias de afirmación de la identidad, la pertenencia grupal o la autoafirmación.

Desde una perspectiva de género, estas prácticas deben analizarse atendiendo a las asimetrías que existen en la vivencia del consentimiento y la agencia sexual. Estudios recientes han demostrado cómo el consumo de sustancias puede reducir la capacidad de resistencia, respuesta o negociación en situaciones de riesgo, especialmente en mujeres cuya vulnerabilidad puede ser explotada en contextos de presión social y desigualdad. Por ejemplo, Recalde-Esnoz et al. (2024) evidencian que la intoxicación por alcohol u otras drogas incrementa de forma significativa la exposición a agresiones facilitadas por sustancias, al disminuir la capacidad de reacción y el control de la situación. En la misma línea, Testa, VanZile-Tamsen y Livingston (2003) muestran que el consumo de alcohol entre mujeres se asocia a una

mayor probabilidad de sufrir agresiones por incapacitación, precisamente porque limita la posibilidad de resistencia activa y favorece dinámicas de aprovechamiento por parte de otros.

En conjunto, los datos evidencian que el consumo de alcohol y otras sustancias no es marginal en los escenarios sexuales juveniles, sino que forma parte de un contexto más amplio de experimentación y riesgo. Este fenómeno plantea importantes desafíos educativos y políticos en torno a la salud sexual, el consentimiento informado y la prevención de riesgos. Frente a la tendencia a moralizar o patologizar estas prácticas, resulta imprescindible abordarlas desde una perspectiva crítica que promueva la autonomía, el autocuidado y las relaciones libres de violencia, integrando estos aspectos en las políticas de educación sexual integral.

#### **6.2.4.1. Alcohol y percepción de riesgo: desinhibición y desprotección**

El cruce de variables entre el consumo de alcohol durante las relaciones sexuales y el miedo a haber contraído una infección de transmisión sexual (ITS) revela relaciones significativas que permiten entender mejor cómo el uso de sustancias incide en la percepción del riesgo y en la vivencia subjetiva de la sexualidad.

Los datos muestran que entre quienes reconocen haber estado "muy bebidos/as" en alguna ocasión, más de la mitad (24 de 45 personas, es decir, el 53,3%) afirman haber sentido miedo de haberse contagiado. Esta proporción es notablemente superior al grupo que no había consumido alcohol, donde solo 36 de 148 personas (24,3%) manifestaron haber tenido esa preocupación. Esta tendencia también se observa en el grupo que había bebido "un poco", donde el miedo al contagio afectó al 30,8% de los casos.

Los resultados del análisis de chi-cuadrado de Pearson confirman que esta asociación es estadísticamente significativa ( $\chi^2 = 17,321$ ;  $gl = 3$ ;  $p < .001$ ). También la prueba de razón de verosimilitud y la asociación lineal por lineal son significativas, lo que refuerza la validez del hallazgo. La hipótesis nula de independencia entre las variables se rechaza, lo que indica que el consumo de alcohol y el miedo al contagio no son fenómenos independientes, sino que están relacionados.

Este patrón puede interpretarse como un reflejo de la merma en la percepción del autocuidado que conlleva el consumo de alcohol, así como del aumento de situaciones de riesgo vinculadas a dicho consumo. Según Eva Illouz (2007), el contexto sexual está atravesado por una tensión constante entre la búsqueda de libertad sexual y la precariedad afectiva. Esta paradoja se intensifica especialmente cuando las relaciones y las interacciones sexuales ocurren en condiciones de vulnerabilidad, como puede ser el consumo de alcohol o la presión social.

En este marco, la pornografía juega un papel complejo y ambivalente. Por un lado, el acceso fácil y masivo a la pornografía puede interpretarse como una expresión de la “libertad” sexual, ofreciendo a los jóvenes modelos y escenarios para explorar su sexualidad sin la mediación directa de vínculos afectivos profundos. Sin embargo, esta “libertad” es a menudo superficial y condicionada, ya que reproduce dinámicas de precariedad afectiva: relaciones centradas en el placer inmediato, la instrumentalización del cuerpo y la ausencia de intimidad emocional.

Además, la pornografía puede contribuir a configurar expectativas irreales sobre la sexualidad, enfatizando la autonomía sexual desprovista de afecto o compromiso, lo que puede profundizar la sensación de vulnerabilidad y soledad afectiva en los jóvenes. De este modo, la tensión entre libertad y

precariedad afectiva señalada por Illouz se manifiesta también en el consumo y la función social del porno en la juventud contemporánea.

Asimismo, estos datos apoyan la idea de que la vivencia del riesgo sexual está mediada no solo por factores objetivos (uso de protección, número de parejas), sino también por condiciones subjetivas e interaccionales, como el estado de conciencia o la capacidad de tomar decisiones.

El hecho de que quienes han bebido mucho muestren más miedo puede indicar un reconocimiento posterior de haber asumido conductas de riesgo que en estado sobrio probablemente no se habrían producido.

Desde la perspectiva de género, cabe preguntarse si las mujeres se ven especialmente interpeladas por el miedo a situaciones de riesgo sexual, dado que históricamente han asumido una mayor responsabilidad en el cuidado sexual, incluyendo la anticoncepción, la prevención de riesgos y la salud sexual en general. Larsson (2023) evidencia que, en el contexto sueco entre 1970 y 1999, esta carga recayó desproporcionadamente sobre las mujeres adolescentes, mientras que los jóvenes asumían menos responsabilidades en estos ámbitos.

En definitiva, este análisis confirma que el consumo de alcohol no solo aumenta la exposición a situaciones de riesgo, sino que también afecta la percepción del mismo y genera mayor ansiedad posterior.

Este hallazgo refuerza la necesidad de abordar en la educación sexual no solo los métodos anticonceptivos o las ITS, sino también las condiciones psicosociales en las que se toman decisiones sexuales, incluyendo el papel del alcohol y otras sustancias como factores de vulnerabilidad.

**Tabla 50. Miedo al contagio y consumo de alcohol en las relaciones sexuales**

		¿En alguna ocasión has tenido miedo de haberte contagiado?		Total
		Si	No	
¿Consideras que TU estabas bebido/a, aunque solo fuera un poco, alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales?	No	36	112	148
	Si un poco bebida	41	92	133
	Si muy bebida	24	21	45
	No lo recuerdo	0	8	8
<b>Total</b>		101	233	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 51. Pruebas de chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	17,321 <sup>a</sup>	3	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	18,692	3	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	4,782	1	,029
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.2.4.2. Cannabis y percepción del riesgo: entre la normalización y la imprudencia**

El análisis de chi-cuadrado realizado para explorar la relación entre la frecuencia de relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis y el miedo percibido al contagio no arrojó diferencias estadísticamente significativas.

Aun así, el resultado de los datos descriptivos permite identificar ciertas tendencias que merecen consideración.

En términos generales, la proporción de personas que manifiestan miedo al contagio no muestra una variación notable entre los distintos niveles de consumo de cannabis en contextos sexuales. No obstante, se observan algunas oscilaciones llamativas. Por ejemplo, los porcentajes más elevados de miedo al contagio se registran entre quienes declaran haber tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis "alguna vez" (50%) o "casi nunca" (53,3%), en contraste con porcentajes más bajos en los grupos "muy a menudo" (27,8%), "a menudo" (26,7%) y "solo una vez" (23,5%).

Además, quienes han tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis en una sola ocasión parecen ser el grupo con menor percepción de riesgo (23,5%), lo cual podría indicar que una experiencia puntual no genera un vínculo claro entre consumo y percepción de vulnerabilidad. Por otro lado, los niveles de miedo más elevados en los grupos de consumo esporádico podrían interpretarse como una mayor conciencia del riesgo en situaciones poco frecuentes, mientras que entre los consumidores habituales puede producirse una cierta habituación o normalización del riesgo percibido.

Aunque estas observaciones no alcanzan significación estadística, la variabilidad en las respuestas sugiere que podría existir una relación más compleja entre consumo de sustancias y percepción del riesgo, influida por factores subjetivos como la experiencia previa, el contexto de las relaciones sexuales o el grado de información sobre prácticas sexuales seguras. Esta hipótesis podría ser explorada en futuros estudios con metodologías cualitativas o muestras más amplias.

**Tabla 52. Miedo al contagio y relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis**

Relaciones sexuales cannabis		Miedo percibido de contagio		
		Si	No	Total
Muy a menudo	Recuento	5	13	18
	Porcentaje	27,8%	72,2%	100%
A menudo	Recuento	4	11	15
	Porcentaje	26,7%	73,3%	100%
Alguna vez, ocasionalmente	Recuento	10	10	20
	Porcentaje	50%	50%	100%
Casi nunca	Recuento	8	7	15
	Porcentaje	53,3%	46,7%	100%
Solo una vez	Recuento	4	13	17
	Porcentaje	23,5%	76,5%	100%
Nunca	Recuento	70	179	249
	Porcentaje	28,1%	71,9%	100%
Total	Recuento	101	233	334
	Porcentaje	30,2%	69,8%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En el análisis de la influencia del consumo de cannabis sobre las conductas sexuales, resulta pertinente considerar no solo las dinámicas de intimidad ya analizadas, sino también aquellas situaciones en las que los y las adolescentes interactúan con personas desconocidas. La decisión de

mantener relaciones sexuales bajo los efectos de sustancias psicoactivas no se produce en un vacío social, sino en contextos específicos donde el consumo de cannabis puede modular la percepción del riesgo y la toma de decisiones. Introducir la variable del encuentro con desconocidos permite ampliar la comprensión de los posibles riesgos asociados, ya que la interacción con personas desconocidas puede incrementar la vulnerabilidad frente a prácticas sexuales imprudentes, reforzando la necesidad de explorar cómo la normalización del cannabis se entrelaza con la exposición a contextos de mayor incertidumbre y riesgo.

Esta conexión justifica la inclusión de este aspecto en el presente epígrafe, al permitir un análisis más integral de la relación entre consumo de cannabis, sexualidad y percepción del riesgo en la adolescencia.

Con respecto a esto, se observa una asociación significativa entre la frecuencia de relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis y la probabilidad de haber tenido encuentros con desconocidos ( $\chi^2 = 18,429$ ;  $p = .002$ ).

El 33,3 % de quienes declaran haber mantenido relaciones sexuales “muy a menudo” bajo los efectos del cannabis también las han tenido con desconocidos, frente al 15,3 % entre quienes nunca han tenido relaciones en tales condiciones. Incluso entre quienes reportan haberlo hecho “sólo una vez”, el 47,1 % refiere encuentros con desconocidos, lo que sugiere que el consumo, aun esporádico, puede asociarse a un incremento en la exposición y la vulnerabilidad.

**Tabla 53. Relaciones sexuales con desconocidos y bajo los efectos del cannabis**

Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis		Relaciones sexuales con personas desconocidas		
		Si	No	Total
<b>Muy a menudo</b>	<b>Recuento</b>	6	12	18
	<b>Porcentaje</b>	33,3%	66,7%	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	3	12	15
	<b>Porcentaje</b>	20%	80%	100%
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	8	12	20
	<b>Porcentaje</b>	40%	60%	100%
<b>Casi nunca</b>	<b>Recuento</b>	3	12	15
	<b>Porcentaje</b>	20%	80%	100%
<b>Solo una vez</b>	<b>Recuento</b>	8	9	17
	<b>Porcentaje</b>	47,1%	52,9%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	38	211	249
	<b>Porcentaje</b>	15,3%	84,7%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	66	268	334
	<b>Porcentaje</b>	19,8%	80,2%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 54. Pruebas de chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	18,429 <sup>a</sup>	5	,002
<b>Razón de verosimilitud</b>	15,921	5	,007
<b>Asociación lineal por lineal</b>	7,163	1	,007
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos resultados invitan a problematizar las formas en que las y los jóvenes construyen y perciben el riesgo sexual. Más allá de la información teórica, la conciencia del riesgo parece formarse a partir de vivencias concretas y subjetivas, en escenarios donde las emociones y la presión social juegan un papel central. Esto refuerza la necesidad de reformular las estrategias de educación sexual, priorizando metodologías que integren la experiencia vivida, la reflexión crítica y el análisis de los guiones sexuales que operan en la juventud (De Miguel, 2015).

Desde una perspectiva sociológica y de género, se hace imprescindible repensar las políticas preventivas para que no solo transmitan contenidos biomédicos o normativos, sino que atiendan a las desigualdades, las emociones, la presión de pares y las dificultades para negociar el consentimiento en contextos de vulnerabilidad.

En definitiva, el hallazgo de una conciencia parcial del riesgo, no siempre acompañada de conductas protectoras consistentes, pone de relieve la tensión entre el deseo de exploración y el miedo a la exposición, propia de la sexualidad juvenil contemporánea. A la luz de estos datos, resulta fundamental avanzar hacia modelos educativos que combinen información

rigurosa, análisis crítico de las prácticas y acompañamiento en la construcción de una sexualidad segura, deseada y autónoma.

#### **6.2.4.3. Drogas y percepción de riesgo: intensificación del contexto de exposición**

El análisis de la relación entre la percepción de consumo de drogas por parte de la otra persona durante las relaciones sexuales y el miedo percibido al contagio revela una asociación estadísticamente significativa. La prueba de chi-cuadrado de Pearson ( $\chi^2 = 16,906$ ;  $gl = 5$ ;  $p = ,005$ ), junto con la razón de verosimilitud ( $\chi^2 = 15,817$ ;  $p = ,007$ ) y la asociación lineal por lineal ( $\chi^2 = 7,944$ ;  $p = ,005$ ), confirma que las diferencias entre los grupos analizados no son fruto del azar.

Desde una perspectiva descriptiva, se observa que el miedo a haberse contagiado aumenta cuando la persona percibe que su pareja sexual había consumido sustancias con mayor frecuencia. En el grupo "muy a menudo", el 60 % manifestó dicha preocupación, cifra que asciende al 63,2 % entre quienes indicaron que la otra persona había consumido "casi nunca", lo que podría reflejar la percepción de riesgo asociada incluso a consumos ocasionales. En contraste, los porcentajes descienden significativamente entre quienes refieren que la otra persona "nunca" consumió (26,4 %) o lo hizo "solo una vez" (16,7 %), lo cual sugiere una relación inversamente proporcional entre la percepción de seguridad y la exposición al consumo de sustancias ajeno.

Estos resultados adquieren un sentido más amplio si se enmarcan en el proceso de socialización sexual de la juventud contemporánea. En la actualidad, dicha socialización se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y la pornografía los más influyentes en el desarrollo sexual de la juventud. Este contexto

contribuye a la configuración de prácticas sexuales marcadas por la inmediatez, la falta de mediación adulta y la normalización del consumo de sustancias como parte de las dinámicas relacionales. De este modo, el entorno de consumo -aunque no siempre sea propio- puede incrementar la percepción de vulnerabilidad, especialmente cuando el comportamiento de la otra persona es percibido como un factor de riesgo.

En conjunto, estos resultados subrayan la importancia de considerar el contexto relacional y simbólico en el que tienen lugar las prácticas sexuales juveniles, y alertan sobre la necesidad de abordar de forma integral el binomio consumo-riesgo en los programas de educación afectivo-sexual con enfoque preventivo y perspectiva de género.

En este sentido, el consumo de pornografía actúa como un mediador relevante en la adquisición y normalización de conductas sexuales de riesgo, especialmente cuando se combina con el uso de sustancias psicoactivas. La pornografía, al presentar frecuentemente escenarios donde el consumo de drogas y las prácticas sexuales arriesgadas aparecen naturalizados o idealizados, puede influir en las expectativas y comportamientos de los jóvenes, contribuyendo a que incorporen estas conductas en su propio repertorio sexual.

Así, la interacción entre consumo de pornografía y sustancias psicoactivas no solo incrementa la vulnerabilidad física y emocional de los adolescentes, sino que también refuerza patrones de comportamiento en los que la libertad sexual se ejerce bajo condiciones de precariedad afectiva y falta de protección.

Por ello, los programas educativos deben integrar esta perspectiva compleja, promoviendo un abordaje crítico que fomente la reflexión sobre los modelos sexuales ofrecidos por el porno a través de internet y de las respectivas redes

sociales y los riesgos asociados al consumo simultáneo de drogas en contextos sexuales.

**Tabla 55. Riesgo percibido de contagio y consumo de sustancias psicoactivas**

Consumo sustancias por parte de la otra persona		Riesgo percibido de contagio		
		Si	No	Total
<b>Muy a menudo</b>	Recuento	3	2	5
	Porcentaje	60%	40%	100%
<b>A menudo</b>	Recuento	4	7	11
	Porcentaje	36,4%	63,6%	100%
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	Recuento	14	21	35
	Porcentaje	40%	60%	100%
<b>Casi nunca</b>	Recuento	12	7	19
	Porcentaje	63,2%	36,8%	100%
<b>Solo una vez</b>	Recuento	3	15	18
	Porcentaje	16,7%	83,3%	100%
<b>Nunca</b>	Recuento	65	181	246
	Porcentaje	26,4%		100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 56. Análisis del chi - cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	16,906 <sup>a</sup>	5	,005
<b>Razón de verosimilitud</b>	15,817	5	,007
<b>Asociación lineal por lineal</b>	7,944	1	,005
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los resultados muestran una correlación negativa moderada y altamente significativa entre la percepción de consumo de drogas por parte de la pareja sexual y el uso del preservativo ( $\rho = -0,371$ ;  $p < 0,001$ ;  $N = 334$ ). Este dato sugiere que, cuanto mayor es la frecuencia con la que se percibe que la otra persona ha consumido drogas, menor es la frecuencia de uso del preservativo.

Esta asociación refleja un patrón de riesgo vinculado al deterioro de las prácticas de autocuidado en contextos de alteración de la conciencia, desinhibición y menor capacidad para negociar el uso de protección (De Alarcón et al., 2019; Castro Calvo et al., 2021). Además, la influencia de modelos pornográficos que minimizan el uso del preservativo y glorifican el sexo impulsivo puede reforzar este comportamiento, especialmente entre jóvenes con escasa educación sexual integral (Ballester Brage et al., 2019).

**Tabla 57. Uso del preservativo y consumo droga**

<b>Rho de Spearman</b>		<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga</b>	<b>¿Utilizas preservativo?</b>
<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	1,000	-,371**
	<b>Sig. (bilateral)</b>	.	<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Utilizas preservativo?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	-,371**	1,000
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	.
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis conjunto de alcohol, cannabis y otras drogas revela un patrón común en la configuración de prácticas sexuales de riesgo durante la adolescencia, marcado por la interacción entre desinhibición, percepción alterada del riesgo y disminución de las conductas de autocuidado. El alcohol, al favorecer la desinhibición, facilita relaciones sexuales impulsivas y reduce la probabilidad de uso del preservativo; el cannabis, cuya normalización en ciertos contextos es creciente, puede inducir imprudencia y aumentar la vulnerabilidad en situaciones donde el encuentro se produce con personas desconocidas; y otras drogas tienden a intensificar estos factores, generando entornos donde la exposición al riesgo se ve

significativamente amplificada (Castro Calvo et al., 2021; De Alarcón et al., 2019; Ballester Brage et al., 2019).

Estas conductas reflejan más que decisiones individuales: emergen en la intersección de normas culturales, presiones de grupo, modelos mediáticos y limitaciones en la educación sexual integral. La combinación de consumo de sustancias, entornos de incertidumbre y modelos que minimizan la protección configura un escenario en el que la vulnerabilidad y la impulsividad se refuerzan mutuamente, condicionando la manera en que los adolescentes negocian y viven su sexualidad. Esta comprensión permite anticipar fenómenos directamente relacionados con la seguridad y el consentimiento, ya que el consumo de drogas no solo altera la percepción del riesgo, sino que también puede disminuir la capacidad de establecer límites, aumentar la exposición a relaciones sexuales no deseadas y dificultar la negociación del uso de protección.

De este modo, la tríada formada por consumo de sustancias, disminución del autocuidado y exposición a contextos de vulnerabilidad establece un marco conceptual clave para abordar la presión sexual y la falta de consentimiento.

Comprender cómo la percepción del consumo de drogas se relaciona con prácticas sexuales sin deseo constituye el siguiente paso en el análisis, integrando los riesgos individuales y sociales en una perspectiva que conecta directamente la normalización y la imprudencia derivadas del consumo con la vulnerabilidad frente a situaciones de coerción o presión sexual en la adolescencia.

### **6.2.5. Presión sexual y falta de consentimiento en las relaciones sexuales**

En las últimas décadas, la transformación cultural y mediática ha dado lugar a una sociedad cada vez más pornificada e hipersexualizada. En este contexto, la pornografía no solo se ha convertido en un fenómeno de consumo masivo, sino que ha permeado múltiples dimensiones de la vida social, cultural y afectiva, configurando nuevas formas de entender y experimentar la sexualidad. Este entorno mediático está marcado por una sobreexposición a imágenes y discursos que sexualizan los cuerpos y las relaciones de manera constante, generando un marco en el que la sexualidad se presenta como omnipresente, accesible y desvinculada de contextos afectivos profundos.

Esta hipersexualización cultural influye especialmente en la juventud, cuya construcción de la identidad sexual se encuentra mediada por estos discursos que promueven una sexualidad superficial, consumista y desconectada del consentimiento pleno y la emocionalidad.

Por ello, resulta crucial analizar cómo estas condiciones impactan en las experiencias sexuales juveniles, donde no siempre se garantizan las condiciones de libertad y deseo que debieran caracterizar el consentimiento.

Los datos recogidos reflejan que una proporción significativa de jóvenes ha tenido experiencias sexuales marcadas por algún grado de presión, ya sea explícita o implícita, lo cual pone en entredicho la suposición de que las relaciones sexuales juveniles se desarrollan en condiciones de consentimiento libre y entusiasta.

Según los resultados, el 50,6% de los encuestados (n = 169) manifiesta haberse sentido presionado para mantener relaciones sexuales en algún momento, aunque en distintos grados: un 1,2% declara haberlo sentido "la

mayoría de las veces", un 5,7% "a menudo", y un 12,3% "ocasionalmente". Si bien la respuesta mayoritaria es "nunca" (49,4%), los porcentajes de presión sexual no son menores y resultan especialmente preocupantes si se considera que la presión, aunque no adopte formas coercitivas directas, constituye una vulneración de la autonomía sexual cuando limita la capacidad de decidir en libertad.

Asimismo, el 58,7% de los sujetos afirma haber tenido relaciones sexuales en alguna ocasión sin apetecerles en ese momento. Un 1,5% lo ha hecho "la mayoría de las veces", un 4,5% "a menudo" y un 11,4% "ocasionalmente". La categoría "rara vez", que representa el 41,3% de los casos, indica la existencia de experiencias puntuales, pero no por ello inocuas, en las que el deseo sexual no estaba presente. El hecho de que el mismo porcentaje (41,3%) indique también "nunca", evidencia una polarización significativa: aproximadamente la mitad de la muestra parece haber tenido relaciones sexuales siempre desde el deseo, mientras que la otra mitad ha cedido, al menos en alguna ocasión, a situaciones que podríamos definir como de consentimiento no entusiasta o condicionado.

Estos resultados revelan una tensión entre los discursos normativos del consentimiento -frecuentemente centrados en el "no es no"- y las experiencias reales de los y las jóvenes, en las que la presión relacional, la expectativa de complacer o el guion sexual internalizado juegan un papel relevante. En este sentido, se hace necesario avanzar hacia una comprensión del consentimiento que no se limite a su dimensión verbal o legal, sino que incorpore la noción de deseo activo, la libertad emocional y la reciprocidad.

Estas prácticas pueden ser interpretadas como resultado de una socialización sexual en la que, como señalan autoras como Carmen Ruiz Repullo (2018), el deseo de las chicas es muchas veces silenciado o desplazado por la necesidad de responder a las expectativas ajenas, mientras que los chicos

pueden reproducir guiones sexuales aprendidos en contextos como la pornografía, donde el consentimiento suele estar ausente o desdibujado.

**Tabla 58. Presión percibida en las relaciones sexuales**

<b>Presión en las relaciones sexuales</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>La mayoría de las veces</b>	4	1,2
<b>A menudo</b>	19	5,7
<b>Ocasionalmente</b>	41	12,3
<b>Rara vez</b>	105	31,4
<b>Nunca</b>	165	49,4
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.38 ¿Te has sentido presionado para tener relaciones sexuales?

**Tabla 59. Relaciones sexuales sin apetencia**

<b>Relaciones sexuales sin ganas</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>
<b>La mayoría de las veces</b>	5	1,5
<b>A menudo</b>	15	4,5
<b>Ocasionalmente</b>	38	11,4
<b>Rara vez</b>	138	41,3
<b>Nunca</b>	138	41,3
<b>Total</b>	334	100,0

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.39 ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales, aunque en ese momento no te apeteciese?

### **6.2.5.1. Sustancias psicoactivas, consentimiento y presión sexual: una tríada de riesgo**

Tras analizar el contexto cultural y simbólico que configura las prácticas sexuales juveniles en una sociedad pornificada e hipersexualizada, resulta esencial profundizar en cómo se interrelacionan distintos indicadores que afectan la vivencia y el ejercicio de la sexualidad. En particular, el consumo de sustancias psicoactivas, como el alcohol y las drogas ilegales, emerge como un factor clave que influye no solo en la dimensión física del riesgo, sino también en la calidad del consentimiento y en la dinámica relacional entre los jóvenes.

Los resultados obtenidos muestran con claridad que el consumo de sustancias -tanto alcohol como drogas ilegales- se encuentra presente en las experiencias sexuales de los y las jóvenes encuestados. Esta presencia no solo implica un contexto de riesgo físico (por exposición a ITS o embarazos no deseados), sino también un riesgo relacional y ético, ya que se asocia de forma significativa con situaciones de presión, consentimiento condicionado y relaciones mantenidas sin apetencia.

Profundizar en estas interrelaciones es fundamental para comprender la complejidad del fenómeno y para diseñar estrategias educativas y preventivas que aborden de manera integral la sexualidad juvenil en su diversidad y vulnerabilidad.

El uso de sustancias por parte de ambos miembros de la relación no solo es frecuente, sino que correlaciona de forma significativa ( $r = .652$ ;  $p < .001$ ), lo que sugiere dinámicas compartidas de intoxicación que afectan a la lucidez y la calidad del consentimiento mutuo.

Lo más relevante es que el consumo de drogas por parte de la otra persona se asocia estadísticamente con haber sentido presión para mantener

relaciones sexuales ( $r = .169$ ;  $p = .002$ ) y con haber accedido a relaciones sin apetencia ( $r = .139$ ;  $p = .011$ ). Estas correlaciones, reforzadas por los análisis no paramétricos (Rho de Spearman), indican que el consumo de sustancias ajenas podría generar contextos de desinhibición, ambigüedad o dominancia, en los que se debilita la capacidad de negociación sexual y se compromete el consentimiento. Aunque las correlaciones no son altas, su significación estadística y su congruencia con estudios previos en el campo de la salud sexual juvenil refuerzan su relevancia interpretativa.

En términos más específicos, se ha identificado una correlación entre la percepción de que la otra persona ha consumido drogas y haber tenido experiencias sexuales sin deseo ( $r = .173$ ;  $p = .001$ ), lo cual podría interpretarse como una consecuencia directa de dinámicas asimétricas o de presión en contextos de intoxicación. Además, se constata una fuerte correlación entre haber mantenido relaciones sexuales bajo el efecto del cannabis y percibir que la otra persona también había consumido drogas ( $r = .476$ ;  $p < .001$ ), lo que sugiere que ciertos entornos de consumo -como fiestas o encuentros informales- constituyen escenarios frecuentes para las relaciones sexuales, con riesgos añadidos.

En conjunto, los datos expuestos permiten afirmar que el uso de sustancias psicoactivas en el contexto sexual juvenil no es solo una variable de riesgo médico, sino también un factor crítico en la dinámica del consentimiento. Las sustancias, al alterar el estado de conciencia, afectan la capacidad de establecer límites, de interpretar señales y de expresar deseos con claridad. Esto se vuelve especialmente problemático en etapas de socialización sexual inicial, donde aún no se han consolidado habilidades para la comunicación erótica ni para la defensa del propio deseo.

Desde una perspectiva estructural, estos hallazgos pueden interpretarse a la luz de los guiones sexuales normativos y la cultura de la disponibilidad, en

los que las sustancias operan como catalizadores de desinhibición y como excusa socialmente legitimada para cruzar límites (Kimmel, 2008; Illouz, 2007). En este marco, el consentimiento no se concibe como un proceso mutuo y activo, sino como algo implícito, desdibujado o negociado bajo condiciones de vulnerabilidad.

Desde una perspectiva teórica, esto se vincula con la crítica feminista al consentimiento entendido como un mero “sí”, desligado de las condiciones estructurales y contextuales que influyen en su emisión (De Miguel, 2015). Como plantean Yasmina Romero Morales et al., (2020), el consentimiento sexual debe ser entendido como una práctica situada, en la que intervienen factores como el miedo, la presión o el estado físico y emocional de ambas partes. En contextos marcados por el consumo de sustancias, el consentimiento puede volverse ambiguo, forzado o condicionado, especialmente cuando la persona que no ha consumido se ve enfrentada a una situación de desequilibrio o coacción.

Por ello, las estrategias de educación sexual deben abordar explícitamente la relación entre sustancias, consentimiento y poder. No basta con alertar sobre los riesgos físicos del consumo; es imprescindible abrir espacios de reflexión crítica sobre cómo y cuándo se toman decisiones sexuales, en qué contextos, y bajo qué grado de conciencia y libertad. Solo así se podrá promover una sexualidad verdaderamente autónoma, placentera y ética.

**Tabla 60. Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis y relaciones sexuales sin apetencia**

<b>Correlaciones</b>		<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>	<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis?</b>
<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,116*
	<b>Sig. (bilateral)</b>		,034
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,116*	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,034	
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 61. Relaciones sexuales y consumo de droga**

<b>Correlaciones</b>		<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido alguna droga?</b>
<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,652**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido alguna droga?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,652**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los resultados revelan una correlación positiva y estadísticamente significativa entre la percepción de que la otra persona había consumido alguna droga durante las relaciones sexuales y la vivencia de presión para mantener dichas relaciones ( $\rho = 0,182$ ;  $p < 0,001$ ;  $N = 334$ ). Aunque el valor del coeficiente indica una relación de baja intensidad, su significación estadística sugiere que no se trata de una asociación aleatoria, sino de una pauta relacional que merece ser interpretada desde una perspectiva sociológica.

Este resultado permite plantear la hipótesis de que el consumo de sustancias por parte de una de las personas implicadas en el encuentro sexual puede alterar las dinámicas de consentimiento, especialmente cuando quien consume no es la persona que posteriormente refiere sentirse presionada. El hecho de que aumente la percepción de presión en contextos donde la otra persona ha consumido drogas apunta a un posible desequilibrio en la negociación del deseo, los límites y la reciprocidad, elementos fundamentales para el establecimiento de vínculos sexuales libres y consentidos.

Desde un enfoque crítico, este patrón puede leerse como una expresión de desigualdad relacional y de vulnerabilidad situacional. La percepción de que la otra persona se encuentra bajo los efectos de alguna sustancia puede generar un ambiente en el que las señales de consentimiento se vuelven más difusas o directamente ignoradas. Al mismo tiempo, puede dar lugar a dinámicas en las que una de las partes se siente desautorizada para expresar rechazo, bien por miedo, por incomodidad, o por asumir que el otro "no está en condiciones de escuchar" (De Miguel, 2015; Alario, 2021).

En este sentido, la correlación observada no debe interpretarse únicamente como una asociación entre dos variables conductuales, sino como un indicio de los contextos sociales, afectivos y simbólicos que median las prácticas sexuales en la juventud. El consumo de sustancias en contextos íntimos no opera solo como desinhibidor, sino también como un posible catalizador de dinámicas de presión y coerción, especialmente si se conjuga con desigualdades de género, de poder o de experiencia.

Estos resultados subrayan la importancia de que los programas de educación afectivo-sexual incorporen una reflexión crítica sobre las condiciones que hacen posible un consentimiento pleno. Abordar el papel del consumo de drogas en las relaciones sexuales, no desde el alarmismo, sino desde una

mirada ética, relacional y situada, es clave para prevenir situaciones en las que el consentimiento se ve erosionado o suplantado por el deseo o la voluntad de la otra persona.

**Tabla 62. Presión sexual y consumo de droga**

<b>Rho de Spearman</b>		<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>¿Te has sentido presionado/a?</b>
<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	1,000	,182**
	<b>Sig. (bilateral)</b>	.	<,001
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Te has sentido presionado/a?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	,182**	1,000
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	.
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.2.5.2. Relación entre percepción del consumo de drogas y sexo sin deseo**

Para comprender mejor las dinámicas que atraviesan las experiencias sexuales juveniles, es fundamental explorar cómo se relacionan distintas variables que impactan en el bienestar y la autonomía de los jóvenes. En este sentido, el análisis de la correlación entre la percepción del consumo de

drogas y la vivencia de relaciones sexuales sin deseo resulta especialmente relevante.

Este enfoque permite visibilizar cómo el consumo de sustancias psicoactivas puede influir en la capacidad de los jóvenes para ejercer un consentimiento libre y entusiasta, evidenciando situaciones en las que el deseo se ve comprometido o ausente. Examinar esta correlación ofrece una perspectiva crítica sobre las condiciones en las que se desarrollan las prácticas sexuales y las posibles implicaciones para la salud emocional y física de la juventud.

Profundizar en este análisis contribuye a identificar factores de riesgo y a orientar intervenciones que promuevan relaciones sexuales basadas en el respeto, el consentimiento y el bienestar integral.

En este sentido, se identifica una correlación positiva significativa ( $\rho = 0,175$ ;  $p = 0,001$ ;  $N = 334$ ) entre haber consumido alguna droga en contextos sexuales y haber mantenido relaciones sexuales sin ganas. Esto refuerza la idea de que el consumo de sustancias, tanto por parte de uno/a mismo/a como de la pareja, se asocia con experiencias de sexualidad no plenamente consentidas.

También se observa una correlación positiva débil pero significativa ( $p = 0,173$ ;  $p = 0,001$ ;  $N = 334$ ) entre la percepción de que la pareja sexual había consumido alguna droga y haber mantenido relaciones sexuales sin ganas. Este resultado apunta a que, en contextos donde la otra persona ha consumido sustancias, aumenta la probabilidad de que el consentimiento no haya sido plenamente deseado o autónomo.

Estos resultados encajan con lo que señalan autores como Pasletas, Chiclana Actis y Mestre-Bach (2022), quienes advierten de que el consumo de drogas puede afectar no solo la capacidad de decisión, sino también la percepción

del deseo, llevándonos a interpretar ciertas prácticas como placenteras o normales, cuando en realidad no se ajustan a los deseos reales de la persona.

Desde el feminismo, se ha insistido en que el deseo debe ser un criterio central para evaluar la calidad del consentimiento sexual, y no solo su manifestación verbal o la ausencia de resistencia (González Ramos et al., 2021).

La combinación de estos análisis permite identificar un patrón preocupante en las experiencias sexuales de parte de la juventud encuestada, donde el consumo de drogas -propio o ajeno- aparece asociado a prácticas sexuales menos seguras (como el no uso del preservativo) y a situaciones donde el consentimiento está comprometido o ausente.

Estos datos invitan a reforzar las intervenciones educativas en materia de sexualidad desde una perspectiva integral, feminista y basada en derechos humanos, que problematice no solo los riesgos físicos asociados al consumo, sino también sus implicaciones en las dinámicas relacionales, el consentimiento y la vulnerabilidad sexual.

**Tabla 63. Relaciones sexuales sin apetencia y consumo de droga**

<b>Rho de Spearman</b>		<b>¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido alguna droga?</b>	<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>
<b>¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido alguna droga?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	1,000	,175**
	<b>Sig. (bilateral)</b>	.	,001
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	,175**	1,000
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,001	.
	<b>N</b>	334	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 64. Rho de Spearman**

<b>Rho de Spearman</b>		<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>
<b>¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	1,000	,173**
	<b>Sig. (bilateral)</b>	.	,001
	<b>N</b>	334	334
<b>¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?</b>	<b>Coefficiente de correlación</b>	,173**	1,000
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,001	.
	<b>N</b>	334	334

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.2.6. Violencia sexual normalizada: análisis de experiencias consideradas violentas**

A partir del análisis de cómo el consumo de sustancias psicoactivas y la percepción del riesgo configuran prácticas sexuales desinhibidas y parcialmente desprotegidas, es posible dar un paso hacia la comprensión de conductas sexuales más extremas, donde el riesgo deja de ser un factor individual para convertirse en experiencias de violencia y coerción. Esta transición no solo refleja la progresión de la vulnerabilidad en contextos de consumo y normalización de conductas de riesgo, sino también la influencia

de estructuras culturales, simbólicas y mediáticas que moldean expectativas, normas de género y dinámicas de poder en la sexualidad adolescente.

En este marco, el estudio de la violencia sexual requiere considerar cómo la socialización a través de la pornografía puede legitimar prácticas agresivas, cómo ciertas experiencias sexuales violentas permanecen invisibilizadas o sin nombre, y de qué manera la presión sexual y los intercambios materiales erosionan el consentimiento y transforman la sexualidad en un espacio de dominación.

El análisis que sigue integra estos elementos, ofreciendo una visión comprensiva de cómo el riesgo, la vulnerabilidad y la violencia se entrelazan en la adolescencia, evidenciando la necesidad de enfoques educativos y preventivos que reconozcan tanto los factores individuales como los estructurales que perpetúan estas dinámicas.

En la presente investigación, resulta indispensable incorporar el análisis de las experiencias sexuales que los y las jóvenes identifican como violentas. Este análisis contribuye a comprender cómo determinados discursos sexuales, fuertemente promovidos por la pornografía *mainstream* y otros contenidos hipersexualizados digitales, impactan en la vivencia relacional y sexual de la juventud.

Autores como Mónica Alario (2021) han evidenciado que la pornografía funciona como un dispositivo pedagógico que erotiza la violencia y convierte el dolor, la humillación o la sumisión femenina en objetos de placer masculino. Esta pedagogía pornográfica, que Rosa Cobo Bedia (2023) denomina como un “sistema cultural de socialización patriarcal”, se difunde sin mediación crítica, convirtiendo a los medios digitales en agentes de socialización sexual dominantes frente a instituciones educativas ausentes o deslegitimadas.

En este contexto, la idea de que la socialización sexual actual se estructura en torno a agentes no institucionalizados, especialmente la pornografía, encuentra un correlato directo en los datos analizados: las prácticas sexuales violentas no solo existen, sino que se han naturalizado en buena parte de la experiencia sexual juvenil.

#### **6.2.6.1. Prevalencia de prácticas sexuales violentas: una violencia sin nombre**

El 49% de los y las jóvenes encuestados que han mantenido relaciones sexuales en algún momento, reconoce haber mantenido alguna vez relaciones sexuales que podrían considerarse violentas. Este dato, lejos de ser anecdótico, refleja una presencia estructural de prácticas coercitivas, normalizadas o aceptadas como parte del repertorio sexual. Un 15% declara que estas situaciones se producen “muy a menudo” o “a menudo”, lo cual sitúa la violencia en un terreno recurrente.

El análisis de la frecuencia de experiencias sexuales que los adolescentes perciben como violentas -incluyendo golpes, sexo fuerte o brusco- permite avanzar del estudio de conductas de riesgo hacia la comprensión de la violencia sexual normalizada. Entre quienes han tenido relaciones sexuales (N = 292), se observa que una proporción significativa manifiesta algún grado de contacto sexual considerado violento, ya sea “ocasionalmente” o “a menudo”, mientras que solo un grupo reducido lo experimenta “muy a menudo”. Esta distribución refleja que, aunque no todos los adolescentes están expuestos a este tipo de prácticas, la violencia sexual no es un fenómeno aislado, sino que se encuentra presente de manera sutil y muchas veces invisible dentro de la sexualidad adolescente.

Desde una perspectiva sociológica, la normalización de ciertas prácticas sexuales puede entenderse a partir de la influencia de discursos mediáticos y

contenidos pornográficos que presentan la agresividad sexual como algo deseable o rutinario. Este contexto contribuye a erosionar la percepción del consentimiento y genera lo que algunos autores conceptualizan como formas de “violencia sin nombre”: situaciones de coerción, presión o vulnerabilidad que no siempre se reconocen legal o socialmente como agresión, pero que producen daño en las relaciones sexuales (interpretación basada en Illouz, 2007; Ballester Brage et al., 2019).

En este contexto, la frecuencia de relaciones sexuales violentas no solo refleja elecciones individuales, sino también la internalización de normas culturales y modelos de género que legitiman la dominación y la coerción en la intimidad.

Esta evidencia conecta directamente con el análisis previo de conductas de riesgo asociadas al consumo de sustancias: mientras el alcohol, el cannabis y otras drogas facilitan la desinhibición y reducen la capacidad de autocuidado, la exposición a modelos pornográficos violentos y la presión de grupo amplifican la probabilidad de experiencias sexuales coercitivas o agresivas, evidenciando cómo riesgo y violencia se entrelazan en la sexualidad adolescente.

**Tabla 65. Relaciones sexuales violentas**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Muy a menudo</b>	15	2,6	5,1
<b>A menudo</b>	29	5,1	9,9
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	54	9,4	18,5
<b>Casi nunca</b>	23	4,0	7,9
<b>Solo una vez</b>	22	3,8	7,5
<b>Nunca</b>	149	26,0	51,0
<b>Total</b>	292	51,0	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	281	49,0	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

*Pregunta:* P.59 ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas? Golpes, sexo muy fuerte o brusco...

### **6.2.6.2. Violencia simbólica y dominación sexual: el consentimiento erosionado**

La conceptualización de Pierre Bourdieu (2000) sobre la violencia simbólica permite entender cómo muchas de estas prácticas se integran en la experiencia sexual juvenil sin ser reconocidas como formas de agresión. La dominación masculina se expresa a través de actos que, aunque no sean formalmente forzados, se producen bajo presión emocional, mandato de género o expectativas internalizadas.

Este proceso se evidencia empíricamente en la correlación positiva y significativa ( $r = .256$ ;  $p < .001$ ) entre haber mantenido relaciones sexuales que pueden considerarse violentas y haber tenido relaciones sexuales sin

deseo. Es decir, la violencia se articula con prácticas de disponibilidad sexual no deseada, sostenidas más por el deber que por el deseo, lo que coincide con el análisis de Ana de Miguel (2015) sobre el “neoliberalismo sexual”, que construye sujetos hipersexualizados obligados a desear y a complacer.

Este hallazgo revela una importante dimensión estructural del problema: la violencia sexual no siempre se manifiesta mediante una agresión física explícita, sino que puede adoptar formas cotidianas de presión o resignación ante expectativas de disponibilidad sexual (Pérez Hernández, 2016).

**Tabla 66. Correlación entre relaciones sexuales violentas y sin apetencia**

Correlaciones		¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas?	¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?
¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas?	Coeficiente de correlación	1,000	,256**
	Sig. (bilateral)	.	<,001
	N	292	292
¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te apeteciese?	Coeficiente de correlación	,256**	1,000
	Sig. (bilateral)	<,001	.
	N	292	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### 6.2.6.3. La presión sexual como forma estructural de coerción

La presión sexual aparece como una forma especialmente preocupante de vulneración del consentimiento. El análisis estadístico muestra una

correlación significativa ( $r = .147$ ;  $p = .012$ ) entre la experiencia de violencia sexual y el haberse sentido presionado/a para mantener relaciones. Esta presión puede proceder de la pareja, del contexto social, o incluso de la interiorización de normas que colocan el deseo ajeno por encima del propio.

Estas prácticas se producen en contextos marcados por desigualdades de género, por una deficiente educación afectivo-sexual y por modelos normativos de sexualidad basados en la dominación y la conquista, muchas veces reforzados por el consumo de pornografía *mainstream* (Ballester Brage et al., 2019).

**Tabla 67. Relaciones sexuales violentas y bajo presión**

Correlación		¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas?	¿Te has sentido presionado/a para tener relaciones sexuales?
¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas?	Coeficiente de correlación	1,000	,147*
	Sig. (bilateral)	.	,012
	N	292	292
¿Te has sentido presionado/a para tener relaciones sexuales?	Coeficiente de correlación	,147*	1,000
	Sig. (bilateral)	,012	.
	N	292	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Existe una prevalencia de relaciones sexuales consideradas violentas, lo que apunta a una problemática estructural en la vivencia de la sexualidad en la juventud. Este tipo de violencia no siempre se percibe como tal, lo que dificulta su denuncia y su visibilización.

Existe una asociación significativa entre la vivencia de violencia sexual y el consentimiento erosionado, reflejado en prácticas sexuales no deseadas o vividas bajo presión. Estos datos respaldan la necesidad de una educación sexual integral que visibilice estas formas de violencia no explícita y promueva una cultura del consentimiento real y continuo.

La violencia sexual no puede ser entendida únicamente como una cuestión individual o anecdótica, sino como un fenómeno socialmente producido, que se nutre de estereotipos de género, discursos pornográficos y la escasa alfabetización afectivo-sexual.

#### **6.2.6.4. Intercambios materiales y prácticas sexuales: análisis de la dimensión instrumental del deseo**

El intercambio de relaciones sexuales por algún tipo de beneficio material - dinero, viajes, favores o bienes- constituye una práctica altamente estigmatizada y difícil de verbalizar en contextos formales como una encuesta. Aun así, los datos obtenidos revelan que un 6% de las personas encuestadas (n = 20) ha tenido este tipo de experiencias en alguna ocasión, mientras que el 94% afirma no haberlas vivido nunca. Esta proporción, aunque minoritaria, es significativa si se considera el fuerte tabú social que rodea a este tipo de prácticas.

El hecho de que 9 personas (2,7%) declaren haberlo hecho “solo una vez” y otras 8 personas reconozcan haberlo hecho de forma más recurrente (“casi nunca”, “ocasionalmente” o “a menudo”), permite afirmar que existe una cierta permeabilidad entre las relaciones sexo-afectivas y las lógicas de intercambio material, incluso entre jóvenes, más allá del marco de la prostitución tradicional.

Esta realidad ha sido abordada por autoras como Mabel Lozano (2019) y Mónica Alario (2021), quienes denuncian cómo determinadas formas de

violencia sexual y explotación se encuentran camufladas bajo el consentimiento aparente o bajo narrativas de empoderamiento individual, especialmente en el caso de las mujeres jóvenes.

Desde una perspectiva sociológica, este fenómeno puede entenderse como parte de las nuevas configuraciones del mercado sexual neoliberal, donde los cuerpos se convierten en mercancía y el deseo es dominado por lógicas de rentabilidad, estatus o acceso a recursos (Illouz, 2019). Además, la cultura pornográfica contemporánea y la creciente exposición a modelos de sexualidad transaccional en redes sociales o plataformas digitales pueden estar favoreciendo la naturalización de estas prácticas, especialmente en un contexto de precariedad juvenil (Villena Moya, 2022).

**Tabla 68. Intercambios materiales y relaciones sexuales**

	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje (%)</b>	<b>Porcentaje válido (%)</b>
<b>Muy a menudo</b>	2	,3	,6
<b>A menudo</b>	1	,2	,3
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	5	,9	1,5
<b>Casi nunca</b>	3	,5	,9
<b>Solo una vez</b>	9	1,6	2,7
<b>Nunca</b>	314	54,8	94,0
<b>Total</b>	334	58,3	100,0
<b>Perdidos sistema</b>	239	41,7	
<b>Total</b>	573	100,0	

*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación  
*Pregunta:* P.58 ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales a cambio de algo (dinero, viajes...)?

### **6.2.7. Conclusiones sociológicas: claves analíticas sobre sexualidad juvenil y pornografía**

Los datos obtenidos respaldan de forma clara la hipótesis planteada: H1. *La socialización sexual de la juventud actual se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y la pornografía los más influyentes en el desarrollo sexual de la juventud.*

Los resultados evidencian que la socialización sexual de la juventud actual se produce mayoritariamente a través de agentes no institucionalizados, siendo los medios digitales y, en particular, la pornografía, los principales referentes en la construcción de su imaginario sexual.

La elevada tasa de acceso precoz a contenidos pornográficos (78,4%), la exposición involuntaria significativa (29,1%) y el impacto reconocido por un 40,1% de la muestra en su visión de las relaciones sexuales reflejan un entorno digital hipersexualizado donde los y las adolescentes configuran sus aprendizajes sexuales de forma temprana, desregulada y sin mediación crítica.

Estos procesos de socialización sexual se ven favorecidos por la debilidad de los marcos institucionales: la educación sexual recibida es escasa en tiempo y contenido (solo 1 o 2 sesiones en el 38,7% de los casos), y la comunicación familiar es limitada o inexistente en un tercio de los hogares. En este vacío formativo, la pornografía actúa como un agente pedagógico informal pero eficaz, que moldea actitudes, expectativas y prácticas sexuales.

A ello se suma el consumo de sustancias, la escasa protección anticonceptiva y las experiencias sexuales insatisfactorias o presionadas, que, tal como evidencian tanto los datos cuantitativos, refuerzan una construcción del deseo y del consentimiento atravesada por dinámicas de poder y desigualdad.

En conjunto, este escenario confirma la hipótesis de partida y subraya la urgencia de políticas públicas integrales que disputen la hegemonía de estos discursos y modelos en el desarrollo sexual de la juventud.

### **6.3. Pornografía y estereotipos: reproducción de normas de género en la juventud**

#### **6.3.1. Presentación de la escala de estereotipos sexuales**

Con el objetivo de comprobar la segunda hipótesis de esta investigación - que plantea que un mayor consumo de pornografía se asocia con una mayor asimilación de estereotipos sexuales y de género- se ha diseñado un análisis correlacional entre la frecuencia de consumo pornográfico y un indicador compuesto que refleja el grado de interiorización de dichos estereotipos. Para ello, se ha construido una escala Tipo Likert a partir de nueve ítems que recogen distintas afirmaciones vinculadas a creencias y normas de género en el ámbito de la sexualidad. Este indicador ha permitido cuantificar el nivel de acuerdo o desacuerdo con representaciones sexistas, roles tradicionales y dinámicas de poder asociadas a las relaciones sexuales.

A continuación, se presenta una tabla que recoge las frecuencias absolutas y porcentajes de las respuestas ofrecidas por el conjunto de personas encuestadas en relación con cada uno de los ítems.

Posteriormente, se encuentra un análisis de correlación que permite examinar si existe una asociación estadísticamente significativa entre el consumo de pornografía y la aceptación de estos estereotipos, con el fin de valorar si el consumo se configura como un agente reforzador de modelos sexuales tradicionales, desiguales o cosificadores.

Los resultados muestran que algunos estereotipos tradicionales sobre género y sexualidad mantienen cierta vigencia, aunque con niveles variables de

acuerdo. Por ejemplo, la afirmación “Las mujeres buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres” recibe un 43,9 % de acuerdo (sumando “muy de acuerdo” y “algo de acuerdo”), lo que refleja la pervivencia de la asociación entre feminidad y emocionalidad en la intimidad. Similarmente, la idea de que “Los hombres prefieren las relaciones sexuales espontáneas” cuenta con un 47,4 % de acuerdo, reforzando un imaginario que vincula la masculinidad con la impulsividad sexual.

En contraste, otros ítems evidencian una clara resistencia a estereotipos que asignan responsabilidad diferencial según el género. En “Es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos ya que son ellas las que se quedan embarazadas”, el 64,9 % de los encuestados se muestra en desacuerdo (sumando “algo” y “nada”), lo que sugiere una creciente conciencia de corresponsabilidad en la prevención y salud sexual.

La afirmación “A las mujeres les gusta que los hombres tomen la iniciativa y dirijan las relaciones sexuales” alcanza un 55 % de acuerdo, mostrando que, aunque existe una crítica a roles tradicionales en otras dimensiones, persisten guiones que asocian la iniciativa sexual con la masculinidad. Este patrón de ambivalencia también se observa en ítems vinculados a la experiencia sexual: mientras un 47,2 % cree que las mujeres prefieren hombres con experiencia, solo un 28 % sostiene que los hombres prefieren mujeres sin experiencia, evidenciando una lenta erosión de la doble moral sexual.

En los ítems relacionados con la homosexualidad, predomina una postura neutral, pero la existencia de un 21,4 % que cree que “los hombres homosexuales son más promiscuos que las mujeres homosexuales” y un 16,2% que sostiene que “las mujeres homosexuales buscan mayor

afectividadad” revela que ciertos sesgos siguen presentes, aunque en proporciones menores.

**Tabla 69. Escala de estereotipos sexuales**

<b>Las mujeres buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	57	9,9
Algo de acuerdo	195	34,0
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	253	44,2
Algo en desacuerdo	45	7,9
Nada de acuerdo	23	4,0
<b>Es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos ya que son ellas las que se quedan embarazadas</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	43	7,5
Algo de acuerdo	54	9,4
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	104	18,2
Algo en desacuerdo	99	17,3
Nada de acuerdo	273	47,6
<b>Los hombres necesitan tener relaciones sexuales con más frecuencia</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	49	8,6
Algo de acuerdo	94	16,4

Ni de acuerdo ni en desacuerdo	206	36,0
Algo en desacuerdo	61	10,6
Nada de acuerdo	163	28,4
<b>Los hombres prefieren las relaciones sexuales espontáneas (sin planificar con antelación)</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	108	18,8
Algo de acuerdo	164	28,6
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	213	37,2
Algo en desacuerdo	45	7,9
Nada de acuerdo	43	7,5
<b>Las mujeres prefieren a los hombres con experiencia en las relaciones sexuales</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	88	15,4
Algo de acuerdo	182	31,8
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	221	38,6
Algo en desacuerdo	32	5,6
Nada de acuerdo	50	8,7
<b>Los hombres prefieren a las mujeres sin experiencia en las relaciones sexuales</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	41	7,2
Algo de acuerdo	119	20,8

Ni de acuerdo ni en desacuerdo	278	48,5
Algo en desacuerdo	76	13,3
Nada de acuerdo	59	10,3
<b>A las mujeres les gusta que los hombres tomen la iniciativa y dirijan las relaciones sexuales</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	100	17,5
Algo de acuerdo	215	37,5
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	193	33,7
Algo en desacuerdo	41	7,2
Nada de acuerdo	24	4,2
<b>Los hombres homosexuales son más promiscuos que las mujeres homosexuales</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	50	8,7
Algo de acuerdo	73	12,7
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	323	56,4
Algo en desacuerdo	36	6,3
Nada de acuerdo	91	15,9
<b>Las mujeres homosexuales buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres homosexuales</b>		
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Muy de acuerdo	26	4,5
Algo de acuerdo	67	11,7

Ni de acuerdo ni en desacuerdo	366	63,9
Algo en desacuerdo	47	8,2
Nada de acuerdo	67	11,7

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos recogidos en el cuestionario realizado en la investigación

Pregunta: Escala Tipo Lickert P.10 – P.18

### 6.3.1.1. Correlación entre el consumo de pornografía y la adhesión a estereotipos sexuales

*Tabla 70. Correlación entre el consumo de pornografía y la escala de estereotipos*

		Consumo de pornografía	Escala estereotipos
<b>Consumo de pornografía</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,161
	<b>Sig. (bilateral)</b>		,020
	<b>N</b>	208	208
<b>Escala estereotipos</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,161	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,020	
	<b>N</b>	208	573

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis correlacional entre el consumo de pornografía y la puntuación global en la escala de estereotipos sexuales muestra una correlación positiva y estadísticamente significativa ( $r = 0,161$ ;  $p = 0,020$ ;  $n = 208$ ). Si bien la magnitud de esta correlación es baja, su significatividad estadística permite señalar la existencia de una relación entre ambas variables, en la que un mayor consumo de pornografía se asocia con una mayor adhesión a creencias tradicionales, sexistas o sesgadas respecto a los roles sexuales y las prácticas íntimas.

Este resultado adquiere especial relevancia en la medida en que evidencia cómo la pornografía no solo opera como agente de socialización sexual, sino que también contribuye a la reproducción de imaginarios normativos que legitiman la desigualdad de género y la sexualización de las relaciones interpersonales (De Miguel, 2015; Cobo, 2020).

Aunque la correlación no permite establecer causalidad directa, la asociación hallada sugiere que el consumo de estos contenidos podría estar relacionado con la interiorización de discursos que perpetúan dinámicas jerárquicas y estereotipadas en la sexualidad juvenil.

Asimismo, este resultado invita a considerar factores socioculturales y mediáticos que puedan reforzar o matizar dicha relación, tales como la influencia de las redes sociales, la ausencia de educación sexual crítica y el predominio de narrativas audiovisuales que normalizan prácticas de dominación o violencia simbólica en el ámbito sexual (Alario, 2021; Villena Moya, 2023). Por tanto, aunque no se puede inferir causalidad, la evidencia señala la necesidad de profundizar en investigaciones que exploren cómo los contenidos pornográficos, junto con otros elementos del entorno digital y cultural, inciden en la configuración de estereotipos sexuales en la adolescencia y la juventud.

### **6.3.1.2. Educación sexual como factor protector**

Con el objetivo de profundizar en los factores que inciden en la adquisición e interiorización de estereotipos sexuales, se analizó la relación entre la educación sexual recibida y la adhesión a creencias tradicionales de género entre las personas participantes en la encuesta. Los resultados evidencian una correlación significativa entre una mayor cantidad de horas de educación sexual y una menor aceptación de estereotipos sexuales, lo que permite

interpretar dicha formación como un posible factor protector frente a la naturalización de roles de género normativos y sexistas.

Es decir, las personas que declaran haber recibido más horas de educación sexual tienden a mostrar una mayor resistencia frente a afirmaciones de corte estereotipado sobre los roles sexuales y de género. Esta relación apunta a la eficacia de la educación sexual no solo en términos informativos o preventivos (por ejemplo, en relación con infecciones o métodos anticonceptivos), sino también en su potencial transformador de imaginarios colectivos y subjetividades, particularmente en lo que respecta a la deconstrucción de mandatos tradicionales asociados a la masculinidad y la feminidad (Cobo, 2020; Alario, 2021).

Estos resultados deben enmarcarse en el contexto de la creciente exposición de la juventud a discursos hipersexualizados y pornográficos que refuerzan modelos hegemónicos y desiguales de relación. En este sentido, una educación sexual integral, crítica y con perspectiva de género se perfila como una herramienta fundamental para contrarrestar los efectos socializadores de la pornografía y otras narrativas que reproducen jerarquías sexuales y afectivas.

Por tanto, los datos permiten defender el valor de las intervenciones educativas no como dispositivos meramente informativos, sino como espacios de reflexión colectiva, y construcción de subjetividades más libres, igualitarias y críticas.

Las charlas de educación sexual, especialmente aquellas que abordan temas como el consentimiento, los vínculos afectivos y la diversidad sexual desde una óptica no normativa, pueden contribuir a generar resistencia frente al discurso pornográfico y los estereotipos de género que este reproduce.

**Tabla 71. Correlación entre el consumo de pornografía y tener interiorizados estereotipos de género en el sexo**

<b>Correlación</b>		<b>Horas de educación sexual</b>	<b>Escala estereotipos</b>
<b>Horas de educación sexual</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,089
	<b>Sig. (bilateral)</b>		,033
	<b>N</b>	573	573
<b>Escala estereotipos</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,089	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,033	
	<b>N</b>	573	573

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los datos obtenidos apuntan a una correlación significativa entre el número de horas de educación sexual recibida y el grado de desacuerdo con creencias sexuales estereotipadas, lo que sugiere que una mayor formación en esta materia actúa como un factor protector frente a la interiorización de discursos sexuales normativos y problemáticos, así como frente al consumo acrítico de pornografía.

Esto se alinea con diversas investigaciones que han demostrado la eficacia de la educación sexual integral en la promoción de actitudes más igualitarias, el desarrollo del pensamiento crítico y la prevención de comportamientos sexuales de riesgo (UNESCO, 2018; Ballester Brage & Orte Socias, 2020).

### **6.3.2. Conclusiones sociológicas: claves analíticas sobre adquisición de estereotipos sexuales y pornografía**

La hipótesis H2, que plantea que *el consumo de pornografía se asocia con una mayor interiorización de estereotipos sexuales y de género en la juventud*, se confirma a partir de los resultados obtenidos.

Estos resultados obtenidos evidencian que la exposición a contenidos pornográficos está significativamente relacionada con la adopción de estereotipos sexuales y de género, lo que confirma la hipótesis planteada. Este hallazgo se alinea con las investigaciones de Wright y Bae (2021), quienes señalan que la pornografía actúa como un agente de socialización informal que refuerza guiones sexuales normativos basados en la desigualdad, la dominación masculina y la objetualización femenina.

Desde una perspectiva sociológica, esta relación puede interpretarse a través de la teoría de la violencia simbólica de Pierre Bourdieu (2000), en la que los mensajes culturales naturalizan jerarquías de género y consolidan disposiciones inconscientes hacia la desigualdad. Ana de Miguel (2015) sostiene que la pornografía constituye una *pedagogía sexual paralela*, en la que los jóvenes aprenden no solo prácticas sexuales, sino también valores, expectativas y significados que, en muchos casos, reproducen relaciones de poder desiguales.

La función protectora de la educación sexual se hace evidente al observar que quienes reciben formación más amplia en esta materia muestran una menor adhesión a estereotipos sexuales. Investigaciones recientes de Vandenbosch y Van Oosten (2017) muestran que la alfabetización mediática y la educación afectivo-sexual integral reducen significativamente la interiorización de estereotipos, fomentando la capacidad crítica frente a contenidos que refuerzan desigualdades.

Desde una perspectiva de género, varios estudios subrayan la importancia de una educación sexual que incorpore una mirada crítica hacia las normas y desigualdades de género: por ejemplo, Martínez-Abarca y Martínez-Pérez (2021) muestran que los programas de educación sexual integral con enfoque de género fortalecen las competencias relacionadas con salud, derechos, diversidad y respeto, facilitando una revisión crítica de los guiones sexuales dominantes y promoviendo relaciones más igualitarias y respetuosas.

En conclusión, los hallazgos confirman que el consumo de pornografía está asociado a una mayor asimilación de estereotipos de género, pero también muestran que la educación sexual integral actúa como un factor moderador clave.

#### **6.4. Riesgos y violencias: prácticas sexuales influenciadas por la pornografía**

Con el objetivo de analizar la relación entre el consumo de pornografía y la incorporación de prácticas sexuales de riesgo y comportamientos sexuales violentos entre jóvenes, se planteó la hipótesis de que dicho consumo se asocia significativamente con una mayor probabilidad de reproducir este tipo de conductas. Desde una perspectiva cuantitativa, se exploraron distintos indicadores relacionados con experiencias sexuales sin preservativo, bajo los efectos de sustancias psicoactivas, prácticas no consensuadas o coaccionadas, y percepciones sobre la conducta sexual de la pareja. Este apartado presenta los resultados obtenidos, con especial atención a las diferencias observadas entre quienes consumen pornografía y quienes no, así como a la significación estadística de dichas asociaciones.

#### **6.4.1. Introducción: del entorno digital a la interiorización pornográfica**

Mientras que el bloque anterior (6.2) se exploraba cómo el entorno digital configura prácticas sexuales y afectivas entre los y las jóvenes desde una perspectiva general, este nuevo apartado centra su atención en el análisis específico de la influencia del consumo de pornografía sobre una serie de prácticas concretas, asociadas al riesgo, la violencia simbólica, la distorsión del deseo y la percepción del consentimiento.

A diferencia de los análisis previos, donde las correlaciones apuntaban al entorno mediático y a la educación sexual recibida como configuradores amplios del imaginario sexual, aquí se delimita con mayor precisión la condición de consumo o no consumo de pornografía como una variable central que permite establecer comparaciones significativas entre dos grupos diferenciados de la muestra.

Este enfoque permite observar con mayor nitidez la manera en que la exposición directa y reiterada a contenidos pornográficos influye en dimensiones clave de la vivencia sexual: el uso (o no) de preservativo, la práctica de conductas sexuales observadas en el porno, la percepción de semejanza entre la pornografía y la realidad, así como la relación con el consumo de sustancias, las relaciones sexuales transaccionales y los encuentros con desconocidos.

Desde una perspectiva crítica, este análisis encuentra respaldo en las posturas de autoras como Mónica Alario (2021), quien plantea que la pornografía no solo reproduce un modelo hegemónico de sexualidad, sino que instruye sobre prácticas sexuales que tienden a ser bruscas, desiguales y violentas. En este sentido, se examina si el consumo de pornografía no solo transmite

ciertos contenidos, sino que modela conductas, actitudes ante el riesgo y formas de relación sexual marcadas por la lógica de la disponibilidad, la instrumentalización y la coacción simbólica.

La pornografía *mainstream*, tal como sostienen Ana de Miguel (2015) y Rosa Cobo Bedia (2023) no es un contenido neutral, sino un dispositivo de poder que enseña a desear desde la desigualdad. Por tanto, este apartado contribuye a verificar empíricamente hasta qué punto dicha pedagogía sexual deja huella en las prácticas juveniles.

#### **6.4.2. Uso del preservativo en función del consumo de pornografía**

Los datos muestran una distribución diferenciada en el uso del preservativo según el consumo de pornografía. Entre quienes consumen pornografía, solo el 37,0 % declara utilizarlo "siempre", frente al 59,5 % de quienes no consumen. Esta diferencia resulta especialmente llamativa si se considera que entre los consumidores se incrementan progresivamente las categorías de menor frecuencia en el uso del preservativo: un 19,2 % lo utiliza "a menudo", un 14,0 % "ocasionalmente", un 13,0 % "rara vez", y un 16,8 % declara "nunca" usarlo. En cambio, entre quienes no consumen pornografía, estas prácticas menos frecuentes se reducen de forma notable. Aunque la prueba de chi-cuadrado de Pearson no alcanza el umbral convencional de significación estadística ( $\chi^2 = 8,761$ ;  $gl = 4$ ;  $p = ,067$ ), el análisis de la asociación lineal por lineal sí indica una relación significativa entre ambas variables ( $p = ,015$ ), lo que sugiere una tendencia consistente: a mayor consumo de pornografía, menor uso regular del preservativo. Estos resultados invitan a considerar que el consumo de contenidos pornográficos podría vincularse con una mayor probabilidad de adoptar prácticas sexuales

de riesgo, especialmente en lo referido a la protección frente a infecciones de transmisión sexual y embarazos no planificados.

**Tabla 72. Consumo de pornografía y uso del preservativo**

Uso del preservativo		Consumo de pornografía		
		Si	No	Total
Siempre	Recuento	108	25	133
	Porcentaje	81,2%	18,8%	100%
A menudo	Recuento	56	7	63
	Porcentaje	88,9%	11,1%	100%
Ocasionalmente	Recuento	41	3	44
	Porcentaje	93,2%	6,8%	100%
Rara vez	Recuento	38	2	40
	Porcentaje	95%	5%	100%
Nunca	Recuento	49	5	54
	Porcentaje	90,7%	9,3%	100%
Total	Recuento	292	42	334
	Porcentaje	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Este patrón diferencial en el uso del preservativo según el consumo de pornografía ofrece indicios significativos sobre los efectos que este tipo de contenidos puede tener en las prácticas sexuales, especialmente en lo que respecta a la percepción del riesgo, el cuidado del cuerpo propio y ajeno, y la corresponsabilidad en la salud sexual. La menor frecuencia en el uso

sistemático del preservativo entre quienes consumen pornografía podría estar vinculada a la naturalización de prácticas sexuales representadas en estos contenidos, donde el uso de métodos de protección es escaso o inexistente, y donde se prioriza una lógica de gratificación inmediata y desvinculada del autocuidado.

Desde una perspectiva sociológica, este fenómeno puede interpretarse como una consecuencia de los procesos de socialización sexual mediados por la pornografía, en la que se transmite un modelo de sexualidad descontextualizado, falocéntrico y performativo, que no contempla las dimensiones afectivas, éticas ni preventivas del encuentro sexual. Tal como señala Ballester Brage et al., (2020), la pornografía hegemónica se configura como un relato visual de prácticas desinhibidas pero carentes de comunicación, consentimiento explícito o medidas de protección, lo cual puede contribuir a normalizar comportamientos de riesgo entre los jóvenes, especialmente entre aquellos que no han tenido acceso a una educación sexual integral y crítica.

El hecho de que entre los consumidores de pornografía aumenten las categorías que indican menor frecuencia en el uso del preservativo también puede estar relacionado con una interiorización de guiones sexuales que refuerzan la idea de invulnerabilidad masculina, desresponsabilización frente a la salud sexual y una escasa consideración por la reciprocidad y el bienestar de la pareja.

Estos resultados evidencian que el consumo de pornografía no es una práctica inocua, sino que forma parte de un entramado simbólico y cultural que puede influir en la manera en que las personas se vinculan, se protegen y se piensan a sí mismas como sujetos sexuales.

### **6.4.3. Escenas que se repiten: imitación de prácticas pornográficas**

Los resultados muestran una asociación cercana a la significación estadística entre haber imitado alguna escena vista en pornografía y haber consumido pornografía alguna vez en la vida ( $\chi^2 = 7,584$ ;  $gl = 3$ ;  $p = .055$ ). Aunque esta prueba no alcanza el umbral convencional de  $p < .05$ , la razón de verosimilitud sí muestra una significación clara ( $p = .006$ ), lo que sugiere una relación relevante entre ambas variables.

Todos los casos de imitación sin consentimiento explícito (tanto aquellos donde no se habló previamente, pero se percibió aceptación, como aquellos donde la otra persona no estuvo de acuerdo) pertenecen al grupo de consumidores. Incluso cuando la imitación fue de mutuo acuerdo, el 89,4 % de los casos también correspondían a personas que han consumido pornografía. En cambio, entre quienes no han imitado escenas, el 15,4 % son no consumidores, lo que indica una mayor presencia de abstinencia de esta conducta en quienes no han estado expuestos a este tipo de contenidos.

**Tabla 73. Consumo de pornografía e imitación del contenido**

¿Has imitado alguna escena vista en pornografía?		Consumo de pornografía		
		Sí	No	Total
Si, de mutuo acuerdo	Recuento	59	7	66
	Porcentaje	89,4%	10,6%	100%
Si y aunque no lo hablamos, le ha parecido bien	Recuento	37	0	37
	Porcentaje	100%	0	100%
Si y no le pareció bien	Recuento	3	0	3
	Porcentaje	100%	0	100%
No, no lo he hecho	Recuento	193	35	228
	Porcentaje	84,6%	15,4%	100%
Total	Recuento	292	42	334
	Porcentaje	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 74. Prueba del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	7,584 <sup>a</sup>	3	,055
<b>Razón de verosimilitud</b>	12,503	3	,006
<b>Asociación lineal por lineal</b>	3,226	1	,072
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Al considerar solo a quienes actualmente consumen pornografía, la asociación se refuerza de forma estadísticamente significativa. La prueba de chi-cuadrado ( $\chi^2 = 22,494$ ;  $gl = 3$ ;  $p < .001$ ), la razón de verosimilitud ( $p < .001$ ) y la asociación lineal por lineal ( $p < .001$ ) confirman que quienes siguen visualizando pornografía presentan una mayor probabilidad de haber imitado escenas observadas. El 71,2 % de quienes realizaron imitaciones de forma consensuada, el 62,2 % de quienes lo hicieron sin hablarlo, pero con buena recepción por parte de la pareja, y el 66,7 % de quienes lo hicieron a pesar del desacuerdo de la otra persona, continúan viendo pornografía. Por el contrario, un 61,1 % de quienes no han imitado escenas corresponde a personas que ya no consumen estos contenidos, lo que sugiere que el consumo actual está especialmente vinculado con la puesta en práctica de guiones pornográficos.

**Tabla 75. Consumo de pornografía actual e imitación del contenido**

¿Has imitado alguna escena vista en pornografía?		Actualmente, ¿sigues viendo pornografía?		
		Sí	No	Total
Si, de mutuo acuerdo	Recuento	42	17	59
	Porcentaje	71,2%	28,8%	100%
Si y aunque no lo hablamos, le ha parecido bien	Recuento	23	14	37
	Porcentaje	62,2%	37,8%	100%
Si y no le pareció bien	Recuento	2	1	3
	Porcentaje	66,7%	33,3%	100%
No, no lo he hecho	Recuento	75	118	193
	Porcentaje	38,9%	61,1%	100%
Total	Recuento	142	150	292
	Porcentaje	48,6%	51,4%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 76. Análisis del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	22,494 <sup>a</sup>	3	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	22,929	3	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	22,048	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	292		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El resultado muestra una mayor probabilidad de haber imitado escenas pornográficas entre quienes continúan consumiendo pornografía. Esto refuerza la idea de que el consumo de pornografía no es una práctica inocua.

Por el contrario, se configura como un agente de socialización sexual de gran impacto, cuyas representaciones no solo modelan el imaginario erótico de los sujetos, sino que se traducen directamente en conductas sexuales concretas. La imitación de escenas observadas en el porno, lejos de ser un acto meramente lúdico o privado, debe entenderse como una práctica atravesada por significaciones culturales, relaciones de poder y riesgos normalizados que afectan tanto a quien las reproduce como a quien las recibe.

Desde una perspectiva crítica, esta relación entre consumo e imitación da cuenta del poder performativo de la pornografía, que presenta guiones sexuales donde el consentimiento suele estar ausente, la violencia se erotiza y las relaciones están estructuradas en términos de dominio y sumisión,

generalmente desde una mirada masculina. Tal como advierte Mónica Alario Gavilán (2021), la pornografía erotiza la violencia sexual, la convierte en deseable, y en ese proceso de erotización se desactiva la capacidad crítica de quien la consume, facilitando su reproducción en la vida real. La imitación de estas escenas, por tanto, no es solo una extensión del consumo, sino una forma de encarnación de modelos sexuales desiguales, que pueden poner en riesgo la integridad física, emocional y sexual de las personas implicadas.

Gary Wilson (2012), desde una perspectiva neurobiológica y conductual, también advierte que el consumo habitual de pornografía puede generar una desensibilización y una búsqueda progresiva de estímulos más extremos, lo que explica en parte por qué las escenas observadas se trasladan con más frecuencia al ámbito de las prácticas sexuales reales. Este mecanismo refuerza un círculo de retroalimentación entre consumo, excitación y reproducción de patrones que responden a lógicas misóginas, de cosificación y de placer unilateral.

En este sentido, la imitación de lo observado no puede considerarse un acto aislado o espontáneo, sino el resultado de una exposición continuada a discursos sexuales que se internalizan como “naturales” o “deseables”.

Por tanto, estos datos subrayan la necesidad de repensar críticamente el lugar que ocupa la pornografía en la formación del deseo y las prácticas sexuales, especialmente entre jóvenes que construyen su identidad y sus vínculos afectivos en un contexto hipermediatizado.

La relación entre frecuencia de consumo de pornografía e imitación de escenas también se refleja en el análisis correlacional. Se observa una correlación positiva y estadísticamente significativa entre ambas variables ( $r = .203$ ;  $p = .015$ ;  $N = 142$ ). Aunque se trata de una correlación de magnitud

baja, su dirección y significación apoyan la hipótesis de que, a mayor frecuencia de consumo, mayor es la probabilidad de reproducir prácticas sexuales vistas en la pornografía.

**Tabla 77. Frecuencia del consumo de pornografía e imitación**

		<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	<b>Imitación escenas pornografía</b>
<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,203*
	<b>Sig. (bilateral)</b>		,015
	<b>N</b>	208	142
<b>Imitación escenas pornografía</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,203*	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	,015	
	<b>N</b>	142	334

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En conjunto, los tres análisis indican una tendencia consistente que vincula el consumo de pornografía -tanto ocasional como actual- con la imitación de escenas vistas en estos contenidos. Esta relación es especialmente evidente en quienes siguen consumiéndola en la actualidad, grupo en el que la proporción de imitaciones (incluso no consensuadas) es significativamente mayor. Además, el análisis correlacional respalda esta conclusión, al mostrar

que, a mayor frecuencia de consumo, mayor es la predisposición para poner en práctica conductas inspiradas en representaciones pornográficas.

Todo ello apunta a un efecto modelador del consumo pornográfico sobre las conductas sexuales, -entre los jóvenes-, lo que plantea implicaciones relevantes para la prevención de conductas de riesgo y la educación sexual basada en el consentimiento y la igualdad.

#### **6.4.4. Percepción de semejanza entre pornografía y prácticas sexuales reales**

A continuación, se realizó un análisis estadístico mediante la prueba Chi-cuadrado para examinar la relación entre el consumo de pornografía (tanto histórico como actual) y la percepción sobre la semejanza entre las prácticas sexuales mostradas en la pornografía y las prácticas sexuales reales.

**Tabla 78. Consumo de pornografía y percepción de semejanza**

¿se parecen las practicas que vemos a las reales?		Consumo de pornografía		
		Si	No	Total
<b>Siempre</b>	<b>Recuento</b>	8	0	8
	<b>Porcentaje</b>	100%	0	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	39	3	42
	<b>Porcentaje</b>	92,9%	7,1%	100%
<b>Ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	75	3	78
	<b>Porcentaje</b>	96,2%	3,8%	100%
<b>Rara vez</b>	<b>Recuento</b>	104	14	118
	<b>Porcentaje</b>	88,1%	11,9%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	66	22	88
	<b>Porcentaje</b>	75%	25%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	292	42	
	<b>Porcentaje</b>	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En primer lugar, los resultados muestran una asociación estadísticamente significativa entre haber consumido pornografía alguna vez en la vida y la percepción de que las prácticas sexuales vistas en la pornografía se parecen a las reales ( $\chi^2 (4) = 20.096, p < 0.001$ ).

Concretamente, el 87.4% de quienes reportaron haber consumido pornografía alguna vez indicaron que las prácticas mostradas en el material pornográfico se parecen a las reales, porcentaje considerablemente mayor en comparación con el 12.6% de quienes nunca han consumido pornografía y mantienen esta percepción.

Estos datos indican una fuerte tendencia en los consumidores a reconocer similitudes entre las prácticas sexuales observadas en la pornografía y las que se experimentan en la realidad.

**Tabla 79. Consumo de pornografía y percepción de semejanza**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	20,096 <sup>a</sup>	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	20,682	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	15,416	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El reconocimiento de similitudes entre las prácticas sexuales observadas en la pornografía y aquellas experimentadas en la realidad por parte de los

consumidores pone de manifiesto la capacidad de este contenido para configurar modelos sexuales internalizados y reproducidos en la vida cotidiana.

Esto resulta especialmente relevante en tanto que evidencia el papel de la pornografía no solo como producto cultural, sino como pedagogía informal de la sexualidad, que opera de manera estructurante sobre el deseo, los guiones eróticos y las dinámicas relacionales.

Mónica Alario Gavilán (2021) sostiene que la pornografía contemporánea actúa como una tecnología de género que erotiza la violencia sexual y la desigualdad, convirtiendo prácticas de dominación y sumisión en objetos de deseo. La similitud entre lo representado y lo practicado no es accidental: es el resultado de un proceso de naturalización mediante el cual los cuerpos, las posturas, los gestos y las lógicas relacionales mostradas en el porno son asumidas como referentes válidos para la interacción sexual. Esta mimetización, forma parte del poder simbólico de la pornografía en tanto que sistema de producción de sentido, donde se redefine lo que es “normal”, “deseable” o “esperable” en el encuentro sexual.

Por su parte, Gary Wilson (2012), desde una perspectiva neuropsicológica, advierte que el consumo habitual de pornografía altera los circuitos de recompensa del cerebro, lo que puede llevar a una creciente necesidad de trasladar las escenas visualizadas al plano real con el fin de obtener una excitación equivalente. En este sentido, el hecho de que los consumidores perciban semejanzas entre lo visto y lo vivido no solo da cuenta de una influencia simbólica, sino también fisiológica y conductual, que puede reforzar patrones de sexualidad desprovistos de negociación, reciprocidad o consentimiento explícito.

Esta convergencia entre lo pornográfico y lo real permite entender la pornografía como una forma de normalización cultural de determinados imaginarios sexuales, que penetran en los vínculos afectivo-sexuales a través de la reiteración y la ausencia de discursos alternativos. Como advierten múltiples autoras feministas, esta colonización del imaginario no es inocente: legitima una forma de sexualidad centrada en el placer masculino, en la cosificación de los cuerpos -especialmente los cuerpos de las mujeres- y en una lógica de intercambio.

De manera similar, al analizar a quienes actualmente consumen pornografía, se observa también una asociación estadísticamente significativa con la percepción de semejanza entre prácticas pornográficas y reales ( $\chi^2 (4) = 24.834, p < 0.001$ ). Entre los consumidores actuales, el 48.6% percibe que las prácticas en la pornografía se asemejan a las reales, frente a un 51.4% que no consume actualmente y mantiene esa percepción. Aunque el porcentaje de consumidores actuales que creen en esta semejanza es menor que en el grupo histórico, la diferencia sigue siendo estadísticamente significativa y relevante para comprender los procesos de socialización sexual.

**Tabla 80. Consumo de pornografía actual y semejanza de las prácticas sexuales**

¿Se parecen las prácticas que vemos en pornografía a las reales?		Actualmente, ¿Sigues viendo porno?		
		Si	No	Total
<b>Siempre</b>	<b>Recuento</b>	8	0	8
	<b>Porcentaje</b>	100%	0	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	27	12	39
	<b>Porcentaje</b>	69,2%	30,8%	100%
<b>Ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	41	34	75
	<b>Porcentaje</b>	54,7%	45,3%	100%
<b>Rara vez</b>	<b>Recuento</b>	45	59	104
	<b>Porcentaje</b>	43,3%	56,7%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	21	45	66
	<b>Porcentaje</b>	31,8%	68,2%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	142	150	292
	<b>Porcentaje</b>	48,6%	51,4%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 81. Análisis del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	24,834 <sup>a</sup>	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	28,267	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	23,655	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	292		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos hallazgos sugieren que el consumo de pornografía está relacionado con una percepción aumentada de correspondencia entre lo que se observa en el material pornográfico y la sexualidad real. Esta percepción puede contribuir a que quienes consumen pornografía tiendan a poner en práctica con mayor frecuencia las conductas y prácticas aprendidas o inspiradas en dicho contenido, reforzando la hipótesis de que la pornografía funciona como un agente de socialización sexual que influye en la construcción de la sexualidad y las prácticas sexuales de los jóvenes. Esta influencia puede tener implicaciones relevantes en la configuración de las expectativas, normas y comportamientos sexuales, en línea con investigaciones previas que señalan la pornografía como modelo de referencia para la sexualidad adolescente (De Alarcón et al., 2019; Draps et al., 2022).

En consecuencia, estos datos refuerzan la urgencia de abordar el consumo pornográfico desde una perspectiva que permita identificar y cuestionar las estructuras de poder que subyacen en sus representaciones.

#### **6.4.5. Pornografía y sustancias: vínculos con el consumo en contextos sexuales**

La relación entre el consumo de pornografía y el uso de sustancias psicoactivas en contextos sexuales constituye un fenómeno de creciente interés en la investigación sociológica y en los estudios sobre sexualidad juvenil. Diversos trabajos señalan que determinadas prácticas de consumo pueden influir en la búsqueda de experiencias sexuales más intensas, la reducción de inhibiciones o la recreación de escenas observadas en los contenidos pornográficos (Draps et al., 2022; Pasletas et al., 2022).

Este apartado ofrece una aproximación de estos vínculos con el consumo de pornografía.

##### **6.4.5.1. Consumo personal de alcohol y consumo de pornografía**

Los resultados muestran diferencias estadísticamente significativas entre el consumo de pornografía y la experiencia de haber mantenido relaciones sexuales bajo los efectos del alcohol ( $\chi^2 = 28,995$ ;  $gl = 3$ ;  $p < .001$ ). La mayoría de los encuestados que refieren haber estado “un poco” o “muy” bebidos durante alguna relación sexual son consumidores de pornografía (96,2% y 93,3%, respectivamente), frente a un porcentaje notablemente menor entre quienes no consumen este tipo de contenidos (3,8% y 6,7%, respectivamente). Por el contrario, entre quienes manifiestan no haber estado bebidos durante sus relaciones sexuales, la proporción de no consumidores de pornografía es sensiblemente mayor (20,3%). Estos datos indican una

asociación significativa entre el consumo de pornografía y la vivencia de relaciones sexuales bajo los efectos del alcohol, especialmente en situaciones de consumo moderado o elevado de esta sustancia.

**Tabla 82. Consumo de pornografía y consumo de alcohol**

Consumo alcohol relaciones sexuales		Consumo de pornografía		
		Sí	No	Total
<b>No</b>	<b>Recuento</b>	118	30	148
	<b>Porcentaje</b>	79,7%	20,3%	100%
<b>Sí un poco bebida</b>	<b>Recuento</b>	128	5	133
	<b>Porcentaje</b>	96,2%	3,8%	100%
<b>Sí muy bebida</b>	<b>Recuento</b>	42	3	45
	<b>Porcentaje</b>	93,3%	6,7%	100%
<b>No lo recuerdo</b>	<b>Recuento</b>	4	4	8
	<b>Porcentaje</b>	50%	50%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	292	42	334
	<b>Porcentaje</b>	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 83. Análisis del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	28,995 <sup>a</sup>	3	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	27,679	3	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	2,912	1	,088
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los resultados indican una fuerte asociación entre el consumo de pornografía y la realización de prácticas sexuales bajo los efectos del alcohol, lo cual sugiere que el consumo pornográfico puede estar vinculado a contextos de mayor desinhibición, exposición a riesgos y menor conciencia crítica durante los encuentros sexuales. El hecho de que una abrumadora mayoría de quienes reconocen haber estado “un poco” o “muy” bebidos durante sus relaciones sexuales sean consumidores de pornografía (96,2 % y 93,3 %, respectivamente) refuerza la hipótesis de que estos contenidos no solo influyen en los guiones sexuales internalizados, sino también en las condiciones bajo las cuales dichos guiones se despliegan.

Desde una perspectiva sociológica, este fenómeno puede interpretarse como parte de un entramado más amplio en el que la sexualidad se ve atravesada por dinámicas de gratificación inmediata, consumo de cuerpos y experiencias. Así como una disociación entre deseo y afectividad. Como ha señalado Mónica Alario Gavilán (2021), la pornografía promueve una lógica

de disponibilidad permanente, desresponsabilización emocional y erotización de la transgresión, aspectos que pueden ser potenciados en contextos donde el alcohol actúa como desinhibidor social y sexual.

La conjunción de ambas prácticas -el consumo de pornografía y la actividad sexual bajo efectos del alcohol- puede, por tanto, favorecer un modelo de sexualidad más centrado en la dominación, la performance y la experimentación sin límites, con escasa o nula consideración por el consentimiento consciente y la reciprocidad.

En este sentido, la relación entre ambas variables no debe interpretarse de forma aislada, sino como el reflejo de procesos de socialización que configuran un modelo de masculinidad -y, en consecuencia, de sexualidad- centrado en el rendimiento, la validación externa y la lógica de la conquista. Diversos estudios recientes muestran cómo estos guiones sexuales masculinos continúan promoviendo prácticas orientadas a la demostración de poder y al logro, más que al encuentro relacional y ético con la otra persona, tal como señalan autores como Michael Flood (2020) o Michael Salter (2021). Estas dinámicas no solo generan riesgos físicos y emocionales, sino que contribuyen a sostener una cultura sexual que separa el placer del cuidado mutuo y que invisibiliza el papel del consentimiento activo como eje central de unas relaciones sexuales igualitarias.

Por tanto, estos datos apuntan a la necesidad de seguir profundizando en el análisis del impacto de la pornografía como factor de riesgo en la salud sexual y relacional de los jóvenes, así como en el diseño de intervenciones educativas que integren una mirada crítica sobre los consumos (sexuales, mediáticos y tóxicos), promoviendo vínculos eróticos más conscientes, responsables y éticamente sostenibles.

#### **6.4.5.2. Percepción del consumo de alcohol por parte de la pareja y consumo de pornografía**

Se observa una asociación significativa entre el consumo de pornografía y la percepción de que la pareja sexual había consumido alcohol en alguna ocasión ( $\chi^2 = 11,306$ ;  $gl = 3$ ;  $p = .010$ ). En particular, el 95,3% de quienes consideran que la otra persona estaba “un poco bebida” y el 90,5% de quienes la perciben como “muy bebida” son consumidores de pornografía. En cambio, entre quienes no creen que la pareja hubiera consumido alcohol, se encuentra un mayor porcentaje de no consumidores de pornografía (17,9%). Si bien las diferencias en este caso son menos acusadas que en el consumo propio, los datos apuntan a una correlación significativa entre el consumo de pornografía y la percepción de que la pareja sexual se encontraba bajo los efectos del alcohol.

**Tabla 84. Consumo de pornografía y consumo alcohol pareja sexual**

<b>Consumo alcohol pareja sexual</b>		<b>Consumo de pornografía</b>		
		<b>Sí</b>	<b>No</b>	<b>Total</b>
<b>No</b>	<b>Recuento</b>	151	33	184
	<b>Porcentaje</b>	82,1%	17,9%	100%
<b>Sí un poco bebida</b>	<b>Recuento</b>	102	5	107
	<b>Porcentaje</b>	95,3%	4,7%	100%
<b>Sí muy bebida</b>	<b>Recuento</b>	19	2	21
	<b>Porcentaje</b>	90,5%	9,5%	100%
<b>No lo recuerdo</b>	<b>Recuento</b>	20	2	22
	<b>Porcentaje</b>	90,9%	9,1%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	292	42	334
	<b>Porcentaje</b>	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 85. Análisis del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	11,306 <sup>a</sup>	3	,010
<b>Razón de verosimilitud</b>	12,536	3	,006
<b>Asociación lineal por lineal</b>	5,242	1	,022
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Este resultado refuerza la idea de que el consumo de pornografía se vincula no solo con prácticas sexuales realizadas bajo los efectos del alcohol, sino también con contextos en los que la alteración del estado de conciencia afecta a ambas partes de la relación sexual. La percepción de que la pareja se encontraba bajo los efectos del alcohol, correlacionada de forma significativa con el consumo pornográfico, plantea interrogantes relevantes desde el punto de vista ético, en tanto que sitúa el consentimiento sexual en una zona de ambigüedad e incluso de vulnerabilidad.

Esta dimensión interpela de forma directa las lógicas de poder que atraviesan los guiones pornográficos, los cuales -como advierte Mónica Alario Gavilán (2021)- tienden a erotizar la pasividad, la sumisión y la falta de respuesta, presentando como deseables situaciones en las que una de las partes (frecuentemente mujeres) aparece desinhibida, dormida o sin capacidad plena de agencia. En ese marco, la reproducción de tales escenas puede

conllevar la normalización de relaciones donde el consentimiento no es plenamente consciente o informado, contribuyendo a una cultura de la banalización del riesgo y del debilitamiento de los límites éticos.

La asociación entre el consumo pornográfico y la percepción de embriaguez en la pareja sexual también puede entenderse como parte de una estructura de socialización sexual desigual, en la que el deseo masculino se posiciona como eje rector de la interacción, independientemente del estado o disposición de la otra persona. Como han señalado autores como Gary Wilson (2012), el consumo prolongado de pornografía puede inducir una forma de desensibilización emocional y de objetivación del otro, donde las señales de consentimiento o disconformidad pierden relevancia frente al cumplimiento de una fantasía previamente estructurada.

#### **6.4.5.3. Consumo propio vs consumo ajeno: diferencias según consumo de pornografía**

Los resultados indican que tanto el consumo personal de alcohol durante las relaciones sexuales como la percepción de que la pareja también había consumido están significativamente asociados al consumo de pornografía. Los consumidores de pornografía no solo presentan una mayor probabilidad de haber mantenido relaciones sexuales bajo los efectos del alcohol, sino que también tienden a considerar que sus parejas se encontraban en una situación similar. Esta doble dimensión sugiere un patrón de socialización sexual en el que la pornografía podría desempeñar un papel indirecto en la normalización de prácticas sexuales mediadas por el consumo de sustancias, como el alcohol, afectando tanto a la propia experiencia como a la percepción del contexto relacional.

En conjunto, ambos hallazgos evidencian la necesidad de abordar de forma integral los vínculos entre consumo pornográfico, uso de sustancias y modelos de sexualidad, desde un enfoque que recupere el valor del consentimiento mutuo, la lucidez afectiva y el respeto como pilares fundamentales de las relaciones sexuales. Solo mediante una educación sexual crítica y coeducativa será posible contrarrestar estos imaginarios y promover una cultura del deseo éticamente situada.

#### **6.4.5.4. Cannabis, drogas y prácticas sexuales: correlaciones con el consumo de pornografía**

Se exploró la posible asociación entre el consumo de pornografía (tanto histórico como actual) y haber mantenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis o marihuana. Sin embargo, los análisis mediante prueba Chi-cuadrado no arrojaron resultados estadísticamente significativos, por lo que no se puede establecer una relación entre ambas variables.

A pesar de que la mayoría de quienes han tenido este tipo de experiencias sexuales también han consumido pornografía, la falta de asociación significativa impide formular conclusiones sólidas al respecto.

Al analizar la posible asociación entre el consumo de drogas durante las relaciones sexuales y el hecho de seguir viendo pornografía en la actualidad, los resultados no muestran una relación estadísticamente significativa. Aunque se observa una ligera variabilidad en las frecuencias, esta no alcanza niveles que permitan establecer una asociación consistente entre ambas variables. Además, cabe señalar que los subgrupos correspondientes a quienes afirman haber consumido drogas con mayor frecuencia durante las relaciones sexuales presentan tamaños muestrales muy reducidos (por

ejemplo, solo 9 personas indican haberlo hecho “muy a menudo”), lo que limita notablemente la potencia estadística de la prueba.

Por tanto, si bien este análisis ofrece una aproximación exploratoria al cruce entre consumo de sustancias y prácticas sexuales vinculadas al consumo de pornografía, los datos no permiten extraer conclusiones sólidas al respecto.

#### **6.4.6. Dimensión transaccional del sexo: relaciones a cambio de algo y consumo de pornografía**

En relación con la posible asociación entre el consumo de pornografía y haber mantenido relaciones sexuales a cambio de algún tipo de compensación (económica o material), los resultados de la prueba Chi-cuadrado no alcanzan significación estadística. Aunque los datos indican que esta experiencia ha sido referida mayoritariamente por personas que consumen pornografía, se trata de una muestra extremadamente reducida (solo 20 casos afirman haber vivido esta situación en distintos grados), lo cual impide extraer conclusiones sólidas. El escaso número de respuestas afirmativas y su distribución limita la potencia estadística del análisis y, por tanto, la posibilidad de establecer una relación concluyente entre ambas variables.

##### **6.4.6.1. Frecuencia de consumo y probabilidad de haber mantenido relaciones transaccionales**

Aunque la tabla cruzada no mostraba diferencias estadísticamente significativas debido al escaso número de casos en los niveles más altos de respuesta, el análisis de correlación de Pearson sí revela una relación significativa entre ambas variables. En concreto, se observa una correlación positiva ( $r = ,282$ ;  $p < ,001$ ) entre la frecuencia con la que se consume

pornografía y haber tenido alguna vez relaciones sexuales a cambio de algo (como dinero, viajes, favores, etc.). Este resultado, aunque de magnitud baja-media, indica que, a mayor frecuencia de consumo pornográfico, mayor probabilidad de haber incurrido en este tipo de experiencias.

La significación estadística hallada refuerza la necesidad de prestar atención a los posibles vínculos entre el consumo de porno y determinadas dinámicas de intercambio en las relaciones sexuales, incluso aunque los datos cruzados por categorías no permitan afirmaciones concluyentes debido a la limitación del tamaño muestral. Esta correlación sugiere un patrón que merece una exploración más profunda desde un enfoque tanto cuantitativo como cualitativo.

**Tabla 86. Frecuencia del consumo de pornografía y relaciones sexuales transaccionales**

		<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	<b>Relaciones sexuales a cambio de algo</b>
<b>Frecuencia consumo pornografía</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,282**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	208	142
<b>Relaciones sexuales a cambio de algo</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,282**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	142	334

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.4.7. Violencias, anonimato y consumo de pornografía**

El análisis del consumo de pornografía y su relación con las dinámicas sexuales en la adolescencia exige atender a fenómenos que trascienden la mera exploración erótica, como la reproducción de patrones de violencia y la búsqueda de encuentros sexuales con personas desconocidas. Diversas investigaciones han señalado que la exposición repetida a contenidos que erotizan la coerción o que muestran relaciones despersonalizadas puede influir en la configuración de imaginarios sexuales en los que la violencia y el anonimato adquieren un carácter normalizado (Alario, 2021). Este apartado examina cómo dichas representaciones impactan en la construcción de expectativas y prácticas sexuales juveniles, conectando el consumo de pornografía con formas de interacción que implican mayor riesgo físico, emocional y social.

#### **6.4.7.1. Consumo de pornografía y experiencias sexuales violentas**

A diferencia de los casos anteriores, en esta tabla sí se observa una relación estadísticamente significativa entre el consumo de pornografía y haber tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas (incluyendo golpes o sexo muy fuerte o brusco).

La prueba de chi-cuadrado de Pearson no alcanza la significación convencional ( $p = ,063$ ), pero tanto la razón de verosimilitud ( $p = ,008$ ) como la asociación lineal por lineal ( $p = ,010$ ) sí indican una asociación significativa. Los datos muestran que los y las jóvenes que consumen pornografía tienen una mayor presencia de este tipo de prácticas: el 100% de quienes declaran haberlas experimentado "muy a menudo", así como el 93,1% de quienes lo hacen "a menudo" y el 87% de forma ocasional, también consumen pornografía.

Este patrón sugiere que podría existir una conexión entre el visionado de contenidos pornográficos y la reproducción de dinámicas sexuales de carácter violento, lo cual coincide con estudios previos que alertan sobre la influencia del porno en la normalización de estas prácticas. Aunque se recomienda cautela al interpretar estos datos -especialmente por el tamaño limitado de algunos subgrupos-, la significación estadística hallada aporta un indicio relevante para seguir profundizando en esta línea de investigación.

**Tabla 87. Consumo de pornografía y relaciones sexuales violentas**

Relaciones sexuales violentas		Consumo de pornografía		
		Si	No	Total
Muy a menudo	Recuento	15	0	15
	Porcentaje	100%	0	100%
A menudo	Recuento	27	2	29
	Porcentaje	93,1%	6,9%	100%
Alguna vez, ocasionalmente	Recuento	47	7	54
	Porcentaje	87%	13%	100%
Casi nunca	Recuento	23	0	23
	Porcentaje	100%	0	100%
Solo una vez	Recuento	19	3	22
	Porcentaje	86,4%	13,6%	100%
Nunca	Recuento	121	28	149
	Porcentaje	81,2%	18,8%	100%
Total	Recuento	252	40	292
	Porcentaje	86,3%	13,7%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 88. Consumo de pornografía y relaciones sexuales violentas**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	10,461 <sup>a</sup>	5	,063
<b>Razón de verosimilitud</b>	15,556	5	,008
<b>Asociación lineal por lineal</b>	6,677	1	,010
<b>N de casos válidos</b>	292		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.4.7.2. Contacto con desconocidos en entornos digitales y consumo de pornografía**

Los datos muestran una asociación significativa entre el consumo de pornografía y el contacto con personas desconocidas a través de Internet con fines sexuales ya que de las 50 personas que han contactado con desconocidos, el 100 % son consumidoras de pornografía. La prueba de Chi-cuadrado de Pearson ( $\chi^2 = 8,458$ ;  $p = ,004$ ) y la prueba exacta de Fisher ( $p < ,001$ ) confirman que la asociación es estadísticamente significativa.

**Tabla 89. Consumo de pornografía y contacto con desconocidos a través de internet**

Contacto con desconocidos a través de Internet		Consumo de pornografía		
		Sí	No	Total
Sí	Recuento	50	0	50
	Porcentaje	100,0%	0,0%	100%
No	Recuento	242	42	284
	Porcentaje	85,2%	14,8%	100%
Total	Recuento	292	42	334
	Porcentaje	87,4%	12,6%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 90. Prueba del chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)	Significación exacta (bilateral)	Significación exacta (unilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	8,458 <sup>a</sup>	1	,004		
<b>Corrección de continuidad<sup>b</sup></b>	7,166	1	,007		
<b>Razón de verosimilitud</b>	14,646	1	<,001		
<b>Prueba exacta de Fisher</b>				<,001	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	8,433	1	,004		
<b>N de casos válidos</b>	334				

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Además, el análisis de correlación de Pearson ( $r = ,340$ ;  $p < ,001$ ) revela una correlación positiva y moderada entre la frecuencia del consumo de

pornografía y la probabilidad de contactar con desconocidos para fines sexuales por Internet.

**Tabla 91. Frecuencia del consumo de pornografía y contacto a través de internet con desconocidos**

		<b>¿Con qué frecuencia ves pornografía?</b>	<b>¿Has contactado a través de internet con una persona desconocida para fines sexuales?</b>
<b>¿Con qué frecuencia ves pornografía?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	1	,340**
	<b>Sig. (bilateral)</b>		<,001
	<b>N</b>	208	142
<b>¿Has contactado a través de internet con una persona desconocida para fines sexuales?</b>	<b>Correlación de Pearson</b>	,340**	1
	<b>Sig. (bilateral)</b>	<,001	
	<b>N</b>	142	334

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos resultados evidencian que el consumo de pornografía actúa como un factor catalizador de conductas exploratorias en el entorno digital, particularmente aquellas orientadas al contacto sexual con personas desconocidas. La fuerte asociación entre ambos comportamientos sugiere que el consumo pornográfico contribuye a modelar prácticas sexuales más impulsivas, inmediatas y desprovistas de vínculos previos, en sintonía con las lógicas de consumo y gratificación instantánea que caracterizan tanto a la pornografía como a las dinámicas propias del entorno virtual.

Desde una perspectiva sociológica, puede interpretarse que la pornografía, al promover guiones sexuales centrados en la disponibilidad, el anonimato y la ausencia de emocionalidad, genera un marco simbólico que normaliza y legitima la búsqueda de contactos sexuales en contextos donde el otro aparece como objeto de uso más que como sujeto relacional.

En este sentido, el comportamiento de contactar con personas desconocidas a través de Internet se enmarca en una sexualidad mediada por tecnologías y desanclada de vínculos afectivos, fenómeno que diversos autores han vinculado con la transformación de las formas de intimidad en la era digital (Bauman, 2003).

Como señala Gary Wilson (2012), la pornografía influye no solo en el tipo de prácticas sexuales que se reproducen, sino también en las motivaciones, los contextos y los formatos a través de los cuales se ejerce la sexualidad. El contacto sexual virtual con desconocidos -posible gracias a las plataformas digitales- puede ser visto como una prolongación práctica de los imaginarios pornográficos, en los que la interacción sexual está desprovista de marco afectivo, contexto ético o negociación previa.

Los datos no solo alertan sobre una relación estadística entre dos variables, sino que invitan a reflexionar sobre cómo el consumo cultural de determinados contenidos transforma las formas de experimentar el deseo, el cuerpo y la relación con los demás. Estas prácticas, aunque cada vez más naturalizadas, pueden implicar riesgos psicológicos, sexuales y sociales, especialmente entre jóvenes que están en proceso de construcción de su identidad sexual.

#### **6.4.8. Conclusiones: relaciones estructurales entre consumo de pornografía y riesgo sexual**

Los datos analizados permiten sostener que el consumo de pornografía entre jóvenes se asocia de manera significativa con la adopción de prácticas sexuales de riesgo, así como con la normalización de conductas que reproducen dinámicas sexuales violentas o desiguales. En primer lugar, se observa una menor frecuencia en el uso del preservativo entre los

consumidores de pornografía, lo que representa un claro indicador de riesgo en términos de salud sexual. Este hallazgo resulta coherente con investigaciones previas que evidencian cómo la pornografía, al mostrar mayoritariamente prácticas sin protección, refuerza la idea de que el sexo sin preservativo es más placentero o más "auténtico", contribuyendo así a desincentivar su uso en la vida real (Villena Moya, 2023).

Asimismo, la alta proporción de jóvenes que declaran haber imitado escenas pornográficas -siendo más frecuente en varones- y que identifican similitudes entre la pornografía y sus propias relaciones sexuales, pone de manifiesto el papel de este tipo de contenidos como modelo de socialización sexual. Tal como advierte Mónica Alario Gavilán (2021), la pornografía no solo erotiza la violencia, la desigualdad y la sumisión femenina, sino que también se configura como un guion sexual que los varones aprenden y reproducen, con escasa conciencia crítica sobre las implicaciones éticas y relacionales de dichas prácticas.

En esta línea, los datos reflejan también una asociación entre el consumo habitual de pornografía y la participación en encuentros sexuales bajo los efectos del alcohol, ya sea por parte del propio sujeto o de su pareja. Aunque en alguno de los casos no se ha alcanzado significación estadística debido al tamaño reducido de la muestra, la tendencia apunta hacia un patrón de riesgo donde el consentimiento sexual puede verse afectado, una cuestión clave en la reflexión feminista sobre la violencia simbólica y estructural (Beatriz Ranea, 2019).

Más allá del consumo explícito de pornografía, conviene subrayar que su influencia se extiende más allá de quienes la consumen directamente. Especialmente en el caso de las chicas, muchas de las encuestadas no

acceden activamente a contenidos pornográficos, pero mantienen relaciones sexuales con chicos que sí lo hacen, interiorizando de forma indirecta los guiones, expectativas y dinámicas que estos reproducen. Esta realidad confirma que la pornografía opera como un agente de socialización sexual colectivo, cuyas huellas afectan a toda la generación, especialmente en contextos donde la educación sexual crítica y coeducativa es insuficiente.

Por otra parte, el análisis debe incorporar también el impacto de los entornos digitales hiperconectados, como las redes sociales (por ejemplo, Instagram, TikTok) o plataformas de videojuegos con chats sexualizados, donde los jóvenes acceden, muchas veces de forma no intencionada, a contenidos de tipo pornográfico o sexualmente explícito. Esta exposición precoz contribuye a un proceso de hipersexualización de la infancia y la adolescencia, que intensifica la presión sobre los cuerpos femeninos y adelanta la vivencia de relaciones sexuales en condiciones desiguales, confusas o arriesgadas.

En conjunto, estos resultados respaldan la hipótesis H3, al mostrar que el consumo de pornografía no solo se asocia significativamente con prácticas sexuales de riesgo, sino también con la reproducción de conductas sexuales violentas entre jóvenes.

La pornografía constituye un sistema estructurado de representación del deseo que incide significativamente en la manera en que los y las jóvenes experimentan su sexualidad, negocian sus relaciones íntimas y comprenden el consentimiento (Cobo Bedia, 2020). Esto concuerda con autores anglosajones recientes como Leon, Quiñonez-Toral y Aizpurua (2025) encuentran que el consumo de pornografía está relacionado con la

participación en prácticas sexuales violentas, mediado por actitudes sexualmente permisivas y el doble estándar sexual.

Por tanto, se vuelve evidente la necesidad de implementar políticas públicas de educación sexual integral con enfoque de género y derechos humanos, orientadas a cuestionar los imaginarios promovidos por la pornografía y propiciar una sexualidad basada en el respeto mutuo, la autonomía y el cuidado. Esta visión se fortalece con la evidencia reciente que muestra cómo la pornografía violenta puede legitimar conductas agresivas en relaciones íntimas, especialmente en contextos donde no existe alfabetización mediática ni crítica constructiva sobre el contenido consumido.

#### **6.5. Desigualdades de género en la experiencia pornográfica: efectos diferenciados en chicos y chicas**

En el presente apartado se procederá al análisis de los datos con el objetivo de explorar las diferencias en los efectos del consumo de pornografía en función del sexo para contrastar la hipótesis H4 planteada en esta investigación: *‘Existen diferencias significativas entre chicos y chicas en relación con la influencia del consumo de pornografía, siendo los varones más propensos a reproducir conductas dominantes o agresivas, y las mujeres más susceptibles a experimentar presión o malestar’*.

Se examinarán las diferencias estadísticamente significativas en la influencia del consumo de pornografía en función del sexo de los encuestados y encuestadas, identificando patrones conductuales y emocionales diferenciados entre varones y mujeres. En concreto, se evaluará la mayor propensión de los varones a reproducir conductas de dominancia o agresividad, frente a la susceptibilidad de las mujeres a experimentar presiones o malestares asociados.

Este análisis permitirá profundizar en la comprensión de cómo la variable sexo incide en la manifestación de efectos derivados del consumo pornográfico, contribuyendo así a la validación o refutación de la hipótesis propuesta.

### **6.5.1. Acceso, trayectorias y abandono del consumo pornográfico según el sexo**

Los resultados confirman que hombres y mujeres no ven porno en la misma proporción. El 89,8% de los hombres encuestados ha consumido pornografía, mientras que el 10,2% no lo ha hecho. En el caso de las mujeres, el 69,8% ha consumido pornografía, y el 30,2% no lo ha hecho.

Esto sugiere una diferencia importante en la proporción de consumo entre ambos sexos. Los hombres representan el 42,8% del total, y las mujeres el 57,2%. Aunque la muestra incluye más mujeres, la proporción de consumidores es mayor en los hombres.

***Tabla 92. Consumo pornografía en función del sexo***

		<b>Si</b>	<b>No</b>	<b>Total</b>
<b>Hombre</b>	<b>Recuento</b>	220	25	245
	<b>Porcentaje (%)</b>	89,8	10,2	100
<b>Mujer</b>	<b>Recuento</b>	229	99	328
	<b>Porcentaje (%)</b>	69,8	30,2	100

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 93. Pruebas de chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)	Significación exacta (bilateral)	Significación exacta (unilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	33,012	1	<,001		
<b>Corrección de continuidad</b>	31,844	1	<,001		
<b>Razón de verosimilitud</b>	35,364	1	<,001		
<b>Prueba exacta de Fisher</b>				<,001	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	32,954	1	<,001		
<b>N de casos válidos</b>	573				

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Existe una asociación estadísticamente significativa entre el sexo y el consumo de pornografía ( $p < 0,001$ ). Esto implica que el consumo de pornografía está relacionado con el sexo de los participantes, y las diferencias observadas en las proporciones de la tabla cruzada no son producto del azar.

Los datos obtenidos en el estudio evidencian una diferencia notable en los patrones de consumo de pornografía entre hombres y mujeres. Existe una diferencia de veinte puntos porcentuales, lo que pone de manifiesto no solo una mayor exposición de los hombres a este tipo de contenidos, sino también la persistencia de una brecha de género en relación con la socialización sexual y los modelos de sexualidad internalizados.

Los resultados del análisis estadístico responden a una lógica estructural de género que atraviesa las prácticas sexuales y el acceso a representaciones

audiovisuales de la sexualidad. Esto puede interpretarse a la luz de los procesos de socialización diferenciada que experimentan hombres y mujeres desde edades tempranas, tal como señalan autoras como Beatriz Ranea Triviño (2019), quienes argumentan que la masculinidad hegemónica se configura en estrecha relación con el ejercicio del deseo, el acceso al cuerpo femenino y la validación del poder sexual masculino.

Asimismo, desde una perspectiva crítica feminista, Ana de Miguel (2015) y Rosa Cobo (2019) han denunciado el papel que desempeña la industria pornográfica como un dispositivo de pedagogía sexual informal que reproduce y refuerza un modelo patriarcal de sexualidad, centrado en el placer masculino y la cosificación del cuerpo de las mujeres.

La mayor prevalencia de consumo entre los hombres, por tanto, no puede desvincularse del mandato de masculinidad que asocia el visionado de pornografía con la afirmación de la virilidad, la dominación y la conquista, en contraposición con los imaginarios que históricamente han reprimido o deslegitimado el deseo sexual femenino.

Por otra parte, el 30,2 % de las mujeres que declaran no haber consumido pornografía podría interpretarse como un indicio de que estos contenidos resultan poco atractivos o significativos para ellas, en tanto que no representan de manera adecuada el deseo femenino ni sus formas de experimentación sexual. La subordinación de la mujer, la ausencia de reciprocidad erótica y la centralidad de la mirada masculina en la mayoría de las producciones pornográficas refuerzan narrativas que excluyen la agencia y el placer de las mujeres (Cobo Bedia, 2020; Alario, 2021; Illouz, 2021). Así, la falta de consumo no necesariamente expresa inhibición del deseo, sino rechazo a un imaginario sexual que perpetúa desigualdades y limita la posibilidad de identificarse con las escenas representadas.

En este sentido, autores como Illouz (2019) han subrayado cómo las estructuras simbólicas y materiales del poder configuran no solo las prácticas, sino también los deseos y las autopercepciones en torno a la sexualidad, operando de forma diferencial según el género.

En suma, los resultados cuantitativos aquí expuestos no solo reflejan una disparidad en los hábitos de consumo, sino que remiten a estructuras sociales más amplias que configuran el acceso, la significación y la legitimidad del deseo sexual según el género. Este tipo de datos refuerzan la necesidad de una educación sexual crítica, integral y con perspectiva de género, capaz de desmontar los estereotipos que sustentan la desigualdad y de proponer modelos alternativos de relación y deseo.

#### **6.5.1.1. Frecuencia de consumo de pornografía en función del sexo**

Con el fin de analizar si existen diferencias estadísticamente significativas en la frecuencia actual de consumo de pornografía entre hombres y mujeres, se aplicó un análisis de chi cuadrado de independencia sobre una muestra de 208 sujetos.

Los resultados descriptivos muestran diferencias marcadas entre ambos sexos. En las categorías de mayor frecuencia de consumo -como el consumo diario o varias veces por semana- predominan los varones: el 97,3% de quienes declaran consumir pornografía todos los días son hombres, frente a solo un 2,7% de mujeres. En la categoría de consumo 4 o 5 veces por semana, los hombres representan el 80%, y en la de 2 o 3 veces por semana, el 75,4%. En cambio, el grupo de quienes consumen pornografía “muy de vez en cuando” está compuesto mayoritariamente por mujeres (62,5%).

**Tabla 94. Sexo del sujeto y frecuencia del consumo de pornografía**

¿Con qué frecuencia consumes pornografía?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Todos los días	Recuento	36	1	37
	Porcentaje	97,3%	2,7%	100%
4 o 5 veces a la semana	Recuento	24	6	30
	Porcentaje	80%	20%	100%
2 o 3 veces a la semana	Recuento	46	15	61
	Porcentaje	75,4%	24,6%	100%
1 vez a la semana	Recuento	26	6	32
	Porcentaje	81,3%	18,8%	100%
Muy de vez en cuando	Recuento	18	30	48
	Porcentaje	37,5%	62,5%	100%
Total	Recuento	150	58	208
	Porcentaje	72,1%	27,9%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estas diferencias fueron analizadas estadísticamente mediante la prueba de chi cuadrado de Pearson, que resultó significativa:  $\chi^2(4) = 42,85$ ,  $p < 0,001$ . Este resultado indica que la distribución de la frecuencia de consumo de pornografía difiere de manera significativa en función del sexo del sujeto. La significación fue corroborada por la razón de verosimilitud ( $\chi^2 = 44,55$ ;  $p < 0,001$ ) y por la asociación lineal por lineal ( $\chi^2 = 32,63$ ;  $gl = 1$ ;  $p < 0,001$ ), lo cual refuerza la solidez del hallazgo.

**Tabla 95. Prueba del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	42,854 <sup>a</sup>	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	44,550	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	32,633	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	208		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Desde una perspectiva interpretativa, estos resultados pueden vincularse con las dinámicas de socialización sexual diferencial. Tal como señalan autores como Lluís Ballester Brage et al. (2021), el consumo de pornografía se encuentra ampliamente normalizado en los varones jóvenes, mientras que en las mujeres continúa siendo una práctica menos frecuente y, en muchos casos, más problemática desde el punto de vista emocional o relacional.

La construcción social de la masculinidad -centrada en la autosatisfacción, el dominio visual y el rendimiento sexual- puede explicar en parte esta sobrerrepresentación masculina en los niveles altos de consumo (Bourdieu, 2000; Illouz, 2012).

En suma, los resultados muestran diferencias significativas y estructurales en la frecuencia de consumo de pornografía entre hombres y mujeres, lo que confirma la necesidad de integrar una perspectiva de género en el estudio del fenómeno pornográfico, especialmente cuando se abordan los procesos de construcción de la sexualidad en la adolescencia y juventud.

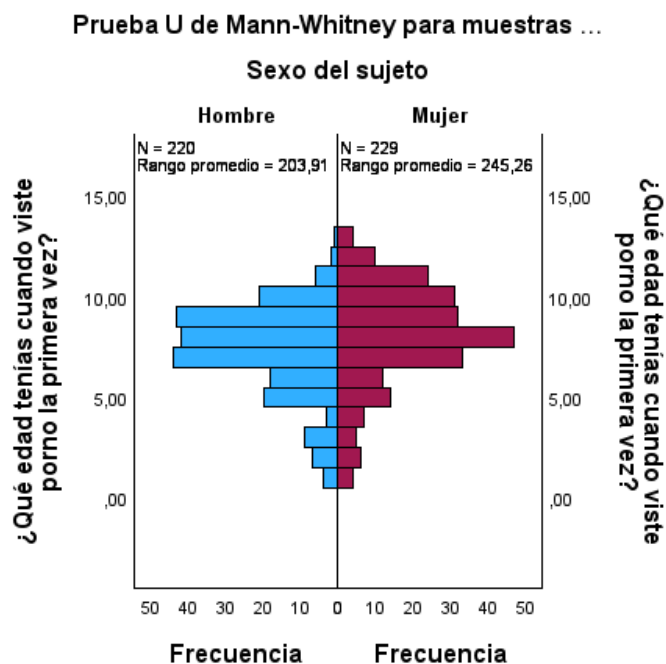
### 6.5.1.2. Primer acceso a la pornografía en función del sexo.

Se ha utilizado la Prueba U de Mann-Whitney para comparar la edad del primer acceso a la pornografía en función del sexo. Los hombres tienen un rango promedio más bajo, lo que significa que accedieron a contenido pornográfico a una edad más temprana que las mujeres.

**Tabla 96. Primer acceso a la pornografía en función del sexo**

Hipótesis nula	Prueba	Sig.
La distribución de ¿Qué edad tenías cuando viste porno la primera vez? es la misma entre categorías de Sexo del sujeto.	Prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes	<,001

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27



**Ilustración 1. Prueba U de Mann-Whitney**

### 6.5.1.3. Motivos del primer consumo: diferencias por sexo

Con el objetivo de analizar si existen diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres en cuanto a los motivos que los llevaron a consumir pornografía por primera vez, se aplicó un análisis de chi cuadrado de independencia. La variable categórica dependiente fue el motivo declarado para el primer visionado de pornografía, y la variable independiente fue el sexo del sujeto.

Los resultados evidencian una distribución diferenciada entre ambos sexos respecto a las motivaciones reportadas. El motivo más frecuente en términos absolutos fue *“Por curiosidad”*, con una distribución equitativa entre hombres y mujeres (50% en ambos casos,  $n = 238$ ), lo cual sugiere que la curiosidad actúa como una motivación transversal al género en las primeras aproximaciones al consumo pornográfico.

Sin embargo, otras categorías revelan disparidades importantes. El motivo *“Por placer”* fue más frecuente entre hombres (63,5%) que entre mujeres (36,5%), al igual que *“Fantasía”* (87,5% hombres frente a 12,5% mujeres) y *“Evitar el aburrimiento”* (91,7% hombres). En contraste, el motivo *“Por otro motivo”* fue referido mayoritariamente por mujeres (72,5%), lo que puede indicar que una proporción significativa de mujeres no se sintió identificada con las categorías propuestas, o bien que sus experiencias se encuentran mediadas por factores más complejos o contextuales no contemplados inicialmente.

**Tabla 97. Motivos del primer acceso a la pornografía en función del sexo**

¿Por qué viste pornografía por primera vez?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Para saber qué hacer	Recuento	7	9	16
	Porcentaje	43,8%	56,3%	100%
Para aprender	Recuento	9	6	15
	Porcentaje	60%	40%	100%
Por curiosidad	Recuento	119	119	238
	Porcentaje	50%	50%	100%
Por placer	Recuento	33	19	52
	Porcentaje	63,5%	36,5%	100%
Fantasía	Recuento	7	1	8
	Porcentaje	87,5%	12,5%	100%
Reducción del estrés	Recuento	1	0	1
	Porcentaje	100%	0	100%
Evitar el aburrimiento	Recuento	11	1	12
	Porcentaje	91,7%	8,3%	100%
Autoexploración	Recuento	8	8	16
	Porcentaje	50%	50%	100%
Por otro motivo	Recuento	25	66	91
	Porcentaje	27,5%	72,5%	100%
Total	Recuento	220	229	449
	Porcentaje	49,0%	51,0%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis de chi cuadrado de Pearson arrojó un valor de  $\chi^2 (8) = 36,76$ , con una significación asintótica bilateral menor a 0,001 ( $p < 0,001$ ), lo cual indica que existe una asociación estadísticamente significativa entre el sexo del sujeto y el motivo referido para el primer consumo de pornografía. Este

resultado fue corroborado por la razón de verosimilitud ( $\chi^2 = 39,85$ ;  $p < 0,001$ ) y por la prueba de asociación lineal por lineal ( $\chi^2 = 8,87$ ;  $gl = 1$ ;  $p = 0,003$ ), lo que refuerza la robustez de la relación identificada.

Estos hallazgos pueden interpretarse por la socialización diferencial de género. La mayor proporción de varones que citan como principales motivaciones para el consumo de pornografía el placer, la fantasía o el aburrimiento puede interpretarse como resultado de un proceso de socialización que orienta la construcción de la masculinidad hacia la gratificación inmediata y la búsqueda de estímulos sexuales de carácter consumista (Villena Moya, 2023). Este modelo se ve reforzado desde edades tempranas a través de representaciones mediáticas -series, películas, videojuegos y redes sociales- que promueven un imaginario masculino ligado a la iniciativa sexual, el control de la experiencia erótica y la validación de la identidad a través del deseo (Alario, 2021).

Por contraste, la mayor ambigüedad observada en las respuestas femeninas puede asociarse a la transmisión de modelos culturales que condicionan la vivencia de la sexualidad a través de roles de pasividad, idealización romántica o sujeción a normas de aceptación social (Cobo Bedia, 2020). Estos estereotipos han sido ampliamente documentados en los medios, que presentan a las mujeres como objetos de deseo y a los hombres como protagonistas de la acción sexual (Stevens Aubrey et al., 2023).

Investigaciones recientes subrayan que estas representaciones construyen los denominados “guiones sexuales” (sexual scripts), que actúan como marcos normativos para la conducta erótica y para la interpretación de lo que es socialmente aceptable o deseable en cada género (Wright, 2023). Así, mientras los varones son alentados a explorar de manera activa y diversificada su sexualidad, las mujeres internalizan mensajes contradictorios que, por un lado, las sitúan en una posición de objeto y, por

otro, las responsabilizan de preservar valores morales o románticos, generando sentimientos de culpa, inseguridad o auto-restricción frente a la pornografía (Chunyan Yu et al., 2021).

En consecuencia, el acercamiento diferenciado a la pornografía en la adolescencia no se limita a elecciones individuales, sino que se halla profundamente enraizado en estructuras culturales y mediáticas que moldean el deseo y los comportamientos sexuales desde la infancia. Ello refuerza la necesidad de una alfabetización mediática crítica y de una educación sexual integral que cuestione estos imaginarios, visibilice la diversidad del deseo femenino y promueva representaciones basadas en la reciprocidad y la igualdad.

En suma, los resultados indican que el sexo del sujeto influye de manera significativa en los motivos referidos para el primer contacto con la pornografía, lo que refuerza la importancia de incorporar una perspectiva de género en el estudio del consumo pornográfico en adolescentes y jóvenes.

**Tabla 98. Prueba del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	36,759 <sup>a</sup>	8	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	39,845	8	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	8,866	1	,003
<b>N de casos válidos</b>	449		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.5.1.4. Diferencias en los patrones de consumo y permanencia**

A partir del análisis de una submuestra compuesta por 241 adolescentes que manifestaron haber abandonado el consumo de pornografía (70 varones y 171 mujeres), se observa una diferencia notable en función del sexo. Mientras que las mujeres representan el 71% del total de quienes han dejado de consumir, los varones constituyen únicamente el 29%. Esta diferencia es significativa si se considera que el consumo inicial era más alto entre los varones (89,8%) que entre las mujeres (69,8%), lo cual sugiere que, proporcionalmente, las chicas tienden en mayor medida a abandonar este tipo de contenido.

En cuanto a las razones alegadas para dejar de consumir pornografía, se aprecian patrones claramente diferenciados por sexo.

Por un lado, las motivaciones críticas y de conciencia social son mayoritariamente femeninas. La razón más señalada fue “*no muestra la realidad*”, mencionada por 66 adolescentes, de los cuales el 72,7% son mujeres. Asimismo, la opción “*me preocupa la situación de las mujeres*” fue prácticamente exclusiva del grupo femenino, con un 94,4% de respuestas procedentes de chicas. Estos datos reflejan una mayor capacidad de análisis crítico en las adolescentes respecto a los discursos y representaciones de la pornografía, así como una preocupación más acentuada por sus posibles implicaciones éticas y de género.

Por otro lado, también es más frecuente entre las chicas abandonar el consumo por motivos relacionados con una experiencia negativa inicial. Por ejemplo, el 88% de quienes afirmaron que “*solo lo vi una vez*” y el 82,2% de quienes dijeron “*no me gustó*” son mujeres. Este patrón indica que muchas adolescentes se aproximan a la pornografía de forma esporádica o

puntual y, tras una experiencia insatisfactoria o incómoda, deciden no continuar con su consumo.

En cuanto a las razones circunstanciales o relacionales, como “*tengo pareja*”, no se observan diferencias significativas entre sexos (51,9% hombres y 48,1% mujeres), lo que sugiere que esta motivación está igualmente presente en ambos grupos. Por su parte, la razón “*ya tengo suficiente conocimiento*” presenta también una distribución equilibrada (46,2% hombres y 53,8% mujeres), lo que permite inferir que algunos adolescentes conciben el consumo de pornografía como una práctica instrumental o educativa, cuyo interés se agota una vez adquirida cierta información.

Finalmente, la categoría “*otra razón*”, con un reparto más equitativo (57,4% mujeres y 42,6% hombres), agrupa respuestas diversas que no encajan en las categorías anteriores, y podría incluir tanto factores personales como religiosos, culturales o emocionales.

Los resultados obtenidos reflejan diferencias significativas en el abandono del consumo de pornografía según el sexo. Las mujeres representan la mayoría de quienes han dejado de consumir y lo hacen, en una proporción considerablemente mayor, por razones de carácter crítico y ético, como la falta de realismo del contenido o la preocupación por la situación de las mujeres. Por el contrario, los varones que interrumpen el consumo lo hacen en menor proporción y suelen esgrimir motivos de tipo circunstancial o individual.

**Tabla 99. Sexo del sujeto y abandono del consumo de pornografía**

¿Por qué ya no ves pornografía?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Tengo pareja	Recuento	14	13	27
	Porcentaje	51,9%	48,1%	100%
Solo lo vi una vez	Recuento	3	22	25
	Porcentaje	12%	88%	100%
No me gustó	Recuento	8	37	45
	Porcentaje	17,8%	82,2%	100%
No muestra la realidad	Recuento	18	48	66
	Porcentaje	27,3%	72,7%	100%
Ya tengo suficiente conocimiento	Recuento	6	7	13
	Porcentaje	46,2%	53,8%	100%
Me preocupa la situación de las mujeres	Recuento	1	17	18
	Porcentaje	5,6%	94,4%	100%
Otra razón	Recuento	20	27	47
	Porcentaje	42,6%	57,4%	100%
Total	Recuento	70	171	241
	Porcentaje	29%	71	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estas diferencias no solo son relevantes desde el punto de vista interpretativo, sino también estadísticamente significativas. La prueba de Chi-cuadrado de Pearson ( $\chi^2 = 24,038$ ;  $gl = 6$ ;  $p < .001$ ) confirma que existe una asociación significativa entre el sexo del sujeto y los motivos para dejar de consumir pornografía, lo que refuerza la validez de las conclusiones obtenidas.

Se concluye, por tanto, que el abandono del consumo responde a patrones diferenciados de socialización, percepción crítica y posicionamiento ético en función del género.

**Tabla 100. Pruebas de chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	24,038 <sup>a</sup>	6	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	25,450	6	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	,340	1	,560
<b>N de casos válidos</b>	241		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### **6.5.2. Comunicación, anticoncepción y satisfacción sexual: brechas de género**

El análisis de la comunicación sobre métodos anticonceptivos y su relación con la satisfacción sexual permite explorar cómo las dinámicas de género influyen en la vivencia de la sexualidad adolescente. Diversos estudios evidencian que las desigualdades en el acceso a información, la iniciativa para dialogar sobre protección y la distribución de responsabilidades reproductivas repercuten directamente en la percepción de seguridad y bienestar durante las relaciones íntimas (Cobo Bedia, 2024; Villena Moya et al., 2025). En este sentido, resulta fundamental examinar cómo la comunicación sobre anticoncepción se produce en contextos afectivo-sexuales diferenciados por género y cómo estas diferencias impactan en la experiencia de placer, seguridad y autonomía.

### **6.5.2.1. Satisfacción con la comunicación sobre métodos anticonceptivos**

Los datos sobre la satisfacción de la comunicación sobre métodos anticonceptivos en función del sexo revelan patrones diferenciados entre encuestados, evidenciando las desigualdades estructurales en la socialización afectivo-sexual.

Aunque las mujeres tienden a mostrar mayores niveles de satisfacción en las categorías más altas “*muy satisfactoria*”, “*bastante*” y “*satisfactoria*”, también son mayoría en la valoración más negativa, “*nada satisfactoria*” (78,6 %), lo que sugiere una vivencia más polarizada y emocionalmente intensa respecto a la calidad del diálogo sexual. Esta polarización podría vincularse a expectativas más elevadas sobre la reciprocidad y la claridad comunicativa, así como a una mayor conciencia sobre las implicaciones del consentimiento y la protección (Cobo Bedia, 2024).

Por otro lado, el hecho de que un 55,1 % de los varones afirme no haber tenido comunicación sexual alguna revela un déficit significativo en la transmisión de información y en la promoción de habilidades comunicativas para este grupo. Este hallazgo es consistente con investigaciones que señalan que la socialización masculina tiende a priorizar la acción y la experimentación sobre el diálogo y la reflexión afectiva (Villena Moya et al., 2025).

En conjunto, los resultados sugieren que las brechas de género en la comunicación sexual no solo se expresan en términos de cantidad o calidad de la información recibida, sino también en la manera en que se valoran y gestionan estas experiencias. La persistencia de estereotipos que presentan a los varones como autónomos en la exploración sexual y a las mujeres como responsables del vínculo afectivo y la protección parece influir en estas

percepciones, reforzando la necesidad de estrategias educativas que promuevan habilidades comunicativas equitativas y libres de sesgos de género.

**Tabla 101. Satisfacción de la comunicación sexual en función del sexo**

	Hombre (%)	Mujer (%)
<b>Muy satisfactoria</b>	33,8	66,2
<b>Bastante</b>	38	62
<b>Satisfactoria</b>	42,3	57,7
<b>Poco satisfactoria</b>	36,6	63,4
<b>Nada satisfactoria</b>	21,4	78,6
<b>No tuvo comunicación</b>	55,1	44,9

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Se ha llevado a cabo la Prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes. Encontrando que hay una diferencia significativa en la satisfacción entre hombres y mujeres ( $p = 0.01$ ). Como el rango promedio de las mujeres es mayor, esto sugiere que las mujeres tienden a estar menos satisfechas que los hombres.

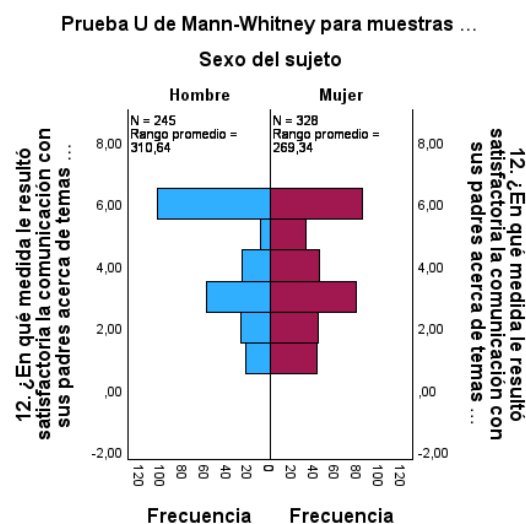
**Tabla 102. Satisfacción de la comunicación sexual en función del sexo**

Hipótesis nula	Prueba	Sig.
¿En qué medida le resultó satisfactoria la comunicación con sus padres acerca de temas sexuales?	Prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes	<b>,002</b>

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En el gráfico se presentan los resultados de la prueba U de Mann-Whitney para comparar la satisfacción en la comunicación con los padres entre hombres y mujeres. El rango promedio de los hombres es de 310.64 y el de las mujeres de 269.34. Es decir, los hombres tienen un rango promedio más alto que las mujeres (310.64 vs. 269.34). Como la escala de satisfacción va de 1 (muy satisfactoria) a 5 (nada satisfactoria), un rango más alto indica respuestas con valores más bajos en la escala, lo que significa mayor satisfacción.

En conclusión, los hombres perciben su comunicación con los padres como más satisfactoria que las mujeres.



*Ilustración 2. Prueba U de Mann-Whitney*

### 6.5.2.2. Diferencias por sexo en la valoración subjetiva de la primera relación sexual

Con el objetivo de analizar las diferencias por sexo en la percepción de la primera experiencia sexual, se pidió a 334 adolescentes que evaluaran dicha vivencia en una escala de satisfacción con cuatro niveles: “nada

*satisfactoria*”, “*poco satisfactoria*”, “*bastante satisfactoria*” y “*muy satisfactoria*”. La distribución de las respuestas evidencia diferencias destacables entre hombres y mujeres.

Las mujeres están sobrerrepresentadas en las categorías más bajas de satisfacción. En particular, el 77,8% de quienes calificaron su primera relación sexual como “*nada satisfactoria*” son mujeres, frente al 22,2% de hombres. Del mismo modo, en la categoría “*poco satisfactoria*” también predominan ligeramente las mujeres (52,7%), aunque con una diferencia menos pronunciada. En contraste, entre quienes calificaron la experiencia como “*muy satisfactoria*”, el 64,7% son hombres y solo el 35,3% mujeres.

**Tabla 103. Sexo del sujeto y primera relación sexual**

¿Cómo consideras que fue para ti tu primera relación sexual?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
<b>Nada satisfactoria</b>	<b>Recuento</b>	12	42	54
	<b>Porcentaje</b>	22,2%	77,8%	100%
<b>Poco satisfactoria</b>	<b>Recuento</b>	52	58	110
	<b>Porcentaje</b>	47,3%	52,7%	100%
<b>Bastante satisfactoria</b>	<b>Recuento</b>	50	69	119
	<b>Porcentaje</b>	42,0%	58,0%	100%
<b>Muy satisfactoria</b>	<b>Recuento</b>	33	18	41
	<b>Porcentaje</b>	64,7%	35,3%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	147	187	334
	<b>Porcentaje</b>	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis inferencial mediante la prueba de chi cuadrado de Pearson mostró que esta diferencia es estadísticamente significativa:  $\chi^2 (1) = 19,935$ ;  $p < 0,001$ . Este resultado confirma que la percepción subjetiva de la primera relación sexual difiere significativamente en función del sexo, con una tendencia más positiva entre los varones y una vivencia más insatisfactoria entre las mujeres.

Estos resultados pueden interpretarse a la luz de investigaciones previas que han señalado cómo la primera experiencia sexual suele estar atravesada por asimetrías de poder, expectativas culturales y presión social, especialmente en el caso de las mujeres (Ruiz Repullo, 2018; Ranea Triviño, 2019).

Mientras que los hombres suelen vivir este hito desde una narrativa de logro, descubrimiento o validación de la virilidad, muchas mujeres relatan su primera experiencia sexual como marcada por la incomodidad, la falta de deseo o la presión del contexto, lo que se traduce en niveles más bajos de satisfacción subjetiva (Torrado et al., 2021).

En conclusión, los datos sugieren una clara brecha de género en la vivencia subjetiva de la primera relación sexual, lo que refuerza la necesidad de promover una educación sexual que aborde no solo los aspectos biológicos y preventivos, sino también los afectivos, relacionales y éticos, desde una perspectiva crítica de género.

**Tabla 104. Pruebas del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Sig. Asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	19,935 <sup>a</sup>	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

### 6.5.3. Escala de Estereotipos Sexuales: diferencias según el sexo

Se han trasladado los resultados de cada ítem a una única tabla donde aparecen, en función del sexo, lo de acuerdo o no que están con los distintos estereotipos relacionados con la sexualidad.

**Tabla 105. Porcentajes Escala Lickert según sexo**

<b>Las mujeres buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	21	70	126	14	14
	%	8,6%	28,6%	51,4%	5,7%	5,7%
Mujer	Recuento	36	125	127	31	9
	%	11	38,1	38,7	9,5%	2,7%
<b>Es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos ya que son ellas las que se quedan embarazadas</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	24	28	62	49	82
	%	9,8%	11,4%	25,3%	20,0%	33,5%
Mujer	Recuento	19	26	42	50	191
	%	5,8%	7,9%	12,8%	15,2%	58,2%
<b>Los hombres necesitan tener relaciones sexuales con más frecuencia</b>						

		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	23	38	103	28	53
	%	9,4	15,5	42	11,4	21,6
Mujer	Recuento	26	56	103	33	110
	%	7,9	17,1	31,4	10,1	33,5
<b>Los hombres prefieren las relaciones sexuales espontáneas (sin planificar con antelación)</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	44	71	82	21	27
	%	18	29	33,5	8,6	11
Mujer	Recuento	64	93	131	24	16
	%	19,5	28,4	39,9	7,3	4,9
<b>Las mujeres prefieren a los hombres con experiencia en las relaciones sexuales</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	46	77	98	7	17
	%	18,8	31,4	40	2,9	6,9
Mujer	Recuento	42	105	123	25	33

	%	12,8	32	37,5	7,6	10,1
<b>Los hombres prefieren a las mujeres sin experiencia en las relaciones sexuales</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	14	36	120	40	35
	%	5,7	14,7	49	16,3	14,3
Mujer	Recuento	27	83	158	36	24
	%	8,2	25,3	48,2	11	7,3
<b>A las mujeres les gusta que los hombres tomen la iniciativa y dirijan las relaciones sexuales</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	57	83	89	10	6
	%	23,3	33,9	36,3	4,1	2,4
Mujer	Recuento	43	132	104	31	18
	%	13,1	40,2	31,7	9,5	5,5
<b>Los hombres homosexuales son más promiscuos que las mujeres homosexuales</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	31	23	156	11	24

	%	12,7	9,4	63,7	4,5	9,8
Mujer	Recuento	19	50	167	25	67
	%	5,8	15,2	50,9	7,6	20,4
<b>Las mujeres homosexuales buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres homosexuales</b>						
		Muy de acuerdo	Algo de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Nada de acuerdo
Hombre	Recuento	17	30	165	18	15
	%	6,9	12,2	67,3	7,3	6,1
Mujer	Recuento	9	37	201	29	52
	%	2,7	11,3	61,3	8,8	15,9

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Del análisis individual de los ítems que componen la escala de estereotipos sexuales se desprenden diferencias estadísticamente significativas en función del sexo del sujeto en varias afirmaciones.

Concretamente, en el ítem 1 “*Las mujeres buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres*”, se observa un mayor grado de acuerdo entre las mujeres, concentrándose las respuestas “*muy de acuerdo*” y “*algo de acuerdo*” en el 49,1% de ellas, frente al 37,2% de los varones. Este patrón es coherente con una tendencia a atribuir un componente afectivo más central a la sexualidad femenina.

**Tabla 106. Pruebas de chi-cuadrado ítem 1**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	15,271	4	,004
<b>Razón de verosimilitud</b>	15,339	4	,004
<b>Asociación lineal por lineal</b>	4,606	1	,032
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En el ítem 2 “*Es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos ya que son ellas las que se quedan embarazadas*”, se evidencian diferencias significativas en la distribución de las respuestas: el 58,2% de las mujeres manifestó estar “*nada de acuerdo*”, frente al 33,5% de los hombres. Por el contrario, un mayor porcentaje de hombres se situó en las posiciones de acuerdo, especialmente en la opción “*muy de acuerdo*” (9,8% frente al 5,8%).

**Tabla 107. Pruebas de chi-cuadrado ítem 2**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	36,781	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	37,229	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	26,140	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El ítem 3 “*Los hombres necesitan tener relaciones sexuales con más frecuencia*” también mostró diferencias relevantes: el desacuerdo fue más elevado entre las mujeres, de las cuales un 33,5% señaló estar “*nada de acuerdo*”, frente al 21,6% de los hombres. En sentido contrario, un mayor porcentaje de hombres manifestó estar “*muy de acuerdo*” o “*algo de acuerdo*” con esta afirmación (24,9%) frente al 25% de mujeres, aunque con una diferencia menos acentuada.

**Tabla 108. Pruebas de chi-cuadrado ítem 3**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	12,206	4	,016
<b>Razón de verosimilitud</b>	12,357	4	,015
<b>Asociación lineal por lineal</b>	4,851	1	,028
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Respecto al ítem 5 “*Las mujeres prefieren a los hombres con experiencia en las relaciones sexuales*”, se observa una mayor tendencia de acuerdo en los varones, con un 50,2% entre las categorías “*muy de acuerdo*” y “*algo de acuerdo*”, mientras que en las mujeres ese porcentaje fue del 44,8%. No obstante, estas diferencias alcanzan significación estadística, apuntando a una percepción más consolidada entre los hombres de que la experiencia sexual masculina es valorada positivamente.

**Tabla 109. Pruebas de chi-cuadrado ítem 5**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	10,766	4	,029
<b>Razón de verosimilitud</b>	11,228	4	,024
<b>Asociación lineal por lineal</b>	5,929	1	,015
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

De manera complementaria, el ítem 6 “*Los hombres prefieren a las mujeres sin experiencia en las relaciones sexuales*” refleja también diferencias entre sexos. Un mayor número de mujeres se posiciona en el desacuerdo (18,3% entre “*algo en desacuerdo*” y “*nada de acuerdo*”) en comparación con los hombres (30,6% en esas mismas categorías), mientras que los varones se concentran más en la posición media (“*ni de acuerdo ni en desacuerdo*”, 49%).

**Tabla 110. Pruebas de chi-cuadrado ítem 6**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	18,506	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	18,691	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	16,456	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El ítem 7 “*A las mujeres les gusta que los hombres tomen la iniciativa y dirijan las relaciones sexuales*” muestra una diferencia significativa: los hombres tienden a estar más de acuerdo con esta afirmación (57,2% entre “muy de acuerdo” y “algo de acuerdo”), frente a un 53,3% de mujeres en esas mismas opciones, aunque en ellas también se incrementa el porcentaje de desacuerdo.

**Tabla 111. Pruebas de chi-cuadrado ítem 7**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	19,434	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	19,898	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	9,130	1	,003
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En cuanto al ítem 8 “*Los hombres homosexuales son más promiscuos que las mujeres homosexuales*”, las diferencias de percepción también resultaron estadísticamente significativas: el 22,1% de los hombres está “muy” o “algo de acuerdo” con esta afirmación, frente al 21% de mujeres. Sin embargo, el desacuerdo es más acusado entre las mujeres (28%) que entre los hombres (14,3%), lo que indica una mayor resistencia femenina a aceptar este estereotipo.

**Tabla 112 Pruebas de chi-cuadrado ítem 8**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	27,560	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	28,188	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	12,469	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Finalmente, el ítem 9 “*Las mujeres homosexuales buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los hombres homosexuales*” refuerza una distribución diferenciada según sexo: los varones tienden a ubicarse más en la neutralidad o el acuerdo (86,4% en las tres primeras categorías), mientras que las mujeres muestran una mayor proporción de desacuerdo (24,7%), reflejando nuevamente diferencias en las creencias sobre el componente afectivo de la sexualidad entre sexos.

**Tabla 113. Pruebas de chi-cuadrado ítem 9**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	18,098	4	,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	18,939	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	15,377	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	573		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Una vez analizados los datos de cada ítem de forma individual, se han analizado los nueve ítems como una escala, creando el indicador ‘Escala Estereotipos Sexuales’. Después, se ha hecho la prueba de Chi Cuadrado para ver si hay diferencias de consumo en función del sexo.

**Tabla 114. Pruebas de chi cuadrado Escala Lickert**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	35,456	26	,102
<b>Razón de verosimilitud</b>	38,882	26	,050
<b>Asociación lineal por lineal</b>	3,046	1	,081
<b>N de casos válidos</b>	573		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos resultados reflejan una mayor prevalencia de creencias estereotipadas en torno a la sexualidad entre los varones, lo que concuerda con la tendencia general observada en el análisis de ítems individuales de la escala. La diferencia porcentual sugiere que el sexo es una variable asociada al grado de adhesión a representaciones tradicionales o desiguales en el ámbito sexual. Si bien este análisis no permite establecer una relación causal, sí aporta evidencia empírica consistente sobre el impacto diferencial de la socialización de género en la construcción de creencias sexuales, en línea con los patrones encontrados en investigaciones previas sobre androcentrismo y doble moral sexual.

Desde una perspectiva sociológica, los resultados evidencian la persistencia de creencias estereotipadas profundamente arraigadas que reproducen una

visión desigual de la sexualidad, en la que los mandatos de género operan de forma diferencial sobre hombres y mujeres.

La mayor adhesión de los varones a afirmaciones como “*los hombres prefieren a las mujeres sin experiencia en las relaciones sexuales*” o “*es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos*” refleja no solo una interiorización de roles tradicionales, sino también una continuidad en la construcción de una masculinidad sustentada en la dominación simbólica y la exención de responsabilidades sexuales y reproductivas.

Este tipo de discursos, lejos de ser anecdóticos, forman parte de un imaginario colectivo que sigue situando a los hombres como sujetos activos del deseo y a las mujeres como objetos pasivos y responsables últimas de las consecuencias de las prácticas sexuales. Como plantea Pierre Bourdieu (2000), el habitus de género se constituye a través de disposiciones socialmente inculcadas que, aunque percibidas como naturales, reproducen la lógica de la dominación masculina en distintos espacios de la vida social, incluido el sexual.

La socialización diferencial actúa, por tanto, como un mecanismo estructural que moldea actitudes, creencias y comportamientos desde edades tempranas, contribuyendo a legitimar una doble moral sexual según la cual la experiencia es valorada positivamente en los varones, pero penalizada en las mujeres (Ruiz Repullo, 2018; Ranea Triviño, 2019).

Esta asimetría normativa se traduce en una desigual distribución de las responsabilidades sexuales, afectivas y reproductivas, y configura un sistema de expectativas que refuerza el control sobre la sexualidad femenina al tiempo que promueve la desvinculación afectiva y la irresponsabilidad sexual en los varones.

Además, la persistencia de estos estereotipos no puede analizarse de forma aislada, sino en relación con un contexto cultural y mediático en el que la pornografía, las redes sociales y ciertos discursos institucionales contribuyen a naturalizar representaciones profundamente sexistas del deseo y la intimidad (De Miguel, 2015; Alario, 2021).

La atribución de la responsabilidad anticonceptiva a las mujeres, por ejemplo, revela una forma de violencia simbólica que no solo reproduce la carga mental y física del control reproductivo, sino que invisibiliza la corresponsabilidad como principio ético y relacional en las prácticas sexuales.

En resumen, el patrón observado en estos datos refuerza la idea de que el género sigue siendo una categoría estructurante en la construcción de la sexualidad, y que los varones presentan una mayor resistencia a abandonar los privilegios que esta configuración desigual les otorga.

Esto concuerda con investigaciones previas que han documentado el papel del androcentrismo en la perpetuación de normas sexuales asimétricas y la necesidad urgente de repensar la educación afectivo-sexual desde una perspectiva feminista y crítica.

#### 6.5.4. Imitación, percepción de realismo y prácticas inspiradas en la pornografía en función del sexo

Tabla 115. Sexo del sujeto y percepción sobre la pornografía

¿Se parecen las prácticas que vemos en pornografía a las reales?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
<b>Siempre</b>	<b>Recuento</b>	6	2	8
	<b>Porcentaje</b>	75%	25%	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	28	14	42
	<b>Porcentaje</b>	66,7%	33,3%	100%
<b>Ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	46	32	78
	<b>Porcentaje</b>	59%	41%	100%
<b>Rara vez</b>	<b>Recuento</b>	47	71	118
	<b>Porcentaje</b>	39,8%	60,2%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	20	68	88
	<b>Porcentaje</b>	22,7%	77,3%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	147	187	334
	<b>Porcentaje</b>	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos resultados constatan que los hombres tienden en mayor medida que las mujeres a considerar que las prácticas observadas en la pornografía se asemejan a las reales. Entre quienes afirman que estas prácticas “*siempre*” se parecen a las reales, el 75 % son varones; esta tendencia se mantiene en los niveles “*a menudo*” (66,7 %) y “*ocasionalmente*” (59 %). En cambio, a medida que aumenta el escepticismo respecto al realismo de la pornografía, las mujeres adquieren un protagonismo mayor. Así, el 60,2 % de quienes afirman que las prácticas pornográficas “*rara vez*” se parecen a las reales

son mujeres, y esta proporción asciende al 77,3 % entre quienes consideran que “nunca” se parecen.

**Tabla 116. Pruebas de chi cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	35,968 <sup>a</sup>	4	<,001
<b>Razón de verosimilitud</b>	37,155	4	<,001
<b>Asociación lineal por lineal</b>	34,685	1	<,001
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El análisis estadístico revela diferencias significativas entre hombres y mujeres en la percepción de similitud entre las prácticas sexuales mostradas en la pornografía y las experiencias sexuales reales. La prueba de chi-cuadrado de Pearson arroja un valor de  $\chi^2 = 35,968$  con 4 grados de libertad y un nivel de significación inferior a ,001 ( $p < ,001$ ), lo que confirma la existencia de una asociación significativa entre el sexo del sujeto y su percepción respecto al realismo de las prácticas pornográficas. Resultados similares se observan en la razón de verosimilitud ( $\chi^2 = 37,155$ ;  $p < ,001$ ) y en la asociación lineal por lineal ( $\chi^2 = 34,685$ ;  $p < ,001$ ), lo que refuerza la solidez estadística del hallazgo.

Estos resultados respaldan la hipótesis planteada, según la cual existen diferencias significativas entre chicos y chicas en relación con la influencia del consumo de pornografía. Los varones parecen más proclives a naturalizar e integrar los contenidos pornográficos como referentes de conducta sexual, lo que puede favorecer la reproducción de dinámicas de dominio,

agresividad o exigencia performativa. Por su parte, las mujeres manifiestan una mayor distancia crítica respecto a estos contenidos, lo que podría vincularse con experiencias de presión, incomodidad o desajuste entre las expectativas generadas por el consumo pornográfico y las vivencias sexuales reales.

Estas diferencias reflejan como la socialización sexual de la juventud actual se desarrolla al margen de referentes educativos formales, promoviendo representaciones desiguales y normativas de la sexualidad que perpetúan roles de género jerárquicos y desiguales.

#### **6.5.4.1. Imitación de escenas pornográficas y diferencias por sexo**

Otra de las variables analizadas en este estudio fue si existen diferencias significativas entre hombres y mujeres en cuanto a la imitación de escenas visualizadas en contenidos pornográficos. Para ello, se aplicó la prueba de chi-cuadrado de Pearson, cuyos resultados revelaron diferencias estadísticamente significativas:  $\chi^2 (3) = 15,054; p = 0,002$ .

Los datos muestran que los varones tienden en mayor medida a imitar escenas pornográficas que las mujeres. En concreto, el 59,1 % de quienes afirmaron haberlo hecho de mutuo acuerdo fueron hombres, frente al 40,9 % de mujeres. Igualmente, el 59,5 % de quienes replicaron escenas sin hablarlo previamente, aunque con buena acogida por parte de la pareja, también fueron hombres. En contraste, entre quienes manifestaron no haber imitado escenas pornográficas, el 63,2 % fueron mujeres frente al 36,8 % de hombres. Es decir, la mayoría de las mujeres no han reproducido prácticas vistas en pornografía, mientras que una proporción significativamente mayor de varones sí lo ha hecho.

Este resultado resulta coherente con estudios previos que señalan que los hombres no solo consumen más pornografía, sino que también tienden a utilizarla como un referente activo de su comportamiento sexual (Ballester Brage et al., 2021).

Asimismo, se alinea con investigaciones que muestran cómo la pornografía actúa como un agente de socialización sexual diferenciado por género, más influyente entre los varones, al ofrecer modelos de masculinidad hiperactiva y dominancia sexual (De Miguel, 2015; Alario, 2021; Illouz, 2021).

Desde una perspectiva de género, estos datos pueden interpretarse también a la luz de las asimetrías en la agencia sexual. La mayor tendencia de los hombres a proponer (o asumir) la reproducción de prácticas vistas en pornografía puede estar vinculada a construcciones culturales que les asignan un rol activo, mientras que las mujeres siguen situadas, en muchos casos, en un papel más receptivo o condicionado por la validación mutua (Puleo, 2023).

La proporción minoritaria de personas que han imitado escenas pese al desacuerdo de la pareja sexual es baja (solo tres casos), pero su sola presencia alerta sobre la necesidad de seguir profundizando en el ámbito del consentimiento sexual y el papel que la pornografía desempeña en la configuración de expectativas en las relaciones íntimas (Cobo Bedia, 2020).

**Tabla 117. Sexo del sujeto e imitación de escenas pornográficas**

Imitación de escenas pornográficas		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Sí, de mutuo acuerdo	Recuento	39	27	66
	Porcentaje	59,1%	40,9%	100%
Sí y aunque no lo hablamos, le ha parecido bien	Recuento	22	15	37
	Porcentaje	59,5%	40,5%	100%
Sí y no le pareció bien	Recuento	2	1	3
	Porcentaje	66,7%	33,3%	100%
No, no lo he hecho	Recuento	84	144	228
	Porcentaje	36,8%	63,2%	100%
Total	Recuento	147	187	334
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 118. Prueba de chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	15,054 <sup>a</sup>	3	,002
Razón de verosimilitud	15,041	3	,002
Asociación lineal por lineal	13,742	1	<,001
N de casos válidos	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El hecho de que los varones declaren con mayor frecuencia haber imitado escenas pornográficas en sus relaciones sexuales, con una diferencia estadísticamente significativa respecto a las mujeres, constituye un indicador relevante del modo en que los modelos sexuales transmitidos por la pornografía son asimilados y performados de manera diferencial en función del género.

Desde una perspectiva sociológica crítica, este tipo de prácticas no puede entenderse de forma aislada, sino en relación con las normas de género que configuran qué formas de deseo, qué expresiones de poder y qué comportamientos son legítimos para hombres y mujeres. La tendencia de los varones a reproducir fuen en contenidos pornográficos puede interpretarse como una reafirmación del modelo hegemónico de masculinidad -activo, dominante, centrado en la penetración y el placer propio- que históricamente ha sido validado tanto en el ámbito social como en los discursos mediáticos y pornográficos (Connell, 2005; Alario, 2021).

En contraposición, la menor tendencia de las mujeres a imitar estas escenas podría deberse tanto a una distancia crítica con respecto a los contenidos pornográficos, como a una falta de identificación con los roles pasivos o cosificados que en ellos suelen asignarse a los personajes femeninos.

Además, el hecho de que estas representaciones sean más fácilmente interiorizadas por los varones está relacionado con una socialización masculina que premia la experimentación sexual, la validación del deseo propio y la cosificación de las parejas sexuales, elementos todos ellos ampliamente presentes en el contenido pornográfico convencional. La educación afectivo-sexual tradicional, fragmentaria o inexistente en muchos contextos, refuerza esta tendencia al no ofrecer herramientas críticas para cuestionar los modelos pornográficos y sus implicaciones éticas, afectivas y políticas.

Por tanto, los resultados obtenidos subrayan la necesidad de una intervención educativa que no se limite a una visión biologicista o preventiva de la sexualidad, sino que incorpore una mirada coeducativa y deconstructiva que permita a los y las jóvenes identificar, problematizar y resignificar los discursos pornográficos interiorizados. Tal enfoque debe incluir el análisis de las relaciones de poder, la ética del consentimiento, la reciprocidad del placer y la diversidad de expresiones sexuales.

#### **6.5.4.2. Práctica de escenas pornográficas en relaciones sexuales según el sexo del sujeto**

Se ha examinado si existen diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres en relación con la puesta en práctica de escenas pornográficas por parte de sus parejas sexuales. Para ello, se aplicó la prueba de chi-cuadrado de Pearson, obteniéndose un resultado significativo:  $\chi^2 (3) = 10,165; p = ,017$ , lo que indica la existencia de una asociación entre el sexo del sujeto y la experiencia de haber sido partícipe de prácticas sexuales inspiradas en la pornografía.

Los datos muestran que un mayor porcentaje de mujeres (60,8 %) afirma que no les han puesto en práctica escenas pornográficas, en comparación con los hombres (39,2 %). En cambio, en las respuestas afirmativas (“sí, de mutuo acuerdo” o “sí, aunque no lo hablamos, me pareció bien”), la proporción de hombres es más elevada, lo que sugiere que los varones no solo tienden a proponer o imitar estas prácticas con más frecuencia, sino que también es más habitual que sus parejas lo hagan con ellos. No obstante, un dato especialmente relevante es que el porcentaje de mujeres que ha experimentado escenas pornográficas sin consentimiento explícito y que no les parecieron bien (75 %) triplica al de los hombres (25 %), lo cual pone de

relieve una diferencia de género en términos de experiencias no deseadas o no consensuadas en el ámbito sexual.

**Tabla 119. Sexo del sujeto y puesta en práctica de escenas pornográficas**

¿Han puesto contigo en práctica escenas pornográficas?		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Sí, de mutuo acuerdo	Recuento	38	29	67
	Porcentaje	56,7%	43,3%	100%
Sí y aunque no lo hablamos me pareció bien	Recuento	21	17	38
	Porcentaje	55,3%	44,7%	100%
Sí y no me pareció bien	Recuento	3	9	12
	Porcentaje	25%	75%	100%
No, no me lo han hecho	Recuento	85	132	217
	Porcentaje	39,2%	60,8%	100%
Total	Recuento	147	187	334
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Este resultado puede interpretarse a través de la literatura feminista que denuncia cómo la pornografía influye en las prácticas sexuales reales, introduciendo dinámicas que a menudo reproducen patrones de dominación y desigualdad (Cobo Bedia, 2020). Además, se alinea con estudios que señalan que las mujeres, en mayor medida que los hombres, pueden sentirse presionadas o incómodas al ser partícipes de prácticas derivadas de contenidos pornográficos, especialmente cuando estas no han sido consensuadas de forma explícita (Villena Moya, 2023).

Este hallazgo también se relaciona con el análisis sobre la presión para mantener relaciones sexuales y la frecuencia con la que algunas mujeres han declarado haber mantenido relaciones sin desearlo realmente, lo cual apunta

a la persistencia de desigualdades en la agencia sexual y en la negociación del consentimiento.

**Tabla 120. Prueba de chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	10,165 <sup>a</sup>	3	,017
<b>Razón de verosimilitud</b>	10,233	3	,017
<b>Asociación lineal por lineal</b>	7,918	1	,005
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los resultados muestran diferencias significativas por sexo en relación con la puesta en práctica de escenas pornográficas por parte de la pareja. Los varones tienden a formar parte más habitualmente de este tipo de prácticas, mientras que las mujeres, además de participar en menor proporción, reportan una mayor frecuencia de experiencias no deseadas o no consensuadas.

A partir de la comparación entre las respuestas relativas a la imitación de escenas pornográficas y aquellas referidas a si sus parejas han puesto en práctica dichas escenas con ellos, se observa una cierta coherencia en la distribución por sexo, lo cual sugiere la existencia de una dinámica en el ejercicio de estas prácticas. En ambos casos, los varones refieren con mayor frecuencia haber imitado escenas pornográficas, ya sea de mutuo acuerdo o sin un diálogo previo, y también manifiestan haber sido receptores de tales prácticas por parte de sus parejas. Esta coherencia pone de relieve una mayor normalización y aceptación entre los varones hacia la integración de

contenidos pornográficos en la vivencia sexual, lo que podría interpretarse como una interiorización más acrítica del discurso pornográfico.

En contraste, las mujeres no solo reportan con menor frecuencia la imitación activa de dichas escenas, sino que también presentan una mayor proporción de experiencias en las que las prácticas fueron realizadas por la pareja sin su consentimiento explícito y sin resultarles satisfactorias. Este desajuste entre agencia e imposición apunta a una asimetría de género en la reproducción de modelos pornográficos, donde los hombres actúan con mayor protagonismo y las mujeres con mayor exposición a situaciones no consensuadas, reproduciendo de manera tangible las jerarquías simbólicas que la pornografía tiende a escenificar (Alario, 2021).

Así, los resultados muestran no solo una coherencia interna entre lo que los sujetos hacen y lo que reciben, sino también una reproducción estructural de las desigualdades sexuales en las prácticas íntimas.

#### **6.5.5. Experiencias de coerción y deseo en las relaciones sexuales según el sexo**

El análisis de la satisfacción del deseo y las experiencias de coerción en las relaciones sexuales ofrece información clave sobre la vivencia diferencial de la sexualidad entre adolescentes de distintos sexos. Explorar estos aspectos permite comprender en qué medida se reproducen patrones de desigualdad, tanto en la capacidad para expresar y negociar el propio deseo, como en la exposición a presiones externas para mantener relaciones sexuales. Diversas investigaciones han señalado que las normas socioculturales sobre la masculinidad y la feminidad condicionan las expectativas y experiencias sexuales, estableciendo roles diferenciados que pueden derivar en dinámicas coercitivas y en vivencias desiguales de placer y consentimiento (Illouz, 2019; Alario, 2021).

Este apartado ofrece una aproximación sociológica que conecta estos hallazgos con las construcciones sociales de la sexualidad.

#### **6.5.5.1. Satisfacción del deseo en las relaciones sexuales**

El análisis de la tabla permite extraer algunas conclusiones relevantes en términos de actitudes y dinámicas de género en la sexualidad:

La mayoría del total de participantes (83,2%) afirma buscar satisfacer el deseo de ambos, lo que sugiere una tendencia general hacia una concepción de la sexualidad como experiencia compartida y recíproca. Sin embargo, al observar la distribución por sexo, las diferencias de enfoque son sutiles pero significativas desde una perspectiva interpretativa.

Los hombres están más representados en la categoría “*el mío*” (76,9% frente a 23,1%), lo que puede indicar una mayor orientación hacia la auto-satisfacción, aunque el número absoluto de casos sea pequeño (n=13). En cambio, las mujeres predominan porcentualmente en la opción “*el de ambos*” (58,6% de quienes escogen esta opción son mujeres) y se equilibran con los varones en la categoría “*el de la otra persona*”.

Estos datos pueden reflejar diferencias en la socialización sexual por género, donde las mujeres, de acuerdo con la literatura feminista (Puleo, 2023), han sido educadas en una lógica de cuidado del otro y menor centralidad de su propio deseo. En cambio, los varones podrían reproducir un modelo más centrado en la gratificación personal. Los patrones resultan relevantes para comprender las desigualdades en las dinámicas sexuales.

**Tabla 121. Sexo del sujeto y satisfacción del deseo**

Satisfacción del deseo		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
El mío	Recuento	10	3	13
	Porcentaje	76,9%	23,1%	100%
El de la otra persona	Recuento	22	21	43
	Porcentaje	51,2%	48,8%	100%
El de ambos	Recuento	115	163	278
	Porcentaje	41,4%	58,6%	100%
Total	Recuento	147	187	334
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

El valor de Chi-cuadrado de Pearson ( $\chi^2 = 7,396$ ;  $gl = 2$ ;  $p = ,025$ ), confirma que existen diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres en cuanto a la orientación del deseo sexual durante las relaciones. Este resultado refuerza y legitima el análisis previo, añadiendo validez inferencial a la interpretación descriptiva.

Esto sugiere que el sexo del sujeto influye en cómo se posiciona respecto al objetivo de la interacción sexual: los hombres tienden más que las mujeres a priorizar su propio deseo, mientras que las mujeres se orientan más hacia la reciprocidad o hacia la satisfacción del otro.

En conclusión, no solo hay una diferencia descriptiva, sino también una diferencia estadísticamente significativa, lo que aporta solidez a una lectura crítica y de género de las dinámicas sexuales.

**Tabla 122. Análisis del chi - cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Significación asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	7,396 <sup>a</sup>	2	,025
<b>Razón de verosimilitud</b>	7,527	2	,023
<b>Asociación lineal por lineal</b>	6,780	1	,009
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

La distribución porcentual observada ofrece claves relevantes para el análisis de las construcciones de género en torno al placer sexual.

#### **6.5.5.2. Diferencias por sexo en la experiencia de mantener relaciones sexuales sin deseo**

Con el fin de explorar posibles diferencias entre hombres y mujeres respecto a la vivencia de mantener relaciones sexuales sin apetencia, se planteó la pregunta: “¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales, aunque en ese momento no te apeteciese?”. La muestra estuvo compuesta por 334 participantes, distribuidos en 147 hombres y 187 mujeres.

Los resultados muestran diferencias relevantes entre ambos grupos. Un 1,5% de las mujeres indica haber mantenido relaciones sexuales sin apetencia “la mayoría de las veces”, mientras que ningún hombre declara haberlo hecho con esta frecuencia. Asimismo, un 2,7% de las mujeres y un 1,8% de los hombres afirman haberlo hecho “a menudo”. Las mujeres también superan a los hombres en la categoría “ocasionalmente” (7,8% frente al 3,6%). En cambio, la categoría “nunca” presenta porcentajes similares entre ambos sexos (21,3% en hombres y 20,1% en mujeres).

**Tabla 123. Sexo del sujeto y relaciones sexuales sin apetencia**

Relaciones sexuales sin apetencia	Hombre		Mujer	
	Frecuencia	Porcentaje (%)	Frecuencia	Porcentaje (%)
La mayoría de las veces	0	0	5	1,5
A menudo	5	1,8	9	2,7
Ocasionalmente	12	3,6	26	7,8
Rara vez	58	17,4	58	24
Nunca	71	21,3	67	20,1
<b>Total</b>	<b>147</b>	<b>44</b>	<b>187</b>	<b>56</b>

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 124. Prueba del Chi-cuadrado en función del sexo del sujeto**

	Valor	gl	Sig. Asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	9,730 <sup>a</sup>	4	,045
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

La prueba de chi cuadrado de Pearson revela que estas diferencias son estadísticamente significativas:  $\chi^2(4) = 9,730$ ;  $p = 0,045$ . Esto indica que el sexo del sujeto influye significativamente en la experiencia de haber mantenido relaciones sexuales sin apetencia, siendo esta más frecuente entre las mujeres.

Este hallazgo es coherente con investigaciones previas que han evidenciado cómo las mujeres jóvenes tienden a participar en relaciones sexuales aun cuando no lo desean plenamente, influenciadas por factores como el deseo de satisfacer a la pareja, el temor al rechazo, la presión social o los guiones

sexuales normativos que minimizan el deseo femenino (Pérez Hernández, 2016; Alario Gavilán, 2021; Romero Morales, 2021). Esta dinámica, enmarcada dentro de una socialización diferencial, refuerza la idea de que el cuerpo y la sexualidad de las mujeres están disponibles para el otro, relegando su deseo a un segundo plano (Cobo Bedia, 2015; Ranea Triviño, 2019).

Por otro lado, aunque también hay hombres que manifiestan haber tenido relaciones sexuales sin apetencia, su proporción es significativamente menor. Esto puede explicarse por la construcción cultural del deseo masculino como inagotable y proactivo, lo cual dificulta el reconocimiento de situaciones en las que el varón accede a mantener relaciones sin deseo real, o bien las invisibiliza dentro de una narrativa dominante de virilidad (Ballester Brage et al., 2021).

En resumen, los datos reflejan una asimetría de género en la vivencia del consentimiento y el deseo sexual, que refuerza la importancia de promover una educación sexual basada en el derecho a decir que no, la validación del deseo propio y la autonomía corporal, especialmente entre las mujeres.

#### **6.5.5.3. Diferencias por sexo en la experiencia de presión para mantener relaciones sexuales**

El análisis de los datos correspondientes a la percepción de presión a la hora de mantener relaciones sexuales muestra diferencias significativas entre hombres y mujeres. Se evaluaron cinco niveles de respuesta, desde “*nunca*” hasta “*la mayoría de las veces*”, en una muestra total de 334 personas (147 hombres y 187 mujeres).

Los datos indican que un mayor porcentaje de mujeres ha experimentado presión sexual en algún momento. En concreto, el 4,5% de las mujeres declara haberse sentido presionada “a menudo”, frente a solo un 1,2% de los

hombres. Del mismo modo, el 8,4% de las mujeres reporta haber sentido presión “*ocasionalmente*”, en comparación con el 3,9% de los varones. En la categoría “*rara vez*”, la diferencia también favorece a las mujeres (18,9% frente a 12,6%). Por otro lado, la proporción de quienes afirman no haber sentido nunca presión sexual es similar entre ambos sexos, con un 25,7% en hombres y un 23,7% en mujeres.

**Tabla 125. Frecuencia de presión en las relaciones sexuales en función del sexo**

	Hombre		Mujer	
	Frecuencia	Porcentaje (%)	Frecuencia	Porcentaje (%)
<b>La mayoría de las veces</b>	2	0,6	2	0,6
<b>A menudo</b>	4	1,2	15	4,5
<b>Ocasionalmente</b>	13	3,9	28	8,4
<b>Rara vez</b>	42	12,6	63	18,9
<b>Nunca</b>	86	25,7	79	23,7
<b>Total</b>	147	44	187	56

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

La prueba de chi cuadrado de Pearson indica que estas diferencias son estadísticamente significativas:  $\chi^2 (4) = 11,731$ ;  $p = 0,019$ . Este resultado confirma que la experiencia de presión para mantener relaciones sexuales no es homogénea entre hombres y mujeres, siendo las mujeres quienes reportan una mayor frecuencia de situaciones de presión o coacción.

**Tabla 126. Prueba del chi-cuadrado**

	<b>Valor</b>	<b>gl</b>	<b>Sig. Asintótica (bilateral)</b>
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	11,731 <sup>a</sup>	4	,019
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: *Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27*

Estos resultados se alinean con la literatura feminista y los estudios de género que evidencian cómo las mujeres, especialmente durante la adolescencia y juventud, están más expuestas a dinámicas sexuales marcadas por la coerción, la desigualdad relacional o el mandato de complacer, en detrimento de su propio deseo o consentimiento pleno (Pérez Hernández, 2016; Ruiz Repullo, 2018; Alario Gavilán, 2021).

A menudo, las chicas internalizan la idea de que deben ceder a relaciones sexuales como forma de conservar el afecto, evitar conflictos o responder a expectativas externas (Cobo Bedia, 2024).

Por el contrario, aunque algunos hombres también reportan haber sentido presión, los porcentajes son considerablemente menores. Esta diferencia puede explicarse por los modelos de masculinidad hegemónica que construyen el deseo sexual masculino como constante, irrefrenable y legitimado, lo que dificulta que los varones identifiquen situaciones de presión como problemáticas (Ballester Brage et al.; 2020).

Los datos sugieren que las mujeres experimentan con mayor frecuencia presiones en el ámbito sexual, lo que pone de relieve la necesidad de reforzar programas de educación sexual integral que visibilicen estas dinámicas, promuevan el consentimiento como eje central y fomenten relaciones sexuales basadas en la reciprocidad, el respeto y la libertad de elección.

### **6.5.6. Percepción del riesgo de contagio sexual y diferencias por sexo**

Con el objetivo de analizar posibles diferencias entre hombres y mujeres en relación con la percepción del riesgo de contagio de infecciones de transmisión sexual (ITS) y su vínculo con el uso de preservativo, se exploraron diversas variables mediante pruebas de chi cuadrado.

A través de la pregunta “¿Qué riesgo consideras que tiene mantener relaciones sexuales sin protección?”, se observó que tanto hombres como mujeres distribuyen sus respuestas de manera similar en las cuatro categorías de riesgo (“Mucho riesgo”, “Bastante riesgo”, “Poco riesgo” y “Ningún riesgo”). Los porcentajes se mantienen relativamente equilibrados entre sexos, y la prueba de chi-cuadrado de Pearson no arrojó diferencias estadísticamente significativas:  $\chi^2 (3) = 0,872$ ;  $p = 0,832$ .

Por tanto, se concluye que no existen diferencias significativas entre hombres y mujeres en la percepción del nivel de riesgo asociado a mantener relaciones sexuales sin protección.

**Tabla 127. Sexo del sujeto y riesgo percibido de contagio**

Riesgo percibido contagio sexual		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
<b>Mucho riesgo</b>	<b>Recuento</b>	23	32	55
	<b>Porcentaje</b>	41,8%	58,2%	100%
<b>Bastante riesgo</b>	<b>Recuento</b>	22	33	55
	<b>Porcentaje</b>	40%	60%	100%
<b>Poco riesgo</b>	<b>Recuento</b>	59	67	126
	<b>Porcentaje</b>	46,8%	53,2%	100%
<b>Ningún riesgo</b>	<b>Recuento</b>	43	55	98
	<b>Porcentaje</b>	43,9%	56,1%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	147	187	334
	<b>Porcentaje</b>	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 128. Chi cuadrado en función del sexo del sujeto**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	,872 <sup>a</sup>	3	,832
<b>Razón de verosimilitud</b>	,874	3	,832
<b>Asociación lineal por lineal</b>	,227	1	,634
<b>N de casos válidos</b>	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Este resultado podría interpretarse como una homogeneización en la información recibida sobre ITS en las últimas décadas, resultado posiblemente de campañas institucionales de prevención y de la inclusión de contenidos sobre salud sexual en los programas educativos (González Ramos y Romero Morales, 2020).

Sin embargo, al reformular la variable de forma dicotómica (sí/no), preguntando directamente si el sujeto ha sentido miedo al contagio sexual en alguna ocasión, sí se observan diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres. Concretamente, el 35,3% de las mujeres afirman haber sentido miedo al contagio frente al 23,8% de los hombres. La prueba de chi-cuadrado de Pearson fue significativa:  $\chi^2 (1) = 5,146$ ;  $p = 0,023$ . Esta diferencia también fue corroborada por la prueba exacta de Fisher ( $p = 0,031$ ) y por la corrección de continuidad ( $p = 0,032$ ).

Estos resultados sugieren que las mujeres presentan una mayor sensibilidad o preocupación frente al riesgo de contagio de ITS, lo cual puede deberse a diversos factores.

Por un lado, desde el punto de vista biológico, las mujeres son más vulnerables a ciertas infecciones durante el coito vaginal, lo que podría incidir en una mayor conciencia del riesgo (Ballester Brage et al., 2021).

Por otro lado, desde una perspectiva psicosocial, las mujeres han sido históricamente objeto de discursos centrados en la responsabilidad reproductiva y en el control del cuerpo, lo que puede derivar en una mayor internalización de mensajes preventivos (Puleo, 2023; Cobo Bedia, 2024).

En contraste, la menor preocupación expresada por los varones puede estar vinculada a construcciones culturales de la masculinidad que desincentivan la expresión del miedo o la preocupación en contextos sexuales, y que, en

algunos casos, minimizan los riesgos asociados al sexo sin protección (Bourdieu, 2000; Villena Moya, 2023).

**Tabla 129. Miedo al contagio y sexo del sujeto**

<b>Sexo del sujeto</b>		<b>Miedo al contagio sexual</b>		
		<b>Si</b>	<b>No</b>	<b>Total</b>
<b>Hombre</b>	<b>Recuento</b>	35	112	147
	<b>Porcentaje</b>	23,8%	76,2%	100%
<b>Mujer</b>	<b>Recuento</b>	66	121	187
	<b>Porcentaje</b>	35,3%	64,7%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	101	233	334
	<b>Porcentaje</b>	30,2%	69,8%	100%

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 130. Análisis del chi-cuadrado**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)	Significación exacta (bilateral)	Significación exacta (unilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	5,146 <sup>a</sup>	1	,023		
<b>Corrección de continuidad<sup>b</sup></b>	4,616	1	,032		
<b>Razón de verosimilitud</b>	5,216	1	,022		
<b>Prueba exacta de Fisher</b>				,031	,015
<b>Asociación lineal por lineal</b>	5,130	1	,024		
<b>N de casos válidos</b>	334				

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

En conjunto, estos resultados permiten concluir que, aunque hombres y mujeres no difieren significativamente en la evaluación racional del riesgo de contagio, sí existen diferencias en la experiencia emocional del miedo al contagio sexual, siendo esta más frecuente entre las mujeres. Este dato revela la importancia de profundizar en la dimensión afectiva y vivencial de la sexualidad, además de la cognitiva, cuando se diseñan estrategias educativas y de prevención sexual adaptadas por género.

### **6.5.7. Alcohol y consentimiento: diferencias de género en contextos sexuales**

El análisis de la variable relativa al consumo de alcohol por parte de la pareja sexual durante las relaciones evidencia diferencias estadísticamente significativas en función del sexo del sujeto encuestado ( $\chi^2 = 11,048$ ;  $gl = 3$ ;  $p = .011$ ). Los datos muestran que un mayor porcentaje de mujeres afirma haber mantenido relaciones sexuales con personas que se encontraban bajo los efectos del alcohol, especialmente en los niveles más elevados de intoxicación. Concretamente, el 85,7 % de quienes reportan haber estado con una persona “muy bebida” son mujeres, frente a un 14,3 % de hombres. Esta distribución sugiere una mayor exposición de las mujeres a situaciones potencialmente desinhibidas o de vulnerabilidad por parte de su pareja sexual, lo que podría relacionarse con dinámicas de consentimiento ambivalente o prácticas sexuales en contextos de menor control. A diferencia de otras variables analizadas, aquí se visibiliza un posible riesgo diferenciado por razón de género, que apunta hacia la necesidad de profundizar en el análisis de cómo las sustancias (en particular el alcohol) intervienen en las relaciones sexuales, y de cómo ello puede afectar de manera desigual a mujeres y hombres en términos de agencia, consentimiento y percepción del riesgo.

**Tabla 131. Sexo del sujeto y consumo de alcohol por parte de la pareja sexual**

Consumo de alcohol por parte de tu pareja sexual		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
No	Recuento	91	93	184
	Porcentaje	49,5%	50,5%	100%
Sí, un poco bebida	Recuento	42	65	107
	Porcentaje	39,3%	60,7%	100%
Sí, muy bebida	Recuento	3	18	21
	Porcentaje	14,3%	85,7%	100%
No lo recuerdo	Recuento	11	11	22
	Porcentaje	50%	50%	100%
Total	Recuento	147	187	
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 132. Chi cuadrado en función del sexo del sujeto**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	11,048 <sup>a</sup>	3	,011
Razón de verosimilitud	12,090	3	,007
Asociación lineal por lineal	2,998	1	,083
N de casos válidos	334		

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Después, se analizó la relación entre el sexo del sujeto y el hecho de haber mantenido relaciones sexuales estando bajo los efectos del alcohol y, a diferencia del anterior, este análisis no muestra diferencias estadísticamente

significativas ( $\chi^2 = 4,518$ ;  $gl = 3$ ;  $p = .211$ ). Aunque descriptivamente se observa que un mayor número de mujeres (62,4 %) declara haber tenido relaciones sexuales “un poco bebida” frente al 37,6 % de los hombres, estas diferencias no alcanzan significación estadística, lo que sugiere que el consumo moderado o elevado de alcohol en contextos sexuales es una experiencia relativamente común en ambos sexos.

Esto contrasta con los resultados obtenidos respecto al consumo de alcohol por parte de la pareja sexual, donde sí se apreciaban diferencias de género significativas.

**Tabla 133. Sexo del sujeto y relaciones bajo los efectos del alcohol**

Relaciones sexuales bajo los efectos del alcohol		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
No	Recuento	74	74	148
	Porcentaje	50%	50%	100%
Sí, un poco bebida	Recuento	50	83	133
	Porcentaje	37,6%	62,4%	100%
Sí, muy bebida	Recuento	20	25	45
	Porcentaje	44,4%	55,6%	100%
No lo recuerdo	Recuento	3	5	8
	Porcentaje	37,5%	62,5%	100%
Total	Recuento	147	187	334
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

**Tabla 134. Prueba de chi cuadrado según sexo del sujeto**

	Valor	gl	Significación asintótica (bilateral)
<b>Chi-cuadrado de Pearson</b>	4,518 <sup>a</sup>	3	,211
<b>Razón de verosimilitud</b>	4,534	3	,209
<b>Asociación lineal por lineal</b>	1,885	1	,170
<b>N de casos válidos</b>	334		

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Los datos parecen indicar que las mujeres declaran en mayor medida que sus parejas sexuales, generalmente varones, se encontraban embriagadas/os de manera habitual al momento de mantener relaciones sexuales. Sin embargo, el estado subjetivo de embriaguez propio presenta niveles similares entre chicos y chicas. Esta diferencia entre la percepción del estado de la pareja y la autopercepción del propio estado de embriaguez puede interpretarse en clave sociológica, atendiendo a las dinámicas de género y las asimetrías de poder que atraviesan las experiencias sexuales juveniles.

En primer lugar, la literatura reciente señala que el consumo de alcohol puede actuar como un facilitador de prácticas sexuales coercitivas, al disminuir la capacidad de consentimiento y aumentar la vulnerabilidad ante situaciones de presión o violencia (Abbey et al., 2022; Gilmore et al., 2022).

Las mujeres pueden experimentar una mayor exposición a encuentros sexuales en contextos de embriaguez de la pareja debido a la persistencia de guiones sexuales tradicionales que asignan a los varones un papel activo y dominante en la iniciativa sexual, mientras que las mujeres son situadas en

posiciones de mayor pasividad o vulnerabilidad (Alario, 2021; Villena-Moya, 2023).

En segundo lugar, esta disparidad en la percepción podría estar relacionada con la tendencia a la normalización del consumo masculino en contextos de ocio nocturno y sexualidad, donde la embriaguez del varón no se percibe necesariamente como un impedimento para iniciar la actividad sexual, sino incluso como parte de la masculinidad performativa vinculada al riesgo y al poder (Messerschmidt, 2019).

Por último, la proximidad entre los niveles de embriaguez subjetiva de chicos y chicas sugiere que el consumo de alcohol es común entre ambos, pero los significados sociales y las consecuencias que se derivan de ese consumo son profundamente diferenciados por género. Esta desigualdad en la percepción y valoración del estado de embriaguez se conecta directamente con el riesgo de coerción sexual, en la medida en que las relaciones sexuales en contextos de intoxicación parcial o total pueden dificultar la negociación del consentimiento (De Alarcón et al., 2019; Draps et al., 2022).

### **6.5.8. Sexo y cannabis: análisis de las relaciones sexuales bajo los efectos de sustancias según el sexo**

El análisis de la distribución por sexo en relación con la frecuencia de relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis muestra ciertas diferencias que, si bien no han resultado ser estadísticamente significativas, ofrecen indicios interpretables desde una perspectiva de género.

En los niveles más altos de frecuencia ("*muy a menudo*" y "*a menudo*"), se observa una mayor proporción de hombres que de mujeres. Concretamente, el 61,1 % de quienes mantienen relaciones sexuales "*muy a menudo*" bajo los efectos del cannabis son hombres, frente al 38,9 % de mujeres; una proporción similar se encuentra en el grupo "*a menudo*" (60 % hombres, 40 % mujeres). Esta tendencia parece indicar que el consumo de cannabis vinculado a la actividad sexual se da con mayor frecuencia entre los varones.

Por el contrario, en los niveles bajos de frecuencia ("*casi nunca*" y "*solo una vez*"), las mujeres presentan porcentajes superiores: el 66,7 % y el 64,7 %, respectivamente. De esta manera, el grupo que reporta haber mantenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis "*alguna vez, ocasionalmente*" muestra una distribución más equilibrada, aunque con una ligera mayoría femenina (55 %).

Finalmente, entre quienes nunca han tenido relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis, las mujeres también representan una mayoría (57 %), en consonancia con el patrón general de menor implicación femenina en este tipo de prácticas.

**Tabla 135. Sexo del sujeto y relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis**

Relaciones sexuales bajo los efectos del cannabis		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
<b>Muy a menudo</b>	<b>Recuento</b>	11	7	18
	<b>Porcentaje</b>	61,1%	38,9%	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	9	6	15
	<b>Porcentaje</b>	60%	40%	100%
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	9	11	20
	<b>Porcentaje</b>	45%	55%	100%
<b>Casi nunca</b>	<b>Recuento</b>	5	10	15
	<b>Porcentaje</b>	33,3%	66,7%	100%
<b>Solo una vez</b>	<b>Recuento</b>	6	11	17
	<b>Porcentaje</b>	35,3%	64,7%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	107	142	249
	<b>Porcentaje</b>	43%	57%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	147	187	334
	<b>Porcentaje</b>	44%	56%	100%

*Fuente:* Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

Estos datos permiten advertir una cierta tendencia en la que los hombres se identifican más frecuentemente con un uso regular o habitual del cannabis en contextos sexuales, mientras que las mujeres tienden a situarse en los extremos de baja o nula frecuencia.

Esta distribución podría estar reflejando diferencias de género tanto en el acceso y uso de sustancias psicoactivas como en las prácticas sexuales y la construcción de la experiencia sexual en contextos de consumo. Dichas observaciones deben ser interpretadas con cautela y podrían ser objeto de un análisis más profundo en el marco interpretativo de la tesis.

### **6.5.9. Consumo de drogas y prácticas sexuales: una aproximación comparativa entre chicos y chicas**

Los resultados del análisis estadístico no son significativos pero los datos descriptivos ofrecen elementos relevantes desde el punto de vista sociológico y educativo.

En primer lugar, la gran mayoría del total de la muestra (263 de 334) afirma no haber mantenido nunca relaciones sexuales bajo los efectos de drogas, lo que podría interpretarse como un patrón general de bajo consumo en contextos sexuales. Sin embargo, si se observa solo a quienes sí han tenido estas experiencias (71 casos), se identifican algunas tendencias que merecen atención: por ejemplo, las mujeres tienden a concentrarse en las categorías de menor frecuencia ("solo una vez", "casi nunca"), mientras que los hombres presentan porcentajes más elevados en las categorías de mayor frecuencia ("a menudo", "ocasionalmente").

Aunque las diferencias no son estadísticamente significativas, esto podría deberse al tamaño reducido de las submuestras en las categorías más específicas, lo que limita la potencia de la prueba. Sin embargo, la distribución sugiere una posible diferencia en los patrones de exposición y riesgo, que podría ser importante de cara a futuras investigaciones o intervenciones preventivas.

En ese sentido, la relevancia social del dato no siempre depende exclusivamente de su significación estadística, sino también del contexto, el perfil de la muestra y el tipo de comportamiento analizado.

**Tabla 136. Sexo del sujeto y relaciones sexuales bajo los efectos de las drogas**

Relaciones sexuales bajo los efectos de las drogas		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
Muy a menudo	Recuento	4	5	9
	Porcentaje	44,4%	55,6%	100%
A menudo	Recuento	7	6	13
	Porcentaje	53,8%	46,2%	100%
Alguna vez, ocasionalmente	Recuento	15	11	26
	Porcentaje	57,7%	42,3%	100%
Casi nunca	Recuento	4	10	14
	Porcentaje	28,6%	71,4%	100%
Solo una vez	Recuento	1	8	9
	Porcentaje	11,1%	88,9%	100%
Nunca	Recuento	116	147	263
	Porcentaje	44,1%	55,9%	100%
Total	Recuento	147	187	334
	Porcentaje	44%	56%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

#### **6.5.10. Desigualdades en la vivencia sexual y normalización de la violencia: análisis desde la socialización diferencial**

Respecto a la frecuencia con la que las personas encuestadas manifestaron haber mantenido relaciones sexuales violentas -entendidas como aquellas que incluyen golpes o sexo brusco-, la mayoría indicó no haber participado nunca en este tipo de prácticas. Concretamente, el 51,7% de las mujeres (n = 77) y el 48,3% de los hombres (n = 72) seleccionaron la opción “nunca”, sumando un total de 149 personas (51% de la muestra, n = 292). En la opción

“*alguna vez, ocasionalmente*” se registra una ligera mayoría de varones (n = 29; 53,7%) frente a mujeres (n = 25; 46,3%), con un total de 54 respuestas (18,5%).

Las categorías que implican mayor recurrencia (“*muy a menudo*” y “*a menudo*”) fueron seleccionadas por 15 (5,1%) y 29 (9,9%) personas, respectivamente. En ambos casos se observa una mayor presencia femenina: el 60% (n = 9) de quienes respondieron “*muy a menudo*” eran mujeres, al igual que el 65,5% (n = 19) de quienes indicaron “*a menudo*”. En la categoría “*solo una vez*” se registra también una mayor proporción de mujeres (63,6%; n = 14) frente a hombres (36,4%; n = 8), con un total de 22 casos.

Desde una perspectiva sociológica, resulta imprescindible situar estos resultados en un marco más amplio: los procesos de socialización desigual, la internalización de roles de género, y la normalización simbólica de la agresividad sexual en contextos de consumo mediático y pornográfico (Pereda, Codina y Díaz-Faes, 2024).

Vives-Cases et al., (2024), mediante un estudio cualitativo con jóvenes entre 18 y 24 años, muestran cómo en las narrativas juveniles persiste una ambigüedad conceptual sobre lo que constituye violencia sexual -más allá de las violaciones explícitas- reflejando cómo las desigualdades de género matizan la percepción y el reconocimiento de tales violencias.

**Tabla 137. Sexo del sujeto y relaciones sexuales violentas**

Relaciones sexuales violentas		Sexo del sujeto		
		Hombre	Mujer	Total
<b>Muy a menudo</b>	<b>Recuento</b>	6	9	15
	<b>Porcentaje</b>	40%	60%	100%
<b>A menudo</b>	<b>Recuento</b>	10	19	29
	<b>Porcentaje</b>	34,5%	65,5%	100%
<b>Alguna vez, ocasionalmente</b>	<b>Recuento</b>	29	25	54
	<b>Porcentaje</b>	53,7%	46,3%	100%
<b>Casi nunca</b>	<b>Recuento</b>	11	13	23
	<b>Porcentaje</b>	47,8%	52,2%	100%
<b>Solo una vez</b>	<b>Recuento</b>	8	14	22
	<b>Porcentaje</b>	36,4%	63,6%	100%
<b>Nunca</b>	<b>Recuento</b>	72	77	149
	<b>Porcentaje</b>	48,3%	51,7%	100%
<b>Total</b>	<b>Recuento</b>	136	156	292
	<b>Porcentaje</b>	46,6%	53,4%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir del IBM SPSS Statistics 27

A pesar de las variaciones porcentuales entre sexos, el análisis estadístico mediante la prueba de Chi-cuadrado no detectó diferencias significativas. Cabe señalar, además, que las frecuencias absolutas en las categorías más altas de la escala (“*muy a menudo*” y “*a menudo*”) son reducidas, lo que limita la potencia estadística del análisis y la posibilidad de establecer asociaciones concluyentes entre el sexo del sujeto y la implicación en prácticas sexuales de tipo violento.

En relación a esto, múltiples estudios recientes revelan una prevalencia significativa de violencia sexual entre adolescentes y jóvenes en relaciones de pareja. El estudio del Grupo GReVIA de la UB, con 4.004 adolescentes

de entre 14 y 17 años, destaca que el 13,6 % ha sido víctima de violencia en el noviazgo (16,9 % mujeres; 10,5 % hombres), y el 4,3 % reportó agresión sexual (6,6 % mujeres; 2,1 % hombres), mientras que la victimización por control abarcó al 10,1 % (13,3 % mujeres; 7,1 % hombres).

En un estudio longitudinal con adolescentes de entre 12 y 18 años, Viejo, Ortega-Ruiz y Sánchez-Zafra (2024) identificaron perfiles diferenciados de violencia afectiva: desde formas leves (psicológicas-sexuales) hasta prácticas más graves que combinan violencia física, psicológica y sexual, lo que subraya la naturaleza multiforme y compleja del fenómeno.

Estos estudios enfatizan la necesidad de interpretar los hallazgos estadísticos con una mirada crítica y estructurada: la ausencia de significancia en la prueba de Chi-cuadrado no implica ausencia de desigualdad, sino que nos remite a la urgencia de analizar cómo se construyen socialmente estas violencias en contextos de género, socialización y relaciones de poder.

#### **6.5.11. Conclusiones sociológicas: claves interpretativas sobre cómo la pornografía impacta de manera diferenciada en hombres y mujeres**

Los resultados obtenidos permiten afirmar la validez de la hipótesis según la cual existen diferencias significativas entre chicos y chicas en relación con la influencia del consumo de pornografía. Estas diferencias no solo se expresan en la frecuencia de consumo, sino en las formas diferenciadas de apropiación, interiorización y reproducción de los modelos sexuales que este contenido promueve.

Por un lado, los varones presentan una mayor propensión a imitar escenas pornográficas, a experimentar sus relaciones sexuales en clave de dominación, y a orientar la vivencia sexual hacia la autosatisfacción. Prueba de ello es la sobrerrepresentación masculina en opciones como “el mío” en

relación al placer sexual, o el mayor grado de coincidencia entre las prácticas que reconocen haber realizado y las que observan en contenidos pornográficos. Este patrón refleja una forma de masculinidad construida en torno a la iniciativa, la exigencia y el dominio, coherente con el paradigma del deseo masculino configurado en el marco de la pornografía mainstream (Alario Gavilán, 2021; Wilson & Plummer, 2014).

Por otro lado, las chicas no solo consumen menos pornografía, sino que su experiencia está mediada por una posición más pasiva y vulnerable en la vivencia sexual. Este estudio ha mostrado que ellas son más propensas a haber mantenido relaciones sexuales sin ganas o incluso a sentirse presionadas o forzadas, lo que refuerza la hipótesis de que el consumo masculino de pornografía tiene efectos colaterales sobre las chicas, aunque estas no accedan directamente a estos contenidos.

La relación heterosexual, se convierte en un espacio atravesado por asimetrías de poder simbólico y sexual (Bourdieu, 2000), donde las expectativas construidas a través del porno se trasladan al encuentro íntimo. Las mujeres se ven así situadas en un escenario en el que su consentimiento se ve diluido por la presión afectiva, el miedo al rechazo o la normalización de prácticas que no desean, pero que perciben como esperables o inevitables. En palabras de Eva Illouz (2007), este fenómeno responde a una “economía moral del deseo” profundamente generalizada, donde la capacidad de agencia se distribuye de forma desigual.

Además, cabe subrayar que la influencia de la pornografía no se limita al consumo explícito. Muchas chicas acceden a contenidos hipersexualizados a través de redes sociales como Instagram, Tik Tok o videojuegos online, en los que la estética, los discursos y las dinámicas del porno se reproducen sin necesidad de visitar sitios pornográficos. Esta exposición precoz y continua genera una sexualización temprana, que, unida a una educación sexual

insuficiente o inexistente, contribuye a naturalizar prácticas de riesgo, malestar o subordinación afectiva.

En conjunto, los datos ponen de manifiesto que el consumo de pornografía actúa como un agente de socialización sexual fuertemente generalizado, que refuerza los estereotipos de masculinidad dominante y feminidad sumisa, y que produce efectos desiguales en función del sexo. Los chicos se ven incentivados a adoptar conductas sexuales más activas, exigentes e incluso agresivas, mientras que las chicas experimentan mayores niveles de presión, malestar y consentimiento no entusiasta, como expresión de una dinámica estructural de poder que atraviesa la intimidad.

Estas conclusiones apuntan a la necesidad urgente de incorporar una educación sexual crítica, afectiva y coeducativa, que permita deconstruir los mitos del porno, promover relaciones igualitarias y proteger especialmente a las chicas de experiencias sexuales no deseadas. Asimismo, es imprescindible articular políticas públicas que regulen la exposición a estos contenidos y que impulsen discursos alternativos al modelo pornográfico dominante.

## **6.6. Reflexiones del alumnado sobre sexualidad y pornografía**

Aunque el diseño de esta investigación ha sido prioritariamente cuantitativo, se incluyó una pregunta abierta al final del cuestionario con el objetivo de dar voz directa al alumnado participante y recoger, de forma libre, sus opiniones, preocupaciones y demandas en torno a la sexualidad, el consumo de pornografía y la educación sexual. La inclusión de esta pregunta respondió al interés por captar no solo datos objetivos o estadísticos, sino también representaciones subjetivas, experiencias personales y reflexiones espontáneas que pudieran enriquecer el análisis y aportar un mayor grado de profundidad interpretativa.

Las respuestas obtenidas -variadas en forma, extensión y contenido- permiten identificar temáticas comunes que refuerzan, matizan o complejizan los resultados obtenidos mediante el análisis estadístico. En este apartado se presentan los principales núcleos temáticos emergentes, acompañados de citas textuales seleccionadas que ilustran la perspectiva del alumnado sobre su vivencia sexual y afectiva, las limitaciones del sistema educativo, el impacto de la pornografía, y las carencias en el acceso a información veraz.

### **6.6.1. Carencia de educación sexual suficiente y adecuada**

Una de las demandas más reiteradas por parte del alumnado es la necesidad de mayor presencia y calidad de la educación sexual en los centros educativos. Muchos participantes expresan haber recibido una formación superficial, puntual o desactualizada, carente de enfoque afectivo y alejada de su realidad cotidiana. Como resume un estudiante:

*“En la escuela recibimos muchas clases de educación sexual, pero tampoco he tenido ninguna que sea muy buena, la mayoría son poco relevantes”.*

Otros señalan directamente la ausencia de educación sexual como tal:

*“A mí personalmente me hubiera gustado que en el instituto nos dieran alguna orientación o clase más, ya que tuve una charla de una hora como mucho, en la ESO en un curso y ya nunca más se habló”.*

Se solicita además que estas charlas comiencen en edades tempranas y se mantengan con regularidad, adaptadas a las distintas etapas del desarrollo:

*“Creo que es muy importante que se empiece a educar a los niños en educación sexual desde muy pequeños”.*

*“Hacer más charlas sobre ello, ya que no sabemos aún cómo funciona”.*

## **6.6.2. Naturalización de la sexualidad**

Otro eje fundamental es la necesidad de hablar de sexualidad con naturalidad y sin vergüenza. Varios jóvenes manifiestan que el tema se sigue percibiendo como algo incómodo, lo que dificulta el acceso a una información segura, clara y afectiva:

*“Me gustaría que en el colegio se hablara de ello con más facilidad”.*

*“Que no sea un tema tabú y se pueda hablar más cotidianamente sin que te dé apuro o que alguien te escuche”.*

*“Que no traten el tema como si fuera algo malo”.*

Esta percepción también se extiende al ámbito familiar, donde muchos adolescentes afirman no sentirse en confianza para hablar de estos temas con sus padres:

*“No todos tienen la suerte de poder hablarlo con sus padres, o si no les dan educación sexual, todo puede llevar a los múltiples casos de violencia entre jóvenes”.*

### **6.6.3. Crítica al modelo pornográfico**

Una proporción significativa del alumnado demuestra tener una mirada crítica hacia la pornografía y sus efectos. Algunos destacan el carácter ficticio y violento de los contenidos consumidos:

*“Creo que es importante separar el porno del sexo real, ya que no tienen nada que ver”.*

*“La pornografía es violación el 90% de las veces, es una industria podrida, machista y dañina”.*

También se señala su impacto negativo en la percepción de las relaciones sexuales:

*“Muchas cosas que se ven en la pornografía son más cine que sexo y son muy degradantes y muchas veces dolorosas”.*

*“Que quede claro que el porno no es sexo”.*

Otros, en cambio, muestran cierta ambivalencia o justifican su uso bajo control:

*“Considero que puedes verlo para disfrutar, pero siempre consciente de que no es la realidad y sin llegar a ser una obsesión”.*

### **6.6.4. Información práctica y enfoque inclusivo**

Muchos estudiantes solicitan información concreta y accesible sobre anticonceptivos, consentimiento, ITS y cómo actuar en la primera relación sexual.

*“Me gustaría que se enseñara más sobre cómo tener relaciones sin riesgo”.*

*“Más charlas y con más frecuencia en los colegios, sobre todo de los métodos anticonceptivos para informar”.*

También demandan un enfoque más inclusivo, que no se limite a las relaciones heterosexuales poniendo de relieve la invisibilidad de otras vivencias:

*“A veces parece que las personas bisexuales o gays no existimos en la educación sexual, y eso hace que te sientas aún más confundido”.*

*“Explicar cómo prevenir ITS en relaciones homosexuales, no solo en heterosexuales”.*

#### **6.6.5. Conclusiones**

Las reflexiones del alumnado evidencian una alta conciencia de las carencias educativas en materia de sexualidad, así como una disposición activa a recibir una formación más amplia, veraz y libre de prejuicios. Lejos de mostrarse indiferentes, los y las jóvenes expresan inquietudes reales sobre el consentimiento, el placer, la protección, la orientación sexual y el impacto del porno. También señalan la necesidad de sentirse escuchados, representados y acompañados por figuras adultas con las que puedan hablar sin juicio.

Este conjunto de respuestas cualitativas, integradas en un estudio principalmente cuantitativo, refuerza la conclusión de que la juventud demanda una educación sexual integral, frecuente, inclusiva y práctica,

capaz de contrarrestar los efectos de una socialización sexual basada en la pornografía y la desinformación.

## **6.7. Conclusiones integradoras**

La presente sección tiene como propósito articular de forma coherente los resultados obtenidos a partir de los análisis cuantitativos y cualitativos, poniéndolos en diálogo con el marco teórico previamente desarrollado.

Esto permite ofrecer una interpretación sociológica amplia y compleja sobre la influencia de la pornografía en la construcción de la sexualidad adolescente, la influencia de la pornografía en la adquisición de roles sexuales y prácticas de riesgo y la desigualdad en las dinámicas relacionales.

Además, se busca evidenciar cómo cada hipótesis planteada se ve confirmada, matizada o complementada por los hallazgos empíricos, evitando interpretaciones reduccionistas y resaltando los procesos sociales subyacentes.

### **6.7.1. Confirmación y matices de las hipótesis de partida**

- Socialización sexual mayoritariamente no institucionalizada: rol predominante de los medios digitales y la pornografía.
- Asociación entre consumo de pornografía y adhesión a estereotipos sexuales y de género.
- Vínculo significativo entre consumo de pornografía y prácticas sexuales de riesgo y violencia.
- Diferencias de género claras en la influencia y las experiencias vinculadas al consumo pornográfico.

### **6.7.2. La pornografía como agente complejo de socialización sexual**

- Función doble: fuente de aprendizaje, pero también reproductora de desigualdades.
- La construcción del imaginario sexual se basa en modelos pornográficos hipersexualizados que responden a una lógica donde el deseo, el poder y la representación del cuerpo reproducen relaciones profundamente desiguales entre hombres y mujeres.
- Contradicciones y resistencias detectadas en el alumnado (críticas, cuestionamientos).

### **6.7.3. Procesos de género, poder y desigualdad en la sexualidad juvenil**

- Interiorización diferencial de estereotipos y roles sexuales entre chicos y chicas.
- Presiones y experiencias desiguales en el consentimiento y las prácticas sexuales.
- La sexualización desigual vinculada al consumo y al contexto sociocultural.

### **6.7.4. Educación sexual: carencias, demandas y retos**

- Insuficiencia de la educación formal y su sustitución por aprendizajes informales, muchas veces problemáticos.
- Necesidad de un enfoque integral, inclusivo y crítico que incorpore el análisis de la pornografía y las relaciones de poder.
- Voces del alumnado que reclaman espacios seguros para hablar, comprender y negociar la sexualidad.

### **6.7.5. Implicaciones sociológicas y propuestas para la intervención**

- Necesidad de políticas educativas que integren la alfabetización sexual mediática.
- Importancia de abordar la socialización sexual desde la perspectiva de género y los derechos sexuales y reproductivos. (poner foco en el deseo, análisis crítico de la construcción de la sexualidad, todo se construye en base a experiencias incluido esto, relevancia de las relaciones sexuales para nuestro autoconcepto, lugar en el mundo y bienestar emocional.
- Relevancia de crear espacios de diálogo y reflexión crítica en centros educativos y comunitarios.

### **6.7.6. Reflexión final: hacia una sexualidad adolescente más libre, igualitaria y consciente**

- Reconocimiento de las contradicciones del consumo pornográfico en la juventud actual.
- La educación sexual como herramienta emancipadora frente a modelos de poder simbólico.
- La responsabilidad social de fomentar relaciones basadas en el respeto, el consentimiento y la diversidad.

## **7. CAPÍTULO VII. CONCLUSIONES GENERALES Y PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN**

Finalizado el apartado de conclusiones integradoras, en el que se han entrelazado los resultados cuantitativos y cualitativos con el marco teórico para ofrecer una visión interpretativa de la influencia de la pornografía y otros agentes de socialización en la construcción de la sexualidad

adolescente, se avanza ahora hacia las conclusiones generales y proyecciones sociológicas.

La investigación se beneficia de un acceso privilegiado derivado del perfil profesional de la investigadora, con más de seis años de experiencia en intervención social y educación, así como en sensibilización sobre pornografía, prostitución y trata. La colaboración activa de instituciones y entidades, junto con la demanda social e institucional de charlas y formaciones, confirma la relevancia y aplicabilidad de la investigación.

El trabajo de campo y las formaciones han generado un impacto educativo inmediato sobre alumnado, madres, padres y profesionales, demostrando la viabilidad práctica y la transferencia directa de conocimiento. La investigación surge de la observación de necesidades reales detectadas durante las intervenciones en centros educativos y en formaciones profesionales, asegurando su pertinencia, aplicabilidad y potencial de influencia en políticas educativas y programas de sensibilización. Entre los centros y entidades que facilitaron la colaboración se encuentran el IES Valle de Camargo, ETP Hernán Cortés, IES Santa Clara, la Asociación Nuevo Futuro de Santander, el IES Ría San Martín de Suances, la Red Cántabra contra la Trata y la Explotación Sexual y diversas entidades de formación profesional y asociaciones locales.

Este capítulo recoge las aportaciones globales de la investigación, destacando los principales hallazgos y su contribución al conocimiento científico sobre la influencia de la pornografía en la socialización de género, en las prácticas sexuales y en las dinámicas de coerción en contextos juveniles. Asimismo, se plantean líneas futuras de investigación y propuestas para el diseño de intervenciones educativas, sociales y preventivas, con el

objetivo de abordar las desigualdades detectadas y promover modelos relacionales más igualitarios y respetuosos.

### **7.1. Lectura de los resultados: aportaciones desde el análisis cuantitativo y cualitativo**

La presente investigación se ha planteado como objetivo general analizar el desarrollo de la sexualidad en la juventud en el contexto digital contemporáneo, prestando especial atención al papel que desempeña la pornografía como agente de socialización. Este propósito se orienta, además, hacia la generación de propuestas que contribuyan a la construcción de contextos educativos y participativos capaces de promover una sexualidad informada, crítica y saludable.

Para alcanzar dicho objetivo, se ha adoptado un enfoque metodológico mixto, con un diseño fundamentalmente cuantitativo que se ha visto enriquecido con aportaciones cualitativas. Esta elección responde al interés por ofrecer una mirada amplia e interdisciplinar sobre una realidad compleja y en constante transformación, como es la sexualidad adolescente en la era digital.

El desarrollo de la tesis se articula en tres ejes principales. En primer lugar, el marco teórico se estructura en tres capítulos que abordan, respectivamente: una perspectiva histórica de los discursos y representaciones sobre la sexualidad (Capítulo I), un análisis del contexto actual marcado por la digitalización, la hiperconectividad y el acceso masivo a contenidos sexuales (Capítulo II) y una revisión crítica de los procesos de construcción de la identidad y la sexualidad en la adolescencia (Capítulo III). Este cuerpo teórico ha permitido contextualizar e interpretar los hallazgos empíricos a partir de autores y autoras relevantes mayoritariamente del ámbito feminista, sociológico y educativo.

En segundo lugar, se ha desarrollado una fase cualitativa centrada en entrevistas a profesionales del ámbito de la salud, la educación formal y la sexología, con el objetivo de conocer su percepción sobre la influencia de la pornografía en las prácticas sexuales, el desarrollo afectivo-sexual y las carencias de la educación sexual actual.

En tercer lugar, la investigación se ha basado principalmente en un estudio cuantitativo, mediante un cuestionario aplicado a jóvenes de 14 a 19 años. Este cuestionario permite explorar variables clave relacionadas con el consumo de pornografía, la influencia de los contenidos sexuales en sus prácticas y percepciones, el tipo de educación sexual recibida, así como una pregunta abierta que ofrece una mirada subjetiva sobre sus deseos, inquietudes y demandas respecto a su formación sexual.

Las conclusiones que se presentan a continuación integran de forma articulada estos tres niveles de análisis: el teórico, el cualitativo y el cuantitativo. El orden elegido para su exposición responde a una lógica analítica que comienza con una síntesis de los resultados en relación con los objetivos e hipótesis formuladas, continúa con los aportes específicos de los enfoques cualitativo y cuantitativo, y prosigue con una integración crítica de los hallazgos a la luz del marco teórico.

Posteriormente, se exponen las limitaciones del estudio, las aportaciones que este trabajo realiza a nivel académico, social y metodológico y se proponen líneas de futuro para la investigación, la práctica educativa y la divulgación social. El capítulo finaliza con un breve cierre que recoge la relevancia del estudio y su proyección.

### **7.1.1. Conclusiones de los resultados cualitativos y cuantitativos de la investigación**

En el presente estudio se ha confirmado que la socialización sexual de la juventud actual tiene lugar en un contexto profundamente marcado por la desinstitucionalización, la desregulación y la hegemonía de discursos neoliberales e hipersexualizados que circulan principalmente a través de medios digitales. Los datos obtenidos respaldan la hipótesis de que los agentes de socialización sexual predominantes no son hoy los tradicionales (familia, escuela, comunidad), sino los no institucionalizados, especialmente la pornografía, las redes sociales y otros contenidos digitales. Este fenómeno se inserta en lo que autores como David Harvey (2007) denominan la “condición posmoderna”, en la que los vínculos simbólicos y afectivos se ven reconfigurados por las lógicas de mercado y la cultura de la inmediatez.

El acceso precoz a contenidos pornográficos -detectado en un 78,4% de la muestra-, junto a una exposición involuntaria significativa (29,1%) y un reconocimiento del impacto de estos materiales en la configuración del imaginario sexual (40,1%), pone de relieve un entorno digital hipersexualizado en el que los aprendizajes sexuales se producen de forma temprana, autónoma y sin mediación crítica. Esta tendencia, ya observada por Ballester Brage et al; (2021) y Villena Moya (2023), sitúa a la pornografía no solo como producto de consumo, sino como una poderosa herramienta de socialización que opera en ausencia de otras fuentes legitimadas y acompañadas.

Tanto los datos cuantitativos como las entrevistas realizadas a profesionales del ámbito educativo, sanitario y psicológico refuerzan esta conclusión: los y las jóvenes no reciben una educación sexual estructurada, frecuente ni significativa. La mayoría declara haber recibido solo una o dos sesiones puntuales (38,7%) y un tercio reconoce la ausencia total de diálogo en el

hogar. Esta carencia ha sido ampliamente denunciada por autoras como Orte, Sarrablo-Lascorz y Nevot-Caldentey (2022) quienes alertan sobre la falta de formación del profesorado y la escasa prioridad de la educación afectivo-sexual en el currículo escolar. En este vacío, como advertía Ana de Miguel (2015), la pornografía se constituye en un “sistema pedagógico paralelo” que educa en la desigualdad, la violencia simbólica y la mercantilización del cuerpo femenino.

Las consecuencias de esta desregulación son múltiples. En primer lugar, se confirma la asociación entre el consumo de pornografía y la interiorización de estereotipos sexuales y de género, tal como señala la segunda hipótesis. Los resultados del análisis correlacional evidencian una relación significativa entre la exposición a contenidos pornográficos y una mayor adhesión a modelos sexuales tradicionales, en los que el deseo masculino se expresa a través de la dominación y la exigencia, mientras que el deseo femenino se representa como pasivo, complaciente o subordinado. Esta dicotomía ha sido analizada por autoras como Alicia Puleo (2023), quien advierte del papel que juegan estos guiones en la reproducción de una “economía emocional” profundamente asimétrica.

La tercera hipótesis, que vincula el consumo de pornografía con la adopción de prácticas sexuales de riesgo y con la reproducción de conductas violentas, también ha sido confirmada. Los datos indican una menor frecuencia en el uso del preservativo entre los consumidores habituales de pornografía, así como una mayor tendencia a imitar escenas pornográficas, especialmente entre los varones. Esta imitación se realiza muchas veces sin conciencia crítica, asumiendo como normales prácticas que implican coerción, humillación o anulación del consentimiento. Mónica Alario Gavilán (2021) ha descrito cómo la pornografía *mainstream* erotiza sistemáticamente la

violencia y presenta la desigualdad como deseable, facilitando su reproducción en contextos reales.

La asociación entre pornografía, alcohol y consentimiento problemático también aparece en los datos: las relaciones sexuales bajo los efectos de sustancias, que afectan tanto la percepción como la voluntad, son más frecuentes entre quienes consumen habitualmente estos contenidos. Como señalan Yolínliztli Pérez Hernández (2016) y Beatriz Ranea Triviño (2019), estas dinámicas configuran un escenario donde el consentimiento se vuelve ambiguo, condicionado o directamente inexistente, especialmente en contextos de desigualdad de poder, género o edad.

De forma significativa, las entrevistas a profesionales y las respuestas abiertas del alumnado muestran una fuerte conciencia sobre estas carencias.

Los y las jóvenes no solo identifican la falta de educación sexual como un problema, sino que demandan explícitamente espacios donde hablar de deseo, placer, consentimiento, orientación sexual y autoestima sin juicio ni estigmatización. Esta disposición crítica cuestiona la visión adulta que, a menudo, presenta a la juventud como acrítica o indiferente. Por el contrario, el alumnado evidencia capacidad de análisis, sensibilidad ética y deseo de formación, lo que refuerza la necesidad urgente de articular respuestas institucionales integrales.

Uno de los hallazgos más relevantes del estudio es la constatación de diferencias significativas en función del sexo, en línea con la cuarta hipótesis.

Los chicos presentan mayor frecuencia de consumo de pornografía, más coincidencia entre sus prácticas sexuales y los guiones pornográficos y una actitud más instrumental hacia el placer. Las chicas, en cambio, relatan experiencias sexuales no deseadas, presionadas o directamente forzadas, y

un mayor nivel de malestar. Esta brecha se articula sobre una estructura simbólica y material que asigna roles diferenciados de poder y agencia sexual, tal como teorizan García Manon (2021) y María Luisa Maqueda (2024).

La masculinidad hegemónica, reproducida en los contenidos pornográficos, se sustenta en la dominación, la iniciativa y la autosatisfacción, mientras que la feminidad aparece como objeto de deseo, disponible y sumisa. Las jóvenes, incluso aquellas que no consumen pornografía directamente, se ven afectadas por este modelo a través de sus parejas, de las redes sociales o de los videojuegos online, donde circula una estética sexualizada que reproduce los códigos del porno. Esta influencia indirecta confirma que la pornografía opera como un agente colectivo de socialización sexual, cuyas huellas se extienden más allá del acto individual de consumo.

Desde el punto de vista pedagógico, este estudio subraya la urgencia de implementar una educación sexual crítica, coeducativa e integral que no se limite a los aspectos preventivos o higiénicos, sino que aborde la dimensión ética, relacional y afectiva de la sexualidad. Como señalan las profesionales entrevistadas, *“hablar solo de preservativos no basta”*: es necesario enseñar a negociar el deseo, a reconocer los propios límites y los del otro, a respetar el consentimiento y a deconstruir los modelos de masculinidad y feminidad que perpetúan desigualdades.

Asimismo, la investigación alerta sobre el papel de las tecnologías digitales en este proceso. La exposición temprana a contenidos sexualizados a través de redes como TikTok, Instagram o videojuegos con chats ha generado una normalización de discursos y prácticas que refuerzan la cosificación del cuerpo, la hiperexposición y la presión estética. Esta hipersexualización precoz incide especialmente sobre las chicas, que son objeto de vigilancia,

deseo y exigencia desde edades cada vez más tempranas, lo que limita su capacidad de agencia y su bienestar emocional.

Las entrevistas cualitativas refuerzan, en este sentido, las conclusiones de la investigación cuantitativa, mostrando una clara convergencia entre las distintas voces expertas en torno a tres ejes clave: la pornografía como modelo de socialización dominante, la insuficiencia de la educación sexual y la necesidad de una transformación estructural de los marcos formativos.

Esta convergencia apunta a la urgencia de políticas públicas decididas que regulen el acceso a contenidos pornográficos, impulsen la formación docente, incorporen la educación sexual como competencia transversal en el sistema educativo y generen campañas de sensibilización orientadas a toda la comunidad.

En resumen, la pornografía no puede ser entendida como un fenómeno neutral o privado, sino como un dispositivo cultural con poder normativo, que construye subjetividades, organiza imaginarios y moldea prácticas. Su papel en la socialización sexual juvenil es innegable, pero también lo es la posibilidad de contrarrestar sus efectos mediante políticas públicas, acciones educativas y discursos alternativos que devuelvan a la sexualidad su dimensión ética, afectiva y relacional. Como sostienen Según Revelles-Benavente y González Ramos (2019), solo a través de una pedagogía feminista del deseo, del respeto y del cuidado, será posible transformar los guiones aprendidos y construir relaciones más libres, igualitarias y saludables.

## **7.2. Limitaciones metodológicas y epistemológicas del estudio**

Como toda investigación empírica, el estudio presenta una serie de limitaciones que es necesario señalar.

Una de las principales limitaciones encontradas en el desarrollo del trabajo de campo fue la dificultad de acceso a los centros educativos sin contar con contactos previos con el profesorado o los equipos directivos. La experiencia mostró que, en la mayoría de los casos, la predisposición a participar no dependía únicamente del interés institucional, sino de la confianza generada a través de relaciones profesionales previas. Esta circunstancia condicionó de manera significativa el alcance de la muestra, puesto que limitó la posibilidad de expandir el estudio a nivel nacional. Aunque en un primer momento se planteó la opción de extender la investigación a otras comunidades autónomas, la falta de redes consolidadas fuera de Cantabria redujo la viabilidad de esta ampliación, lo que obligó a centrar la recogida de datos en los territorios donde la investigadora tenía un acceso más directo.

Este hecho limita la posibilidad de generalizar los resultados a otras regiones del Estado español con contextos socioculturales, educativos y demográficos distintos. Una ampliación geográfica permitiría contrastar si los patrones detectados -en cuanto a consumo de pornografía, prácticas sexuales y percepción de la educación sexual- se reproducen en contextos urbanos más grandes, zonas rurales o comunidades con distinta diversidad cultural.

En segundo lugar, aunque el tamaño de la muestra es significativo, algunos análisis específicos -especialmente aquellos que requerían segmentaciones por variables como ‘tener relaciones sexuales a cambio de algo’- han visto limitada su potencia estadística debido al número reducido de participantes en determinadas categorías. Esto ha impedido confirmar empíricamente algunas hipótesis secundarias o realizar análisis multivariantes más complejos. Un aumento en el número de personas participantes en futuras investigaciones permitiría una exploración más detallada de fenómenos emergentes, como la relación entre consumo problemático de pornografía y salud mental o la influencia de variables como la orientación sexual.

Por último, cabe señalar que la investigación ha priorizado un enfoque cuantitativo complementado con entrevistas a profesionales, lo que, si bien ha ofrecido una visión amplia y fundamentada, deja espacio para profundizar más en las experiencias y narrativas de los propios y las propias adolescentes. Incorporar sus voces a través de metodologías cualitativas participativas, como grupos focales, permitiría una mayor comprensión de cómo viven, negocian y resignifican los modelos sexuales que les llegan a través de la pornografía y otros dispositivos culturales.

Estas limitaciones no restan valor a los hallazgos obtenidos, pero sí apuntan a la necesidad de seguir investigando desde una perspectiva interdisciplinar, con mayor alcance geográfico, mayor diversidad muestral y metodologías que incorporen la subjetividad de las personas jóvenes como eje central de análisis.

### **7.3. Contribuciones sociológicas y relevancia de la investigación**

La presente investigación aporta una contribución novedosa al campo de estudio sobre sexualidad, pornografía y adolescencia, especialmente en el contexto de las sociedades digitalizadas. Si bien existen trabajos previos que abordan estas temáticas, esta investigación introduce elementos diferenciales que refuerzan su relevancia científica y social, no solo por la amplitud del trabajo de campo realizado, sino también por su carácter eminentemente aplicado.

A diferencia de investigaciones que parten de un enfoque estrictamente teórico, este proyecto surge directamente de la práctica profesional de la investigadora como educadora social y técnica de sensibilización en institutos y entidades sociales.

La tesis responde, por tanto, a necesidades y demandas detectadas en primera línea, a partir de la interacción con adolescentes, profesorado y familias en contextos educativos reales. En este sentido, no se trata únicamente de un estudio con valor académico, sino de una investigación que ha demostrado su aplicabilidad inmediata: los resultados, las herramientas generadas y los aprendizajes derivados ya se han incorporado a charlas, formaciones y programas de intervención. Ello convierte esta tesis en un trabajo con una clara utilidad social, que no se limita a describir un fenómeno, sino que ofrece claves para su comprensión y abordaje en contextos educativos y comunitarios.

También destaca la especificidad de la muestra, compuesta por 573 adolescentes de entre 14 y 18 años, lo que la convierte en una de las investigaciones más recientes y representativas realizadas en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Esta franja de edad, poco explorada en estudios empíricos de esta naturaleza, permite obtener una imagen precisa de la construcción de la sexualidad en las generaciones nativas digitales, con una mirada amplia que incluye tanto las prácticas como las percepciones y actitudes ante la sexualidad.

Por otro lado, esta investigación ofrece una visión global del fenómeno, al conectar el consumo de pornografía con otras formas contemporáneas de explotación sexual como la prostitución, las plataformas de contenido sexual en línea (webcamming, OnlyFans) o las dinámicas normalizadas en redes sociales como Instagram.

La investigación sostiene que la creciente naturalización del consumo de pornografía contribuye directamente a la normalización de la explotación sexual de mujeres y niñas, al reforzar la idea de que el cuerpo femenino puede ser objeto de compra, venta y consumo. Esta perspectiva crítica permite comprender que en la pornografía no solo hay violencia simbólica,

sino también una relación estructural con la prostitución y con las redes de trata con fines de explotación sexual.

Una de las principales aportaciones reside en el enfoque ético y pedagógico que adopta el estudio. Se parte de la premisa de que para que los adolescentes puedan tomar decisiones verdaderamente libres sobre su sexualidad, deben estar informados no solo de cómo les afecta a nivel individual el consumo de pornografía, sino también de las consecuencias sociales y colectivas que este consumo implica. Resulta fundamental visibilizar el impacto que estas prácticas tienen sobre las mujeres que forman parte de la industria de la explotación sexual, así como sobre todas las mujeres en general, en tanto que refuerzan discursos y prácticas que cosifican sus cuerpos y consolidan relaciones de poder desiguales en el ámbito sexual.

Desde este enfoque, se propone problematizar la idea de que “en el sexo todo vale”, y se invita a analizar críticamente las prácticas sexuales y los elementos que las motivan, incluyendo aquello que nos excita y por qué. Fomentar una sexualidad consciente, libre y ética implica desarrollar herramientas de reflexión y análisis que permitan a los y las jóvenes distanciarse de modelos violentos, desiguales o que deshumanizan al otro.

Asimismo, los resultados de este estudio pueden ser de gran utilidad para el diseño de políticas públicas, educativas y preventivas. En particular, se destaca la necesidad de legislar y limitar el acceso a contenidos pornográficos en páginas web, así como de regular el acceso de menores a plataformas como Instagram u OnlyFans, donde también se difunde pornografía de forma encubierta o explícita. Los datos obtenidos pueden orientar el diseño de programas de educación sexual actualizados, que partan de la realidad concreta de los jóvenes, de sus inquietudes, demandas y necesidades y que aborden de forma integral los nuevos escenarios en los que construyen su sexualidad.

Esta investigación adquiere valor añadido al combinar una metodología mixta, que integra el enfoque cuantitativo con una dimensión cualitativa complementaria. A través de entrevistas en profundidad con profesionales de diversos ámbitos que trabajan con menores, así como mediante el análisis de las respuestas abiertas del cuestionario, se recoge una multiplicidad de miradas -la de los y las adolescentes y la de los agentes educativos y sociales- que enriquecen la comprensión del fenómeno y refuerzan la solidez de las conclusiones.

Por último, La investigación dio lugar a productos científicos relevantes como la comunicación en el I Congreso Internacional, Profesional e Interuniversitario de Educación Social (CIPIES 25), realizada en la Universidad de Santiago de Compostela en mayo de 2025, se basó en la muestra de 226 jóvenes de la Comunidad Valenciana y tuvo por título *“Pornografía y educación sexual: ¿quién está formando a nuestros jóvenes?”*.

Además, se publicó el artículo *“La influencia de la pornografía en las relaciones sexuales entre jóvenes y adolescentes. Un análisis del consumo de pornografía en Cantabria”* en *Ehquidad. Revista Internacional de Políticas de Bienestar y Trabajo Social*, DOI: 10.15257/ehquidad.2022.0006.

#### **7.4. Propuestas transformadoras: educativas y sociales**

Los hallazgos de esta investigación ponen de relieve la urgencia de articular respuestas educativas, sociales y políticas públicas que afronten los desafíos que plantea la construcción de la sexualidad en la era digital. La magnitud del fenómeno y sus implicaciones para la salud física, mental y emocional de los y las adolescentes exige un enfoque multidisciplinar que integre a las

familias, al ámbito educativo, a los poderes públicos y a la sociedad en su conjunto.

En primer lugar, resulta imprescindible avanzar hacia una legislación integral que limite la exposición de los menores a contenidos sexuales explícitos y supervise las dinámicas de interacción en redes sociales. El ecosistema digital se ha convertido en un espacio en el que proliferan mensajes hipersexualizados, enlaces a plataformas pornográficas y formas de captación vinculadas a prácticas como el *sugar dating*. Proteger a los y las adolescentes frente a estas influencias debería constituir un objetivo prioritario de las políticas públicas, en línea con la protección que ya existe en otras esferas de la infancia y la adolescencia.

En segundo lugar, es necesario fortalecer el papel del ámbito educativo mediante la formación del profesorado en educación afectivo-sexual crítica y actualizada, así como el diseño de recursos pedagógicos que permitan trabajar estas cuestiones en el aula. La educación sexual no puede limitarse a la transmisión de información biológica, sino que debe incorporar la reflexión crítica sobre los discursos pornográficos, la cultura hipersexualizada y las dinámicas de poder en las relaciones de género.

Las familias también deben ser actores centrales en estas intervenciones. Para ello, se requiere que dispongan de herramientas que les permitan comprender las dinámicas digitales a las que están expuestos sus hijos e hijas, así como acompañarlos en la construcción de referentes sexuales y afectivos saludables.

Junto a ello, se hace imprescindible incluir en estas propuestas a un perfil habitualmente invisibilizado: los adolescentes con discapacidad. La sexualidad de estas personas continúa siendo un tabú social y un terreno poco

explorado en los programas de educación sexual, pese a que también se ven atravesados por las lógicas digitales y tienen los mismos derechos sexuales. Por ello, urge el desarrollo de programas inclusivos y accesibles que garanticen una educación sexual integral y equitativa.

Además, debe prestarse atención a los nuevos mandatos de género y sexualidad que se despliegan en redes sociales. El sexo se configura cada vez más como una *performance*, en la que prima la pose, la gestualidad y la imagen por encima del disfrute real del encuentro. En particular, las chicas son socializadas en la lógica de mostrarse “sexys” para un público virtual, lo que conecta directamente con la presión estética que impera en redes: no envejecer, mantener un cuerpo normativo, posar para ser validadas. Estas dinámicas encuentran una peligrosa prolongación en el uso precoz de cosméticos en las niñas, a quienes se dirige una oferta creciente de productos y prácticas estéticas (cosmética juvenil, uñas, tratamientos corporales) que instauran desde edades tempranas mandatos de belleza y sexualidad profundamente dañinos para su desarrollo.

En este marco, resulta urgente cuestionar críticamente los discursos dominantes sobre el autocuidado y el empoderamiento femenino, que han sido mercantilizados hasta convertirse en sinónimos de consumo estético. Rutinas faciales, tratamientos corporales o manicuras son presentados como prácticas de cuidado y de empoderamiento, cuando en realidad reproducen mandatos de género, refuerzan el malestar psicosocial y desplazan la atención de lo que significa un bienestar real, basado en la salud física y mental, la autonomía y la igualdad.

En conjunto, las propuestas transformadoras requieren una mirada crítica que combine legislación, formación, acompañamiento familiar e intervención social. Solo desde un enfoque integral será posible proteger a los y las

adolescentes, generar referentes sexuales y afectivos saludables y garantizar el derecho a una sexualidad libre, informada y respetuosa.

## **7.5. Futuras líneas de investigación**

El desarrollo de esta investigación ha permitido identificar una serie de vacíos y nuevas preguntas que deben ser abordadas en futuros estudios. Estas líneas de indagación resultan esenciales tanto para profundizar en la comprensión del fenómeno como para orientar la elaboración de políticas públicas y programas educativos más eficaces.

En primer lugar, se propone analizar de manera específica los contenidos que circulan en redes sociales como Instagram y TikTok, indagando en la proliferación de mensajes hipersexualizados, la publicidad encubierta que dirige hacia páginas pornográficas y las estrategias de captación ejercidas sobre menores. Resulta prioritario comprender cómo llegan estos mensajes a los y las adolescentes, cómo son interpretados y qué efectos producen en la configuración de su sexualidad.

Otra línea de investigación necesaria es el estudio de la relación entre el consumo de pornografía y el aumento de la violencia sexual juvenil. La exposición repetida a contenidos sexuales violentos, donde se naturalizan la coerción y la humillación, plantea interrogantes sobre su papel en la trivialización del consentimiento y en la reproducción de prácticas sexuales agresivas en las relaciones entre jóvenes.

Asimismo, se considera fundamental investigar cómo se construye el sexo como performance, es decir, cómo los adolescentes interiorizan guiones sexuales basados en poses, expresiones y gestualidades asociadas al imaginario pornográfico y a la cultura visual de las redes. Este fenómeno,

lejos de promover el disfrute del encuentro, refuerza la lógica de la representación y de la autoexposición.

Otra línea de interés es el impacto de la presión estética digital en la vivencia de la sexualidad. El mandato de no envejecer, de mantener un cuerpo normativo y de posar de forma “atractiva” constituye un eje central en la configuración de la identidad corporal y sexual de las chicas, y debe ser objeto de análisis empírico.

Del mismo modo, urge investigar el uso precoz de cosméticos en la infancia y la adolescencia, explorando cómo los productos y rituales estéticos dirigidos a niñas contribuyen a la construcción temprana de estereotipos de género, mandatos de belleza y sexualidad, y cómo influyen en su bienestar psicológico.

También resulta relevante abrir una línea de investigación crítica sobre el discurso mercantilizado del autocuidado y el empoderamiento, que en el caso de las adolescentes se vincula más al consumo estético que al bienestar real. Analizar cómo estas narrativas afectan a la identidad femenina y al malestar psicosocial constituye un reto académico y político prioritario.

A ello se suma la necesidad de replicar este estudio con jóvenes de entre 19 y 25 años, una etapa marcada por mayores niveles de autonomía, pero al mismo tiempo, por carencias en modelos de sexualidad saludable y crítica. El análisis de esta franja permitiría valorar la continuidad o la transformación de las dinámicas detectadas en la adolescencia.

Por último, se propone complementar los estudios cuantitativos con metodologías cualitativas más profundas, tales como entrevistas individuales y grupos de discusión. Estas aproximaciones posibilitan una comprensión más matizada de las percepciones, discursos y vivencias juveniles,

enriqueciendo la interpretación de los resultados y aportando claves valiosas para la elaboración de políticas públicas y programas de intervención.

En definitiva, las futuras líneas de investigación deben orientarse a desentrañar cómo la cultura digital, la pornografía y la mercantilización de los discursos de género están configurando la sexualidad adolescente y juvenil. Solo a partir de un conocimiento sólido y contextualizado será posible diseñar respuestas efectivas que promuevan una sexualidad crítica, saludable y equitativa.

## REFERENCIAS

- Abbey, A., McDaniel, M. C., & Jilani, Z. (2022). Alcohol and men's sexual aggression: Review of research and implications for prevention. En *Engaging Boys and Men in Sexual Assault Prevention: Theory, Research and Practice* (pp. 183–210). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-819202-3.00011-0>
- Agencia Española de Protección de Datos (AEPD). (2024). *Decálogo sobre el impacto de la pornografía en niños, niñas y adolescentes* (junto con Fundación Colegio Oficial de Psicología de Madrid / Dale una Vuelta). AEPD.
- Al Adib Mendiri, M. (2019). *Hablemos de vaginas: Salud sexual femenina desde una perspectiva global*. Anaya Multimedia.
- Al Adib Mendiri, M. (2022). *Hablemos de adolescencia: Y de sexo, y de amor, y de respeto, y de mucho más*. Anaya Multimedia. ISBN 978-84-415-4657-8.
- Alario Gavilán, M. (2018). La influencia del imaginario de la pornografía hegemónica en la construcción del deseo sexual masculino prostituyente: un análisis de la demanda de prostitución. *Asparkia. Investigación Feminista*, 33, 61–79. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6697190>
- Alario Gavilán, M. (2021a). ¿Por qué tantos hombres se excitan sexualmente ejerciendo violencia? La invisibilización y la erotización de la violencia sexual contra las mujeres en la pornografía. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 6(1), 190–218. <https://doi.org/10.17979/arief.2021.6.1.7164>

- Alario Gavilán, M. (2021b). *Política sexual de la pornografía: Sexo, desigualdad, violencia*. Cátedra.
- Alario Gavilán, M. (2021c). *Política sexual de la pornografía: Sexo, desigualdad, violencia*. Publicacions de la Universitat de València. ISBN 978-84-9134-842-9.
- Alario Gavilán, M. (2023). La reproducción de la violencia sexual en sociedades patriarcales formalmente igualitarias: conclusiones. *Revista del Ministerio Fiscal*, 11, 28–58.
- Amorós, C. (2006). *Teoría feminista: De la Ilustración a la posmodernidad*. Cátedra. ISBN 978-84-376-1945-5
- Attwood, F. (2010). *Mainstreaming sex: The sexualization of western culture*. I.B. Tauris.
- Aubrey, J. S., Maas, M. K., Choukas-Bradley, S., Coyne, S. M., Durham, M. G., Scull, T. M., van Oosten, J. M. F., et al. (2025). Representations of gender and sexuality in youth media. En D. A. Christakis & L. Hale (Eds.), *Handbook of children and screens* (pp. 325–331). Springer. [https://doi.org/10.1007/978-3-031-69362-5\\_45](https://doi.org/10.1007/978-3-031-69362-5_45)
- Baer, H. (2016). Redoing feminism: Digital activism, body politics, and neoliberalism. *Feminist Media Studies*, 16(1), 17–34. <https://doi.org/10.1080/14680777.2015.1093070>
- Ballester Brage, L., Dosil-Santamaría, M., Villena Moya, A., & Testa, G. (2023). La nueva pornografía “online” y los procesos de naturalización de la violencia sexual. En A. Gutiérrez García (coord.), *Una mirada interdisciplinar hacia las violencias sexuales* (pp. 233–250). Octaedro.
- Ballester Brage, L., & Orte Socías, C. (2019). *Nueva pornografía y cambios en las relaciones interpersonales*. Octaedro.

[https://octaedro.com/libro/nueva-pornografia-y-cambios-en-las-relaciones-interpersonales/?utm\\_source=chatgpt.com](https://octaedro.com/libro/nueva-pornografia-y-cambios-en-las-relaciones-interpersonales/?utm_source=chatgpt.com)

- Ballester Brage, L., Rosón Varela, C., & Facal Fondo, T. (2020). *Pornografía y educación afectivosexual*. Editorial Octaedro.
- Barjola, N. (2018). *Microfísica sexista del poder: El caso Alcàsser y la construcción del terror sexual*. Virus Editorial.
- Barjola, N., de la Fuente Vázquez, M., & Rodó-Zárate, M. (coords.). (2021). *Violències masclistes en l'etapa juvenil a Catalunya*. Departament de Drets Socials, Generalitat de Catalunya.
- Bauman, Z. (2001). *La globalización: consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica. ISBN 978-968-16-8261-0.
- Bauman, Z. (2003). *Liquid love: On the frailty of human bonds*. Polity Press.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trad.). Anagrama. ISBN 8433905899 / 978-84-339-0589-5.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (2001). *La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* (7.<sup>a</sup> ed.). Siglo XXI.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (2022). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema educativo*. Clave Intelectual.
- Calvete, E., Fernández-González, L., Orue, I., Machimbarrena, J. M., & González-Cabrera, J. (2021). Validación de un cuestionario para evaluar el abuso en relaciones de pareja en adolescentes (CARPA). *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 8(1), 60–69. <https://doi.org/10.21134/RPCNA.2021.08.1.8>
- Castro-Calvo, J., Cervigón-Carrasco, V., Ballester-Arnal, R., & Giménez-García, C. (2021). Cognitive processes related to problematic pornography use (PPU): A systematic review of experimental studies.

*Addictive Behaviors Reports*, 13, 100345.  
<https://doi.org/10.1016/j.abrep.2021.100345>

Chiclana Actis, C., & Villena Moya, A. (2022). *Conducta sexual compulsiva: Una mirada integral. Guía para profesionales*. Docta Ediciones.

Clarke, J. R. (1998). *Looking at lovemaking: Constructions of sexuality in Roman art, 100 B.C.–A.D. 250*. University of California Press.

Cobo Bedia, R. (2019). El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución. *Oñati Socio-Legal Series*, 9(1), 6–26.  
<https://doi.org/10.35295/OSLS.IISL/0000-0000-0000-1002>

Cobo Bedía, R. (2015). El cuerpo de las mujeres y la sobrecarga de sexualidad. *Investigaciones Feministas*, 6, 7–19.  
[https://doi.org/10.5209/rev\\_INFE.2015.v6.51376](https://doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51376)

Cobo Bedía, R. (2017). *La prostitución en el corazón del capitalismo*. Los Libros de la Catarata.

Cobo Bedía, R. (2020). *Pornografía. El placer del poder*. Ediciones B. ISBN 978-84-666-6789-0

Cobo Bedia, R. (2024a). El consentimiento y sus sombras patriarcales. *IgualdadES*, 10, 319–335. <https://doi.org/10.18042/cepc/IgdES.10.11>

Cobo Bedia, R. (2024b). La pornografía, una narrativa de violencia sexual contra las mujeres. *Historia y Comunicación Social*, 29(1), 135–140.  
<https://doi.org/10.5209/hics.95826>

Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. University of California Press.

Connell, R. W. (2005). *Masculinities* (2nd ed.). University of California Press.

Consejo de Europa. (2022). *For an assessment of the means and provisions to combat children's exposure to pornographic content (Resolution 2429)*.

Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa.  
<https://pace.coe.int/files/29890/html>

Dale Una Vuelta. (s.f.). *Dale Una Vuelta*. <https://www.daleunavuelta.org/>

De Alarcón, R., de la Iglesia, J. I., Casado, N. M., & Montejo, A. L. (2019). Online porn addiction: What we know and what we don't. *Journal of Clinical Medicine*, 8(1), 91. <https://doi.org/10.3390/jcm8010091>

De Beauvoir, S. (2019). *El segundo sexo* (trad. A. Martorell). Cátedra. (Obra original publicada en 1949)

De Miguel, A. (2015). *Neoliberalismo sexual. Una aproximación feminista*. Cátedra.

De Miguel, A. (2021). *Ética para Celia. Contra la doble verdad*. Cátedra. ISBN 978-84-376-4208-4.

Diaconía. (2021). *Informe sobre la explotación sexual de mujeres y niñas*. <https://www.diaconia.org/informes/explotacion-sexual-mujeres-ninas.pdf>

Diaconía España. (2022). *Implicación e impacto de la tecnología en la trata con fines de explotación sexual*. Diaconía España.

Diaconía España. (2023). *Informe de análisis de la situación de las víctimas de trata de personas en necesidad de protección internacional en España*. <https://diaconia.es/wp-content/uploads/2023/02/Informe-de-analisis-de-la-situacion-de-las-victimas-de-trata-en-necesidad-de-proteccion-internacional-en-Espana-Diaconia-Espana-2023.pdf>

Díaz Altozano, P., Padilla Castillo, G., & Requeijo Rey, P. (2021). Sexualización de niñas en redes sociales: la necesidad de inteligencia semántica en Instagram. *Investigaciones Feministas*, 12(1), 31–45. <https://doi.org/10.5209/infe.69559>

- Díaz Hernández, C., & Torrado Martín-Palomino, E. (2023). El consumo de pornografía en adolescentes y jóvenes: un análisis con perspectiva de género de las características y perfiles de consumidores. *Revista de Investigación Educativa*, 41(2), 115-134. <https://revistas-new.uam.es/revIUEM/article/view/16383>
- Dines, G. (2010). *Pornland: How porn has hijacked our sexuality*. Beacon Press.
- Draps, M. L., Pasletas, G., Chiclana-Actis, C., & Mestre-Bach, G. (2022). Pornografía como modelo de sexualidad: Una revisión crítica desde la salud mental. *Anuario de Psicología Clínica y de la Salud*, 18, 45–58. <https://doi.org/10.1016/j.apcs.2022.02.004>
- Dworkin, A. (1981). *Pornography: Men possessing women*. Putnam.
- Emargi. (2024). *Informe sobre adolescencia y consumo de pornografía en Bizkaia*. Observatorio Emargi.
- Federación Mujeres Jóvenes. (2023). *Apps Sin Violencia Sexual: Investigación sobre las violencias sexuales que las mujeres jóvenes sufren en aplicaciones de citas*. [https://mujeresjovenes.org/wp-content/uploads/2024/03/Informe\\_Apps-sin-violencia-sexual.pdf](https://mujeresjovenes.org/wp-content/uploads/2024/03/Informe_Apps-sin-violencia-sexual.pdf)
- Fernández Alonso, P. (2025). El lado oscuro de los avatares generados con IA. El deepfake en la pornografía. *Comunicación y Hombre*, (21), 41–64. <https://doi.org/10.32466/eufv-cyh.2025.21.862.41-64>
- Fernández-Ruiz, M., López-Entrambasaguas, O. M., Martínez-Linares, J. M., & Granero-Molina, J. (2023). Young Women's Attitudes and Concerns Regarding Pornography and Their Sexual Experiences: A Qualitative Approach. *Healthcare*, 11(21), 2877. <https://doi.org/10.3390/healthcare11212877>

- Flood, M. (2020). *Engaging men and boys in violence prevention*. Palgrave Macmillan.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad. Vol. I: La voluntad de saber* (Trad. U. Larraceleta). Siglo XXI Editores.
- Fraser, N. (2013). *Fortunes of feminism: From state-managed capitalism to neoliberal crisis*. Verso. ISBN 978-1-78168-219-8
- Fredrickson, B. L., & Roberts, T.-A. (1997). Objectification theory: Toward understanding women's lived experiences and mental health risks. *Psychology of Women Quarterly*, 21(2), 173–206. <https://doi.org/10.1111/j.1471-6402.1997.tb00108.x>
- Froidevaux-Metterie, C. (2024, 19 noviembre). Desde la pubertad aprendemos a tener vergüenza del propio cuerpo [Entrevista]. *El País*.
- Fundación ANAR. (2024). *II estudio "Agresión Sexual en Niñas y Adolescentes según su testimonio. Evolución en España (2019–2023)"*. Fundación ANAR.
- Gámez-Guadix, M., Borrajo, E., & Almendros, C. (2016). Risky online behaviors among adolescents: Longitudinal relations among problematic Internet use, cyberbullying perpetration, and meeting strangers online. *Journal of Behavioral Addictions*, 5(1), 100–107. <https://doi.org/10.1556/2006.5.2016.013>
- Garaigordobil, M. (2017). Relaciones interpersonales, autoestima y habilidades sociales en la infancia y la adolescencia. *Psychosocial Intervention*, 26(3), 145-153. <https://doi.org/10.1016/j.psi.2017.01.002>
- Garaigordobil, M., & Gámez-Guadix, M. (2015). Uso de redes sociales, autoestima y ajuste psicológico en adolescentes. *Revista Española de*

*Orientación y Psicopedagogía*, 26(2), 54-66.  
<https://doi.org/10.5944/reop.26.2.15017>

García Dauder, S., & Pérez Sedeño, E. (2017). *Las 'mentiras' científicas sobre las mujeres*. Los Libros de la Catarata. ISBN 978-84-9097-265-6.

García, M. (2021). *No nacemos sumisas, devenimos*. Siglo XXI Editores.

Gavilán, M. (2021). *Política sexual de la pornografía: Sexo, desigualdad, violencia*. Cátedra.

Giddens, A. (1992). *The transformation of intimacy: Sexuality, love and eroticism in modern societies*. Polity Press.

Gill, R. (2007). Postfeminist media culture: Elements of a sensibility. *European Journal of Cultural Studies*, 10(2), 147–166.  
<https://doi.org/10.1177/1367549407075898>

Gilmore, A. K., Leone, R. M., Oesterle, D. W., Davis, K. C., Orchowski, L. M., Ramakrishnan, V., & Kaysen, D. (2022). Web-based alcohol and sexual assault prevention program with tailored content based on gender and sexual orientation: Preliminary outcomes and usability study of Positive Change (+Change). *JMIR Formative Research*, 6(7), e23823.  
<https://doi.org/10.2196/23823>

González Hernández, A., Carcedo González, R. J., & Benito del Arco, A. (2024). Pornografía y conductas sexuales de riesgo en adolescentes y jóvenes: una revisión sistemática. *Revista Complutense de Educación*, 35(4), 729–739.  
<https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/86191>

González Ramos, A. M., & Romero Morales, Y. (2020). La construcción de la subjetividad femenina en la era digital: Representaciones del deseo y

- consumo de pornografía. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 6(52), 38–63. <https://doi.org/10.32870/lv.v6i52.748>
- González Ramos, A. M., & Revelles-Benavente, B. (Eds.). (2019). *Género en la educación: Pedagogía y responsabilidad feministas en tiempos de crisis política*. Morata.
- Gutiérrez García, A., & Cuervo Pollán, A. (2023). Links between pornography consumption and demand for prostitution. Evidence from academia and activism. *Multidisciplinary Journal of Gender Studies*, 12(2), 142–162. <https://doi.org/10.17583/generos.11944>
- Harvey, D. (2007). *A brief history of neoliberalism*. Oxford University Press. ISBN 978-0-19-928326-9.
- Hooks, B. (2000). *Feminism is for everybody: Passionate politics*. South End Press.
- Hunt, L. (1993). *The invention of pornography: Obscenity and the origins of modernity, 1500–1800*. Zone Books.
- Illouz, E. (2007). *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalism*. Polity Press.
- Illouz, E. (2012). *Why love hurts: A sociological explanation*. Polity Press.
- Illouz, E. (2019). *Capitalismo, consumo y autenticidad: Las emociones como mercancía* (S. Mastrangelo, Trad.). Katz Editores.
- Illouz, E. (2021). *The end of love: A sociology of negative relations*. Oxford University Press.
- Infobae. (2024, 22 de julio). Frenar la 'Nueva Pornografía': cuando proteger a los niños se convierte en un problema para los adultos. *Infobae*. <https://www.infobae.com/espana/2024/07/22/frenar-la-nueva->

[pornografia-cuando-proteger-a-los-ninos-se-convierte-en-un-problema-para-los-adultos/](#)

Instituto de la Juventud (INJUVE). (2018). *Selección de referencias documentales sobre bienestar emocional en adolescentes*. Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social. [https://www.injuve.es/sites/default/files/adjuntos/2018/04/seleccion\\_referencias\\_bienestar\\_emocional\\_adolescentes.pdf?utm\\_source=chatgpt.com](https://www.injuve.es/sites/default/files/adjuntos/2018/04/seleccion_referencias_bienestar_emocional_adolescentes.pdf?utm_source=chatgpt.com)

Ipolyi, D., Csányi, E., Láng, A., & Meskó, N. (2021). Attachment avoidance moderates the relationship among acceptance of sugar relationships, motivation, and self-esteem. *Frontiers in Psychology*, *12*, 711199. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.711199>

Jeffreys, S. (2005). *Beauty and Misogyny: Harmful Cultural Practices in the West*. Routledge.

Kaiser Family Foundation. (2025, octubre 22). *2025 Employer Health Benefits Survey*. <https://www.kff.org/ehbs>

Kendrick, W. M. (1987). *The secret museum: Pornography in modern culture*. Viking.

Kimmel, M. S. (2008). *Guyland: The perilous world where boys become men*. Harper.

Kinnon, C. A. (1989). *Toward a feminist theory of the state*. Harvard University Press.

Kolb, D. A. (1984). *Experiential learning: Experience as the source of learning and development*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

Lagarde y de los Ríos, M. (2005). *Para mis socias de la vida*. Horas y Horas. <https://www.agapea.com/libros/Para-mis-socias-de-la-vida-claves->

[feministas-para-el-poderio-y-la-autonomia-de-las-mujeres-los-liderazgos-entranables-y-las-negociaciones-en-el-amor-9788496004085-i.htm](https://doi.org/10.1163/26667711-bja10025)

- Larsson, A.-K. (2023). Girls' Responsibilities, Boys' Needs: Sexual Health, Gender and Youth in Sweden 1970–1999. *European Journal for the History of Medicine and Health*, 80(1), 96–118. <https://doi.org/10.1163/26667711-bja10025>
- Le Breton, D. (2011). *Conductas de riesgo: De los juegos de la muerte a los juegos de vivir*. Ediciones Paidós.
- Lear, A., & Cantarella, E. (2008). *Images of ancient Greek pederasty: Boys were their gods*. Routledge.
- Leon, C. M., Quiñonez-Toral, T. y Aizpurua, E. (2025). From Pornography Consumption to Sexually Violent Practices: Uncovering the Hidden Influence of Sexual Norms. *Behavioral Sciences*, 15(3), 243. <https://doi.org/10.3390/bs15030243>
- Livingstone, S., Kardefelt-Winther, D., & Saeed, M. (2019). *Global Kids Online: Comparative report*. UNICEF Office of Research – Innocenti / London School of Economics and Political Science.
- Llovet, C., & Establés, M.-J. (2023). Undressed to succeed? Content analysis of self-objectification of influencers in Spain. *Revista de Comunicación*, 22(2), 271–297. <https://doi.org/10.26441/RC22.2-2023-3193>
- Lozano, M. (Directora). (2015). *Chicas nuevas 24 horas* [Documental]. España: Pirámide Films.
- Lozano, M. (Directora). (2019). *El proxeneta. Paso corto, mala leche* [Documental]. España: Contracorriente Films.

- Lozano, M. (Directora). (2024). *Ava* [Cortometraje documental]. Spain: Castilla-La Mancha Media / Fundación ONCE.
- Lyons, H. A., Manning, W. D., Longmore, M. A., & Giordano, P. C. (2014). Gender and casual sexual activity from adolescence to emerging adulthood: Social and life course correlates. *Journal of Sex Research*, 52(5), 543–557. <https://doi.org/10.1080/00224499.2014.906032>
- Maqueda Abreu, M. L. (2024). Feminismo y derecho: las caras oscuras del consentimiento sexual de las mujeres. *IgualdadES*, (10), 289-317. <https://doi.org/10.18042/cepc/IgdES.10.10>
- Marroquí, M. (2024, 25 noviembre). Marina Marroquí: la violencia psicológica contra la mujer “te destruye y te convierte en la sombra de lo que eras” [Entrevista]. *RTVE.es*.
- Martínez-Abarca, A. L., & Martínez-Pérez, A. M. (2021). Educating on Sexuality to Promote Health: Applied Experiences Mainstreaming the Gender and Human Rights Approach. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(5), 2249. <https://doi.org/10.3390/ijerph1805002249>
- McRobbie, A. (2009). *The aftermath of feminism: Gender, culture and social change*. SAGE Publications. ISBN 978-1-4129-4098-0
- McVey, L., Tyler, M., & Gurrieri, L. (2022). ‘Care’ as camouflaging capitalism and obscuring harm: The user-generated pornography market and women's inequality. *Women's Studies International Forum*, 91, 102573. <https://doi.org/10.1016/j.wsif.2022.102573>
- Menéndez Menéndez, M. I. (2022). El ego-feminismo como discurso: un análisis de YouTubers feministas en la era del #MeToo. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 7(1), 88–113. <https://doi.org/10.17979/arief.2022.7.1.7046>

- Messerschmidt, J. W. (2019). The salience of “hegemonic masculinity”. *Men and Masculinities*, 22(1), 85–91. <https://doi.org/10.1177/1097184X18805555>
- Mestre-Bach, G., & Potenza, M. N. (2023). Loneliness, pornography use, problematic pornography use, and compulsive sexual behavior. *Current Addiction Reports*, 10(4), 664–676. <https://doi.org/10.1007/s40429-023-00516-0>
- Muñoz Sánchez, S., Polo Usaola, C., & García Dauder, D. (2023). La influencia de la pornografía en la construcción subjetiva del deseo sexual: una mirada interseccional. *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, (15), 116-138. <https://doi.org/10.15366/jfgws2023.15.006>
- Muñoz Villanueva, C. (2024). Consumo de pornografía y normalización de conductas violentas en las relaciones sexuales de los jóvenes. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 9(1). <https://doi.org/10.17979/arief.2024.9.1.9401>
- Orte Socías, C., Ballester Brage, L., & Pozo Gordaliza, R. (Coords.). (2019). *Vulnerabilidad y resistencia: experiencias investigadoras en comercio sexual y prostitución*. Edicions UIB / Universitat de les Illes Balears. ISBN 978-84-8384-390-1
- Orte, C., Sarrablo-Lascorz, R., & Nevot-Caldentey, L. (2022). Revisión sistemática sobre programas e intervenciones de educación afectivo-sexual para adolescentes. *REICE. Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 20(3), 145–164. <https://doi.org/10.15366/reice2022.20.3.008>
- Papadopoulos, L. (2010). *The sexualisation of young people: A report*. Home Office.

- Pereda, N., Codina, M., & Díaz-Faes, D. A. (2024). *Violencia en las relaciones de pareja entre adolescentes*. Observatorio Social - Fundación “la Caixa”.
- Pereda, N., Guilera, G., Águila-Otero, A., Andreu, L., Codina, M., & Díaz-Faes, D. A. (2024). *La victimización sexual en la adolescencia: un estudio nacional desde la perspectiva de la juventud española*. Universitat de Barcelona.
- Pérez Hernández, Y. (2016). Consentimiento sexual: un análisis con perspectiva de género. *Nómadas*, (44), 191–207.
- Peter, J., & Valkenburg, P. M. (2016). Adolescents and pornography: A review of 20 years of research. *The Journal of Sex Research*, 53(4–5), 509–531. <https://doi.org/10.1080/00224499.2016.1143441>
- Puleo, A. H. (2023). *Ideales ilustrados. La Encyclopédie de Diderot, D’Alembert y Jaucourt. Un legado emancipatorio para el siglo XXI*. Plaza y Valdés.
- Ranea Triviño, B. (2019). *Masculinidad hegemónica y prostitución femenina: (re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el Estado español* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. Repositorio Teseo / UCM.
- Recalde-Esnoz, I., Prego-Meleiro, P., Montalvo, G., & del Castillo, H. (2024). Drug-Facilitated Sexual Assault: A Systematic Review. *Trauma, Violence, & Abuse*, 25(3), 1814–1825.
- Rottenberg, C. A. (2018). *The Rise of Neoliberal Feminism*. Oxford University Press.
- Ruiz Repullo, C. (2018). Un análisis de la violencia de género en la adolescencia. En J. Gil (Coord.), *El Convenio de Estambul como marco de derecho antilibertario* (pp. 279–302). Dykinson.

- Salter, M. (2021). *Crime, justice and social media*. Routledge.
- Save the Children. (2023). *Informe sobre la sexualidad adolescente y la educación sexual en España*. Save the Children España.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños. ISBN 978-84-945365-5-0
- Siegel, D. J. (2020). *Brainstorm: The power and purpose of the teenage brain* (2.<sup>a</sup> ed.). Bantam Books.
- Simón, P., Clavería, S., García-Albacete, G., López Ortega, A., & Torre, M. (2021). *Informe Juventud en España 2020*. Instituto de la Juventud (INJUVE).
- Stop Porn Start Sex. (2022). *La pornografía siempre deja huella. Memoria DUV 2022*. Dale Una Vuelta. [https://www.daleunavuelta.org/wp-content/uploads/2023/03/Memoria-DUV\\_2022.pdf](https://www.daleunavuelta.org/wp-content/uploads/2023/03/Memoria-DUV_2022.pdf)
- Suárez-Álvarez, M. (2022). *Análisis comunicacional de la construcción de las relaciones no igualitarias en las redes sociales. Caso #sugardaddy en TikTok*. Universidad Rey Juan Carlos. <https://portalcientifico.urjc.es/en/ipublic/item/9550743>
- Szil, P. (2018). En manos de hombres: pornografía, trata y prostitución. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3(1), 113–135. <https://doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3081>
- Testa, M., VanZile-Tamsen, C., & Livingston, J. A. (2003). The role of women's substance use in vulnerability to forcible and incapacitated rape. *Journal of Studies on Alcohol*, 64(6), 756–764.
- Torrado Martín-Palomino, E., Díaz Hernández, C., & Cabrera Meneses, A. (2024). Pornografía vs coeducación: un abordaje necesario ante el incremento del consumo pornográfico en adolescentes y jóvenes. *Revista*

*Española de Educación Comparada*, 44, 85–104.  
[https://revistas.uned.es/index.php/REEC/article/view/39347?utm\\_source=chatgpt.com](https://revistas.uned.es/index.php/REEC/article/view/39347?utm_source=chatgpt.com)

Torrado Martín-Palomino, E., Gutiérrez Barroso, J., Romero Morales, Y., & González Ramos, A. M. (2021). *Sexualidad y consumo de pornografía en adolescentes y jóvenes de 16 a 29 años. Informe final. Enero 2020 – Febrero 2021*. Universidad de La Laguna.  
<https://riull.ull.es/xmlui/handle/915/23764>

UNESCO. (2018). *International technical guidance on sexuality education: An evidence-informed approach* (2nd ed.). UNESCO.  
<https://www.unesco.org/en/articles/international-technical-guidance-sexuality-education>

United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC). (2020). *Global report on trafficking in persons 2020*. <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/glotip.html>

Vandenbosch, L., & van Oosten, J. M. F. (2017). The relationship between online pornography and the sexual objectification of women: The attenuating role of porn literacy education. *Journal of Communication*, 67(6), 1015–1036. <https://doi.org/10.1111/jcom.12341>

Viejo, C., Ortega-Ruiz, R., & Sánchez-Zafra, M. (2024). Dating violence and the quality of relationships through adolescence: A longitudinal latent class study. *Behavioral Sciences*, 14(10), 948.  
<https://doi.org/10.3390/bs14100948>

Villena Moya, A. (2023). *¿Por qué no? Cómo prevenir y ayudar en la adicción a la pornografía*. Alienta Editorial.

Villena-Moya, A., Potenza, M. N., Granero, R., Paiva, Ú., Arrondo, G., Chiclana-Actis, C., Fernández-Aranda, F., Jiménez-Murcia, S., Normand,

- E., Ballester, L., & Mestre-Bach, G. (2025). Sex differences in problematic pornography use among adolescents: A network analysis. *BMC Psychology*, *13*, 347. <https://doi.org/10.1186/s40359-025-02624-0>
- Vives-Cases, C., Castellanos-Torres, E., & Sanz-Barbero, B. (2024). Violencia sexual y jóvenes: “no es algo con lo que naces, sino con lo que aprendes”. *Gaceta Sanitaria*, *38*, 102371. <https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2024.102371>
- Walter, L. (2010). *Living dolls: The return of sexism*. Virago Press.
- Wilson, G. (2012). *Your brain on porn: Internet pornography and the emerging science of addiction*. Commonwealth Publishing.
- Wilson, N. J., & Plummer, D. (2014). Towards supporting a healthy masculine sexuality: utilising mainstream male health policy and masculinity theory. *Journal of Intellectual and Developmental Disability*, *39*(2), 132-136. <https://doi.org/10.3109/13668250.2014.894500>
- Wright, P. J. (2023). Pornography and sociosexual attitudes and behaviors in a nationally representative survey: Potential pandemic and method effects. *The Journal of Sex Research*. Advance online publication. <https://doi.org/10.1080/00224499.2023.2216199>
- Wright, P. J., & Bae, S. (2015). A national prospective study of pornography consumption and gendered attitudes toward women. *Sexuality & Culture*, *19*(3), 444–463. <https://doi.org/10.1007/s12119-014-9264-z>
- Yu, C., Kågesten, A. E., De Meyer, S., Moreau, C., van Reeuwijk, M., & Lou, C. (2021). Pornography use and perceived gender norms among young adolescents in urban poor environments: A cross-site study. *Journal of Adolescent Health*, *69*(1), S31-S38. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2021.03.008>

## APÉNDICE DOCUMENTAL

### Anexo I: Cuestionario utilizado para la recogida de datos

## Jóvenes, salud y sexualidad

De conformidad con lo establecido en la Normativa vigente de protección de Datos Personales, le informamos que los datos incorporados en el presente formulario se tratarán para su uso dentro del Proyecto de investigación, por la UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA.

La información que se le solicita es estrictamente **CONFIDENCIAL Y ANÓNIMA**. Sus datos no serán cedidos o comunicados a terceros. Serán objeto de protección y quedarán amparados por el secreto estadístico.

Agradezco su valiosa colaboración en esta investigación.

\* Indica que la pregunta es obligatoria

1. Sexo \*

*Marca solo un óvalo.*

Hombre

Mujer

2. Orientación sexual \*


*Marca solo un óvalo.*

Heterosexual

Homosexual


Bisexual

No lo sé

3. Año de nacimiento \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- 2010
- 2009
- 2008
- 2007
- 2006
- 2005
- 2004
- 2003
- 2002

4. Mes de nacimiento \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Enero
- Febrero
- Marzo
- Abril
- Mayo
- Junio
- Julio
- Agosto
- Septiembre
- Octubre
- Noviembre
- Diciembre

5. País de nacimiento \*

*Marca solo un óvalo.*

- España
- Otro país

6. ¿Dónde resides actualmente? \*



Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Andalucía
- Aragón
- Asturias
- Cantabria
- Castilla y León
- Castilla La Mancha
- Cataluña
- Comunidad Valenciana
- Extremadura
- Galicia
- La Rioja
- Madrid
- Murcia
- Navarra
- País Vasco
- Islas Canarias
- Islas Baleares

7. Curso escolar \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- 2º o 3º ESO
- 4º ESO
- BACHILLERATO
- FP BÁSICA
- FP GRADO MEDIO
- FP GRADO SUPERIOR
- UNIVERSIDAD
- OTRO
- NO SOY ESTUDIANTE

8. ¿Has tenido en alguna ocasión una relación de pareja? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí *Salta a la pregunta 9*
- No *Salta a la pregunta 10*

#### Sección sin título

9. ¿Tienes actualmente una relación de pareja? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí
- No

Las siguientes frases reflejan las creencias de algunas personas

Contesta en función de lo de acuerdo o no que estés con dichas creencias.

10. 1. Los hombres y las mujeres buscan afectividad en las relaciones sexuales. \*

*Marca solo un óvalo.*

- Más los hombres
- Más las mujeres
- Ambos por igual

11. 2. ¿Quién crees que suele iniciar las relaciones sexuales? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Más los hombres
- Más las mujeres
- Ambos por igual

12. 3. Las mujeres buscan mayor afectividad en las relaciones sexuales que los  
\* hombres.

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

13. 4. Es responsabilidad de las mujeres el control de los anticonceptivos ya que son ellas las que se quedan embarazadas. *Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

14. 5. Los hombres necesitan tener relaciones sexuales con más frecuencia que las mujeres. \*

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

15. 6. Los hombres prefieren las relaciones sexuales espontáneas (sin planificar con antelación). \*

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

16. 7. Las mujeres prefieren a los hombres CON experiencia en las relaciones sexuales.

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

17. 8. Los hombres prefieren a las mujeres SIN experiencia en las relaciones \* sexuales.

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

18. 9. A las mujeres les gusta que los hombres tomen la iniciativa y dirijan las \* relaciones sexuales. *Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

19. 10. Los hombres homosexuales son más promiscuos que las mujeres homosexuales.

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

20. 11. Las mujeres homosexuales buscan mayor afectividad en las relaciones\* sexuales que los hombres homosexuales.

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

21. 12. ¿En qué medida le resultó satisfactoria la comunicación con sus padres acerca de temas sexuales? *Marca solo un óvalo.* \*

- Muy satisfactoria
- Bastante satisfactoria
- Satisfactoria
- Poco satisfactoria
- Nada satisfactoria
- No tuve comunicación alguna

22. 13. De las siguientes fuentes de información sobre métodos \*



Dropdown anticonceptivos ¿Cuál fue la más importante para ti? *Marca solo un óvalo.*

- Internet
- A mí nadie me contó nada
- Madre
- Padre
- Hermanos/as
- Pareja
- Otro familiar
- Profesorado
- Amigos de mi edad
- Médico/a, enfermero/a u otro personal sanitario
- Televisión/videos/radio
- Libros, revistas o periódicos

23. 14. ¿Cuántas horas de educación sexual has recibido en la escuela? \*


*Marca solo un óvalo.*

- Ninguna
- 1 o 2 horas
- 3 o 4 horas
- 5 o 6 horas
- Más de 7 horas

24. 15. ¿Podrías decirme si en alguna ocasión has visto pornografía? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí,  pero de forma involuntaria (sin querer) *Salta a la pregunta 25*
- Sí, a través de publicidad al hacer descargas en internet  
*Salta a la pregunta 25*
- Sí,  porque me lo enseñó otra persona *Salta a la pregunta 25*
- Sí, he  visto pornografía por mi cuenta *Salta a la pregunta 25*
- No  he visto nunca porno *Salta a la pregunta 35*

25. ¿Qué edad tenías cuando viste porno la primera vez? \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Antes de los 7
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18 o más

26. ¿Por qué viste pornografía por primera vez? \*


*Marca solo un óvalo.*

- Para saber qué debo hacer en una relación sexual
- Para aprender sobre sexo
- Por curiosidad
- Por placer
- Fantasía
- Reducción estrés
- Evitar el aburrimiento
- Autoexploración
- Por otro motivo

27. Actualmente, ¿sigues viendo porno? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí *Salta a la pregunta 28*
- No *Salta a la pregunta 31*

28. ¿Por qué sigues viendo porno ahora? \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Para saber qué debo hacer en una relación sexual
- Para aprender sobre sexo
- Por curiosidad
- Por placer
- Fantasía
- Reducción estrés
- Evitar el aburrimiento
- Autoexploración

29. ¿Con qué frecuencia ves pornografía? \*

*Marca solo un óvalo.*


- Todos los días
- 4 o 5 veces a la semana
- 2 o 3 veces por semana
- 1 vez a la semana
- Muy de vez en cuando

30. ¿Cuándo ves pornografía, durante cuantas horas lo haces? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Más  de cuatro horas *Salta a la pregunta 34*
- Entre  tres y cuatro horas *Salta a la pregunta 34*
- Entre  una hora y dos horas *Salta a la pregunta 34*
- Menos de una hora *Salta a la pregunta 34*

*Salta a la pregunta 34*

31. ¿Por qué ya no ves porno? \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Tengo pareja
- Solo  lo vi una vez *Salta a la pregunta 35*
- No me gustó *Salta a la pregunta 35*
- No muestra la realidad de las relaciones sexuales
- Ya tengo suficiente conocimiento sobre sexo
- Me preocupa la situación de las mujeres en las escenas
- Por otra razón

32. ¿Con qué frecuencia veías pornografía? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Todos los días
- 4 o 5 veces a la semana
- 2 o 3 veces por semana
- 1 vez a la semana
- Muy de vez en cuando

33. ¿Cuándo veías pornografía, durante cuantas horas lo hacías? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Más de cuatro horas
- Entre tres y cuatro horas
- Entre una hora y dos horas
- Menos de una hora

34. La pornografía ha influido en la imagen que tengo sobre las relaciones sexuales. \*

*Marca solo un óvalo.*

- Muy de acuerdo
- Algo de acuerdo
- Ni de acuerdo ni en desacuerdo
- Algo en desacuerdo
- Nada de acuerdo

El término relaciones sexuales puede aplicarse a conceptos muy diversos.

En esta investigación, cuando se hable de relaciones sexuales se considerará cualquier comportamiento que realizan al menos dos personas con el objetivo de dar o recibir placer sexual. Se incluyen la masturbación y el sexo oral. También tener relaciones sexuales a través de Internet.

35. ¿Qué edad tenías cuando tuviste tu primera relación sexual? \*


*Marca solo un óvalo.*

- Antes  de los 14 años *Salta a la pregunta 36*
- 14 años *Salta a la pregunta 36*
- 15 años *Salta a la pregunta 36*
- 16 años *Salta a la pregunta 36*
- 17 años *Salta a la pregunta 36*
- 18 años o más *Salta a la pregunta 36*
- No  he tenido relaciones sexuales *Salta a la pregunta 62*

36. ¿Has mantenido alguna vez relaciones sexuales con penetración \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí
- No

37. Edad de la OTRA persona en tu primera relación sexual. \*  Dropdown

*Marca solo un óvalo.*

- Menor de 14 años
- 14 años
- 15 años
- 16 años
- 17 años
- 18 años
- 19 años
- Entre 20 y 25 años
- Entre 25 y 30 años
- Más de 30 años

38. ¿Cómo consideras que fue para ti tu primera relación sexual? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Nada satisfactoria
- Poco satisfactoria
- Bastante satisfactoria
- Muy satisfactoria

39. ¿Con cuántas personas has tenido relaciones sexuales? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Solo con una persona
- Con dos personas
- Con tres o cuatro personas
- Entre cinco y nueve personas
- Más de 10 personas
- No lo recuerdo

40. ¿Te has sentido presionado/a para tener relaciones sexuales? \*

*Marca solo un óvalo.*

- La mayoría de las veces
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- Nunca

41. ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales aunque en ese momento no te  
\* apeteciese?

*Marca solo un óvalo.*

- La mayoría de las veces
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- Nunca

42. ¿Utilizas preservativo? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Siempre
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- Nunca

43. ¿Utilizas algún otro método anticonceptivo ? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Siempre
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- Nunca

44. ¿Qué riesgo crees que tienes de contraer una infección de transmisión sexual? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Mucho riesgo
- Bastante riesgo
- Poco riesgo
- Ningún riesgo

45. ¿En alguna ocasión has tenido miedo de haberte contagiado? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí *Salta a la pregunta 46*
- No *Salta a la pregunta 47*

46. ¿Con qué frecuencia? \*

*Marca solo un óvalo.*

- La mayoría de las veces
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- En una ocasión

47. ¿Has contactado a través de internet con una persona desconocida para fines  
\* sexuales?

*Marca solo un óvalo.*

- Sí *Salta a la pregunta 48*
- No *Salta a la pregunta 49*

48. ¿Con qué frecuencia? \*

*Marca solo un óvalo.*

- La mayoría de las veces
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- En una ocasión

49. ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales con un/a desconocido/a? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí *Salta a la pregunta 50*
- No *Salta a la pregunta 51*

50. ¿Con qué frecuencia? \*

*Marca solo un óvalo.*

- La mayoría de las veces
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- En una ocasión

51. ¿Has imitado alguna escena vista en la pornografía? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Si, de mutuo acuerdo con la otra persona
- Si, y aunque no lo hablamos, le ha parecido bien
- Si y no le pareció bien
- No, no lo he hecho

52. ¿Han puesto contigo en práctica escenas de pornografía? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Si, de mutuo acuerdo
- Si, y aunque no lo hablamos, me ha parecido bien
- Si y no me pareció bien
- No, no me lo han hecho

53. ¿Se parecen las practicas que vemos en pornografía a las reales? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Sí, siempre
- A menudo
- Ocasionalmente
- Rara vez
- No, nunca

54. ¿Consideras que la otra persona estaba bebida, aunque solo fuera un poco,  
\* alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales? *Marca solo un óvalo.*

- No
- Si un poco bebida
- Si muy bebida
- No lo recuerdo

55. ¿Consideras que TU estabas bebido/a, aunque solo fuera un poco, alguna de  
\* las veces que has tenido relaciones sexuales?

*Marca solo un óvalo.*

- No
- Si un poco bebida
- Si muy bebida
- No lo recuerdo

56. ¿Consideras que la otra persona había consumido alguna droga alguna de las \* veces que has tenido relaciones sexuales? *Marca solo un óvalo.*

- Muy a menudo
- A menudo
- Alguna vez, ocasionalmente
- Casi nunca
- Solo una vez
- Nunca

57. ¿Alguna de las veces que has tenido relaciones sexuales has consumido \* alguna droga?

*Marca solo un óvalo.*

- Muy a menudo
- A menudo
- Alguna vez, ocasionalmente
- Casi nunca
- Solo una vez
- Nunca

58. ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales bajo los efectos del \* cannabis/marihuana? *Marca solo un óvalo.*

- Muy a menudo
- A menudo
- Alguna vez, ocasionalmente
- Casi nunca
- Solo una vez
- Nunca

59. En las relaciones sexuales, ¿buscas satisfacer el deseo de la otra persona, el

\* tuyo o el de ambos? *Marca solo un óvalo.*

- El mío
- El de la otra persona
- El de ambos

60. ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales a cambio de algo (dinero, viajes...)? \*

*Marca solo un óvalo.*

- Muy a menudo
- A menudo
- Alguna vez, ocasionalmente
- Casi nunca
- Solo una vez
- Nunca

61. ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales que puedan considerarse violentas? Golpes, sexo muy fuerte o brusco.. \*

*Marca solo un óvalo.*

- Muy a menudo
- A menudo
- Alguna vez, ocasionalmente
- Casi nunca
- Solo una vez
- Nunca

#### PREGUNTA FINAL

Este cuestionario pretende conocer la situación de la que parte la población joven para poder adaptar futuras formaciones de educación sexual a las necesidades reales.

62. **En esta última pregunta, me gustaría que escribieses aquellos aspectos más relevantes para ti, aquellas mejoras que propondrías para la educación sexual o cualquier experiencia que consideres importante compartir.**

Muchas gracias por tu colaboración.

---

---

Google Formularios

## **Anexo II: Guion utilizado para la recogida de datos**

### **Introducción común a todas las entrevistas**

Buenos días, como ya sabe, mi nombre es Teresa y soy estudiante de doctorado en la UNED, en el programa de Análisis de Problemas Sociales. Esta entrevista forma parte de mi investigación sobre la influencia de la pornografía en el comportamiento sexual entre adolescentes. En este caso, se pretende conocer la opinión de un profesional que trabaja directamente con infancia y adolescencia.

La entrevista será grabada únicamente para facilitar la toma de datos. Se garantiza confidencialidad y anonimato; la información no se asociará a la persona entrevistada y será analizada de forma agregada. No existen respuestas correctas o incorrectas; buscamos conocer su experiencia y opinión. Se solicitará autorización para la grabación y el uso de la misma se limitará al análisis de la investigación.

## **Sección 1. Psicólogas / Sexólogas**

### **Preguntas generales**

1. Formación académica y profesional.
2. Actividad laboral y lugar de trabajo.
3. Cargo y antigüedad en el mismo.

### **Preguntas específicas**

#### **1. Conceptos fundamentales**

- ¿Qué es la sexualidad?
- ¿Qué es el sexo?
- ¿Qué es la erótica?

#### **2. Pornografía y sexualidad**

- ¿Podría considerarse la pornografía sexo explícito?
- Diferencias entre películas pornográficas y eróticas.
- ¿Qué es la pornografía según los criterios para definir sexo?

#### **3. Influencia en adolescentes**

- Prácticas sexuales adolescentes inspiradas en la pornografía; ejemplos.
- Consecuencias negativas y positivas en adolescentes y sociedad.
- Influencia en la construcción del deseo sexual, diferenciación por género.
- Posible adicción y factores de riesgo (acceso temprano a móvil/TICs).

#### **4. Educación afectivo-sexual y prevención**

- Opinión sobre la educación afectivo-sexual actual y propuestas de mejora.
- Estrategias para prevenir la influencia de la pornografía.
- Influencia en roles de género y conductas sexuales de riesgo o violentas.

### **Sección 2. Directores / Personal directivo de centros educativos**

#### **Preguntas generales**

1. Formación académica y profesional.
2. Actividad laboral y centro educativo.
3. Cargo y antigüedad.

#### **Preguntas específicas**

##### **1. Uso de teléfonos móviles y TICs**

- Llevan los estudiantes móviles a clase y desde qué curso.
- Percepción sobre su uso por alumnos/as y medidas adoptadas.
- Talleres sobre TICs: duración, adecuación, cambios observados.
- Riesgos asociados al uso privado de móviles y estrategias de control.

##### **2. Consumo de pornografía**

- Opinión sobre el consumo temprano de pornografía.
- Inclusión del tema en talleres de educación afectivo-sexual: aceptación por profesores y familias.
- Diferencias entre chicos y chicas y cambios recientes observados.

##### **3. Educación afectivo-sexual en el centro**

- Talleres impartidos: duración, cursos implicados, contenido sobre pornografía.

- Diferencias en el aprendizaje tras los talleres, limitaciones y cambios observados.
- Problemas u obstáculos en la implementación de talleres.
- Beneficios y aportes al alumnado.
- Principales actividades realizadas con los estudiantes.

#### **4. Influencia de la pornografía y prevención**

- Influencia en la construcción del deseo sexual y adquisición de roles de género.
- Acceso temprano a móvil como factor de riesgo.
- Transmisión de roles y estereotipos; posibles conductas sexuales de riesgo o violentas.

#### **5. Propuestas y recursos**

- Materiales, capacitaciones o documentos a incorporar o ampliar.
- Agentes implicados en su implementación.

### **Sección 3. Personal sanitario**

#### **Preguntas generales**

1. Formación académica y profesional.
2. Actividad laboral y lugar de trabajo.
3. Cargo y antigüedad en el mismo.

#### **Preguntas específicas**

##### **1. Atención a población joven**

- ¿Atienden a población menor de edad y con qué frecuencia?
- Cambios en la atención a población joven en los últimos 10 años.
- Mejoras observadas gracias a visibilización de la sexualidad y acceso a información en Internet.
- Reducción de ITS y embarazos no deseados; percepción del conocimiento de prácticas de riesgo.

## 2. Factores de riesgo y consumo de pornografía

- Uso privado de móvil u ordenador como factor de riesgo de conductas sexuales peligrosas.
- Edad de inicio de consulta por parte de adolescentes.
- Detección de problemas relacionados con prácticas pornográficas específicas (ej. sexo anal, uso de accesorios).

## 3. Educación afectivo-sexual y prevención

- Impacto de charlas y talleres de educación afectivo-sexual en la reducción de conductas de riesgo.
- Importancia de abordar la pornografía en estos talleres.
- Conocimiento de métodos anticonceptivos y no anticonceptivos.

## 4. Influencia de la pornografía y roles de género

- Influencia en la construcción del deseo sexual, adquisición de roles de género y diferenciación por sexo.
- Acceso temprano a móvil como factor de riesgo.
- Transmisión de roles y estereotipos de género; posibles conductas sexuales de riesgo o violentas.

## Anexo III: Modelo consentimiento informado



*Comité de Ética de la Investigación*

### CONSENTIMIENTO INFORMADO MENORES

#### NOTA PREVIA INTRODUCTORIA:

La legislación vigente establece que la participación de toda persona en un proyecto de investigación y/o experimentación requerirá una previa y suficiente información sobre el mismo y la prestación del consentimiento por parte de los sujetos que participen en dicha investigación/experimentación.

Este documento está redactado directamente para sus destinatarios. Toda la información aquí contenida se dirige a los menores y/o sus representantes.

A tal efecto, a continuación, se detallan los objetivos y características del proyecto de investigación, como requisito previo a la prestación del consentimiento y a su colaboración voluntaria en el mismo.

## HOJA DE INFORMACIÓN SOBRE EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Título del Proyecto: Jóvenes, salud y sexualidad.

Investigadora: M<sup>a</sup> Teresa Vélez Barquilla.  
Facultad/Escuela Ciencias Jurídicas y Sociología.  
Autorizado por la UNED

¿EN QUÉ CONSISTE LA INVESTIGACIÓN?

- a- OBJETIVOS<sup>1</sup> ¿Qué se pretende?: conocer las opiniones de los y las adolescentes sobre los estereotipos de género y la educación sexual recibida. Analizar las posibles influencias externas en la conducta sexual adolescente.
- b- PRUEBAS A LAS QUE SE LE VA A SOMETER:
  - Cuestionario anónimo
- c- Incomodidades para vd.: ninguna.
- d- PROTECCIÓN DE DATOS: no es necesario ya que no se requieren datos identificatorios de la persona.

- **Finalidad del empleo de estos datos:**

La Investigadora es la que lleva a cabo la gestión del tratamiento de datos y puede ponerse en contacto de la siguiente forma: mvelez107@alumno.uned.es

La participación de este proyecto de investigación es voluntaria y puede retirarse del mismo en cualquier momento.

Y para que conste por escrito a efectos de información a los que se solicita su participación voluntaria en el proyecto antes mencionado, se ha formulado y se entrega la presente hoja informativa.

En .....a.....de.....de.....

Nombre y firma de la Investigadora

**NOTA:**

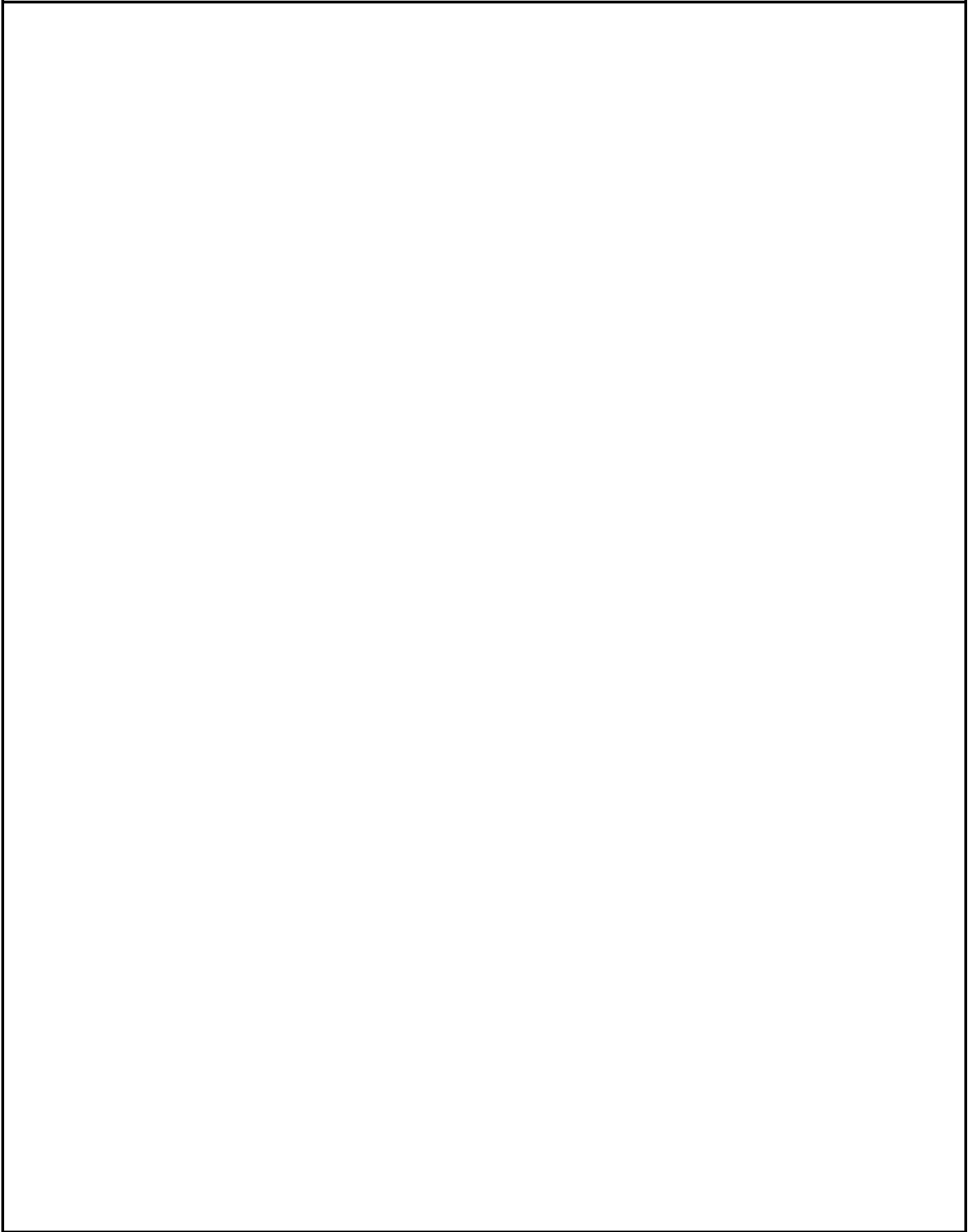
De conformidad con lo establecido en la Normativa vigente de protección de Datos Personales, le informamos que los datos personales incorporados en el presente formulario, los recabados en la relación del proyecto de investigación y/o experimentación, así como aquellos otros conexos que pudieran ser obtenidos, se tratarán para su uso dentro del Proyecto de investigación arriba indicado, en calidad de Responsable del tratamiento, por la UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA.

La **finalidad del tratamiento** de los datos es el desarrollo del proyecto de investigación arriba indicado.

La **base legitimadora** por la que se tratan sus datos es el **consentimiento del interesado** y para la finalidad investigadora del proyecto. Asimismo, los datos serán utilizados para enviar información, por cualquier medio, acerca de las finalidades antes descritas.

Sus datos no serán cedidos o comunicados a terceros, salvo previa petición y consentimiento a tal fin, en los supuestos necesarios para la debida atención, desarrollo, control y cumplimiento de la finalidad del tratamiento, así como en los supuestos previstos legalmente, y se conservarán durante el tiempo legalmente establecido y el necesario para cumplir con estos fines.

Podrá ejercitar los derechos de Acceso, Rectificación, Supresión, Limitación del tratamiento, Portabilidad de los datos u Oposición al tratamiento ante la UNED, C/ Bravo Murillo 38, Sección de Protección de Datos, 28015 de Madrid, o en cualquiera de las oficinas que podrá encontrar aquí, junto con información adicional y el formulario: Departamento de Política Jurídica de Seguridad de la Información, ([www.uned.es/dpi](http://www.uned.es/dpi)) o a través de la Sede electrónica (<https://sede.uned.es/procedimientos/portada/idp/40>) de la UNED.



D./D<sup>a2</sup>.....

en calidad de<sup>3</sup>.....

He leído la hoja de información que se me ha entregado, copia de la cual figura en el reverso de este documento, y la he comprendido en todos sus términos.

He sido suficientemente informado y he podido hacer preguntas sobre los objetivos y metodología aplicada en el proyecto Jóvenes, salud y sexualidad que ha sido autorizado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

y para el que se ha pedido la colaboración de mi/nuestro..... (hijo, pupilo o representado)<sup>4</sup>

.....

Comprendo/comprendemos que la participación es voluntaria y que el menor en cuya representación actúo/actuamos puede retirarse del mismo

- cuando quiera;
- sin tener que dar explicaciones y exponer mis motivos; y
- sin ningún tipo de repercusión negativa.

Consultado el menor no ha manifestado oposición a participar en este proyecto de investigación<sup>5</sup>.

Por todo lo cual, PRESTO/PRESTAMOS EL CONSENTIMIENTO para la participación en el proyecto de investigación al que este documento hace referencia y para que los datos de carácter personal del menor sean tratados, según la normativa vigente y la política de protección de datos de la UNED, para el uso exclusivo en este proyecto .

En ..... a .... de ..... de .....

Fdo. ....



## CONSENTIMIENTO INFORMADO ADULTOS

### NOTA PREVIA INTRODUCTORIA:

La legislación vigente establece que la participación de toda persona en un proyecto de investigación y/o experimentación requerirá una previa y suficiente información sobre el mismo y la prestación del consentimiento por parte de los sujetos que participen en dicha investigación/experimentación.

Este documento está redactado directamente para su destinatario: las personas sobre las que se va a realizar la investigación /experimentación. Toda la información aquí contenida se dirige a dichas personas o sus representantes.

A tal efecto, a continuación, se detallan los objetivos y características del proyecto de investigación, como requisito previo a la prestación del consentimiento y a su colaboración voluntaria en el mismo.

---

<sup>2</sup> Los padres, si ambos ejercen la patria potestad, deben firmar conjuntamente este consentimiento informado.

<sup>3</sup> Padres, tutor o representante legal del menor.

<sup>4</sup> Nombre completo del menor.

<sup>5</sup> Debe incluirse este párrafo cuando se trate de menores de entre 12 y 16 años que no tengan reducida su capacidad para comprender

## HOJA DE INFORMACIÓN SOBRE EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN Y/O EXPERIMENTACIÓN<sup>6</sup>

Título del Proyecto -----

Investigador/a Principal- -----

Grupo de Investigación-----

Facultad/Escuela -----

Autorizado por el (Ministerio, Comunidad, etc.) -----

Promotor/Financiador, en su caso -----

¿EN QUÉ CONSISTE LA INVESTIGACIÓN /EXPERIMENTACIÓN? <sup>7</sup>

e- OBJETIVOS<sup>8</sup> ¿Qué se pretende?:

f- PRUEBAS A LAS QUE SE LE VA A SOMETER:

- Descripción de las pruebas y número de ellas (de manera breve y sencilla):
- Lugar donde se realizarán:
- Duración de cada prueba:

g- Incomodidades para vd.:

h- Riesgos para vd.:

i- Beneficios para vd.:

j- PROTECCIÓN DE DATOS<sup>9</sup> (solo si se emplean datos identificatorios de la persona, en caso contrario no rellenar): Este proyecto requiere la utilización y manejo de datos de carácter personal identificatorios que, en todo caso, serán tratados conforme a las normas aplicables garantizando la confidencialidad de los mismos<sup>10</sup>.

Qué datos emplean	SI	NO
Nombre y apellidos		
Domicilio		

<sup>6</sup> Redacte el documento de información conforme a los apartados que se indican y de manera muy sencilla y comprensible. Se deberá entregar *la Hoja de información*, firmada por el investigador principal, a cada uno de los sujetos participantes en la investigación/experimentación y copia de la misma deberá figurar en el reverso de la *Hoja de consentimiento informado* que cada participante firma y entrega al investigador para su archivo.

<sup>7</sup> Estos apartados son obligatorios y deben ser cumplimentados por el investigador principal del proyecto. En el apartado b se debe detallar lo que se va a solicitar al participante.

<sup>8</sup> Explíquelo de manera muy sencilla y breve.

<sup>9</sup> Este párrafo debe figurar sólo en los supuestos en los que el proyecto afecte a datos de carácter personal.

<sup>10</sup> En aquellas labores de investigación llevadas a cabo en el marco de la Universidad, se reconoce como responsable del tratamiento de los datos personales a la propia Universidad a través del Área de Investigación y Transferencia, lo que no exime del cumplimiento de las obligaciones en materia de protección de datos a los investigadores. En el supuesto de que se trataran datos personales en un Proyecto de Investigación en el marco de la Universidad, el investigador cumplimentará el [formulario de creación de tratamientos nuevos](#) facilitado por el Área de Investigación y Transferencia. La gestión del tratamiento de los datos personales se llevará a cabo por el investigador principal.

Tlf		
Correo electrónico identificativo no genérico		
DNI/doc ident.		
Ideología		
Afiliación sindical		
Religión		
Orientación sexual		
Creencias		
Origen racial o étnico		
Otros (especifique cuáles)		

- **Cómo** se van a **encriptar** (anonimizar):
- Cómo se van a **guardar**:
- **Finalidad del empleo de estos datos**:

El/la Investigador/a Principal es el que lleva a cabo la gestión del tratamiento de datos y puede ponerse en contacto de la siguiente forma: (poner dirección de mail o tlf. del IP): -----

La participación de este proyecto de investigación es voluntaria y puede retirarse del mismo en cualquier momento.

Y para que conste por escrito a efectos de información de los pacientes a los que se solicita su participación voluntaria en el proyecto antes mencionado, se ha formulado y se entrega la presente hoja informativa

En ..... a ..... de.....de.....

Nombre y firma del Investigador/a principal

Por su parte, el encargado del tratamiento es la persona física o jurídica, autoridad, servicio u otro organismo que trate datos personales por cuenta del responsable del tratamiento. Es decir, si el Investigador de la UNED decide externalizar una parte de su proyecto de investigación y cuenta con la colaboración de un tercero, este último ostentará la condición de encargado de tratamiento. Con la aparición de esta figura, surge la obligación de elaborar un contrato de encargado de tratamiento, que deberá ser firmado por ambas partes, de conformidad con lo dispuesto en el art. 28 del RGPD.

El Investigador Principal debe seguir, en la gestión del tratamiento de los datos, además de la legislación vigente, la Guía de Buenas Prácticas de la Actividad Investigadora de la UNED, así como el [Código de Conducta de Protección de Datos Personales de la UNED](#), y demás protocolos que la UNED pudiera aprobar.

**NOTA:**

De conformidad con lo establecido en la Normativa vigente de protección de Datos Personales, le informamos que los datos

personales incorporados en el presente formulario, los recabados en la relación del proyecto de investigación y/o experimentación, así como aquellos otros conexos que pudieran ser obtenidos, se tratarán para su uso dentro del Proyecto de investigación arriba indicado, en calidad de Responsable del tratamiento, por la UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA.

La **finalidad del tratamiento** de los datos es el desarrollo del proyecto de investigación arriba indicado.

La **base legitimadora** por las que se tratan sus datos es el **consentimiento del interesado** y para la finalidad investigadora del proyecto. Asimismo, los datos serán utilizados para enviar información, por cualquier medio, acerca de las finalidades antes descritas.

Sus datos no serán cedidos o comunicados a terceros, salvo previa petición y consentimiento a tal fin, en los supuestos necesarios para la debida atención, desarrollo, control y cumplimiento de la finalidad del tratamiento, así como en los supuestos previstos legalmente, y se conservarán durante el tiempo legalmente establecido y el necesario para cumplir con estos fines.

Podrá ejercitar los derechos de Acceso, Rectificación, Supresión, Limitación del tratamiento, Portabilidad de los datos u Oposición al tratamiento ante la UNED, C/ Bravo Murillo 38, Sección de Protección de Datos, 28015 de Madrid, o en cualquiera de las oficinas que podrá encontrar aquí, junto con información adicional y el formulario: [Departamento de Política Jurídica de Seguridad de la Información, \(www.uned.es/dpi\)](http://www.uned.es/dpi) o a través de la Sede electrónica (<https://sede.uned.es/procedimientos/portada/idp/40>) de la UNED.

Para más información visite nuestra [Política de Privacidad](#).

D./D<sup>a</sup>.....

He leído la hoja de información que se me ha entregado, copia de la cual figura en el reverso de este documento, y la he comprendido en todos sus términos.

He sido suficientemente informado y he podido hacer preguntas sobre los objetivos y metodología aplicada en el proyecto (título del proyecto)

..... que ha sido autorizado por (Ministerio, Comunidad, etc.)  
.....

y promovido/ financiado por (en su caso) .....

y para el que se ha pedido mi colaboración.

Comprendo que mi participación es voluntaria y que puedo retirarme del estudio,

- cuando quiera;
- sin tener que dar explicaciones y exponer mis motivos; y
- sin ningún tipo de repercusión negativa para mí.

Por todo lo cual, PRESTO MI CONSENTIMIENTO para participar en el proyecto de investigación antes citado y para que mis datos de carácter personal sean tratados, según la normativa vigente y la [política de protección de datos de la UNED](#), para el uso exclusivo en este proyecto.

En ..... a .... de ..... de .....

Fdo. ....